No me dejes nunca, Wonder

CRISTINA HIGUERAS



Cristina Higueras es licenciada por la Real Escuela Superior de Arte Dramático de Madrid (RESAD) y tiene a sus espaldas una larga trayectoria como actriz, directora y productora teatral, que la ha llevado a ser merecedora del Premio Mostra de Valencia a su trayectoria artística y el Cope-Cadena Cien de Teatro. Como autora tiene publicadas la novela de humor *Consuelito de la Ascensión* y las obras de género negro *El extraño del ayer* (2015), *El error de Clara Ulman* (2018, finalista del Premio Celsius), *Soy tu mirada* (2021) y *Un asunto ambiguo* (Alrevés, 2024). Por su labor como escritora recibió en 2022 el Premio Aragón Negro por el conjunto de su obra literaria. El personal estilo, la originalidad de sus historias y la forma de perfilar los personajes que las pueblan la han hecho acreedora de un destacado lugar dentro de la novela negra española actual.

www.cristinahigueras.com
IG: *@cristinahigueras_oficial*
X: *@CristHigueras*

La inspectora Mónica Rojo y su marido, Cito, pasan días felices de luna de miel en Oporto cuando, durante una visita a unas conocidas bodegas locales, él desaparece sin dejar rastro. Tras las primeras horas de incertidumbre y confusión, Mónica acude a la Policía y, con sus preguntas, nacen las primeras dudas: ¿y si se tratase de una huida intencionada? ¿Y si Cito no fuera lo que parece?

Por más que insista en que se conocen desde que eran adolescentes y algo malo debe haberle sucedido, los días transcurren y las sospechas cobran cada vez más fuerza a raíz de la aparición de varios cadáveres que guardan relación con él. ¿Cómo puede ser que el pacífico Cito tenga que ver con ello? ¿Llevaba una doble vida? Sus pesquisas la llevan hasta Marrakech, donde descubre algo de lo más inquietante…

Cristina Higueras realiza, en esta novela apasionante y absorbente, un ejercicio magistral de intriga psicológica que ahonda en las raíces más profundas del amor, la confianza y cómo el hecho más banal puede hacer que se tambaleen nuestras convicciones y lealtades más profundas.

Un thriller que no da tregua y que, también, es una reflexión certera y honda sobre todo lo que se esconde en las miradas y los silencios de aquellos a quienes amamos.

No me dejes nunca, Wonder nos apela y nos emociona. Es mucho más que una trama de intriga. Es una novela inolvidable.

No me dejes nunca, Wonder



No me dejes nunca, Wonder

CRISTINA HIGUERAS

ALREVÉS
BARCELONA-2026

Primera edición: maig de 2026

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
C/ de la Perla, 22
08012 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© 2026, Cristina Higueras
© de la presente edición, 2026, Editorial Alrevés, S.L.
ISBN: 978-84-10455-56-6

Producción del ePub:
booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

A Pilar Higueras, mi madre, por su infinita generosidad. El personaje de Pilarín, la abuela de Mónica, está inspirado en ella. Quiero dedicarle esta novela aunque, por desgracia, ya no pueda leerla

Para ver qué hermosa es la vida, hay que contemplarla
desde la altura de la muerte.

URSULA K. LE GUIN

La miseria no degrada por lo que falta, sino por lo que
quita al alma.

SIMONE WEIL

Los nadies: los hijos de nadie, los dueños de nada.

EDUARDO GALDEANO

MÓNICA

Capítulo 1

—Te quiero.

Cito estruja entre sus brazos a la que ha sido su novia desde que ambos tenían diecisiete años. Mónica, sorprendida por el repentino arrebato de efusividad del que desde hace nueve días es ya su marido, emite una risilla nerviosa. El gesto no pasa desapercibido a la mujer que está junto a ellos y les dedica una simpática mirada.

—Estás roja como un tomate —le dice él al oído.

El comentario de Cito aumenta aún más el intenso calor que ella percibe en las mejillas. Afortunadamente, la mujer que los observaba ha cambiado el foco de atención y ahora charla con el hombre que la acompaña.

—No me digas esas cosas delante de la gente, que lo paso fatal —le recrimina Mónica cariñosamente—. Seguro que se me pone cara de gilipollas.

—¡Me encanta tu cara de gilipollas!

Ella bizquea y le saca la lengua. El cómico gesto provoca que ambos se partan de risa. De pronto, él se queda en silencio durante unos instantes, mirándola fijamente, como si quisiera congelar ese momento.

—No me dejes nunca, Wonder.

Mónica le responde con una tierna sonrisa repleta de emociones que él sabe descifrar a la perfección.

Wonder… Ha transcurrido año y medio desde que la inspectora Mónica Rojo tuvo que encargarse del espinoso caso de Adrián Zhao. El asunto del adolescente de buena familia, que

apareció muerto dentro de un piso deshabitado en extrañas circunstancias, fue resuelto satisfactoriamente por ella a pesar de las piedras que unos y otros le pusieron en el camino. «Eres la auténtica Wonder Woman», dijo entonces Cito a su pareja. Aunque ni por asomo la escuchimizada inspectora Rojo se asemeje a la heroína del cómic, para él la hazaña de su chica la convirtió en alguien igual de extraordinario. Pero los apelativos, motes y diminutivos, por su propia naturaleza, han de ser cortos, así que Wonder Woman tornó enseguida en Wonder. En correspondencia al guiño, Mónica le obsequió con una exclusiva estatuilla del personaje fabricada en polirresina y pintada a mano, que Cito colocó en un lugar privilegiado dentro del cuarto dedicado a la colección de muñecos de películas que con tanto esmero atesora desde hace años.

La magia que se ha creado entre la pareja se rompe cuando el guía de Bodegas Sandeman, ataviado con capa y sombrero de ala ancha, al igual que el *Don*, el personaje que ilustra las etiquetas del famoso vino de Oporto, da un par de palmadas requiriendo la atención de los visitantes. Son las seis de la tarde y comienza el último tour ilustrativo del día. Tiago, el guía, ofrece una pequeña charla a la comitiva de turistas españoles sobre el misterioso personaje del que va ataviado. Incluso con un marcado acento portugués, gracias a su experiencia consigue ganarse la atención del grupo con una exposición repleta de detalles enigmáticos aderezados con cierta dosis de humor que no deja a nadie indiferente. Seguidamente, la docena de visitantes es conducida a través de un largo pasillo débilmente iluminado. A ambos lados, barriles de roble, todos con el emblema de la marca y algunos con inscripciones un tanto crípticas para el profano.

—¿Por qué todas las bodegas se instalaron en Vila Nova de Gaia y ninguna en Oporto? —se interesa Mónica.

—*Boa pregunta*, querida señorita. Uno de los motivos es el clima. Aunque las dos ciudades están muy próximas, el viento y

la exposición solar hacen el lado de Gaia más frío y, por lo tanto, con mejores condiciones para mantener el vino. Además, hubo una razón *muito* poderosa —recalca teatralmente—. ¿Adivinan cuál? —Ante la ignorancia de la audiencia, Tiago deja en suspenso la pregunta, cargando de misterio la explicación, siempre adornada con su particular puesta en escena—. ¡*O dinheiro*, señoras y señores, ese caballero poderoso! En Vila Nova de Gaia, las bodegas no pagaban *impostos* porque históricamente el tributo sobre el alcohol se pagaba directamente al obispo, quien tenía *a sua* residencia en la ciudad de Oporto, al otro lado del río Duero. Así que Gaia se libraba de la carga al no estar bajo *a jurisdição do* representante eclesiástico. —De repente, la cuidada atmósfera se ve interrumpida por varios estornudos encadenados que hacen que las miradas se dirijan hacia Cito.

—¡Salud, caballero! —exclama Tiago con grandilocuencia, interrumpiendo la presentación.

Él se disculpa con timidez, saca un pañuelo de papel del bolsillo de la sudadera y se suena ruidosamente la nariz.

—¿Te encuentras mal? —le pregunta Mónica en voz baja—. Tienes ojeras.

Cito niega con la cabeza al tiempo que quita importancia a su malestar con un gesto de la mano.

Tras hacer un chascarrillo aludiendo a la temperatura de la bodega como la causa del supuesto catarro de Cito, el guía proporciona ahora algunos pormenores sobre la historia del establecimiento y las características de los diferentes vinos de la marca. Un hombre le pregunta si en la degustación con la que culminará la visita podrá probarlos todos. El guía hace una broma al respecto y Mónica, sonriente, se gira hacia su pareja para comentar la gracia, pero ahora es una mujer pelirroja quien se encuentra junto a ella. Mira a su alrededor. No lo ve. Deduce que le habrá llamado la atención alguna de las leyendas grabadas

en los barriles y se habrá quedado curioseando. Conoce bien el ramalazo cotilla de su chico, siempre husmeando por los rincones, como si fuera un niño descubriendo el mundo por primera vez.

La comitiva avanza encaminándose hacia otro sector de la bodega. Mónica teme que su pareja se extravíe en el laberinto de galerías, por eso se rezaga para echar un vistazo por los pasadizos laterales sin perder de vista al grupo, que se aleja. Acelera el paso para volver a unirse a él: si su despistado cónyuge se pierde el pequeño show del bueno de Tiago, allá él. Ya se encontrarán a la salida. El guía se detiene e indica a los turistas que lo rodeen. Hace un elegante movimiento con la capa para dar importancia a lo que se dispone a explicar. Tras mostrar cómo se produce la fermentación y el envejecimiento del vino, lleva al grupo a la sección de botellas históricas, última parte de la visita antes de iniciar la cata.

Ha transcurrido casi media hora y Cito no aparece. Mónica está a punto de llamarlo por teléfono, pero finalmente decide enviarle un mensaje para no interferir en la exposición del guía. «¿Dónde te has metido, amor?». Se queda durante unos instantes observando la pantalla, pero la señal de que el *whatsapp* ha llegado a su destinatario brilla por su ausencia. Recuerda ahora que él le comentó, al salir del hotel, haber olvidado cargar el móvil temiendo quedarse sin batería.

El embrujo enigmático que ha ambientado la visita cambia completamente al entrar en una sala con mesas altas y taburetes. La iluminación resulta ahora menos íntima y el eco misterioso de las cavas ha tornado en un ambiente más convencional. Una joven, ataviada como el guía, distribuye amablemente a los turistas en las mesas antes de ofrecer la degustación. Delante de cada visitante, cuatro copas vacías. Dos camareras, vestidas como la anterior, escancian los vinos al tiempo que se detienen en detallar la razón del color, sabor y cuerpo de cada uno de ellos.

Mónica vuelve a mirar la pantalla de su móvil. El mensaje sigue sin haber sido leído.

—¿Puedo retirarlas? —pregunta una de las muchachas, señalando las copas que están junto a las suyas.

—No, por favor. Estoy esperando a mi marido.

Le choca escucharse a sí misma llamar *marido* al que ha sido su novio hasta hace poco. Probablemente sea la primera vez que se refiere a él de esa manera.

Mientras el resto de turistas se concentra en los aromas de lo que van a beber, ella se retira unos pasos para llamar a Cito. Salta el buzón de voz. Le deja un mensaje instándolo a que le devuelva la llamada urgentemente. Va a su lugar en la mesa y echa un buen trago de la primera de las cuatro copas, ordenadas desde la que contiene el vino más joven a la de color más oscuro, que promete un caldo de más añada. Aunque ingerir algo de alcohol sabe que puede contribuir a calmarle los nervios, no continúa bebiendo: está empezando a dolerle la cabeza y teme que el alcohol acentúe la jaqueca.

Tiago se despide. El grupo lo premia con un aplauso y las personas que lo componen se dispersan. Mónica busca los baños con la mirada. Con paso raudo va hacia el servicio de hombres. Se asoma y echa un tímido vistazo al interior. Parece que no hay nadie. Distingue, además de los característicos urinarios, tres cabinas.

—¿Amor, estás aquí? —pregunta con un tono de voz bastante elevado.

Nadie responde. Se aparta para dejar entrar a un tipo más o menos de su edad que la mira de arriba abajo sin entender qué hace ella curioseando en el servicio de caballeros. Tras unos minutos, el joven vuelve a salir tras utilizar el excusado y le echa una última mirada.

Un empleado se dirige a Mónica. Le dice que ha llegado la hora de cierre y debe abandonar el lugar.

—No encuentro a mi marido.

La expresión del hombre indica no haberla entendido. Ella le explica la situación chapurreando en portugués y gesticulando con las manos. Entonces, él pide ayuda a una de las camareras, pues no consigue comprender lo que dice.

—Debe de haberse perdido en las cavas, mientras hacíamos la visita. O igual ha entrado en el baño y se ha mareado que-queee-dándose sin conocimiento —tartamudea, como suele hacer cuando se pone nerviosa, señalando el interior de los lavabos.

Después de escuchar la traducción de su compañera, el empleado entra a mirar e indica mediante gestos que no queda nadie allí dentro.

—En las cavas tampoco, señora —asegura la camarera. Que se dirijan a ella como *señora* le resulta tan extraño como llamar *marido* a su pareja.

Mónica, desconcertada, mira a su alrededor, con la esperanza de que con ese último vistazo pudiera vislumbrarlo en algún rincón.

—Señora, por favor, es la hora de cierre —insiste la empleada, mostrándole la salida.

—Sí, sí, perdone.

Ya en el exterior, se topa con la visión del río Duero frente a ella y la ciudad de Oporto al fondo, iluminada, aunque todavía no termina de anochecer. A su derecha, el puente de Don Luis I, por el que hace algo más de dos horas cruzó con Cito para ir a Vila Nova de Gaia y realizar la visita a las bodegas. El ambiente no puede estar más animado. Aunque algunas nubes cubren el cielo, la temperatura resulta confortable, lo que favorece que las calles se encuentren repletas de gente, en su mayoría turistas que pasean o se acomodan en las terrazas de bares y restaurantes. Mónica siente una desagradable sensación de desamparo. Vuelve a intentar contactar con Cito, pero sigue sin poder localizarlo. Estaba resfriado, tal vez incubando una gripe. Puede que se

encontrara mal y se fuera a descansar, aunque lo lógico sería que la hubiera avisado. O tal vez no quería aguarle la visita a la bodega y se marchó discretamente. Llama al hotel y pregunta si le han dejado algún mensaje. Ante la negativa, pide que le pasen con la habitación, convencida de que la está esperando allí. La operadora le comunica que nadie responde. «Soy gilipollas. Si estuviera en el hotel, habría cargado el teléfono y ya se habría puesto en contacto conmigo», piensa al colgar. La confusión hace que permanezca paralizada en medio de la avenida, clavada en el suelo, sin saber qué hacer. Como si hubiera sido teletransportada a ese lugar extraño por alguna misteriosa razón. Sus pensamientos, al contrario que su cuerpo, fluyen a gran velocidad. Surgen, una tras otra, hipótesis de lo que puede haber ocurrido. Finalmente, llega a la conclusión de que lo más sencillo suele ser lo más probable. Tal vez le quiera dar una sorpresa. Sí, seguro que ha ido a comprar algo y se presenta en la habitación con un regalito. Al fin y al cabo, están de luna de miel y él es muy dado a hacer esas cosas. Ya le dijo en el avión que se iba a volcar en que este viaje fuera inolvidable para ambos.

Para un taxi. Le da la dirección y el conductor inicia el recorrido. Ella baja la ventanilla. Necesita que la envuelva el ruido de la ciudad y que el aire le acaricie la cara. Aunque su mirada se detiene en los comercios y cafés del centro de Oporto, su cabeza se halla en otro lugar. De pronto, empieza a enfadarse. Suponiendo que quisiera sorprenderla con algo especial podría haberlo hecho de otra manera. Desde luego, desaparecer de repente sin decir nada era la peor de las opciones.

El coche se detiene junto al Liberdade, el pequeño hotel boutique donde se alojan, en la rua das Flores. Una extraña sensación la invade al entrar en el vestíbulo. La relajada música ambiental contrasta con su tormenta interior. Mientras espera el ascensor, dirige su mirada a las personas que en ese momento acceden al hotel, siempre con la esperanza de verlo aparecer.

Toma el ascensor y, aunque su habitación se encuentra en el segundo piso, el corto viaje se le hace interminable. Abre la puerta del cuarto y constata que Cito no está. Enciende la luz y hace una panorámica visual en busca de alguna nota escrita por él explicando la razón de su ausencia. Nada. Todo está exactamente igual que cuando ambos salieron para visitar la ciudad. La jaqueca no la deja pensar con claridad. Abre el cajón de una de las mesillas para sacar el saquito azul aguamarina en el que guarda los medicamentos y busca un analgésico. Junto a la bolsita, el pasaporte de ella. Se queda un momento mirándolo antes de tomar la pastilla acompañada de un trago de agua del botellín que acaba de abrir.

Son casi las nueve de la noche. Empieza a preocuparse seriamente al ver que es ya la hora de la cena y él no aparece. Se tumba en la cama para esperar el efecto del calmante. De pronto, nota el cansancio. Haberse despertado a las cuatro de la mañana para llegar a tiempo al aeropuerto en Madrid, llevar haciendo turismo todo el día y esta situación tan rara le están pasando factura. Cierra los ojos. Al rato los abre. Endereza sus gafas para colocárselas correctamente sobre la nariz y mira el reloj. Se sorprende al constatar que pasan cinco minutos de la medianoche. Ha debido de quedarse dormida. En la pantalla del móvil, un escueto mensaje de su abuela preguntando si han llegado bien. Siempre que Mónica hace un viaje insiste en que se ponga en contacto con ella cuando se haya instalado en su destino, pero esta vez, con lo ocurrido, olvidó hacerlo. Aunque es tarde, piensa en hacerle una llamada ya que la comunicación con Pilarín a través de mensajes resulta complicada: por más que la anciana haga esfuerzos en apañarse con el WhatsApp, no acaba de desenvolverse con soltura en el mundo digital. Además, se vería en la disyuntiva de tener que contarle la extraña situación por la que está pasando. Se decanta por escribir que todo está en orden y le envía muchos besos de parte de los dos.

La jaqueca ha remitido. Se incorpora y va hacia el cuarto de baño. Mientras se lava las manos se pregunta qué es lo que debería hacer ahora, sin encontrar la respuesta. Se mira a los ojos en el espejo, esperando que la brillante inspectora Rojo aclare a Mónica cómo tiene que actuar.

Capítulo 2

La una y diez de la madrugada. Está lloviendo y la temperatura ha bajado varios grados. El taxi acaba de dejar a Mónica Rojo en la comisaría de Vila Nova de Gaia. A pesar de hallarse a poco más de diez minutos en coche de su hotel y a espaldas de la zona de bodegas, el inmueble se encuentra en un barrio que en nada se parece a la zona turística de la ciudad. Es algo que siempre le ha llamado la atención en las poblaciones de mediano o gran tamaño: una simple calle sirve de frontera para separar ambientes radicalmente distintos. Ambientes bien diferenciados por el tipo de delitos que se cometen, bien lo sabe ella por su experiencia como representante de la ley.

El centro policial se halla en un viejo edificio de dos plantas que se le antoja más parecido a un colegio o a un inmueble de oficinas que a una comisaría. No es que la sede de la suya en Madrid fuera exactamente un búnker, pero al menos poseía una apariencia lo suficientemente seria como para saber, nada más entrar, que allí ejercían su autoridad las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado.

Le sorprende que un viernes por la noche tan solo haya en la sala de espera una pareja joven y una mujer de algo más de cuarenta años. La poca afluencia de gente parece demostrar que Oporto es una ciudad segura y con poca delincuencia, tal y como a ella le constaba. Rara vez en su comisaría, o en cualquiera de las de Madrid, incluso a esas horas, hay tan poco movimiento.

Se sienta frente a la pareja. Tres asientos más allá se encuentra la mujer, que lleva su larga melena negra recogida en

una coleta y, por lo que parece, ha acudido sola a la comisaría. Le llama la atención esta última. Se pregunta qué habrá ido a denunciar, ya que, al contrario de la muchacha acompañada por el que parece su novio, se la ve llamativamente tranquila para haber tenido un percance. Normalmente, a esas horas intempestivas, la gente acude a un centro policial por algo lo suficientemente grave o importante para que se les note en su actitud. Sin embargo, ella mastica chicle y se recuesta distendidamente en la silla trasteando con el móvil, como si estuviera en la peluquería aguardando su turno.

Aunque Mónica no entiende bien lo que la chica explica a su pareja, se diría que le han robado el bolso en la calle. El muchacho intenta tranquilizarla, pero ella respira aceleradamente y cruza y descruza las piernas sin parar. Enseguida son llamados por el agente que se encuentra en el interior del despacho adyacente y Mónica se queda a solas con la mujer de la coleta. Esta juega a algo en su celular que emite sonidos y que, junto a los ruidillos que hace al masticar el chicle, ponen a Mónica más nerviosa de lo que ya está. Para calmarse, se levanta y pasea arriba y abajo mientras observa la pantalla de su móvil. Comprueba que Cito se conectó por última vez a las 18:26. Teóricamente todavía en el interior de Bodegas Sandeman. Se pregunta si en ese instante leyó algo que habría recibido, o intentó enviar un mensaje, tal vez a ella sin conseguirlo, por agotarse la batería.

Después de unos veinte minutos, el funcionario sale junto a la pareja. Los despide al tiempo que solicita a Mónica entrar en el pequeño despacho. Esta se levanta de inmediato, aunque le choca que no avise antes a la mujer de la coleta, ya que estaba allí antes que ella. Sin embargo, la tipa ni se inmuta, como si fuera parte del mobiliario de la comisaría, y continúa absorta en el juego sin siquiera levantar la vista de la pantalla. Rojo, que se había hecho

a la idea de seguir esperando, agradece para sus adentros que le haya tocado el turno antes de lo previsto.

Tras cerrar la puerta, el agente se ajusta el pantalón que ha descendido debajo de la prominente barriga, se acomoda detrás de la mesa e indica a Mónica que se siente al otro lado.

—*Como posso ajudá-la, senhora?* —Otra vez la dichosa palabreja, que suena en portugués igual que en español, y con la que se siente tan poco identificada.

—*Boa noite*, agente… Sousa —saluda tras leer el apellido del policía en la placa que lo identifica—. Perdone, soy espaaaa-pa-pañola y no sé hablar portugués.

—No se preocupe, hablo su idioma. Casi todos los portugueses nos defendemos en español, aunque eso no sea correspondido por ustedes —afirma con una media sonrisa no exenta de un asomo de crítica—. Y ahora, por favor, tranquilícese y cuénteme qué le ha ocurrido.

La cadencia de su voz y el gesto que Sousa ejecuta con las manos le hacen consciente de la agitación que ella debe de estar mostrando, por mucho que se esfuerce en disimularlo. Actúa como ella lo ha hecho tantas veces ejerciendo su trabajo con víctimas de cualquier tipo de delito: sosegándola para que esté en condiciones de explicar lo sucedido. Estar en el otro lado por primera vez en su vida le hace sentirse aún más desconcertada. Respira hondo, se presenta y le muestra su documentación. Le comenta que también es policía, y ejerce su profesión en una comisaría de Madrid, cosa que al hombre parece sorprenderlo, aunque prescinde de hacer comentario alguno. A continuación, hace una pausa para ordenar sus ideas y ofrecerle una narración clara y concisa. Sousa la escucha atentamente sin interrumpirla. Cuando termina su relato, él mira el reloj y se encoge de hombros.

—Verá, apenas han pasado unas horas desde lo que usted llama «la desaparición» de su esposo. Probablemente la telefoneará de un momento a otro con una explicación de lo más

simple. —El agente Sousa tiene en su mano derecha un bolígrafo al que da vueltas continuamente entre los dedos. Mónica está a punto de decirle que lo deje de una puñetera vez sobre la mesa, pero se contiene—. Ustedes están de turismo *em uma nova cidade*. Tal vez se aburría en la visita guiada, se tomase unas copas y…

—De turismo no, de luna de miel —le corrige—. Además, él no bebe —puntualiza, intentando contener la ira que le provoca la pachorra del funcionario—. Lo conozco bien. Tiene que haberle ocurrido algo —afirma con seguridad.

El tal Sousa se queda mirándola en silencio, con ojos de conejo disecado. Tras unos instantes, se levanta de su asiento y vuelve a ajustarse el pantalón a la barriga.

—Espere un momento.

Deja por fin el bolígrafo, coge un celular que hay sobre la mesa y vuelve a los pocos minutos con gesto de circunstancias. Mónica lo mira con el alma en vilo, pensando que le va a transmitir una mala noticia.

—No consta que se haya localizado a nadie víctima de un incidente violento, atropello o de cualquier otro percance…, se dice *percance*, ¿verdad? —Mónica asiente y él se muestra orgulloso de su dominio del español—. Nadie, desde luego, con las características de su esposo. —Ella respira aliviada. Al menos, no hay noticia de una desgracia, tal y como se temía—. Le recomiendo que vuelva al hotel y le espere allí. *Eu posso imaginar o quanto está preocupada*, pero lo mejor es que mantenga la calma y procure descansar hasta mañana. Ya verá cómo no es tan grave la cosa como piensa —dice con el mismo tono con el que se dirigiría a una niña de diez años.

La condescendencia que detecta en Sousa la está irritando por momentos. Su actitud hace que se sienta como una pobre mujer a la que el marido toma «por el pito del sereno», como diría su yaya. A pesar de que el agente parece no estar por la labor de

formalizar la denuncia instándola a que vuelva cuando pasen al menos veinticuatro horas de la «supuesta» desaparición, Mónica piensa en exigirle que lo haga, pero al final cambia de idea. Su convencimiento de que el muy imbécil no va a mover un dedo y de que se limitará a archivar el documento es total. Así que prefiere emplear el tiempo haciendo algo más práctico.

Sale del despacho del inútil de Sousa, da las buenas noches a la mujer que sigue en la sala de espera jugando al Candy Crush o lo que quiera sea el exasperante jueguecito, y abandona la comisaría.

Ha dejado de llover. Apenas se ve a nadie en la calle. El silencio le sirve de bálsamo para aplacar tantas emociones seguidas. A lo lejos ve la luz verde de un taxi libre que se aproxima. Agotada, lo detiene para dirigirse hacia el hotel. Por el camino, divisa a través de la ventanilla la parte trasera de las Bodegas Sandeman. El *Don* alzándose desde el techo con la capa y el sombrero de ala ancha le provoca un desagradable malestar en el estómago.

Capítulo 3

—No, Pablo, no está en ningún sitio. He ido llamando uno por uno a todos los hospitales de Oporto y nada. Es como si hubiera sido abducido por un ovni.

Mónica se desplaza a grandes zancadas de un lado a otro de la habitación como si estuviera encerrada en una celda. Habla a través de los cascos inalámbricos. Al otro lado de la línea, su superior en Madrid, el inspector jefe Antúnez.

—Sí, sí, por favor…, claro, claro, estoy constantemente pendiente del teléfono…, vale, dime algo en cuanto puedas. Y perdona que te haya molestado un sábado a estas horas… Gracias, Pablo.

Finaliza la llamada y va hacia la ventana, por la que puede ver la céntrica rua das Flores. Son las nueve y veinte de la mañana. Los comercios empiezan a abrir sus puertas y la calle a llenarse de gente con paraguas abiertos para protegerse de la fina pero pertinaz lluvia. Apenas ha dormido un par de horas. Lamenta no haberse puesto el pijama ya que meterse vestida en la cama le ha impedido descansar en condiciones. Le arden los ojos. Se sube las gafas y se masajea los párpados. Abre completamente las cortinas para que la luz natural penetre en el cuarto. Da unos pasos y se deja caer en la cama *king size* de la coqueta habitación. Una desagradable sensación de angustia se ha instalado en su cuerpo desde la tarde anterior. Ni siquiera el Lexatin ingerido en las últimas horas ha sido capaz de aliviar ese malestar. Abre el cajón de la mesilla para tomarse otra cápsula con el fin de conseguir calmar el desasosiego. Junto a la caja del

medicamento está la bolsa de gominolas que compraron antes de salir de Madrid. De pronto, se da cuenta de que no ha comido nada desde el almuerzo del día anterior. Aunque no tiene hambre, abre la bolsa de chuches y decide sustituir el bromazepam por dos de las golosinas. Piensa que esa no es forma de alimentarse y opta por bajar a desayunar, ya que la jornada va a ser larga y necesita estar bien nutrida.

El ascensor tarda en detenerse en su planta, así que prefiere bajar por las escaleras. Se sube la capucha de la parka para protegerse de la lluvia. Cruza la calle a paso ligero y entra en uno de los típicos obradores de *pastéis de nata*. Le apetece un ColaCao caliente, pero necesita estar espabilada, así que opta por un café bien cargado. Lo acompaña con un zumo de naranja natural y dos de los dulces típicos, que ingiere mecánicamente con la vista fija en los operarios que los están fabricando al otro lado de la barra. Paga y se dirige de nuevo al hotel. Justo cuando está abriendo la puerta de la habitación suena el móvil. El corazón le da un vuelco, esperando que sea Cito quien llama, pero en la pantalla aparece el nombre de Antúnez.

—Dime, Pablo —contesta, sin poder disimular su decepción.

—Acabo de hablar con mi colega en Oporto, el inspector Nuno Ferreira, y le he contado lo sucedido. Está de guardia durante el fin de semana. Dice que te pases cuanto antes por su comisaría para emprender las acciones pertinentes. Te tratará bien. Nos conocemos desde jóvenes. Estuvo una temporada en Madrid haciendo un curso y nos hicimos buenos amigos. Le ayudé a aprender español y le eché una mano en varios asuntos. Hace tiempo que no nos vemos, pero tengo buenos recuerdos de aquella época. —En su voz, Mónica detecta un punto de nostalgia—. Confía en él, es un tipo competente. Me ha asegurado que te va a acompañar en todo momento poniendo a tu disposición los medios necesarios para encontrar a Cito. Ah, y aunque yo estaré al tanto, mantenme al corriente de todo.

Le proporciona la dirección donde debe acudir. Ella respira al constatar que se trata de una comisaría distinta a la que fue la noche anterior. No soportaría cruzarse de nuevo con el estúpido policía que la atendió.

Capítulo 4

Nuno Ferreira saluda a Mónica Rojo con rictus serio pero con un afectuoso apretón de manos. Este gesto, que ella percibe como lleno de empatía, suaviza la sensación de desamparo que la lleva acompañando desde que su pareja se esfumó sin dejar el mínimo rastro.

El despacho del inspector es amplio y soleado. La cuidada planta que luce en una esquina de la mesa y la foto enmarcada de él acompañado de una mujer y un niño de alrededor de diez años dan a su lugar de trabajo una calidez que ejerce en Mónica una especie de bálsamo reparador. Ferreira es un hombre de mediana edad, voluminoso, con el pelo blanco y una recortada barba del mismo color que le hacen aparentar mayor de lo que es. Una especie de Papá Noel vestido con traje y corbata. Sus ojos, de una tonalidad verde oscuro, y sus facciones equilibradas llevan a imaginar que fue un hombre atractivo antes de ganar los kilos que le sobran. Atractivo que, con el paso del tiempo, se ha transformado en una bonhomía que irradia confianza. Uno de esos hombres poseedores de una elegancia natural que, aunque se vistieran como pordioseros o no se arreglasen la barba, seguirían conservando un aspecto de lo más digno. Habla perfectamente el español. Solo la forma de pronunciar las eses y la característica musiquilla de su idioma materno delatan su procedencia. Le comenta a Mónica la simpatía que profesa hacia su jefe, lo mucho que lo admira como profesional y, tal y como le aseguró a ella Pablo Antúnez, hace hincapié en que hará todo lo que esté en su mano para clarificar la enigmática desaparición de su pareja.

—Se lo agradezco mucho, señor inspector.

—No es necesario emplear tanta formalidad, Mónica. Vamos a tutearnos, como decís en español.

—De acuerdo —agradece ella.

Nuno Ferreira sonríe mostrando unos dientes sanos y perfectamente alineados. Se toma unos momentos antes de comenzar con las preguntas, esforzándose por lograr un acercamiento que haga sentir cómoda a Mónica dentro de las desagradables circunstancias.

—¿De quién fue la idea de pasar la luna de miel en Oporto?

—Fue él quien lo propuso. Yo prefería Londres, ya que me hacía ilusión conocer la ciudad y ver allí algún musical. Así que, en lugar de elegir, decidimos combinar los dos destinos.

—¿Tenía él alguna razón especial para querer venir a Oporto?

—Fuimos a Lisboa de vacaciones hace un par de años y disfrutamos mucho de la ciudad y alrededores, así que le apetecía seguir conociendo Portugal. El plan era estar aquí unos días y después tomar un avión para pasar en Londres una semana más.

—Ya… Me gustaría saber si últimamente detectaste algo extraño en el comportamiento de Yulian.

A ella le cuesta unos segundos asimilar que se está refiriendo a su pareja por su nombre de pila pronunciado al modo portugués en lugar de por el apelativo por el que su entorno lo conoce.

—En absoluto —afirma con aplomo.

—¿Sabías si tenía motivos para ocultarse de alguien?

—¿Por qué razón iba a tenerlos?

—No lo sé… Tal vez tuviera deudas importantes. Cualquier persona en una situación límite puede obrar de forma inesperada. —Ella niega con la cabeza, tras costarle digerir lo que acaba de escuchar—. ¿Estás segura?

—Desde luego. Al menos que yo sepa. —Mónica, inconscientemente, empieza a morderse el dedo pulgar.

—Exacto, que tú sepas… —remarca—. Perdona, sé que son preguntas incómodas, pero no me queda más remedio que hacértelas para intentar ir en la dirección correcta. —Ella espera en silencio la continuación del interrogatorio—. ¿No recuerdas nada que te chocase antes de salir de Madrid? —Ante la expresión de desconcierto de Mónica, Ferreira se detiene en buscar ejemplos—. No sé…, alguien desconocido que se pusiera en contacto con tu esposo a través de su celular, un cambio en sus hábitos, alguna reacción que te llamase la atención por lo inusual… —Mónica vuelve a negar, taxativa, con la cabeza—. Piénsalo bien. A veces llevamos tanto tiempo con nuestro cónyuge que pasamos por alto detalles que pueden ser clave en la investigación de lo que nos ocupa. *Pequenas coisas* que, si las hilamos y las relacionamos entre sí, nos pueden llevar a desenredar el ovillo.

Ella, nerviosa, se revuelve en la butaca.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que haya podido pasarle?

—Verás… —Se detiene unos segundos antes de continuar, como si quisiera ser extremadamente cuidadoso con las palabras —. Sé que lo que te voy a decir es complicado de asumir, pero todo parece indicar que ha desaparecido voluntariamente.

—Eso es imposible —afirma Mónica, con contundencia.

—Comprendo que te parezca absurdo, pero créeme que no es la primera vez que sucede algo como lo que estás viviendo. Llevé hace tiempo el caso de un hombre que tenía que recoger a su hijo en el colegio y nunca llegó. Su esposa intentó dar con él de todas las maneras posibles, pero había desaparecido misteriosamente. Llegamos a pensar que fue asesinado y que habían ocultado su cadáver. —El gesto preocupado de Mónica hace reaccionar al inspector—. No quiero insinuar que algo así le haya sucedido a Yulian, por supuesto. En ese caso tampoco había motivos para pensarlo, pero dado que pasaba el tiempo terminamos por llegar a esa conclusión. Meses después, ¿cómo decís vosotros?… Ah, sí…,

se destapó el pastel. Resulta que se había ido a vivir a Alemania junto a otra mujer y la hija que había tenido con esta años antes de casarse con la actual. Nadie de su entorno tenía noticia de esa otra familia. Como en tu caso, no existía indicador alguno que llevara a sospechar de esa doble vida. Las personas somos como los icebergs: solo mostramos una mínima parte de nuestra realidad.

—Unas más que otras.

—No entiendo…

—Que Cito…, quiero decir…, Julián y yo nos conocemos desde que éramos prácticamente unos niños. En nuestro caso, lo que cuentas es sencillamente inverosímil.

—Supongo que habéis venido con el pasaporte, ya que se requiere para entrar en el Reino Unido.

—Sí, claro.

—¿Los dejasteis en el hotel antes de salir a las bodegas?

—Yo sí, pero creo que él lo llevaba encima. En cualquier caso, ¿eso qué tiene que ver con…?

—Simplemente estoy especulando —le corta—. Lo que quiero decir es que han podido suceder muchas cosas.

—Pero ninguna en la dirección que sugieres, estoy segura.

—Te sorprendería la habilidad de algunas personas para elaborar mentiras verosímiles —sentencia al fin el inspector.

La frase hace que Mónica reaccione levantándose de la silla, como si se le hubiera disparado un resorte. Está decepcionada. Las esperanzas depositadas en el colega de Antúnez se han hecho añicos. «Otro que no quiere molestarse en buscarlo», piensa.

Da unos pasos de un lado a otro del despacho. Intenta rebatir con más argumentos la teoría del inspector, pero el estómago revuelto le impide pensar con claridad.

—Necesito ir al baño.

El inspector la acompaña hasta la puerta y le indica dónde se encuentran los aseos. Ella agradece que estén a apenas unos

metros del despacho. Aun así, le cuesta un triunfo llegar con paso digno. Una vez dentro, corre hasta meterse en una cabina y cierra la puerta con el pestillo. La teoría de Ferreira le da vueltas en la cabeza provocándole una arcada que no puede reprimir. Tras vomitar hasta la última brizna del contenido de sus tripas, se sienta en el suelo, con la cabeza baja entre las piernas, e intenta poner en orden sus pensamientos.

Capítulo 5

—¡No te vayas! —Mónica se incorpora en la cama, sobresaltada, en ese estado en el que se acaba de salir de un sueño profundo para entrar de golpe en la realidad.

Tras unos segundos se percata de que es el sonido del móvil lo que la ha sacado del profundo sopor. Al principio, cree hallarse en su casa de Madrid. Le cuesta unos instantes ser consciente de seguir en Oporto, en la habitación del hotel en la que también debería estar Cito. En medio de la confusión no termina de asumir que se encuentra sola, aunque sea ya la cuarta noche sin noticias de su pareja. La sensación es la misma que cuando ambos se han ido a la cama después de una bronca y se despierta a su lado con un regusto de soledad acompañada que, hasta ahora, pensaba era la peor de las soledades. Hasta ahora.

Su nariz está congestionada por lo que parece una gripe incipiente y la febrícula le hace sudar, aunque la temperatura del cuarto resulte confortable. La cabeza le pesa, como si toda la sangre se hubiera desplazado a esa parte del cuerpo. El teléfono suena varias veces, pero el atontamiento le impide detectar de dónde procede el sonido. Al fin, localiza el terminal debajo de la almohada. Son las siete de la mañana. Calcula que apenas ha dormido una hora, ya que la última vez que miró el reloj faltaban veinte minutos para las seis. El nombre de Nuno Ferreira aparece en la pantalla.

—Mónica…

Ante el silencio del inspector, solo enturbiado por un leve carraspeo, ella responde.

—¿Sí?

—Verás, se acaba de encontrar el cadáver de un hombre indocumentado con las características de tu marido a orillas del río, bastante cerca de donde desapareció.

Ferreira adereza la contundente noticia con un tono de voz reposado, intentando no cargar las tintas.

—¿Cómo? —farfulla ella, aún medio dormida, y sin terminar de entender el mensaje de su colega.

—No estamos seguros porque tiene la cabeza algo desfigurada, pero por la ropa que nos comentaste que vestía y demás datos suministrados por ti tal vez podría tratarse de él, aunque, insisto, podría ser otra persona con ciertas similitudes. *Eu preciso*, por favor, que vengas lo antes posible para salir de dudas y realizar, si procede, la identificación.

Siente una punzada entre las costillas. De golpe se han reconectado sus circuitos cerebrales. Una avalancha de sensaciones incontrolables la ha dejado paralizada. ¿En qué estado lo han encontrado?, ¿ha sido una muerte violenta o se trata de un accidente?, ¿realmente la Policía no tiene la certeza, o planteando la duda sobre su identidad Ferreira ha querido suavizar el impacto? Todas estas cuestiones se amontonan en su mente. Quiere exponerlas, pero está tan noqueada que solo es capaz de pronunciar una palabra.

—Voy… —susurra, tras digerir la información.

Después de colgar, se queda petrificada, como si la delicada voz de Ferreira la hubiera congelado. Es incapaz de retirar la vista de la pantalla. Apenas puede moverse, ni siquiera respirar con normalidad. Cuerpo y cerebro entumecidos, incapaces de reaccionar. Las palabras que acaba de escuchar han destruido el tabú. Materializado lo que temía pero reiteradamente descartaba porque se negaba a aceptar semejante posibilidad. Hay cosas que solo cuando se verbalizan adquieren su verdadera dimensión. Y el inspector, aun esforzándose en mitigar lo que la comunicación

suministrada sugería, le ha propinado el más duro de los mazazos.

Capítulo 6

Nuno Ferreira espera a Mónica Rojo en la puerta de acceso al Instituto de Medicina Legal con el fin de ahorrarle la engorrosa tarea del papeleo burocrático y hacer más liviano, dentro de lo posible, el penoso trámite al que va a enfrentarse.

Apenas cruzan un par de frases. Ambos saben que cualquier cosa que se diga en estas circunstancias lo único que conseguiría sería dilatar lo que ambos desean acabe cuanto antes. En lugar de indicarle el camino, el inspector apoya suavemente la mano en el hombro de su colega española y la guía a través de las dependencias. Este gesto consigue transmitirle una cercanía que ella parece estar pidiendo a gritos.

Avanzan por un pasillo que a Mónica le parece interminable. Tiene la boca tan seca que necesita morderse las mejillas para segregar algo de saliva. La humedad que ha dejado la lluvia en el ambiente se le ha metido en los huesos. Al menos, el analgésico que ha tomado antes de salir del hotel ha aliviado el estado febril en el que se hallaba. Se sube el cuello de la parka para entrar en calor y dejar de tiritar. Se diría que está en una calle nevada a varios grados bajo cero en lugar del interior de un edificio. Tiene las fosas nasales obstruidas, pero, aun así, percibe el potente olor de los compuestos utilizados en las autopsias.

El corazón se le acelera cuando entran en la estancia donde se encuentra el cadáver. Duarte Rodrigues, el forense, es un hombre fornido con más aspecto de culturista que de licenciado en Medicina, aunque la bata blanca y las gafas consiguen darle un aire más acorde con su oficio. Siguiendo las instrucciones del

inspector, Rodrigues muestra a Mónica un recipiente rectangular en el que se han introducido varias prendas, cada una de ellas dentro de una bolsa de plástico. Tanto la sudadera gris como el pantalón vaquero están manchados de barro.

—Creo que son suyos, sí… —afirma ella con un hilo de voz.

Ferreira, percatándose de su estado, le acerca una silla. Mónica se sienta, agacha la cabeza y se cubre la cara con las manos. El forense carraspea y expone sus conclusiones.

—Por la forma como *o corpo foi encontrado*, en principio pensamos que la muerte podría haber sido consecuencia de una mala caída o de un ataque al corazón que le hizo desplomarse. De ahí la fuerte contusión en la cabeza. Sin embargo, las señales de arrastre que aparecen en la espalda conducen a pensar que el óbito se produjo en otro lugar y posteriormente fue trasladado. Esto nos lleva a sospechar que podríamos estar ante la víctima de un crimen. Cuando se lleve a cabo la autopsia, tendremos más datos.

Tras unos segundos, Mónica levanta la cabeza.

—¿Un crimen? —repite sin querer dar crédito a lo escuchado.

—En cualquier caso, una muerte en extrañas circunstancias. Tal vez un *assalto* con violencia. Eso explicaría que no llevara encima documentación, dinero, tarjetas de crédito o celular —aclara Ferreira.

El atronador silencio que ahora se apodera de la sala hace elocuente la gravedad de la situación. Tras unos instantes, el inspector señala la mesa de disección para que el forense levante la cobertura que cubre el cuerpo de pies a cabeza. Inmediatamente después, ayuda a Mónica a ponerse en pie para poder efectuar el reconocimiento visual. Esta rompe a llorar compulsivamente al ver el cadáver. Abre la boca intentando inspirar grandes bocanadas de aire, como si se estuviera acabando el oxígeno. La hiperventilación la obliga a sentarse de nuevo. Por fin consigue hablar.

—No es él —asegura.

—¿Cómo? —pregunta un sorprendido Ferreira.

—Ese hombre no es Cito —dice entre sollozos entrecortados en los que se mezcla la confusión, la tensión nerviosa soportada y, especialmente, el alivio.

—La ropa, entonces… —Ferreira indica con la mano la caja previamente mostrada por el forense.

Mónica respira profundamente varias veces. Algo más calmada, se incorpora y se desplaza para volver a observar las prendas con atención.

—No, no es suya. Me había parecido del mismo color, pero esta sudadera es más clara que la que él llevaba puesta. El barro me ha confundido, lo siento… Y los pantalones…, yo qué sé…, como los vaqueros son todos tan parecidos…, estoy hecha un lío…, yo…, yo…, yo…

Quiere seguir hablando, pero un oscuro telón cae delante de ella, nublándole la vista.

Capítulo 7

Apenas ha amanecido y Tonho prepara su *rabelo* en el Puerto de Ribeira para, como cada día, recorrer con los turistas la ruta de los seis puentes a lo largo del Duero. Aunque la embarcación pertenece a la compañía Cruzeiros Fluviais, la mima como si fuera suya. Hoy se toma más tiempo del habitual, ya que el río ha estado especialmente revuelto durante los últimos días y los *rabelos* se llenan de agua. Evacuarlo es lo que más tiempo le ocupa, así que hoy ha madrugado más que nunca. Aunque está acostumbrado a que la navegación a lo largo del río se vea afectada por el oleaje y las corrientes del Atlántico, durante los últimos días esta ha sido especialmente compleja. Dicen que en las mareas influye el cambio climático, aunque él no se lo cree, pues viene observando este fenómeno desde que empezó en el oficio.

La de Tonho es una de las características naves de madera que antaño transportaban barricas de vino desde el Alto Duero, donde se ubican las viñas, hasta el Cais de Gaia, el lugar donde se asentaron las bodegas. Y, aunque en la actualidad los camiones han sustituido a los *rabelos* para este fin, estos proporcionan a los turistas la posibilidad de dar un paseo por el río ofreciendo espectaculares vistas panorámicas tanto de Oporto como de Gaia.

En un rato, la embarcación de Tonho debe estar lista para el primer crucero del día. Hoy las aguas están tranquilas, los establecimientos comerciales todavía no han abierto y apenas nadie camina por las calles. El tono dorado del sol, que se manifiesta más y más brillante según transcurren los minutos, da

mayor relevancia a las casas de colores que salpican la zona. El silencio proporciona a la ciudad un ambiente casi mágico. Un escenario muy diferente al que habrá unas horas después cuando Oporto y Vila Nova de Gaia terminen de desperezarse y las terrazas y restaurantes se llenen de gente para saborear la gastronomía típica.

Las aguas quietas y el clima templado ponen de buen humor a Tonho. Le gusta el trabajo que lleva ejerciendo desde hace casi dos décadas, desde que su padre se jubiló y le dio el relevo, pero el panorama varía considerablemente si amenaza lluvia y las aguas se encabritan. Así que, aunque la jornada promete ser rutinaria, igual que todas las demás, las agradables condiciones meteorológicas hacen que su labor se presente considerablemente más agradable.

Todo parece tranquilo mientras limpia la cubierta del barco, hasta que algo llama su atención. El sol, que resplandece ya con fuerza, le deslumbra y le impide distinguir qué es lo que flota en el agua, a bastantes metros de la orilla, cerca del puente de Don Luis I. Parece un bulto de tamaño considerable, quizás un utensilio caído de alguna de las embarcaciones, o tal vez un animal muerto hinchado a causa de la putrefacción. La curiosidad lo lleva a desplazarse hasta popa para buscar los prismáticos y salir de dudas. Vuelve con ellos a proa a fin de divisar lo mejor posible el objeto. Enfoca las lentes para verlo con nitidez. Cuando lo consigue, le cuesta asimilar lo que divisa en la lejanía. Su piel, acartonada por tantas horas de sol y viento durante años, se arruga todavía más al fruncir el ceño en un esfuerzo por descifrar lo que flota en las aguas. Aunque no es capaz de apreciar si es un hombre o una mujer, está convencido de que se trata de un ser humano. Tras unos segundos sin saber qué hacer, da un grito para avisar a los compañeros que realizan su misma tarea en el resto de los *rabelos*. Los insta a observar la causa de su sorpresa. Se pasan los prismáticos unos a otros para corroborar lo que

parece un cadáver. De pronto, Martinho, el joven aprendiz que se encarga del repostaje de las embarcaciones, reclama la atención de sus colegas.

—*Eh! Un corpo mais* —asegura, después de hacer una panorámica con los gemelos.

Capítulo 8

El punzante dolor que siente en la frente ha hecho que Mónica Rojo despierte. Aunque casi es lo de menos comparado con el malestar general que siente en cada centímetro de su cuerpo. Los ojos le arden, supone que a causa de la fiebre. Se lleva la mano a la cabeza y nota un abultado chichón encima de la ceja izquierda. Mira a su alrededor y se da cuenta de que está tumbada en una camilla. Un fuerte olor a formol, al tiempo que la espabila, le provoca arcadas.

—¿Cómo estás?

El rostro del que proviene la pregunta empieza a adquirir definición. Tanto la voz como los rasgos le resultan familiares, aunque todavía no es capaz de situarlos en contexto.

—Bien —responde ella, automáticamente, aunque su aspecto y atontamiento delatan lo contrario.

—Me alegro, porque te caíste redonda, como decís en España.

—¿Cuándo ha sido eso? —pregunta, desorientada.

—Hace un par de horas. Demasiadas emociones y cansancio acumulado. Además, diste positivo en gripe A. Entre eso y el susto que te has llevado, te desmayaste. Delirabas y tenías bastante fiebre, así que te hicimos la prueba. Te he dejado dormir porque estabas agotada.

El peculiar acento portugués le resulta reconocible, pero hasta que no focaliza lo suficiente no logra averiguar de quién se trata. La figura de Nuno Ferreira, que ahora se le antoja más parecido que nunca a Papá Noel, surge ante sus ojos. Un Papá Noel con mascarilla.

—Habré contagiado a diestro y siniestro —susurra ella con voz pastosa.

El gesto interrogante de Ferreira muestra no haberla entendido.

—Que tendría que haber tenido más cuidado cuando comencé a notar los síntomas —aclara ella, haciendo esfuerzos por vocalizar.

El inspector se encoge de hombros quitando importancia a las posibles consecuencias.

—En tu lugar yo tampoco habría sido cauteloso. Bastante traumático es todo como para que se te hubiera ocurrido pensar en eso. Además, *eu sou forte como um touro* —bromea en portugués—. *Minha esposa e meu filho* la han pasado un par de veces y yo nada de nada —comenta con humor—. De todas formas, *é melhor* que te pongas esto.

Mónica toma la mascarilla y se la coloca lentamente.

—¿Dónde estoy? —pregunta desorientada.

—En una sala del Instituto de Medicina Legal.

Un agente de uniforme abre la puerta.

—*Senhor inspetor, poderia fazer o favor de vir conmigo?*

—*Eu estou indo agora, Sousa.*

Aunque ella no lleva puestas las gafas, guiña los ojos para fijarse en el policía, y comprueba que se trata del agente barrigón que la atendió cuando efectuó la primera denuncia.

—Enseguida vuelvo. Procura descansar —le desea Ferreira amablemente.

Sousa cede el paso al inspector, que abandona la estancia. Hace amago de seguirlo, pero finalmente se vuelve hacia Mónica y se queda parado, junto a la puerta. Parece que va a decir algo. Da la impresión de no estar seguro de cómo debe comportarse, pero al final se limita a mirarla durante unos instantes de una forma que ella no sabe cómo traducir, aunque diría, por su expresión cariacontecida, que se ha arrepentido de haberla

tratado de la forma que lo hizo. Probablemente, si hubiera conocido su situación y la relación que, a través de su jefe en Madrid, la acercaba a Ferreira, tal vez no habría obrado con la ligereza y condescendencia que tanto la cabreó. Por su parte, ella parpadea ligeramente y le dedica una de esas miradas que indican que ha sido visto, pero también que va a ser ignorado. Intuye que el tipo está a punto de pedirle disculpas, aunque seguramente piensa que hacerlo implica reconocer su error, por eso se limita a dibujar en sus labios una educada sonrisa y desaparece de su vista cerrando la puerta.

Se encuentra tan descolocada que tiene la sensación de que en lugar de horas hayan transcurrido varios días desde que llegó al Instituto de Medicina Legal. Echa un vistazo al reloj colgado en la pared, pero el segundero no se mueve, por lo que deduce que está estropeado o se ha quedado sin pila y nadie se ha molestado en reemplazarla. A pesar del amable deseo de Ferreira, le parece imposible relajarse tumbada en lo que parece una mesa de disección. Si no fuera porque en lugar del reposacabezas de acero inoxidable se apoya sobre una almohada, pensaría que estaba viviendo una pesadilla, esperando que de un momento a otro fueran a realizarle una autopsia como un cadáver más. Los azulejos verdes y el ambiente gélido fomentan aún más la desagradable sensación.

Mira a su alrededor. Se tranquiliza al comprobar que no hay nadie más en el cuarto. Nadie vivo ni, afortunadamente, muerto. Se trata de una pequeña habitación fría y desolada, pero diferente a la que estaba cuando le mostraron el cuerpo del supuesto Cito. Se lleva de nuevo la mano a la cabeza y emite un quejido al volver a rozar el chichón de la frente. Deduce haberse golpeado contra el suelo tras sufrir el mareo. Intenta recordar cuándo y cómo se desmayó, pero lo único que le viene a la mente es el rostro de aquel cadáver. Echa de menos sus gafas. Intenta incorporarse para ver si están en algún lugar de la habitación,

pero le fallan las fuerzas. Al fin, lo consigue. Da un repaso visual a la estancia, pero lo único que ve es una pequeña mesa con varios frascos encima. La cabeza le da vueltas y está tan agotada que prefiere volver a tumbarse. Ni siquiera puede pensar, como si el barullo que tiene en la mollera le hubiera desordenado las neuronas. Cerrar los ojos le produce cierto bienestar.

Cuando Ferreira regresa, vuelve a ser incapaz de calcular el tiempo transcurrido desde que él salió de allí junto al agente Sousa. El inspector le entrega las gafas que lleva en la mano. Ella hace un gesto de fastidio al verlas descuajeringadas y con una de las patillas partida.

—Lo siento, se rompieron cuando te caíste al perder el conocimiento.

—¿Qué ocurre? —pregunta Mónica al ver el rostro de preocupación del inspector.

—Pues que de repente pasamos meses sin ninguna incidencia de importancia y de pronto parece que llega el fin del mundo.

—En Madrid también nos pasa lo mismo —comenta ella, con complicidad de colegas y esperando a que le transmita información sobre lo sucedido, pero Ferreira no suelta prenda—. ¿Algo relevante? —pregunta, instándolo a hablar.

—Aparte de que nos están trayendo de cabeza dos cadáveres que ayer aparecieron flotando en el río… —Mónica se incorpora, alarmada, y Ferreira enseguida la calma—. Tienen rasgos inconfundiblemente africanos, así que ninguno de ellos es Yulian, tranquila. Pero hace unos minutos ha sucedido algo que sí te afecta directamente, bueno, a tu pareja. ¿Recuerdas si él llevaba un *pochete* cuando desapareció?

—¿Un *pochete*?

Ferreira busca en su teléfono la traducción al español.

—Una… ri-ño-ne-ra —aclara, tras encontrar la palabra equivalente.

—Sí, salimos del hotel cada uno con la suya. Las compramos en Madrid para ir más cómodos con las cosas básicas, ¿por qué?

Ferreira se queda mirándola con una expresión indescifrable. Después de unos instantes, toma su *walkie-talkie*.

—*Sousa, por favor, traga-me a pochete*. —Después se dirige hacia ella de nuevo—: La cuestión es que se ha encontrado lo que te voy a mostrar en un establecimiento muy cerca de Bodegas Sandeman. Todavía no he tenido acceso a la información detallada, pues han sido los agentes de la comisaría de Vila Nova de Gaia los que han acudido a atender la denuncia, pero parece ser que ha aparecido allí una riñonera, con material comprometido. Se la entregaron a uno de los camareros, pensando que alguien la había extraviado.

El agente Sousa da unos toquecitos en la puerta. Ferreira abre. El hombre le entrega dos bolsas precintadas y se retira. El inspector se acerca a Mónica y le muestra una de ellas.

—¿Te suena?

Aunque puede ver sin problema lo que le muestra, Rojo se coloca sobre la nariz lo que queda de sus gafas para contemplarlo con mayor nitidez. Tiene que bajarse la mascarilla para evitar que los cristales, milagrosamente intactos, se empañen. Su aspecto no puede ser más patético con el hematoma de la frente, el pelo rubio pegado al cuero cabelludo a causa del sudor, las ojeras y las lentes torcidas.

Reconoce la riñonera a primera vista, pero se la acerca a los ojos lo más que puede para observarla con detenimiento. Quiere evitar equivocarse, como ocurrió cuando le mostraron la ropa que vestía el cadáver no identificado.

—Es exactamente igual a la suya. Desde luego, si no lo es, se le parece mucho.

—La cuestión es que el camarero, al abrirla para ver si había un documento que pudiera permitir localizar a quien pertenecía, vio que contenía un *pequena carteira* con dos billetes de veinte

euros, algunas monedas, dos tarjetas de crédito y un celular. Hasta aquí, *tudo* normal. El problema es que había algo más… —dice él, al tiempo que le enseña la otra bolsa con los objetos mencionados. Mónica reconoce enseguida el teléfono móvil con la funda protectora, ilustrada con héroes de Marvel, y el resto de los enseres, salvo uno, que llama poderosamente su atención.

—¿Una pistola? —pregunta incrédula.

—Una Beretta de calibre seis treinta y cinco —detalla Ferreira—, un arma pequeña y muy manejable. Apenas ocupa la palma de una mano. Se han analizado las huellas dactilares y coinciden con las impresas en el resto de los objetos hallados en el *pochete*, quiero decir, la riñonera. ¿La reconoces?

—¡Claro que no!

—¿Él nunca ha tenido acceso o mostrado curiosidad por armas de fuego?

—Alguna vez me ha preguntado acerca de las características de la HK que llevamos los miembros del Cuerpo en España, pero de pasada. Desde luego, nada que me pareciera fuera de lo normal, más allá de la curiosidad lógica de una persona que convive con una policía.

—Lógica hasta cierto punto…, nadie de *minha* familia se interesa por la marca del arma que llevo.

Mónica tarda unos instantes en reaccionar. De pronto, se da cuenta de que Ferreira se dirige a ella en un tono diferente, más propio de un interrogatorio que de una conversación.

—Además, si hubiera llevado esa pistola, por muy pequeña que fuera, se la hubieran detectado en el avión.

—Bueno…, podría haberse hecho con ella estando en Oporto.

—¡Pero si habíamos llegado esa misma mañana y estuvimos todo el tiempo juntos!

—Han pasado días desde su desaparición y nos han notificado el hallazgo del *pochete* hace tan solo un rato. Pueden suceder cosas en ese lapso de *tempo*…

En la mente de Mónica Rojo comienzan a desfilar posibles hipótesis de lo que pudo ocurrir desde que Cito se esfumó. Especulaciones tan descabelladas como la realidad en la que lleva inmersa desde entonces.

—¿Dónde ha aparecido la riñonera?

—En La Casa Portuguesa do Pastel de Bacalhau.

Ella se queda unos segundos pensando.

—¿Es un sitio donde se puede comer y beber y además hay una pequeña biblioteca con alguien que toca el órgano?

—¿Estuvisteis allí?

—No, pero cuando preparábamos el viaje vimos fotos y leímos comentarios sobre ese local. Nos pareció peculiar y teníamos previsto visitarlo. De hecho, comentamos que podríamos ir después de salir de las bodegas.

—Entonces, ¿por qué no se te ocurrió intentar localizarlo allí? La Casa Portuguesa está a menos de cinco minutos a pie desde Sandeman.

Las palabras de Ferreira se le clavan, despertando ahora una culpabilidad que le hace daño. Abre mucho los ojos, como sorprendida por no haber caído en algo tan evidente.

—Debería haberme acercado por si acaso, es verdad, pero estaba tan desconcertada que ni se me pasó por la cabeza.

Ferreira la mira fijamente. Mónica detecta desconfianza en sus ojos. Como si estuviera intentando averiguar si ella le está proporcionando toda la información que posee o hay algo que oculta.

—Vamos a analizar detenidamente *tudo* lo encontrado en el *pochete*, especialmente el arma y el celular —dice, señalando las bolsas precintadas—. A ver si damos con alguna pista que nos pueda llevar a Yulian. En cuanto el juez lo autorice nos ponemos con ello. También le solicitaremos rastrear la ubicación del teléfono a partir del momento de su desaparición, y pediremos a Google imágenes de los alrededores de las bodegas desde que le

perdiste de vista hasta hoy. Ya sabes que los satélites del buscador lo fotografían todo continuamente. Bueno, esto último contando con que el juez también nos lo autorice, ya que solo nos deja meter tanto la nariz en casos muy especiales. —Tras observar la expresión decepcionada de Mónica, rectifica—: No pretendo decir que esta situación no lo sea, pero objetivamente no es más que el propietario de un arma de fuego que ha desaparecido.

—¿El propietario de un…? —deja en suspenso la pregunta, negándose a asumir lo que ello significa.

—Tan solo tengo la fotografía de Yulian que me enviaste cuando denunciaste su desaparición. —La expresión y el tono del inspector cambia de nuevo, volviendo a la cordialidad del principio—. Sería conveniente que me hicieras llegar varias imágenes de él: primeros planos, de medio cuerpo, generales…, ya sabes, todo lo que nos facilite identificarle. A ver si hay suerte y sacamos algo en claro. Te informaré de lo que vayamos averiguando.

—Gracias.

—Un coche patrulla te llevará al hotel.

—En cuanto esté allí hago una buena selección y te las envío.

—Quédate en la habitación y no salgas.

Aunque Ferreira le ha dicho esta frase con la suave voz que le caracteriza, Mónica se queda con la duda de si se trata de una recomendación para cuidarse y evitar contagiar la gripe, o de una orden con objeto de mantenerla localizada en todo momento, pero intuye que se trata más de esto último. Por otra parte, ignora la verdadera opinión que Ferreira tiene de ella. Entendería que pudiera desconfiar. Al fin y al cabo, las relaciones que uno tiene lo definen. Y ser la mujer de un sujeto al que persigue la Policía la pone en un lugar, cuando menos, espinoso.

Capítulo 9

En algún lugar de la casa, Sara Montiel canta «La violetera». Pilarín aparta del fuego el guiso de patatas con carne que está preparando y se dispone a buscar el aparato de donde proviene la música. Aunque la canción que su nieta le ha programado en el móvil como tono de llamada entrante suena con un volumen considerable, la anciana no logra encontrar el «dichoso cacharro», tal y como lo ha bautizado. Por fin aparece entre los cojines del sofá, pero la famosa tonadillera ha dejado de cantar el famoso tema.

Pilarín hace un gesto de fastidio y amaga con regresar a la cocina con el dispositivo en la mano. Sin embargo, es ahora el convencional y característico timbrazo del teléfono fijo lo que reclama su atención. La mesita del salón en el que está situado apenas se halla a unos pocos pasos de donde se encuentra, pero su caminar es lo bastante lento como para que tenga que sonar media docena de veces hasta que lo descuelga.

—Dígameeee.

—Yaya, soy yo, ¿no oías el móvil?

—¡Hija, qué alegría! No lo encontraba, mi vida, este chisme cada vez está en un sitio distinto… —dice, mirando con desprecio el terminal, que deja ahora sobre la mesita—. ¿Ya estáis aquí?

Aunque ha planificado lo que le va a decir y la forma de exponerlo, a Mónica le preocupa que detecte su inquietud. Su abuela la conoce lo suficiente como para que sea difícil engañarla. «Soy muy mayor, pero no una vieja chocha, y mucho menos tonta», suele decir. Y si algo no quiere, es que se percate de que

las cosas marchan mal. Ello alteraría su estado de ánimo y, por mucho que su salud sea razonablemente buena, tiene una edad en la que enterarse de lo sucedido podría afectarla demasiado.

—No, yaya. Seguimos en Oporto.

—¡Anda! ¿Y eso? Pensaba que ya estaríais en Inglaterra.

Mónica se muerde el pulgar al otro lado de la línea y procura dar a su voz un tono desenfadado concentrándose en que el tartamudeo no la delate. Lucha para que su derrumbe moral no le impida mantener las formas.

—Es que… nos está gustando tanto la ciudad que hemos decidido aplazar el vuelo.

—Pues hacéis bien, ¡qué coña! ¡A disfrutar de la vida, que sois jóvenes! ¿Os dan bien de comer por allí?

—Sí, muy bien.

—¿Cuándo tenéis pensado volver a Madrid?

—Todavía no lo sabemos. Puede que tardemos una semana más en llegar. Ya te iré diciendo. Al fin y al cabo, a Cito le queda todavía para empezar las clases y yo tengo vacaciones de sobra.

—Entonces no os veré a la vuelta.

—¿Y eso?

—Porque nos vamos Charo, Conchita y yo a Peñíscola con el Imserso dos semanas, ¿no te acuerdas, hija?

—Perdona, con tanto trajín lo había olvidado. —Hace una pausa para contener el llanto, que pugna por aparecer—. ¿Tú cómo estás, yaya? —pregunta a la vez que se limpia con el dorso de la mano dos lágrimas que le resbalan por las mejillas.

—Pues, cariño, me duele la pierna como siempre, pero no le hago caso, ¡que se fastidie! Ya dejará de darme la lata cuando le dé la gana, y si no, pues a aguantar, ¡qué remedio queda! Cuando vuelva de Peñíscola os prepararé las albóndigas que le gustan tanto a Juliancito. Y mientras las comemos, nos contamos los viajes.

Que su abuela siga nombrando a su pareja con el mismo diminutivo con el que lo llamaba de muchacho para distinguirlo de Julián, su padre y vecino de toda la vida, siempre le provoca una sonrisa no exenta de ternura.

Después de ponerla al corriente de los avatares del vecindario y contarle que el día anterior estuvo merendando tortitas con nata con sus amigas, Pilarín se despide de su nieta. Tras finalizar la llamada, recuerda que tiene que terminar el guiso de carne que ha dejado a medio hacer. Despacio, se dirige a la cocina olvidando, de nuevo, coger el móvil para llevárselo consigo.

Por su parte, Mónica, a casi seiscientos kilómetros de distancia, se levanta del sillón de la habitación para sacar un paquete de pañuelos de papel de la mesilla. Se suena la nariz y seca los regueros de lágrimas que se le escurren por ambas mejillas. Después, vuelve a sentarse y se dispone a hacer lo único que le es posible: esperar. Aunque es plenamente consciente de que, según pasan los días sin avances, la investigación comienza a tender a un punto muerto, se resiste a perder la esperanza. Ojalá supiera cómo emplear el tiempo para volver a percibir esa sensación de cotidianeidad segura y confortable que tanto echa de menos y que su yaya ahora le ha recordado. Una sensación incompatible con los fantasmas que la acechan entre las cuatro paredes del lugar que siente más como una celda que la habitación en la que iba a pasar su luna de miel.

Capítulo 10

En la Unidade de Perícia Tecnológica Informática, la agente Isabel da Silva y su superior, el inspector Clemente Andrade, clavan la vista en la pantalla del ordenador. Mónica Rojo, ya libre de gripe y sin la mascarilla protectora, aguarda al otro lado de la mesa los comentarios de los policías lusos.

Da Silva, a quien le sobran algunos kilos probablemente a causa de trabajar sentada durante la mayor parte del día, gira la pantalla hacia Mónica para que esta pueda tener acceso visual a lo que quieren mostrarle. La española mira alternativamente a ambos policías antes de analizar la información que suministra el ordenador. Repara en que Andrade tiene el rostro perlado de gotas de sudor y Da Silva lleva las mangas del uniforme remangadas a pesar de que la temperatura en la oficina no debe de sobrepasar los veinte grados. El acaloramiento de ambos contrasta con el destemple que ella siente, ya que no consigue desprenderse de esa sensación de frío que la acompaña desde que está en Oporto y que la hace añorar el clima seco de Madrid.

Espera algún comentario por parte de Andrade o de su subalterna antes de ponerse a leer el documento. Ambos la observan fijamente, con una seriedad que le incomoda. No sabe discernir si son miradas interrogantes o si destilan pena o condescendencia. Cualquiera de las dos opciones le molesta lo bastante como para rebullirse en la silla y retirar la mirada. No tiene ni idea de a qué obedece su presencia en la sección dedicada a delitos informáticos y ciberdelincuencia. Por más que lo preguntó cuando recibió la llamada de la agente Da Silva para

convocarla se topó con un denso silencio que la llevó a pensar que se trataba de algo verdaderamente grave. Al insistir, lo único que le dijo fue que ya se enteraría en su momento. Pensando que Ferreira le aclararía el motivo, se puso en contacto con él, pero tampoco la sacó de dudas alegando que el inspector Andrade y la agente Da Silva la pondrían al tanto de los pormenores.

En vista del silencio al que se aferran los representantes de la sección, Mónica se ajusta sus deterioradas gafas, apoya los antebrazos sobre la mesa y se dispone a leer la información que le muestran.

—Tómese el tiempo que necesite —interviene al fin Andrade.

Ella se enfrasca en analizar el documento. Le ocupa un buen rato examinar el copioso contenido. De vez en cuando, de forma inconsciente, niega con la cabeza, sin acabar de asimilar lo que ve. Una vez lo ha revisado, mira a Andrade estupefacta. Su expresión severa se suaviza por el destello de duda que emiten sus ojos. Multitud de preguntas se le pasan por la cabeza, pero está tan aturullada que no sabe por dónde empezar.

—Todo esto está en el celular de su marido, señora —afirma el inspector, dando a sus palabras la solidez que proporcionan los datos objetivos y con la viva arrogancia de quien está en posesión de la verdad—. ¿Puede aportar alguna información al respecto?

Mónica Rojo, aturdida por la cantidad de datos acumulados en el teléfono móvil de su pareja, ahora volcados en el ordenador, ni siquiera es capaz de reaccionar. Inconscientemente aprieta los puños y su rostro refleja una mezcla de desconcierto y desesperación. Su cortés mirada no se aparta del rostro del inspector Andrade, pero su pensamiento está tan claramente en otra parte que el hombre se da cuenta y vuelve a lanzar la pregunta.

—Mónica, sería importante que usted…

—No puede ser —asegura Rojo, interrumpiéndolo, sin terminar de dar crédito a lo que aparece ante sus ojos.

—Hemos analizado *tudo* minuciosamente y le podemos asegurar que el terminal *não é manipulado* —interviene ahora la agente Isabel da Silva.

A pesar de que, como era previsible, el teléfono móvil hallado dentro de la riñonera pertenecía a Cito, al igual que el resto de los objetos que había en su interior, Mónica se resiste a admitir esas pruebas, por muy determinantes que parezcan. Pero lo cierto es que, además de diálogos mantenidos con ella a través del WhatsApp, con sus compañeros profesores del instituto y con gente de su entorno, en otra aplicación aparecían comunicaciones con desconocidos lo suficientemente escalofriantes como para implicarlo en una grave actividad criminal. Sin embargo, el contenido de sus redes sociales, de sus documentos y del resto de sus archivos era tan normal como el que acumulan miles de personas en sus móviles. Esa mezcolanza de lo cotidiano y lo perverso la confundía aún más. Todo le parecía disparatado, pero a lo largo de su carrera se había topado con historias de lo más absurdas que resultaron ser ciertas. De hecho, solía desconfiar de testimonios en exceso lógicos o creíbles, en los que todo casaba, porque sabía que podían ser inventados. A estas alturas pensaba que pocas cosas la sorprenderían, pero lo que los policías le mostraban atestiguaba una doble vida que la dejaba perpleja. Le chocaba de manera especial la siniestra profesionalidad que parecía emanar de todo aquello.

—¿Desde cuándo existen estas comunicaciones? —pregunta Mónica al inspector Andrade.

—Los diálogos mantenidos con quienes se esconden bajo los *nicks* «Denver», «Petrus» y «Milos» comenzaron a establecerse el mismo día que ustedes llegaron a Oporto.

—¿Y anteriormente?

—En este terminal no aparece nada relacionado, pero posiblemente utilizaría otro para gestionar sus actividades.

—También puede haber borrado mensajes —incide la agente Da Silva.

—Si lo hubiera hecho, habría sido detectado por ustedes.

—Lo hemos intentado, pero seguro que sabe que si se han borrado de forma adecuada resulta imposible su recuperación —comenta Andrade.

Mónica se queda unos instantes pensativa con la vista fija en las uñas perfectamente cortadas del inspector.

—Él no tenía otro teléfono —asegura.

Andrade la mira, escéptico.

—Si lo utilizaba para esta actividad, es lógico que lo mantuviera en secreto, ¿no le parece?

Ella permanece en silencio. Ante su ausencia de comentarios, vuelve a intervenir el inspector.

—En cualquier caso, lo importante es que existen pruebas significativas de la implicación de su marido en la trama. Es factible que ocultase su verdadera identidad tras un *nick*, como parecen hacer los miembros de la organización.

El policía portugués ahora insiste en las supuestas actividades delictivas de Cito suministrando detalles de lo más escabrosos. A medida que proporciona la información, Mónica va metiéndose más y más en su mundo interior y cuestionándose cosas que jamás se le hubieran pasado por la cabeza. Es todo tan descabellado que siente la necesidad de pellizcarse con la esperanza de que va a despertarse de un momento a otro. Por desgracia, es plenamente consciente de su estado de vigilia, pero nada desearía más que amanecer en su cama de Madrid junto al Cito de siempre desgranando, con esa ilusión infantil tan característica de él, los detalles del nuevo muñeco de su colección de personajes de películas y cómics adquirido a uno de sus amigos frikis con idéntica afición. O presumiendo de su memoria privilegiada, capaz de recordar todos y cada uno de los números de teléfono de su familia y amigos. O contándole las

extravagancias de Nilde, el alumno de género no binario que tiene en clase. O quejándose medio en broma medio en serio del esfuerzo que debe emplear para que los estudiantes se centren en la materia sin que se distraigan con cualquier chorrada. Hablaba de su trabajo con una excitación que contagiaba a todo el mundo, aunque a veces la frustración por no haber conseguido trasladar a sus alumnos su pasión por las matemáticas le causaba cierto pesar melancólico que se reflejaba en sus ojos, acentuando esa peculiar caída de párpados tan suya. Ahora daría cualquier cosa por poder comunicarse con él con esa complicidad tan especial que se había generado entre ambos después de tanto tiempo, con sus bromas y su vocabulario íntimo. Con la ilusión de la promesa de seguir creciendo juntos, afianzada desde que empezaron a salir, cuando ambos eran adolescentes. Sin embargo, ahí estaba ella, en una ciudad extraña y más sola que nunca con un deseo irrefrenable de salir corriendo para huir de su propia vida. Esforzándose en tachar el patrimonio de recuerdos que formaban parte de ella tanto como la esencia misma de su ser. Intuía, según iba discurriendo su estancia en Oporto, que necesitaba hacerlo si quería seguir respirando. Tan hundida estaba en el dolor que era preciso desandar los pasos que la habían llevado hasta él.

Una pregunta directa proveniente de la agente Da Silva la saca de su ensoñación para volver a situarse en la realidad. Intenta disimular su falta de atención, pero Da Silva se percata de su distracción y la insta a centrarse. Mónica se disculpa. Ambos policías insisten en que piense si le suenan, aunque sea solo de pasada, los tres nombres con los que se supone que Cito intercambiaba información más que comprometida. Ella se detiene unos instantes para repasar mentalmente las personas que componen el círculo profesional y personal de Cito, pero los tales Denver, Petrus y Milos no le resultan familiares; es más, ni siquiera le suenan lo más mínimo.

—Créanme que me gustaría ayudarles aportando cualquier detalle que contribuyera a desenredar esta siniestra madeja y llegar al meollo de lo que está sucediendo, pero les aseguro que no tengo la más remota idea de lo que me están contando.

Los policías se miran entre ellos. Mónica ignora si la creen o si, por el contrario, piensan que está encubriendo a su pareja. Se esfuerza por encontrar una razón que pueda explicar que se trata de un macabro malentendido, pero lo que aparece en la pantalla es lo suficientemente elocuente como para implicar a Julián Clavería Méndez, nombre completo de su cónyuge, en varios delitos.

Las imágenes, mensajes y diversas pruebas extraídas del dispositivo son contundentes. Cuerpos desmembrados, vísceras en el interior de neveras especiales y diálogos mantenidos con diversas personas a través de esa extraña aplicación lo comprometen en lo que parece un negocio ilegal de tráfico de órganos. Hay también documentos en los que se certifica la compatibilidad del supuesto donante y la persona que va a ser receptora de cada uno de esos órganos. Por supuesto, siempre encubriendo sus verdaderas identidades al ser sustituidas por códigos. Sin lógica alguna, la mente de Mónica se ha puesto a especular cuánto pesarán cada uno de los corazones, riñones e hígados sanguinolentos que aparecen en la pantalla. La cantidad de kilos que pueden llevar cada una de las neveras y el tiempo que podrán resistir las vísceras ahí dentro. Se pregunta también cuánto pesaría una cabeza y si se podría transportar como cualquier otro órgano o habría que aplicarle condiciones especiales. Especulaciones absurdas cuyo único sentido es retardar lo máximo posible enfrentarse a otro tipo de cuestiones.

—Estamos intentando averiguar quiénes son los otros miembros de esta red criminal, pero parecen estar protegidos por seudónimos y se comunican a través de números imposibles de rastrear. No cabe duda de que se trata de gente profesional que

sabe muy bien lo que hace —puntualiza el inspector Andrade, quien mira a su subalterna, cediéndole el testigo.

—Exploramos la *dark web* para intentar encontrar una pista —continúa Da Silva—. Tal vez alguna dirección IP que no esté encriptada de manera efectiva, ya que ello permitiría hacer un rastreo que nos ayudara a llegar al fondo de la cuestión. A veces lo conseguimos, aunque es un reto complicado porque estos tipos son *muito* cuidadosos.

—Pero tiene que haber alguna forma de…

Andrade le corta, adivinando lo que Mónica va a decir a continuación.

—Por eso estamos aquí, señora, pero no resulta sencillo. Tenga en cuenta que utilizan navegadores como Tor para impedir ser identificados. ¿Sabe a qué corresponden las iniciales de Tor?

—The Onion Router, si no recuerdo mal —responde Mónica, demostrando que tiene alguna noción del tema.

—Exacto, veo que está usted bien informada.

—Aunque no me he especializado en la materia, me gusta estar al tanto de todo lo relacionado con mi trabajo —comenta Rojo.

—Como sabrá entonces, el logo de Tor es una cebolla, porque su misión es enmascarar en varias capas la dirección IP para conseguir el anonimato.

Todo lo dicho por el inspector Andrade resuena con contundencia en su mente a modo de látigo: red criminal, *dark web*, números imposibles de rastrear, seudónimos… Jamás habría pensado que estos conceptos iban a relacionarse con su pareja, pero lo que está ante ella parece determinante. Mueve la cabeza, incrédula. Si es lo que aparenta, ¿cómo es posible que haya conocido tan poco al que se ha convertido en su cónyuge? La sensación de haber pasado su vida junto a él como en un baile de máscaras se hace más y más profunda. Ni su trayectoria como policía ni su experiencia vital le habían servido para sospechar

que el hombre con quien compartía su vida era en realidad un monstruo.

Una característica de Cito era que siempre sonreía. Una sonrisa que parecía liberarlo de cualquier problema que existiera a su alrededor. Daba igual lo que contase o lo que le sucediera. Era como si una cuerdecita le levantase ligeramente los labios. Esa era su expresión habitual. Pero, de pronto, Mónica se da cuenta de que ahora es incapaz de recordar su rostro de esa manera, sino serio, muy serio. Como si alguien hubiera cortado los hilos que le proporcionaban su característico gesto. O una pátina de polvo hubiera difuminado su imagen hasta el punto de hacerla irreconocible. Percibe que sus recuerdos se están esfumando. Igual que cuando se intenta rememorar a personas fallecidas hace mucho tiempo y se es incapaz de recordar su voz o sus gestos. Algo semejante ocurría con su nombre. No sabe cómo llamarlo. Cito, Julián, Yulian, tal y como se refiere a él la Policía portuguesa…, es como si de repente se hubiera situado en alguna parte fuera de la vida, al menos fuera de la vida que ambos habían compartido, y el hecho de nombrarlo fuera antinatural. Solo han transcurrido unos días desde su desaparición, pero se diría que han pasado siglos. La información suministrada supone tal salto que no se atreve a llevar el problema al primer plano de su consciencia. Porque si algo tiene claro es que un cambio profundo se va a producir en su interior cuando lo haga.

Le gustaría ofrecer al inspector Andrade una explicación o argumentos que pudieran eximir a su pareja de todo aquello, pero su boca permanece cerrada. Como si temiera mencionar a otra persona que nada tiene que ver con la que ha estado junto a ella durante tanto tiempo. Como si, de golpe, él se hubiera convertido en un absoluto extraño.

Escucha a Andrade y a Da Silva proporcionar detalles técnicos de lo encontrado en el celular investigado. ¿Escuchar? No, no los escucha. Los oye hablar, pero le cuesta seguir el hilo de lo que

dicen. Y no porque no los entienda. Aunque hablen de un tema que no sea su especialidad y ambos mezclen español y portugués, comprende perfectamente su discurso. Simplemente, su mente está en otro lugar. Muy lejos de allí. Planteándose cómo gestionar emocionalmente lo que está ocurriendo, la forma en la que va a contar a su entorno personal una narración tan sórdida. Por fortuna, Pablo Antúnez, su jefe en Madrid, está al tanto del desarrollo de los acontecimientos y le ha trasladado su apoyo en todo momento mostrándole una comprensión que agradece sinceramente.

Han transcurrido ya varios días desde que Cito-Julián-Yulian tendría que estar con ella en Madrid. Las vacaciones de ambos están a punto de finalizar. En circunstancias normales, él estaría a punto de retomar su trabajo de profesor de matemáticas en el Instituto Isabel la Católica. No puede pasar mucho más tiempo mintiendo, poniendo excusas que justifiquen la anulación de su viaje a Londres y su permanencia en Oporto. Más pronto que tarde tendrá que decir la verdad. Hace mucho que había descubierto que la cruda realidad no es precisamente amable. Las malas noticias que, debido a su trabajo, había tenido que trasladar a familiares de víctimas de diferentes delitos la habían hecho muy consciente de su efecto. La verdad te perfora las tripas. Incluso callando los recientes hallazgos, contar a su familia y amigos que él se ha evaporado como en un truco de magia le resulta lo bastante duro como para dilatar la información. Pero ¿hasta cuándo?, ¿hasta que aparezca?, ¿o hasta que haya un desenlace que ponga punto final a la pesadilla? Porque, por muy trágico que este sea, siempre será mejor que la lenta tortura que lleva padeciendo desde que perdió de vista al amor de su vida en las bodegas. Y, lo peor, con la sensación de haberlo perdido no solo físicamente, sino en toda su extensión. Borrado de un plumazo, como si nunca hubiera existido. Al menos como ella lo conocía.

Una muerte es preferible a una desaparición. Aunque ella nunca tuvo que ocuparse de ninguno, recuerda algunos casos de niños, probablemente víctimas de trata, que se esfumaron sin dejar rastro. Perdidos en un limbo donde se borran los nombres. Estaba convencida de que esa era la mayor desgracia que puede suceder a una familia, una desdicha aún mayor que la de enfrentarse a un cadáver. Nunca imaginó que ella misma se vería en la situación de tener que constatarlo.

Intentaba pasar de puntillas sobre las palabras, como si racionándolas pudiera reducir el peso de su significado, pero al final se veía obligada a verbalizarlas para enfrentarse a ellas en toda su magnitud. Crimen. Desaparición. Muerte. Términos que planean sobre su cabeza como los cuervos acechan la carroña.

Capítulo 11

Nuno Ferreira escucha atentamente al forense Rodrigues. Permanece erguido, con la mascarilla puesta y con las manos metidas en los bolsillos. La visión de los cuerpos rescatados del río no parece afectarle lo más mínimo. Sin embargo, Mónica evita mirarlos fijando la vista en el trabajado bíceps del forense, que se le marca en la bata al accionar cuando habla. Para contrarrestar el olor a desinfectantes y podredumbre se presiona contra la nariz la mascarilla en un intento de filtrar el tufo. Rodrigues detalla siniestros pormenores de las autopsias, ya concluidas, con el mismo tono con el que contaría la rutina efectuada en el gimnasio o sus planes para el resto del día. La muerte concebida como un incidente cotidiano.

Rojo respira pausadamente intentando disimular la impresión que le provocan los cadáveres sobre las mesas de disección. Meros despojos que en algún momento fueron seres humanos con nombres, apellidos y un pasado pero que ahora es preciso hacer un verdadero esfuerzo para imaginarlos con vida.

Apoya las manos en el respaldo de una silla, como quien no quiere la cosa, procurando adoptar un aire natural. Se resiste a quedar como una floja delante de los dos profesionales. Aunque desearía sentarse, sigue en pie con el fin de demostrarse a sí misma y a sus colegas que está tan curtida como ellos. Intenta por todos los medios no hacer evidente el trago por el que está pasando, ya que sería un feo hacia Ferreira. Tiene bien presente que ser la pareja de alguien que está en busca y captura la pone en una situación comprometida. Que el inspector le permita

seguir de cerca la investigación denota una confianza que valora sinceramente. Gracias a la estrecha relación de Pablo Antúnez, su jefe en Madrid, con Ferreira, puede seguir de cerca todo lo relacionado con la desaparición de Cito y ser informada de las novedades que van surgiendo relacionadas con el caso. Todo ello la obliga a estar a la altura de las circunstancias. No obstante, hubiera preferido ahorrarse la reunión con el forense Rodrigues, ya que la presencia de los dos cadáveres la altera mucho más de lo que le gustaría, pero a estas alturas no puede ni debe permitirse blandenguería alguna.

—¿Alguien ha denunciado desapariciones de hombres de estas características? —pregunta al inspector, señalando los cuerpos con la mano pero sin dirigir la vista hacia los mismos. Aun con esa precaución y pese a no llevar las gafas, se le quedan en la retina los rostros amarillentos que le recuerdan a limones arrugados y a fetos conservados en formol. Caras con las cuencas de los ojos vacías acaban de imprimirse en su mente sin posibilidad de ser borradas. Lo peor es que intuye que aparecerán en sus pesadillas a modo de zombis con ansia de carne humana, como si su cerebro no estuviera ya bastante lleno de horrores.

—No. Tampoco tenemos constancia de denuncia por la desaparición del individuo que creíamos era Yulian. Y eso, como bien sabes, es poco habitual. Siempre hay alguien que te añora. —Mónica lee en la mirada que le dirige el inspector un gesto de empatía—. Es muy extraño que nadie haya acudido a la Policía a comunicar el hecho en ese caso ni en ninguno de estos —dice, señalando ambos cuerpos como si se trataran de maniquís—. Estamos especulando sobre si las muertes pudieran estar relacionadas. ¿Está ya completo el resultado de la autopsia de ese primer hombre, el que confundimos con Yulian?

—Lo tengo, sí —responde el forense, mientras se desplaza para recoger el informe que se halla sobre una mesa—. No fue el golpe en la cabeza lo que le provocó la muerte como al principio

creímos, sino una enorme cantidad de anestésico. Las señales de arrastre y los hematomas en las muñecas revelan que fue trasladado, ya fallecido, al lugar donde se le encontró, tal y como supuse cuando lo trajeron.

—¿Le faltaba algún órgano? —se interesa Mónica.

—No. Él, al contrario que estos dos, estaba intacto. La autopsia ha revelado que padecía un cáncer metastásico. Probablemente le habría quedado poco tiempo de vida de no haber muerto en esas circunstancias. Respecto a ellos —señala con la mano los cadáveres presentes en la sala con la misma indiferencia que Ferreira—, por su aspecto, el tamaño y la fusión de los huesos, y por la ausencia de cambios degenerativos, está claro que se trata de hombres jóvenes. En la veintena, incluso es probable que alguno de ellos fuera menor. Me aventuraría a decir que son de origen norteafricano.

—¿Y el tipo con cáncer? —pregunta Ferreira.

—Ese parecía de algo más edad y tenía rasgos occidentales. —Tras la respuesta, el forense vuelve a retomar la información—. Las pruebas toxicológicas realizadas revelan también restos de anestésico, la misma mezcla de sustancias que la que hallamos en el hombre con cáncer. Tal y como se podía ver a simple vista cuando llegaron los cuerpos, les extrajeron diferentes órganos. Exactamente, riñones, hígado, corazón, páncreas, intestino, pulmones y ojos. Un trabajo limpio realizado por un cirujano experto, no cabe duda.

Mónica, haciendo un esfuerzo por superar el rechazo que le provoca la visión de los cadáveres, se fija en los rostros deformados. Por suerte, la ausencia de gafas la libra de percibir con nitidez los detalles más escabrosos.

—¿En qué se basa para suponer que son africanos?

—*Não tenho a certeza*, pero aunque el agua ha deteriorado los rostros y cuerpos, sus características podrían llevarnos a esa conclusión. Además, hay un detalle *muito* curioso.

El forense muestra a Mónica el antebrazo de uno de los dos hombres.

—Es un tatuaje bastante común en Marruecos. Como me llamó la atención, he indagado al respecto. El tipo de tinta, el dibujo y la técnica empleada suelen ser habituales en ese país.

Venciendo sus reparos y conteniendo la respiración, Mónica acerca la cara al antebrazo para ver de cerca el tatuaje milagrosamente conservado en condiciones aceptables. Al menos lo suficiente como para distinguir lo grabado.

—Ibrahim —lee en voz alta la palabra tatuada.

—Es un nombre habitual en Marruecos. Pero lo más interesante es lo que hay dibujado debajo.

—Parece una mezquita… Hay una inscripción a continuación. Está escrita en árabe, ¿verdad?

—Así es. En portugués significa *vermelha*. Roja, en español.

Ferreira asimila la información suministrada por el forense.

—Podrían ser inmigrantes ilegales —especula.

—Ello explicaría que nadie haya denunciado las desapariciones —apunta Mónica.

El inspector asiente con la cabeza.

—¿Algo más que nos pudiera ser de utilidad?

—Es lo más relevante. En cualquier caso, todo está recogido en el informe —asegura Rodrigues, mientras cubre el cadáver.

Ferreira echa un vistazo a su reloj de pulsera.

—¿Vamos a almorzar?

—*Eu tenho muito trabalho* —responde el forense—. Voy a comer aquí lo que me he preparado en casa y después sigo con la faena. Además, así no voy al gimnasio muy tarde.

Mónica mira horrorizada las dos piezas de fruta y la fiambrera que están sobre la mesa rodeadas de pinzas anatómicas y tijeras de disección. Se imagina a Rodrigues sentado entre los cuerpos, comiendo el pollo con verduras o lo que quiera que contenga ese táper, mientras se entretiene consultando sus redes sociales.

—¿Y tú, Mónica?

Aunque el hecho de probar bocado en este momento le repugna, la insinuación de que la estancia en la sala ha llegado a su fin la anima lo suficiente como para considerar la invitación como la mejor de las opciones.

Capítulo 12

De camino al restaurante, y a instancias de Mónica, han parado en una óptica con el fin de sustituir las gafas que se rompieron. Puede desenvolverse sin ellas, pero le resulta incómoda la falta de nitidez con la que percibe objetos y caras. Además, el hecho de no llevarlas le impide pensar con claridad, como si las lentes tuvieran también la capacidad de ajustar correctamente las ideas.

Ya con gafas nuevas, algo más pesadas pero del mismo color turquesa y de forma similar a las que se descuajeringaron cuando se desmayó, Ferreira y ella llegan a Porto Finho, la casa de comidas preferida del inspector. Se trata de un restaurante sin artificios ni pretensiones, de esos que han conseguido la popularidad únicamente gracias a su sabrosa comida. Huele a guiso casero y la clientela es de lo más variado: ejecutivos, operarios de uniforme, familias e incluso algunos turistas.

Mientras esperan en la entrada para ser atendidos, a Mónica le choca ver a la gente charlar y relacionarse como si se tratara de un día cualquiera. Esa normalidad contrasta vivamente con el estado en el que ella se encuentra y le hace sentir aún más pesada la carga que lleva encima. El trajín de camareros tanto en la barra como en las mesas, el ruido de cubiertos y vajillas y la numerosa clientela hacen que el local sea bastante ruidoso, algo que no parece molestar a Ferreira. Mónica observa a un matrimonio, al fondo, que come mientras sus dos hijos pequeños gritan y se pelean. La madre reprende a uno de ellos por haberse manchado de zumo de naranja la camiseta. La forma que tiene de

regañar al crío le recuerda a su abuela cuando ella era niña y hacía una trastada. Todo es tan normal que le chirría. Como si acabara de llegar de otro planeta y se encontrase con seres que actúan sin lógica alguna. Esa cotidianeidad, que tanto contrasta con su situación actual, le parece a Rojo tan absurda como su presencia allí.

Un camarero vestido al estilo clásico con chaquetilla blanca y pajarita se aproxima sonriente y saluda a Ferreira con la familiaridad con la que se trata al cliente habitual. El empleado, tras dar la bienvenida al *senhor inspetor* los conduce hasta una agradable mesa junto a la cristalera y les pregunta qué desean beber. Mónica se decanta, como de costumbre, por una coca-cola y Ferreira por una cerveza sin alcohol.

Nada más sentarse, ella percibe por primera vez en el día una cierta relajación. La luminosidad del espacio, la vista de la estación de São Bento a través del ventanal e incluso el ruidoso ambiente le proporcionan un cierto confort que contribuye a alejar de su mente la pesada atmósfera que flotaba en el Instituto de Medicina Legal.

Enseguida regresa el hombre con las bebidas y les sugiere pedir la *francesinha*, «*o melhor do Porto, como bem sabe o senhor inspetor*», subraya, pelota. Aunque el contundente sándwich compuesto por carne de cerdo, lonchas de queso bañado en una espesa salsa de cerveza y tomate y coronado con un huevo frito no sea precisamente lo más adecuado para su estómago, ella accede a la recomendación, más que porque le apetezca, para no tener que mirar la carta y decidir. Al fin y al cabo, le resulta indiferente con qué llenar el estómago.

Una vez el camarero se ha retirado, Mónica apoya los codos sobre la mesa y se inclina hacia Ferreira, que está sentado frente a ella.

—¿Hay noticias sobre la ubicación de mi marido el día que desapareció?

—La señal del móvil se desvanece en las bodegas, aunque eso no es extraño, ya que el recinto carece de cobertura en el interior, como suele ocurrir en sótanos y en lugares de estas características.

—¿Y después?

—No vuelve a localizarse la posición *do* terminal hasta cuatro días más tarde. Entonces *é detectado* en La Casa Portuguesa y alrededores.

—¿Habéis accedido a las fotografías de Google?

—Aunque, tal y como me temía, el juez en principio se mostraba reacio a autorizar la petición, tras el hallazgo de los cadáveres y la posibilidad de que Yulian esté relacionado de alguna manera con lo sucedido, consideró haber motivo suficiente y nos ha concedido el permiso. No solo eso, también nos ha autorizado a solicitar a Google retirar el pixelado de las caras de la gente durante el tiempo necesario para la investigación. Aunque, después de realizar el engorroso proceso, la verdad es que para poco ha servido, porque en ningún momento se le ve salir de las bodegas.

—¿Cómo puede ser? —pregunta desconcertada—. Tendría que haber alguna de él entrando en La Casa Portuguesa, ya que supuestamente se dejó allí la riñonera…

—Tampoco es tan raro, si lo piensas bien. Sandeman y La Casa Portuguesa están junto al río, en la parte más visitada de Vila Nova de Gaia. Allí el ajetreo de gente es constante. Habría bastado con salir camuflado para pasar desapercibido entre un grupo, por ejemplo. Ten en cuenta que las imágenes que envía el satélite no están tomadas con lupa, precisamente.

Ella suspira decepcionada. Levanta ligeramente las gafas y se frota los ojos. Ferreira la observa en silencio.

—Mónica, ¿te encuentras bien?

Detesta que le haya hecho esa pregunta, ¿no era evidente cómo estaba? El dolor, la desesperanza y la incertidumbre le

corroían el alma. Se trataba de una pregunta de trámite que requería una respuesta en el mismo registro.

—Sí, no te preocupes.

Ferreira la mira intentando transmitirle empatía.

—¿Qué piensas hacer a partir de ahora? —Su tono invita a la confidencia. La pregunta la pilla por sorpresa. Sería sencilla de contestar en cualquier otro contexto, pero las actuales circunstancias la bloquean. Solo es capaz de mirar hacia su izquierda y posar la vista en el señorial edificio de São Bento. El inspector aguarda su reacción.

—No lo sé —dice, al fin, con un hilo de voz.

Ella misma se sorprende al escuchar sus propias palabras. Ni siquiera se había puesto a pensar seriamente en ello desde el comienzo de la pesadilla, pero la pregunta de su colega tiene todo el sentido. Debe tomar una decisión, pero la nostalgia la sujeta. Nostalgia. Ese sentimiento engañoso que tergiversa la realidad. Le cuesta aceptar que todo ha cambiado, que ya nada, absolutamente nada, es como hace tan solo unos pocos días. No puede seguir indefinidamente paralizada, por mucho que el tiempo transcurrido sin noticias del paradero de Cito y los extraños hallazgos que lo relacionan con la trama criminal le pesen como losas. Si al menos intuyera qué derrotero tomarán los acontecimientos podría asumir lo que viniera, pero nadie la había preparado para esto. Como policía la habían entrenado para tratar tanto a víctimas de delitos como a los responsables de estos. Incluso para lidiar con situaciones complejas como la negociación de rehenes. De hecho, la psicología ocupó una parte nada despreciable de su formación, pero no incluía cómo reaccionar ante la situación que estaba viviendo. Para ella, el amor y la verdad iban unidos, eran términos complementarios, amar era vivir en la verdad. Y ya no sabía qué era cierto o qué mentira, qué era realidad o ficción. Ahora todo se tambaleaba. Porque la vida que conocía se había acabado. En un abrir y cerrar

de ojos. Pero quedarse estancada no era una opción. Contempla el abanico de posibilidades, lo que podría hacer a partir de ahora, los caminos que se abren ante ella, pero lo único que ve son puertas cerradas. Porque, hasta hace tan solo unos días, pasara lo que pasase se veía con él, de la mano. Tras la boda, una nueva etapa se abría para los dos, pero, de golpe, el edificio construido entre ambos durante tantos años se había derrumbado. Y ahora ella, como si un meteorito hubiera caído sobre la Tierra dejándola sola en el planeta, se veía rodeada de cenizas que obstruían todos y cada uno de los caminos. Siente una gran opresión en el pecho, como si el corazón se le hubiese empequeñecido y le costase ejercer su función. El tiempo perdido, las esperanzas truncadas… Un torrente de autocompasión la invade. ¿Sería capaz de reconstruir su vida? Le gustaría encontrar en el fondo de sí misma un rincón de calma donde refugiarse de la angustia que siente, ordenar toda esa sentimentalidad deshilvanada. Hace esfuerzos por controlarse. Sabe que si deja aflorar el borbotón de sentimientos será incapaz de contener las lágrimas acumuladas. Se muerde las mejillas para que dejen de temblar, de «hacer pucheros», como diría su abuela. Aun así, pliegues de dolor se dibujan en los extremos de su boca. Cierra los ojos. Procura conservar la compostura y hablar sin desmoronarse. La llegada del camarero le da un respiro. Ferreira ahora se fija en las bebidas y las dos gigantescas *francesinhas* que el hombre les acaba de servir. Señala el plato de Mónica, animándola a dar buena cuenta del festín. Ella, mecánicamente, prueba una minúscula porción de su sándwich mientras él parte un generoso trozo del suyo y se lo lleva a la boca con deleite. Mira a Ferreira comiendo con evidente satisfacción. Envidia su apetito y el distanciamiento con el que asume su trabajo.

Apenas transcurren unos pocos minutos cuando suena el móvil del inspector. Este termina de masticar para evitar responder con

la boca llena. Se limpia con la servilleta el exceso de salsa que le mancha las comisuras de los labios y atiende la llamada.

—*Eu vou na delegacia*. Lo siento, Mónica, tengo que volver a comisaría. Entre unas cosas y otras últimamente tenemos una gran carga de trabajo —dice al tiempo que solicita con un gesto la cuenta al camarero.

—Yo me quedo un rato más.

Ferreira paga y se despide de Mónica. Esta contempla al inspector a través del ventanal hasta que desaparece de su vista, y se queda inmersa en sus pensamientos con la estación de São Bento al fondo.

Capítulo 13

El inspector Clemente Andrade departe con Nuno Ferreira en la Unidade de Perícia Tecnológica Informática. Ambos están sentados delante de una pantalla. El policía especializado parece explicar minuciosamente a su colega información relacionada con el caso. Este lo escucha atentamente sin apenas intervenir. Solo asiente de vez en cuando. Su rictus serio denota preocupación.

Mónica Rojo, a cierta distancia, observa la escena. Se encuentra en una sala contigua. La puerta de cristal que comunica las dos estancias le permite ver a los policías, pero no escucharlos. Desearía formar parte, aunque fuera pasiva, de la conversación que mantienen, pero el inspector le ha pedido que esperase allí.

Engulle una gominola tras otra y retuerce con los dedos un clínex convirtiéndolo en minúsculas bolitas de papel. Mejor eso que recorrerse de arriba abajo el cuarto como una leona enjaulada.

Por primera vez en su vida, en lugar de formar parte de la investigación de un caso, se encuentra al otro lado. Porque aunque ella sea tan ajena como cualquier otro ciudadano al grave asunto que mantiene en vilo a la Policía, su estrecha relación con el hombre al que se está buscando la sitúa en ese lugar. Por ello, el inspector Ferreira le ha impedido participar en la reunión con Andrade. Lo comprende. Ella en su lugar habría hecho lo mismo. El protocolo y la discreción no permiten que personas fuera del equipo de investigación intervengan en un proceso en el que existe información reservada. Y por mucho que forme parte de la

misma profesión, ella, la inspectora Mónica Rojo, ahora no es más que una simple testigo. Una testigo casada con el presunto responsable de quién sabe cuántas siniestras muertes.

Ya no le queda ningún dulce que masticar y el último clínex del paquete está hecho añicos. El suelo ha quedado lleno de bolitas blancas, como si hubiera nevado de improviso. La impaciencia ahora hace que Mónica cruce y descruce las piernas y se rebulla en la silla constantemente, pero sin quitar ojo de sus colegas. Por fin, Ferreira se despide de Andrade, quien se enfrasca en su labor frente al ordenador. El inspector se dirige hacia el cuarto donde Mónica se encuentra. Esta se pone en pie al verlo llegar.

—¿Hay aaalgo nuuu-nuevo? —pregunta sin poder evitar el tartamudeo.

—Siéntate, por favor. —El tono empleado por Ferreira denota que lo que va a decirle es importante. Ella obedece. El inspector toma otra silla, se sienta y se inclina, amistosamente, hacia ella —. Créeme que sé perfectamente por lo que estás pasando y me pongo en tu situación. —Su carraspeo y el acento portugués, ahora más marcado, hacen que el cuerpo de Mónica se tense esperando algo desagradable—. Precisamente por eso, lo más sensato es que regreses a Madrid. En Oporto no hay nada que puedas hacer. Yo estaré en estrecho contacto contigo y te pondré al corriente de lo que tengas que saber. Además, tus circunstancias son las que son, no te las tengo que explicar… Por eso me veo obligado a mantenerte alejada de las pesquisas que vayamos realizando. Lo entiendes, ¿verdad?

Su modo de hablar es pausado, reflexivo, dando a sus palabras el peso de una lógica que las hace incuestionables. El esfuerzo empleado en darles una sensatez que las haga menos duras no impide que Mónica las reciba como un puñetazo en el estómago.

Habría querido darle argumentos para que cambiara de opinión. Decirle que, sumando capacidades, por muy oscuro que

se presente el panorama, puede llegarse a ver la luz. Convencerlo de que su experiencia como policía puede ser de utilidad. Que su intuición nunca le ha fallado. Que pondría toda su energía en ayudar a resolver el caso tomara este el cariz que tomara. Pero sabe que ahora todo eso es relativo porque está tan confundida que es incapaz de pensar con claridad. Agotada como no recuerda haberlo estado nunca. El escaso vigor le impide sacar fuerzas, aunque sea mínimamente, para reconducir la situación. Así que mira a su colega y hace un claro gesto de derrota. Como el boxeador que se tira a la lona porque no puede seguir con el combate.

Capítulo 14

El televisor suena de fondo mientras Mónica Rojo prepara el equipaje. Apenas le presta atención, pero el murmullo le crea la ilusión de estar acompañada. Huye del silencio porque, paradójicamente, llena su cabeza de ruido. Cuando la vida fluía de manera natural, solamente percibía esa sensación si se desvelaba por la noche. Ideas de lo más absurdas y especulaciones de todo tipo le creaban miedos irracionales hasta que conseguía volver a dormir. Unas horas después, al despertar, lo que era tan intimidante se había esfumado o le parecía tan estúpido que le costaba entender que un rato antes tuviera una percepción tan diferente. Sin embargo, ahora, esos pensamientos amenazantes insisten en quedarse pegados a sus neuronas. Al menos, el runrún que sale del aparato y masticar alguna gominola mientras termina el equipaje la distraen lo suficiente para calmar un poco la desazón que la invade.

Abre uno de los cajones de la cómoda para buscar el jersey verde esmeralda que estaba echando en falta. En lugar del suéter encuentra ropa de Cito y unos pequeños prismáticos que trajeron desde Madrid. Las localidades para ver en Londres *El fantasma de la ópera* estaban lejos del escenario, así que pensaron que sería buena idea llevarlos con el fin de no perderse los detalles de la puesta en escena. Recuerda la ilusión de ambos cuando planificaban las actividades del viaje, los besos, las risas…

Los prismáticos, los jerséis, las camisetas y la colonia de Cito hacen que su estómago dé un vuelco. Es curioso el poder de los objetos, la importancia que adquieren con la ausencia de su

dueño, el halo trágico que los envuelve cuando su propietario ha sido víctima de un episodio violento o su vida ha sido truncada precozmente. O, como en este caso, la multiplicación de su valor al ser lo único que queda de quien ha desaparecido. Instintivamente cierra el cajón, pero el sutil perfume que emana del frasco de colonia que ahora se arrepiente de haber destapado permanece en el aire. Se pregunta cómo el mismo estímulo puede provocar reacciones tan diferentes. Hace apenas unos días ese mismo olor implicaba algo tan acogedor como la sensación de hogar. Y ahora no ha sido agradable. Tampoco lo contrario. Tal vez agridulce, como lo es cualquier tiempo pasado más feliz que el presente. Como agridulce es la ausencia.

Vuelve a abrir el cajón. Ahí están varias de sus prendas, que también tendrá que llevarse a Madrid. Se le hace raro imaginarse en el aeropuerto con las dos maletas. Como una viuda prematura que tiene que empezar a reconstruir su vida. Ese equipaje representa la soledad. La soledad en toda su magnitud. Revuelve entre las camisetas en busca del pasaporte de Cito, pero no está. Tampoco lo encuentra en la mesilla. Va hacia el armario, que ha dejado con las puertas abiertas de par en par, y registra uno a uno los bolsillos de los pantalones de él. Tal vez se tope con algo que le abra los ojos o, al menos, que la ayude a comprender, aunque lo único que encuentra es el ticket del piscolabis que tomaron en el aeropuerto, algún clínex arrugado y un paquete de chicles de hierbabuena. Ni rastro de su pasaporte. Le viene a la mente la conversación que mantuvo con Ferreira cuando insinuó que Cito podría haberse marchado del país.

De repente, algo que oye llama su atención. Se vuelve hacia el televisor. Toma el mando a distancia y sube el volumen para escuchar la noticia.

«*Um professor de matemática espanhol supostamente envolvido no caso as dois pessoas mutiladas*».

Se resiste a creer que ha entendido lo que acaba de decir la presentadora del telediario. No obstante, las imágenes que se ofrecen a continuación dejan claro el mensaje. Se sienta en la cama, frente al aparato, para seguir la noticia. Después de un plano del río Duero, un selfi de Cito abrazando a Mónica, aunque la parte en la que estaba ella había sido pixelada. Hay algunas palabras que se le escapan, pero lo que logra comprender la deja estupefacta. La primicia deja claro que *o professor espanhol de matemática* supuestamente llevaba una doble vida utilizando esta primera profesión como tapadera de su siniestra actividad. Ahora la locutora hace alusión a cómo ha bautizado la Policía portuguesa el dispositivo: *Operação quebra-cabeça*.

—«Operación rompecabezas», ¿en serio? —murmura Mónica para sí.

El retrato con el rostro de él abarca la totalidad de la pantalla y hace público lo que hasta ahora solo era asunto de la Policía. Recuerda perfectamente el instante en el que se hicieron ese selfi: acababan de sentarse en una cafetería a tomar chocolate con churros después de hacer algunas compras para el viaje, entre ellas la riñonera de varios compartimentos encontrada en La Casa Portuguesa.

«A polícia procura por esse homem que aparece na foto».

Tras rematar la noticia con esta frase sobre la cara de Cito, la presentadora da paso a la información deportiva.

Lo que le atañe tan directamente apenas ha ocupado unos segundos del telediario, pero para Mónica es como si hubieran comunicado el comienzo de la Tercera Guerra Mundial y a su alrededor estuvieran estallando las bombas. Si bien la noticia de los cuerpos mutilados ya apareció en prensa, la imagen y el nombre del que suponen es el cabecilla de la masacre no había salido a la luz hasta ahora y eso conmocionaba la totalidad de su universo.

No era preciso dominar el portugués para entender que Cito estaba en busca y captura. A partir de este momento era ya oficialmente considerado un criminal de cara a la ciudadanía. El capo de la llamada *Operação quebra-cabeça*. Daba igual que fuera *supostamente*, como decía la locutora en la noticia. Tal y como había sido expuesta la comunicación, el mensaje suministrado dejaba poco margen de dudas.

Siente como si se le hubiese congelado la sangre, como si un vendaval helado hubiera paralizado su interior y le costase poner en funcionamiento sus manos, sus pies y, especialmente, sus pensamientos.

Mira las maletas a medio hacer, ello la reactiva. Ferreira le había instado a abandonar la ciudad y a eso se disponía. Además, seguir en Portugal la estaba volviendo loca. Percibía esa habitación de hotel como una cárcel porque, aunque saliera al exterior, las paredes de la celda la perseguían allá donde fuera. Era el momento de enfrentarse a la realidad con todas las consecuencias regresando a Madrid. Intentaría retomar en lo posible su vida porque en Oporto esa mezcla de desamparo e impotencia la estaba matando.

El vuelo sale a primera hora de la mañana del día siguiente, pero la noticia hace tambalear su decisión. Tenía la información de primera mano, así que lo que acaba de escuchar no aporta nada nuevo, pero ver el rostro de su pareja en televisión ha desestabilizado sus cimientos más aún de lo que ya estaban. En realidad, no tendría por qué sorprenderse, era de esperar que más pronto que tarde algo tan macabro trascendiera a los medios de comunicación. El suceso tenía todas las características para hacer que la prensa, especialmente la más sensacionalista, se frotase las manos. Que fuera además alguien que bajo la apariencia de un inocente profesor de instituto se dedicara a comerciar con órganos humanos acrecentaba el morbo. Agradece que no hayan mencionado su nombre. Deduce que, probablemente por la

intervención de Nuno Ferreira, la Policía portuguesa había decidido mantenerla al margen de lo sucedido y no echar más leña al fuego. Notificar que la pareja del supuesto criminal era inspectora de Policía habría causado un tsunami difícil de controlar e, inevitablemente, su reputación habría sido dañada.

Busca en la galería del móvil la foto que mostraron en el noticiero. Se fija en los ojos de él, en su sempiterna sonrisa, en esa expresión de niño grande tan suya que reflejaba la ilusión de lo que estaba por venir. Sabe muy bien cómo miran los depredadores, los que guardan en su interior odio, frialdad o indiferencia al sufrimiento del prójimo. Una expresión que nada tenía en común con la suya. Las tempestades internas afloran en los ojos, es imposible controlarlas. Por mucho afán que se ponga en detenerlas asoman de un modo u otro. Y su mirada era limpia, franca, sincera. Además, mentía muy mal, al menos, a ella no lograba engañarla, aunque ahora ya no estaba tan segura de esto último… ¿Es posible que sea culpable de las atrocidades de las que lo acusan? Si fuera así, habría detectado algún rasgo en su comportamiento a lo largo de los casi quince años que llevaban juntos, casi la mitad de sus vidas. Por mucho que lo quisiera, por mucho que compartiera con él cada día y se hubiera adaptado a su carácter y manías, algo habría chirriado. ¿Tal vez había malgastado el tiempo desde que se conocieron en detenerse en cosas nimias, sin verlo nunca de verdad? ¿Por qué no dejó el pasaporte en la habitación, tal y como ella hizo, cuando llegaron al hotel? Llevaba encima su DNI, así que no lo necesitaba hasta que viajaran a Londres… ¿Y si ella se había limitado a mirar la cáscara o, como mucho, su parte menos profunda sin percatarse de que había más capas? Se resistía a pensar que ignoró durante tantos años indicios que, por fuerza, hubieron de manifestarse. ¿Cómo podría haber vivido con el diablo durante tanto tiempo sin enterarse? Precisamente ella, cuyo instinto la había llevado a solucionar casos de lo más complejo. Casos que en manos de un

policía menos puntilloso se habrían cerrado dejando impunes a responsables de graves delitos o, peor, condenando a personas inocentes. Aunque, por otra parte, ¿la intimidad creada después de tanto tiempo habría aniquilado su capacidad de contemplar objetivamente?, ¿estaba situando a Cito en un compartimento que lo hacía inmune a la sospecha ignorando una verdad que, por cruda, era imposible concebirla?

A su memoria viene ahora ese «No me dejes nunca, Wonder», lleno de ternura, que le dijo en las bodegas. ¿Era esta la persona que estaba detrás de semejantes salvajadas?, ¿el autor de los mensajes con los que se comunicaba con gentes de lo más extrañas hablando de barbaridades como quien trata temas corrientes? Interrogantes sin respuesta que se le clavan en las tripas.

«No me dejes nunca, Wonder». El inesperado arrebato la sorprendió, como ese «Te quiero» que le dijo de pronto mientras esperaban que el guía de Sandeman empezara el tour por las bodegas. No era dado a emplear esas manifestaciones de cariño en público. ¿Qué había detrás de esas palabras? Tal vez quería despedirse con un gesto de amor hacia ella, pero eso era incompatible con los horrores que vinieron después.

«No me dejes nunca, Wonder», ¿por qué le dijo algo así si minutos más tarde era él quien la abandonaba?

«No me dejes nunca, Wonder». Una frase que a ella le pareció romántica en aquel momento, pero que ahora percibe rodeada de enigma y que la persigue con una connotación tan distinta. Cinco palabras que repite para sí una y otra vez. Como si al hacerlo pudiera llegar a desentrañar la clave oculta que subyace bajo su aparente significado.

Debe mirar más de cerca para desvelar lo que hay detrás porque, de eso está bien segura, hay algo que se le escapa. Y para acercar la mirada, tiene que quedarse en Oporto. El viaje a Londres y el resto de planes se habían frustrado, así que ahora

debe centrarse en lo esencial. Al fin y al cabo, su jefe está al corriente de la insólita situación en la que se encuentra y no le va a poner trabas para retrasar su incorporación al trabajo. Por otra parte, Pilarín, su abuela, está en Peñíscola de vacaciones, por lo que su presencia en Madrid para estar pendiente de ella tampoco resulta imprescindible. Si la noticia trasciende la frontera, tal y como es seguro que ocurra y su entorno se entera, ya pensará cómo reaccionar. Según vayan transcurriendo los acontecimientos decidirá en cada momento los pasos a dar, no queda otro remedio.

Llama a recepción y confirma que puede prolongar su estancia durante varios días más. Le va a costar un ojo de la cara, pero en su situación el dinero no es precisamente lo importante. Se ha planteado buscar un hotel más barato, pero no tiene tiempo ni ganas de ponerse a ello. Ya verá cómo se las apaña. De momento tiene recursos. Aunque no nade en la abundancia posee ahorros suficientes para capear este temporal.

Saca una golosina con forma de osito de la bolsa que ha comprado antes de llegar al hotel y se la mete en la boca. Mientras la mastica, se dirige hacia la ventana y contempla la calle durante un rato. Después, va hacia el pequeño escritorio que forma parte del mobiliario de la habitación. Entre una guía de la ciudad y publicidad de restaurantes encuentra varias hojas en blanco con el membrete del hotel. Toma una de ellas y el bolígrafo con el logo del establecimiento y comienza a escribir. Anota las acciones a emprender a partir de ahora a fin de que nada se le quede en el tintero.

Capítulo 15

Tras los saludos de rigor, Nuno Ferreira recibe a Mónica en su oficina como si le abriera las puertas de su casa. La invita a pasar más como el anfitrión que ha organizado una reunión de amigos en su casa que como un funcionario que recibe a alguien en su despacho. Le pregunta si quiere tomar algo y la anima a sentarse, aunque Mónica prefiere permanecer de pie.

—Siento *muito* que nos hayamos conocido en estas circunstancias. Y lamento de corazón que tengas que irte sin darte *boas* noticias o, al menos, poder decirte algo que te deje más tranquila. —Ella corresponde con una triste sonrisa—. Me gustaría que entregases a Pablo esto de mi parte. —Va hacia su mesa y saca de uno de los cajones dos bolsas de plástico con sendas cajas de *pasteis de nata*—. Recuerdo que *Ele gusta muito* de estos dulces. Decía que se podían encontrar en Madrid, pero no eran tan buenos. La otra es para ti. Son los mejores de Oporto. Hace además de entregarle los obsequios, pero ella los rechaza suavemente mediante un gesto.

—Gracias, Nuno, pero no voy a poder dárselos.

—¿Por qué? No suelen poner problema en el aeropuerto si los llevas junto al equipaje de mano.

—No vengo a despedirme. Pensaba habértelo dicho por teléfono, pero he preferido hacerlo en persona. Créeme que lo he valorado seriamente, pero no puedo irme de Oporto en estas condiciones. Espero que lo comprendas.

El inspector deja las bolsas de los pasteles en el centro de la mesa y, tras unos segundos en los que se acaricia la barba que

puebla su mejilla, apoya sus posaderas en el borde del escritorio. Después, la mira pensativo, aunque sin mostrarse demasiado sorprendido por la noticia. Mónica espera que de un momento a otro se ponga a cuestionar su decisión. Si fuera así, está dispuesta a exponer uno a uno los argumentos que justifican haber cambiado de idea. Ha venido preparada, incluso, para aguantar estoicamente una seria recriminación viéndose forzada a abandonar el país por medios más expeditivos. Sin embargo, la actitud de Ferreira parece transmitir una comprensión que le sorprende gratamente.

—Mónica, tú eres una persona libre de hacer lo que quieras, pues no estás acusada de nada. Yo no soy quién para decirte lo que tienes o no tienes que hacer. Pero sabes que *vejo-me forçado* a alejarte de las acciones que la Policía portuguesa vaya a emprender a partir de ahora.

—Soy plenamente consciente.

Ferreira se queda en silencio durante unos instantes mirándola fijamente.

—Sé por Pablo que eres muy persistente y sospecho que si has decidido quedarte en Oporto no va a ser en modo contemplativo. Por eso quiero que tengas esto *muito* claro: lo que tú hagas por tu cuenta será responsabilidad únicamente tuya y tendrás que asumir las consecuencias si incurres en alguna irregularidad o interfieres en el proceso de investigación. —La firmeza de sus palabras ahora transmite más una amenaza que una advertencia, y su tono ha cambiado con esa capacidad tan suya de transformar la dulzura en dureza—. Este asunto nos está causando muchos dolores de cabeza. Ha adquirido una trascendencia mediática que nos ha desbordado y no podemos permitirnos el más mínimo desliz. Ya sabes cómo es la prensa. Cualquier error puede costarnos muy caro.

Mónica asiente. Sabe que tiene las manos atadas, que tendrá que ir con pies de plomo para evitar meterse en un lío

monumental. Pero siente la necesidad de rastrear las huellas de la verdad, una verdad que se resiste a creer que sea la que parece. Y si lo es, necesita comprobarlo con sus propios ojos para intentar salir lo más indemne posible o, al menos, lograr que la podredumbre acumulada no le infecte las tripas. Se trata de un mecanismo de supervivencia, de autodefensa o de ambas cosas, pero es la única decisión que puede permitirse. Sabe que cualquier paso en falso puede acabar con su carrera. Incluso con su vida, pero no le importa. Haber tocado fondo, ya que es difícil que algo supere la debacle emocional en la que se encuentra, le insufla una extraña sensación de poder.

—Lo tengo muy en cuenta —afirma, intentando dar a sus palabras un convencimiento que no siente.

Aunque Ferreira no parece estar muy seguro de que su colega española vaya a cumplir su palabra, le dedica una amistosa sonrisa y le vuelve a ofrecer las bolsas con los dulces.

—Disfrútalos tú que puedes. A mí me encantan, pero no debo comerlos —dice, cambiando de nuevo el tono y señalando su voluminosa barriga.

Mónica Rojo sonríe también con la complicidad que se ha ido afianzando entre ambos y abandona el despacho con una bolsa de pasteles en cada mano pero con la sensación de que nada podrá atenuar la amargura instalada en su interior.

Capítulo 16

Las plantas de la entrada y la cálida luz que alumbra la fachada invitan al transeúnte a pasar a La Casa Portuguesa do Pastel de Bacalhau. Se trata de un gran espacio diáfano con varios niveles, difícil de catalogar. No es solo una taberna chic donde se pueden degustar las típicas croquetas de bacalao acompañadas de vino de Oporto u otras delicias típicas. Ni un lugar con una situación privilegiada en el que disfrutar de magníficas vistas a través de sus grandes cristaleras. Tampoco una biblioteca, aunque las estanterías llenen de libros una de las paredes. Estas peculiaridades ya harían del establecimiento un sitio único, pero lo que le da su sello característico es el espectacular órgano de colores situado en el segundo nivel. En él, una muchacha elegantemente vestida ambienta musicalmente el espacio interpretando piezas de Johann Sebastian Bach. La ceremoniosa música y la lámpara de araña que cuelga sobre las cabezas de los clientes proporcionan al local una atmósfera singular. Sin embargo, no es ninguna de estas razones la que ha llevado a Mónica Rojo a venir hasta aquí. La Casa Portuguesa era simplemente uno de los sitios a visitar durante su luna de miel. Una más de las múltiples atracciones de la ciudad. Lo que no podía imaginar era que adquiriría una relevancia bien distinta a la meramente turística. El hecho de que la riñonera de Cito apareciera allí con esa pistola dentro era lo suficientemente inquietante como para justificar acudir a este espacio. Una visita que hoy tiene un objetivo totalmente diferente al del principio del viaje.

Es consciente de que husmear en el local puede no aportarle gran cosa, pero fue lo primero que apuntó en la lista de acciones a realizar cuando optó por quedarse en Oporto. Si bien en ese momento ignoraba si su decisión sirviese para algo, tenía claro que quería llegar hasta el final, sin saber muy bien lo que eso significaba. No obstante, intuía que seguir los pasos de Cito desde que lo perdió de vista en las Bodegas Sandeman podría ayudarla a despejar el panorama. Un panorama enturbiado por una neblina que difuminaba todo. Necesitaba respuestas e iba a encontrarlas a costa de lo que fuera. No tener nada que perder, porque así sentía que era su situación ahora, le daba poder. Tal vez fuera el mismo poder que tienen los suicidas, pero ¿hay acaso una fuerza mayor que no temer ser destruido?

Al acudir a La Casa Portuguesa albergaba la esperanza de dar con la pieza que se le escapaba porque, con seguridad, algo no encajaba en cómo fueron discurriendo los acontecimientos aquella maldita tarde en la que el hombre que compartía su vida se esfumó sin dejar rastro. Y si algo le pidió el cuerpo cuando vio el rostro de Cito en el telediario era que debía ponerse en movimiento, sin tampoco tener muy claro qué conseguiría con ello, pero no estaba dispuesta a esperar a que el cielo se derrumbase sobre su cabeza quedándose «a verlas venir», como diría su abuela.

Deambula por las instalaciones observando a las personas que frecuentan el local. Piensa en lo relativo que puede llegar a ser cualquier cosa. En cómo un mismo lugar puede tener connotaciones tan diferentes dependiendo de las circunstancias. Está segura de que cada una de las personas que entran y salen de La Casa Portuguesa tiene una historia que contar, alguna de ellas especialmente interesante, otras ilusionantes, incluso no faltarán las siniestras, pero apostaría a que ninguna es parecida a la suya. Ni por asomo.

Si pudiera volver al instante en que perdió de vista a Cito… Se maldice por no haberse colgado de su brazo mientras que el guía de Sandeman contaba curiosidades. Como si ese sencillo gesto hubiera tenido el poder de cambiar las cosas. Como si mantener el contacto físico con él en todo momento pudiera haber impedido lo que sucedió después y, en consecuencia, haber eliminado la aterradora historia que subyacía tras la desaparición.

De pronto, tiene la sensación de que no es ella quien está en La Casa Portuguesa, sino una persona a la que otra Mónica Rojo observa desde arriba esforzándose por diferenciar la verdad del trampantojo. Planteándose, incluso, si en el fondo de su ser quiere conocer lo que ocurrió. En cualquier caso, ese desdoblamiento que le hace distanciarse de una realidad que percibe como incoherente la ayuda a sobrellevar la losa que la fuerza a pegarse al suelo.

El local está animado, aunque no abarrotado. Se diría que es el ideal para concertar una cita personal o de trabajo o para quedar en un punto céntrico y después ir a cenar o iniciar el recorrido nocturno de las copas. El público es heterogéneo. Uno de esos lugares que se han puesto de moda recientemente y que, tras algún tiempo, se especializa en una clientela determinada o se eclipsa definitivamente.

Mónica recorre con la mirada diferentes rincones del interior esperando encontrar alguna cámara de seguridad, pero no la localiza. Normalmente este tipo de establecimientos suelen estar dotados con estos equipos, pero algunos prescinden de ellos para salvaguardar la privacidad de la clientela. Un contratiempo importante ya que la ausencia de cámaras imposibilita a la Policía rastrear la presencia de su pareja el día en que misteriosamente despistó allí la riñonera. Si existieran, esas imágenes podrían aportar una valiosa información o, al menos, un hilo del que tirar para llegar al meollo de la cuestión. *Tant pis*, como dirían los franceses.

Va hacia la barra donde dos camareros sirven sin parar las peculiares croquetas de bacalao y pide una coca-cola, que bebe directamente de la botella mientras observa quién entra y sale del recinto. Aunque la música que emite el órgano es un grato acompañamiento, la mente de Mónica se centra en algo bien distinto. Algo a lo que lleva dando vueltas desde que le comunicaron el hallazgo: si realmente Cito llevaba en la riñonera algo tan comprometido como un arma de fuego, ¿era lógico que se la dejase olvidada? Todo el mundo es muy cuidadoso con sus pertenencias por el quebradero de cabeza que supone perder la documentación y las tarjetas de crédito, especialmente en un país extranjero, pero si además lleva un objeto que le puede implicar en un delito resulta de lo más raro un despiste semejante.

La organista ha terminado la pieza. Se levanta y se dispone a tomar un descanso. La música en vivo es sustituida por una lista enlatada de temas clásicos para seguir con el mismo ambiente. Mónica sigue a la chica con la mirada. Ve que se sienta en una mesita situada en el sector donde el público toma sus consumiciones, aunque lo suficientemente apartado como para permitirle no mezclarse con la clientela. En cualquier caso, la gente sigue a lo suyo, sin reparar demasiado en la muchacha. Está claro que el personal no va a La Casa Portuguesa a escuchar un concierto: la actuación en directo es un simple ingrediente más de las atracciones del local. Se le pasa por la cabeza lo frustrante que debe de ser perfeccionarse durante años con el fin de dominar un instrumento tan difícil para terminar siendo una atracción turística más sin que nadie aprecie realmente lo que haces.

Mónica, con el refresco en la mano, sube las escaleras y se dirige hacia la joven, que tiene aspecto de recién haber terminado la carrera en el conservatorio.

—*Boa tarde*. Enhorabuena. Me ha encantado tu interpretación. —Mónica habla despacio, esforzándose en hacerse entender.

—¡Ah! Muchas gracias, eres muy amable —responde la muchacha en perfecto español, aunque con un ligero acento gallego. Parece sorprendida, por lo que Mónica deduce que no suele ser habitual que el público se dirija a ella para felicitarla. Se ve que le ha agradado el cumplido.

—La verdad es que siempre he admirado a las personas que tenéis talento musical porque yo tengo muy mal oído. —Aunque su objetivo es establecer una cercanía con ella con el fin de sacarle información, se muestra sincera.

—No tendrás tan mal oído si te gusta la música —apunta la muchacha a modo de halago.

—En eso puede que tengas razón. En cualquier caso, menos mal que en mi profesión no se necesita especialmente. Me llamo Mónica, ¿puedo sentarme un momentito contigo?

La chica hace un gesto invitando a acompañarla.

—Yo, Inés.

—Eres española, ¿verdad?

—Sí, de Vigo. ¿Y tú?

—De Madrid. Estaba tomándome una coca-cola. ¿Te puedo invitar a otra, a un café…?

La muchacha mira el reloj.

—Una coca-cola. No es necesario que me invites, porque aquí tengo más o menos barra libre, aunque gracias de todas formas —apunta con una sonrisa—. Tengo un descanso de veinte minutos hasta la próxima actuación, así que dispongo de un rato para beberla.

Inés llama a uno de los camareros y se la pide.

—¿Cuántas actuaciones tienes a lo largo del día?

—Son siete piezas las que toco. Me quedan tres.

—¿Siempre en el mismo horario?

—Sí. Aquí no hay mucha variación. Ni en el tiempo ni en el repertorio —comenta con un asomo de hastío.

Mientras esperan a que traigan el refresco, pregunta a Inés el nombre de las composiciones y se interesa por la diferencia entre tocar el piano y el órgano, en especial expresa su curiosidad por la compleja técnica de este último. Se nota que la muchacha se siente a gusto con Mónica, algo que no sorprende a esta, ya que está acostumbrada a que la gente se explaye con ella. Su abuela dice que ambas deben de tener algo en la cara que hace que cualquiera, aun sin conocerlas de nada, las utilice como confidentes. Cosas que se heredan, tal y como asegura la anciana Pilarín. Una herencia que a Mónica le resulta muy práctica en su trabajo, ya que extrae información valiosa con más facilidad que la que suele ser habitual. Algo especialmente útil en las actuales circunstancias.

El camarero llega con el refresco y lo sirve en un bonito vaso de diseño.

—Hay muchos turistas, pero no se suelen ver españoles trabajando por aquí —comenta Mónica, cambiando de tema.

—Es verdad —afirma la muchacha—. ¿Tú también vives en Oporto? —pregunta tras dar un sorbo a su bebida.

—No. He venido por trabajo, pero por un asunto puntual. En cuanto lo resuelva, regreso a España. Está relacionado con algo que ha sucedido aquí hace unos días.

—¿Ah, sí? —Su expresión denota curiosidad.

—Supongo que estás al corriente. Investigo el asunto de la riñonera que apareció aquí y en la que había una pistola.

Rojo detecta ahora un asomo de desconfianza en el gesto de la muchacha, por eso saca su placa del bolso, que milagrosamente no dejó en Madrid, y se la enseña discretamente. Sabe que lo que está haciendo excede los límites que le ha puesto Nuno Ferreira, pero decide asumir el riesgo.

—Ya estuvieron aquí tus colegas hablando con Dário —aclara la chica, todavía con cierta cautela.

—Sí, lo sé —miente, pues no tiene constancia de ello, aunque era lógico suponerlo—. La cuestión es que el hallazgo está relacionado con estos crímenes tan feos que están siendo noticia en los últimos días, y como hay un ciudadano español que, al parecer, está implicado… ¿Estabas tú aquí cuando apareció la riñonera?

—Sí, fue más o menos sobre esta hora.

—¿Recuerdas si algo te llamó especialmente la atención ese día? Algún detalle que se saliera de lo corriente…

Inés se queda pensando durante unos instantes.

—No que yo recuerde. Lo único de relevancia fue lo que entregaron a Dário y la sorpresa que se llevó cuando abrió el *pochete*, como lo llaman aquí, y vio la pistola.

—¿Sabes si se lo dio un hombre, una mujer, una pareja…?

—Fue un cliente, un hombre, creo. Parece ser que se la encontró en la mesa donde iba a sentarse. Supongo que pensó que la habrían perdido y por eso se la dio a mi compañero.

—¿Dário trabaja hoy?

—Sí, está abajo.

—Genial, muchas gracias, Inés. No te entretengo más.

Se despiden cordialmente. Al tiempo que la chica se dirige de nuevo hacia el órgano para iniciar la siguiente sesión, Mónica baja la escalera. Hace una panorámica visual y se pregunta cuál de los camareros será el tal Dário. Toda la plantilla va ataviada con delantal blanco de diseño y una gorra de visera a modo de uniforme. Hay dos empleados atendiendo la barra y una chica como de veintitantos años y un hombre en la cuarentena ocupándose de las mesas. La lógica le dice que probablemente sea este último, ya que el cliente le entregaría la riñonera al solicitar la consumición o al pedir la cuenta mientras estaba sentado en la mesa donde supuestamente Cito se la habría dejado. Sigue con la vista al camarero cuarentón. Espera a que termine de servir dos cervezas y una ración de pasteles de bacalao a una pareja muy

acaramelada y a que tome nota de la comanda en la mesa de al lado. Cuando se dirige hacia la barra para solicitar lo demandado, Mónica lo aborda.

—*Desculpe incomodálo. Você é Dário?* —pregunta en un portugués lamentable.

El hombre afirma con la cabeza. Inmediatamente, Mónica le enseña la placa. Al igual que hizo con Inés, se presenta como miembro del Cuerpo Nacional de la Policía Española y le pregunta si le puede conceder unos minutos. No parece muy sorprendido. Le pide que le espere, ya que tiene que pedir a su compañera que atienda su sección de mesas mientras deja de estar operativo.

Mónica se queda observando la flamante biblioteca que llena de arriba abajo una de las paredes. Le llama especialmente la atención una bonita edición de *Ensaio sobre a cegueira*, de José Saramago. Lo extrae para ojearlo cuando llega el camarero.

—Dígame, agente —se pone, solícito, a su disposición. Mónica valora corregirle diciendo que es inspectora, pero prefiere no dar más datos de los necesarios.

—Supongo que sabe la razón de querer hablar con usted —dice ella, mientras coloca en su sitio el libro de Saramago.

El hombre se encoge de hombros esperando que le aclare el asunto.

—Estoy interesada en la riñonera…, el *pochete*, creo que lo llaman ustedes, que apareció en este establecimiento con un arma de fuego en su interior.

—¡Ah, sí! Pero ya habló conmigo la Policía portuguesa sobre eso.

—Ya…, sé que somos un poco pesados, pero es un caso bastante complejo…

—No se preocupe, lo que ustedes necesiten.

El servicial Dário parece encantado de colaborar en la investigación de un hecho que lo ha sacado de su rutina cotidiana.

Mónica se lo imagina al terminar su turno contando a todo su entorno el singular hallazgo como si él tuviera un papel relevante en una película de espías.

—Según la información que obra en mi poder, fue un cliente quien le entregó el *pochete*.

—Así es.

—¿Podría describirme a ese hombre?

—Tendría como unos cincuenta años, alto y *careca*.

—¿*Careca*?

—*Sem cabelo*, como yo —aclara, levantándose la gorra y señalando con humor su calva cabeza—. ¡Ah!, y al pobre le faltaba un dedo en la mano *esquerda*. —Al tiempo que suministra la información, muestra en su mano el dedo meñique.

—¿Algún detalle más que recuerde?

—Hummm, *usava bigode* —responde, marcando con las dos manos su labio superior—. ¡Ah! Y era bastante moreno de piel.

—¿Extranjero?

—Aunque no hablé apenas con él diría que sí, pero no sabría decirle de dónde. Tenía un acento raro.

—¿Estaba solo?

—Sí. Le atendí yo.

—¿Recuerda si ese hombre estuvo aquí durante mucho tiempo?

—Creo que no mucho, pero no recuerdo.

—¿Cuándo le dio a usted el *pochete*?

—Cuando fui a atenderle me dijo que alguien debía de haberlo olvidado. Me lo entregó y pidió un zumo de naranja.

—¿Pagó con tarjeta?

—No, en *dinheiro*.

—¿Parecía esperar a alguien?

—No sé. Al menos, se marchó solo.

—Tal vez había quedado con una persona que no se presentó —insinúa Mónica, esperando que Dário hubiera reparado en algún detalle que llevara a pensar eso.

—No sabría decirle.

—¿Era la primera vez que venía o le resultaba familiar?

—Yo no lo había visto antes, pero aquí hay siempre tanto movimiento…

—¿Recuerda usted a quién atendió anteriormente en esa misma mesa?

El hombre permanece en silencio durante unos instantes con la mirada perdida, esforzándose por ser lo más preciso posible.

—Sí —dice tras recapitular la información que le ha pedido Rojo—. Recuerdo a los anteriores clientes. Primero, un hombre como de treinta y tantos años con una señora mayor, que parecía su madre. Eran franceses, creo. Estuvieron un buen rato. Después, dos chicas jóvenes, españolas como usted. Me consultaron qué sitios en Vila Nova de Gaia merecía la pena visitar. Eran muy simpáticas y me dejaron una buena propina. Los españoles suelen ser *muito* amables y generosos. Los franceses, sin embargo…

Mónica sonríe y reconduce la conversación.

—¿Y antes de ellos?

—Eso ya no lo recuerdo, lo siento —dice tras hacer un esfuerzo de memoria.

—Entiendo… Después de que se fueran, usted limpiaría la mesa para prepararla para los siguientes clientes…

—Claro, es lo que hago siempre.

—¿Y no vio el *pochete*?

—No. El cliente que lo encontró me dijo que al sentarse notó algo extraño. Entonces comprobó que estaba metido entre dos *almofadas*. Supongo que por eso me pasó desapercibido. Al principio, pensé que sería de las chicas que habían estado ahí antes. Lo comenté con mis compañeros y decidimos ver si había

dentro documentación o algo que nos permitiera localizarlas, pero al ver el documento de identidad comprobamos que no era de ellas, sino de un hombre. Además, que hubiera una pistola dentro… Llamamos entonces a la Policía, que vino enseguida.

Mónica busca en su móvil un primer plano de Cito y se lo muestra.

—Era este hombre el de la foto del documento, ¿verdad?

—Sí, luego vimos otra fotografía suya en televisión *Com aquela cara de pessoa boa!* Desde luego, *quem vê cara, não vê coração* —afirma, cariacontecido.

Rojo traga saliva.

—¿Recuerda usted si estuvo aquí el día que apareció el *pochete*?

—Los otros policías también me lo preguntaron. A mí no me resultaba familiar, pero podría haber estado perfectamente. Como le he dicho, por aquí pasa mucha gente cada día, especialmente turistas. Yo no recuerdo haberle atendido. Tal vez entrase a ver *o lugar*, se sentase un momento y se le cayera. Hay mucha gente que entra a curiosear, escucha a Inés tocar el órgano durante un rato y luego se va sin consumir nada.

—O tal vez lo extraviaría algún otro día… Me gustaría saber si podría llevar más tiempo entre los cojines, las *almofadas* como las llaman ustedes.

—No es probable. Antes de cerrar las ahueco y las sacudo para que estén en buenas condiciones al día siguiente. Supongo que lo habría visto.

—¿Sucedió algo más ese día? Haga memoria. Cualquier cosa, por pequeña que le parezca, nos puede ser de utilidad.

Dário entorna los ojos, concentrándose para ofrecer la información que Mónica le pide.

—No sé… Únicamente que encontré en el suelo un papel plastificado. Lo vi debajo de la misma mesa en la que apareció el

pochete.

—¿Un papel plastificado?

—Sí, un ticket o una especie de abono de transporte. Estuve a punto de tirarlo, pero me fijé en la fecha y, al ver que la salida era para dentro de unos días y estaba forrado de plástico, pensé que para quien lo hubiera perdido sería *mais importante que um pedaço* de papel. Entonces preferí guardarlo por si lo reclamaban. La gente es muy descuidada y pierde cosas que luego echa de menos. A veces vienen muy apurados a buscarlas y se llevan una alegría cuando comprueban que no las perdieron para siempre, con lo que eso puede significar. Verlos felices me pone de buen humor, ya ve *você*…

—¿Guardó usted ese billete?

—¡Claro! —exclama, haciendo valer su profesionalidad—, siempre conservamos esas cosas por si vienen a por ellas.

—¿Sabe si alguien lo ha reclamado?

—No sabría decirle, porque yo se lo entrego a mis compañeros y me desentiendo. Pero *posso verificarlo*.

Dário indica a Mónica que lo siga hasta un cuarto en la trastienda del local. Junto a recipientes de botellas apiladas, un frigorífico y diversos útiles de hostelería, la típica bolsa de papel de tienda de ropa que contiene unos pantalones y una camisa, ambas prendas con sus respectivas etiquetas. En otra estantería, una mochila vieja y bastante sucia, y una cantimplora.

—Estas cosas llevan aquí *muito tempo*. Supongo que ya nadie vendrá a por ellas… —comenta, encogiéndose de hombros. A continuación, toma de otro estante una caja redonda de metal, de esas en las que se comercializan las típicas galletas danesas—. Lo pequeño lo metemos aquí. *Mire, era a isso que eu estaba me referindo*. —Dário pinza entre sus dedos una tarjeta plastificada bastante deteriorada. Mónica la observa de cerca para leer lo que hay impreso.

Bus Marrakech-Oporto.

En una esquina, la fecha en la que se supone se efectuará el viaje: 4 de abril del año en curso a las seis de la mañana, y una especie de sello con una leyenda ilegible. A Mónica le parece de lo más extraño el documento, ya que es imposible realizar la totalidad de ese trayecto por carretera.

—Si se pasa la fecha y nadie viene a por él lo tiraremos. A ver si nos acordamos, porque se olvida y vamos acumulando *coisas* que no sirven para nada.

Mónica toma con su terminal una fotografía del billete por ambas caras.

—Entonces, ¿lo tiro si caduca y no lo han reclamado, o lo guardamos? —pregunta el hombre, al ver el interés mostrado por Mónica. Ella calibra la respuesta.

—No creo que tenga importancia, pero consérvelo. Al fin y al cabo, es algo que apenas ocupa espacio.

A continuación, agradece al simpático camarero la información proporcionada y sale de La Casa Portuguesa más confundida aún que cuando entró.

La temperatura es templada, aunque la humedad hace que la sensación térmica sea algo desapacible. Se detiene un momento frente al río y saca una gominola del bolso. Mientras la mastica, observa la luna reflejándose en el Duero. Le gustaría creer en Dios, como su abuela. Confiar en que hay un ser que decide cada cosa de este mundo. Tener el convencimiento de que el destino está marcado y que, hagamos lo que hagamos, es imposible detener el curso de los acontecimientos. De ese modo tendría un cierto consuelo, un bálsamo que la calmaría. Pero si pensase así, probablemente habría escogido otra forma de ganarse la vida. Dedicarse a la investigación implicaba tener la capacidad de cambiar las cosas y de influir en que cada uno tenga lo que se merece para bien o para mal. O al menos intentarlo. Querer

transformar lo establecido no es compatible ni con Dios ni con los hados que, supuestamente, lo controlan todo.

Se sienta en un banco dispuesta a quedarse un rato para intentar clarificar las ideas. Dicen que el aire libre elimina miasmas, y a ella le salen por los poros. Ha abandonado el local sola, sin embargo, tiene la sensación de que Cito llegará de un momento a otro. Tal vez la fuerza de la inercia después de haber pasado tantos años junto a él le haga sentir el absurdo pálpito. Cierra los ojos esperando a que la sorprenda y le dé un masaje en las cervicales agarrotadas, como solía hacer cuando llegaba a casa agotada. Casi puede sentir la presión de los dedos en sus músculos, ahora tensos como las cuerdas de una guitarra recién afinada. Extiende la palma de la mano con el deseo de que él la tome entre las suyas. Como si su ausencia pesase tanto que tuviera que materializarse y de alguna extraña manera pudiera acompañarla.

Capítulo 17

Son las siete de la tarde y en la Unidade de Perícia Tecnológica Informática hay un silencio extraño, antinatural. Suele ser así, independientemente de la hora o de la cantidad de agentes sentados frente a sus ordenadores ya que su tarea requiere poner los cinco sentidos en cualquiera de sus funciones. En *A unidade de terror*, así llamada coloquialmente entre ellos, cualquier pista nimia puede tener una importancia capital, de modo que la concentración resulta imprescindible.

Nada parece salirse de lo habitual en la oficina excepto que Isabel da Silva suele haberse marchado ya. Su única hija, que acaba de cumplir cuatro años, es un motivo de peso para ser estricta en ese sentido. Le gusta prepararle la cena y acostarla leyendo su cuento preferido una y otra vez hasta que cae rendida. Consciente de ello, su jefe, Clemente Andrade, se ha asomado hace unos minutos para insistir en que puede irse, pero ella, consciente del reto al que se enfrenta, prefiere intentar avanzar en el caso que trae a toda su unidad de cabeza. Ya ha asumido que cuando llegue a casa la pequeña estará dormida y, probablemente, también su marido.

La labor que realiza hace que haya días especialmente duros. Hoy es uno de ellos. Sabe que cada minuto que pasa sin una pista de calidad puede suponer un coste lo suficientemente elevado como para tener que exprimirse al máximo. Ejercitar la imaginación con el fin de ponerse en el lugar de los malos resulta indispensable para lograr resultados satisfactorios. No es fácil,

teniendo en cuenta que en ese plano oscuro de internet se concentra lo peor del ser humano.

Busca en la *dark web* páginas en las que se ofrezcan servicios de clínicas clandestinas para realizar trasplantes de órganos a cambio de una sustanciosa cantidad de dinero. El fin es conseguir pistas que puedan relacionarse con la información hallada en el terminal del ciudadano español objeto de estudio. A pesar de llevar varias jornadas realizando una búsqueda exhaustiva, es incapaz de encontrar algo que la haga avanzar en la investigación. No le sorprende, pero se sentía en la obligación de intentarlo. Sabe muy bien que este tipo de negociaciones especialmente delicadas se realizan mediante foros secretos que no dejan huella, pues se hacen a través de *streaming*. Además, algo así requiere una considerable infraestructura de médicos y quirófanos. No consiste en una simple transacción, como en el caso de drogas o armas de fuego, que cualquiera puede comprarlos con bitcoins, una de las criptomonedas más empleadas para casi todo lo comercializado a través de este medio.

Se pregunta cuántas vidas se habrán sacrificado para obtener vísceras a fin de ponerlas a disposición de personas adineradas dispuestas a saltarse el protocolo habitual. Personas que ignoran la procedencia real del órgano ansiado y que evitan hacer preguntas comprometedoras con el fin de prescindir de datos incómodos. Simplemente introducen su historial y los documentos médicos demandados y esperan ansiosas la disponibilidad de un riñón, hígado, pulmón o cualquier otro órgano susceptible de ser trasplantado. Como quien encarga un traje a medida. Órganos sin nombres ni apellidos. Sin más información que la que confirma la compatibilidad. De ese modo, su conciencia queda intacta. La ignorancia siempre es preferible a una información perturbadora.

A Isabel le gustaría ser como su jefe Andrade o como la mayoría de sus compañeros a los que la experiencia ha

insensibilizado y asumen la inquietante información como meros datos. Y, aunque su superior le haya proporcionado algunos trucos para que la mierda no contamine su cerebro, ella se siente incapaz de no detenerse en las caras de las víctimas especulando acerca de sus vidas. Según sus colegas, la fórmula es distanciarse lo preciso. Aseguran que personalizar es peligroso, ya que se corre el riesgo de empatizar, y un policía no debería caer en esa trampa. Mantener la equidistancia debería ser tan imprescindible en su trabajo como solo aceptar pruebas categóricas, independientemente de los indicios existentes. Al fin y al cabo, únicamente los jueces tienen la autoridad para dictaminar quién es o no culpable de un hecho delictivo y los policías deben limitarse a la investigación de los hechos, absteniéndose de extraer conclusiones. Sin embargo, ella nunca ha estado tan segura de ese tipo de fronteras. Los dogmas le provocan rechazo, aunque no lo manifieste. En cualquier caso, desearía evitar plantearse este tipo de cuestiones, de ese modo se ahorraría entrar en dilemas morales, pero para ella es complicado asumir que haya un negocio de compraventa de órganos humanos sin que se le ponga la piel de gallina. Exactamente igual que cuando en la *dark web* se topa con tutoriales como el de «las veintidós formas de matar a un hombre con las manos», o el de «cómo cortar un cadáver para consumo humano», «la manera más placentera de tener sexo con perros» y otras lindezas semejantes.

Estar permanentemente en contacto con imágenes bizarras, inauditas, la mayoría de ellas espeluznantes e inconcebibles para personas con un mínimo de sensibilidad, logra efectos encontrados. O hacen un callo anímico como para poder desconectar la mente en sincronía con el ordenador o persiguen al policía día y noche hasta el punto de volver loco al más insensible de ellos. Da Silva ha conseguido permanecer en el primer grupo, a pesar de no lograr que la mierda le resbale como agua jabonosa, al igual que al resto de su equipo. También porque es otra sección

la que se encarga de la pornografía infantil. Si se hubiera visto obligada a cubrir ese tema, habría pedido el traslado a otra unidad. Aun en la suya, al dar por finiquitado un caso, se plantea sistemáticamente solicitar alejarse de ese siniestro universo con el que debe estar en contacto la mayor parte de su jornada laboral. De esa forma trataría una realidad menos sórdida en la que lo peor que puede encontrarse son delitos, digamos…, «normales». Sin embargo, siempre decide continuar en su puesto. El aliciente de poner freno a lo peor del ser humano la mantiene en un punto mental lo bastante distanciado como para seguir al pie del cañón, sin que le afecte mentalmente de forma insoportable. El convencimiento de que en esa internet oscura, en ese mundo paralelo tan alejado del que se relaciona la mayoría de la gente, se encuentra materializada la esencia de la maldad hace que tenga sentido vencer la repugnancia que siente cada día.

Con la vista fija en la pantalla, intenta casar diversas piezas para ir avanzando en el espinoso asunto. Desenmascarar a quienes se comunicaban con Julián Clavería Méndez enmascarados bajo esos misteriosos seudónimos le quita el sueño desde hace días. A veces no puede evitar enfadarse con su ordenador insultándolo en voz baja cuando se topa con un impedimento técnico que le impide seguir adelante. Le gustaría contar con una tecnología más avanzada para sumergirse con eficacia en la zona más opaca de internet. No es que le falten medios para tener una dotación adecuada. Tampoco que su preparación tenga lagunas. Al contrario, es especialmente meticulosa en mantenerse al corriente de nuevos hallazgos tecnológicos que perfeccionen su conocimiento de la red. El problema es que los malos siempre van por delante en este siniestro juego del gato y el ratón. Por otra parte, se ve obligada a lidiar con leyes de protección de datos que ponen más trabas de las deseadas a investigaciones que pueden considerarse invasivas. Limitaciones de las que, obviamente, carecen los

criminales. Cruzar la línea en este sentido puede suponer arruinar el trabajo de mucho tiempo y una inhabilitación que destruya su carrera. Así que ha de resignarse a llegar hasta el límite de lo que permitan sus posibilidades.

Intenta avanzar, atenta a cualquier resquicio, pero una y otra vez se topa con los mismos nombres, los mismos textos en clave y códigos imposibles de descifrar que no aportan más información de la que ya posee. Le agota ser incapaz de avanzar sustancialmente.

Cuando está a punto de dar por terminada la jornada, algo nuevo aparece ante sus ojos. Se trata de una fotografía encontrada en la *dark web*. Analiza cada milímetro de esta esperando encontrar un detalle que, con un poco de suerte, lleve a conocer la localización de lo que parece un aséptico quirófano, probablemente clandestino, equipado con todo lo necesario para realizar cualquier intervención. La sala parece comunicarse con otra estancia a través de un cristal. La agente acerca su cara hasta casi rozar con la nariz la pantalla del ordenador en un intento de ir más allá de lo que le ofrece la instantánea, como si de esa forma pudiera conseguir traspasar esa barrera y entrar en el misterioso espacio. Un espacio que se diría está al alcance de su mano pero que, sin embargo, un abismo la separa de él.

Escrutando con detalle los diversos elementos de la imagen, distingue una mesa con un recipiente encima. Le llama la atención este último objeto por las abultadas dimensiones y por su extraña forma octogonal. Da Silva observa con detenimiento el receptáculo sin poder determinar qué puede ser hasta que, asistida por Google Lens, lo comprueba. Se trata de una nevera de última generación destinada a prolongar el tiempo de conservación de órganos humanos destinados a ser trasplantados. Aunque conoce ese tipo de refrigeradores, es la primera vez que ve uno similar. Tras realizar el protocolo habitual para comprobar que la foto no está trucada, se levanta de su butaca y se dirige al

despacho de Andrade. Le enseña el nuevo descubrimiento. El inspector se muestra satisfecho. Dadas las características tan punteras de la nevera en cuestión, es probable que sean pocas las adquisiciones de ese tipo de equipamiento y ello acotaría el perímetro de búsqueda. Tal vez indagando al respecto con el fabricante sea posible obtener información relevante. Andrade, optimista, confía en que ese dato pueda ayudar a avanzar en la resolución del caso y anima a Da Silva a seguir investigando esa vía.

Ella se dirige de nuevo a su cubículo dispuesta a tirar del hilo. Decepcionada, comprueba que la mayoría de hospitales consultados están equipados con ese mismo modelo, así que la esperanza de dar con una información de calidad respecto al caso se diluye irremediablemente. Deja momentáneamente de ocuparse del recipiente y vuelve a observar el conjunto de la imagen. De pronto y sin saber la razón, le parece que en el quirófano de la fotografía hay algo que no cuadra. Solo es una intuición, algo subjetivo que no obedece a nada concreto. Ignora el motivo, pero se le antoja que podría tratarse más de un decorado para una película que de un lugar real. Especula que tal vez se trate de una especie de publicidad destinada a los potenciales clientes con el fin de demostrar la profesionalidad y la calidad del equipamiento destinado a realizar las intervenciones.

Examina cada milímetro de la pantalla intentando hallar algo más que sea de interés. Algo a lo que poder agarrarse para avanzar en el caso además de la nevera de última generación. Ahora se detiene en el cristal tintado que parece comunicar el quirófano con otra sala. Amplía con el potente zoom de su equipo informático esa parte de la imagen y descubre un detalle desapercibido hasta ahora que le hace lanzar una exclamación. Sin pensárselo dos veces, llama a su superior para mostrarle el nuevo hallazgo. Este acude con presteza para comprobar de

primera mano lo que parece un salto de gigante dentro del operativo de la *Operação quebra-cabeça*.

Capítulo 18

Mientras come los *pasteis de nata* con que Nuno Ferreira le ha obsequiado, Mónica va poniendo en orden mental la secuencia de datos surgidos desde el día de la desaparición, especialmente la chocante información hallada en el teléfono de Cito, el cadáver del hombre que todos creían se trataba de su pareja, y los dos cuerpos mutilados que, como el primero, estaban sin identificar. Analiza enumerando con la boca llena cada dato, cada detalle. Como si escuchándose a sí misma le fuera más sencillo ordenar el batiburrillo que inunda su cabeza. Como si esa especie de ceremonia pudiera prender la chispa que la condujera a la salida del laberinto.

Al levantar los brazos para estirarse, siente una incómoda tensión en el cuello y la necesidad de desentumecer las piernas. Mira el reloj y comprueba que lleva más de tres horas frente al ordenador. La falta de ejercicio hace que le duela todo el cuerpo. Sus músculos echan de menos la rutina de *fitness* y la media hora diaria que se pasaba en la elíptica. A su cabeza también le vendría bien retomar la actividad física, ya que suavizaría esa angustia que se ha instalado en su interior, pero no puede permitirse gastar el tiempo en eso. Si algo tiene claro, es que todas sus energías en Oporto debe emplearlas en desvelar el misterio que tiene entre manos o, al menos, intentarlo. Siempre hay algo que a menudo pasa desapercibido. Un detalle aparentemente sin importancia que suele conducir a lo primordial. Solo hay que saber mirar y tener la suficiente constancia como para no desistir en el empeño. Y, por supuesto,

que te dé igual labrarte fama de mosca cojonera. Como ya hace tiempo se había hecho acreedora de semejante reputación, al menos en España, le trae al pairo que ese calificativo se extienda al resto de la península ibérica. Por eso, a pesar de los escollos puestos por Nuno Ferreira para acceder a la información privilegiada que con seguridad posee la Policía portuguesa, confía en ser capaz de encontrar la llave de la puerta que la conducirá a Cito y a caminar por la senda correcta sin perderse por laberintos sin salida. Sabe que su postura es ridículamente optimista, pero si no mantuviera esa esperanza ya habría tirado la toalla y se habría resignado, para bien o para mal, a dejar el asunto solo en manos de la Policía lusa.

Se detiene y mira por la ventana mientras se chupa los dedos después de acabar el último dulce de una de las cajas. Lleva demasiado tiempo con el horizonte limitado a las cuatro paredes de esa habitación de hotel, que ya es casi como su casa, y necesita ampliar su campo visual. La rua das Flores está, como de costumbre, atestada de gente. Hombres y mujeres se detienen frente a los escaparates. Ropa de diseño, perfumes, bolsos de marca. Belleza y buen gusto. Un mundo en el que parece que no hay lugar para la muerte. Un mundo que contrasta con la sordidez en la que está inmersa. De pronto, se fija en un hombre calvo, *careca*, como dicen aquí, que se ha detenido para encender un cigarrillo debajo de una farola. Le viene a la mente el que encontró la riñonera que contenía la misteriosa pistola. El fumador que pasea por la calle es gordo, de aspecto nórdico, y no parece que le falte ninguno de los dedos de las manos, pero su calvicie la ha llevado a pensar en el tipo de La Casa Portuguesa. Se pregunta quién sería ese individuo: ¿un simple cliente que había ido a tomar algo? Mónica repasa el tipo de público que había en el local, y no recuerda haber visto a nadie solo. No era la clase de lugar donde van los ejecutivos a comer durante una pausa en su horario de trabajo, sino un espacio de ocio

mayoritariamente frecuentado por turistas. En cualquier caso, un bar de copas al que se suele ir acompañado. «¿Y qué?», murmura. Sacude la cabeza para impedir dejarse llevar por especulaciones sin sentido. Es imprescindible mantener los pies en la tierra y limitarse a lo objetivo, y el hecho de que el tipo estuviera solo no indica absolutamente nada. No obstante, el ejercicio de repasar la secuencia de hechos hace que, en cascada, se le planteen varios interrogantes: si fue Cito quien se dejó allí su riñonera, ese día tenía que haber estado en la misma mesa. Entonces, ¿por qué Dário no lo recordaba? Parecía una persona observadora y, aunque dijo que siempre había mucho ajetreo en el local, tenía perfectamente presente a la madre francesa con su hijo y a las amigas españolas. Si Cito extravió aquello, tendría que haber estado en La Casa Portuguesa ese mismo día. Era improbable que se lo hubiera dejado la víspera, pues la habría encontrado el propio Dário al realizar la intendencia antes de echar el cierre. Por otra parte, el tipo calvo y medio manco que le entregó la riñonera, ¿ignoraba lo que contenía? Daría algo por conocer su identidad, pero evidentemente eso era muy difícil. Si al menos hubiera pagado la consumición con tarjeta, sería posible seguirle la pista, pero lo hizo en metálico, así que la posibilidad de localizarlo resultaba, a todas luces, imposible.

Ya con las piernas desentumecidas, valora si dar una vuelta o quedarse descansando. Apenas ha dormido y está cansada. Tal vez le vendría bien una pequeña siesta. Opta por tirarse en la cama e intentar echar una cabezada, pero antes va al baño a lavarse las manos que los *pasteis de nata* han dejado pringosas. Cuando está a punto de acostarse, alguien llama a la puerta.

—¿Quién es? —pregunta sobresaltada, siendo consciente de su permanente estado de alerta.

—*Eu posso limpar o quarto?*

La voz de la limpiadora hace que el corazón se le desacelere y vuelva a latir con normalidad.

—*Você pode vir em una hora?* —pregunta en voz lo suficientemente alta como para ser escuchada.

—*O serviço termina agora. Se eu não limpar o quarto, ele ficará sujo até amanhá.*

Mónica echa un vistazo a la pantalla del teléfono. Se sorprende al ver que son más de las cuatro de la tarde. Suponía que ni siquiera sería la hora de comer. Ante la disyuntiva de dejar la habitación sin recoger por segundo día consecutivo, le permite pasar. La mujer se pone manos a la obra nada más entrar. Mientras hace la cama, Mónica apaga el ordenador, tira a la papelera la caja vacía de dulces finiquitada y guarda la otra sin abrir en el cajón de la mesilla. Se cuelga el bolso del hombro y sale de la habitación para no entorpecer la labor de la camarera de piso.

Apenas ha abandonado el hotel cuando su móvil comienza a sonar. Busca en el bolso el terminal. Maldice al no encontrarlo entre los numerosos cachivaches. Por fin lo localiza en uno de los bolsillos interiores. Es su abuela, que, como todo su entorno, ya está al corriente de la situación. Tras unos instantes dubitativa, responde.

—¡Hola, yaya! ¿Cómo estás?

—¡Pues cómo voy a estar!, muy preocupada, hija mía. ¿Y tú, mi vida?, dime cómo van las cosas.

—Tranquila, todo se va a arreglar —dice sin conseguir dar a sus palabras el sosiego que pretendía.

Al otro lado de la línea se establece un silencio doloroso. Uno de esos que le recuerdan su infancia, cuando Pilarín sufría por alguna causa que no compartía con ella a fin de protegerla.

—¿Ese sinvergüenza sigue sin aparecer?

En el tono de voz de la anciana se mezclan el cariño y la autoridad. La misma particular manera de dirigirse a ella desde que tiene memoria. Parece estar contemplándola, moviendo la cabeza de un lado a otro, tras formular lo que Mónica no acaba de

detectar si es una pregunta o más bien una afirmación. La voz de la abuela actúa como detonante para que un torrente de lágrimas brote de sus ojos. Se derrumba, rota y humillada, como si sus palabras hubieran actuado de espejo para contemplar su realidad actual en toda su dimensión. Sin un futuro esperanzador ni un pasado reconfortante. No quiere decir nada para evitar que la mujer sepa que está llorando. Necesita desahogarse, pero el rechazo a suscitar compasión y a preocuparla más de lo que ya está le impide dejarse llevar.

—Moni, cariño mío…

—Sí, sí… —balbucea, intentando deshacer el nudo que le atenaza la garganta—. Ojalá pudiera decirte otra cosa, pero no hay novedades, yaya. —Sin poder disimular el sofoco, el llanto apenas le deja pronunciar la frase. El dolorido suspiro de la abuela, que Mónica percibe con toda nitidez, acentúa aún más su desconsuelo. Se quita las gafas para secarse los ojos y enmascarar en lo posible su desolación, ya que varias personas se la han quedado mirando con una mezcla de lástima y desagrado. A la gente le incomoda el dolor ajeno, como si el sufrimiento fuera un virus que se contagiara.

—Pues ¿sabes lo que te digo, mi vida? Que marido que no da, y cuchillo que no corta, si se pierde no importa —sentencia de pronto la anciana.

A pesar de la congoja, Mónica no puede evitar que el refrán de Pilarín le provoque una sonrisa. Se limpia las lágrimas con el dorso de la mano y camina despacio sin rumbo fijo mientras su abuela intenta consolarla. Apenas sigue el hilo de su discurso, pero sus palabras ejercen de bálsamo calmante. Ella es su hogar, la única familia que le queda. En este momento tal vez sea la única persona en el mundo que pueda aplacar la desolación que la lleva acompañando durante demasiado tiempo.

Deambula por la calle medio aturdida por lo que bulle en su interior dejándose acompañar por el arrullo de esa voz reparadora

que actúa a modo de bendición. Esa voz cascada pero envolvente, tan característica de su amada yaya. Su vista se pierde entre la gente que pasa y en los establecimientos que salpican ambos lados de la avenida. Cuando casi ha llegado a la zona de la Ribera, algo llama poderosamente su atención. Se para en seco y guiña los ojos con el fin de focalizar mejor lo que ve.

—¡Hostia! —susurra para sí.

—¿Qué, mi vida?

—Nada, yaya.

—No sé qué haces todavía en ese sitio —continúa con su perorata—. Ya me dirás qué pintas ahí, más sola que la una, pobrecita mía… ¡A ver si te vas a poner mala de verdad y tenemos que sentir! —exclama, como si solo existiera la enfermedad física —. ¿Tú crees que ese desgraciado merece que estés así? ¡Anda y que le den por donde amargan los pepinos! Lo que tienes que hacer es mandarlo a freír espárragos y olvidarlo. —De pronto, su enérgico tono se transforma en una súplica—. Ven ya a Madrid, te lo pido por favor. —La anciana espera una reacción, pero Mónica ni siquiera la está escuchando—. Moni, ¿me oyes?

—¿Eh?…, perdona, yaya, ¿qué decías?

La mujer lanza un suspiro al otro lado de la línea, consciente de que su nieta tiene la cabeza en otra parte.

—Que cuándo vas a venir…

—Pronto, te lo prometo. Pero antes tengo que acabar algo que he dejado a medio hacer.

Capítulo 19

—¿Se puede?

Eugenio Bermejo entra en el despacho del inspector jefe sin esperar una respuesta a una pregunta más de trámite que una petición de permiso. Antúnez está subiendo la persiana con el fin de que el brillante sol de Madrid penetre en su despacho. El compañero de Mónica Rojo se muestra dubitativo antes de hablar con su superior.

—¿Qué pasa? —pregunta Antúnez, alarmado por la actitud intranquila de su subalterno.

—¿Hay alguna noticia de Mónica?

—Hace unos días me preguntó si podría quedarse en Oporto algo más de tiempo. No hemos vuelto a hablar desde entonces, ¿por qué?

—Me ha llamado su abuela preguntándome por ella, porque no la localiza. Parece ser que charlaron ayer y la notó muy deprimida. La buena mujer estaba nerviosa y yo no la entendía bien, pero teme que puede haberle ocurrido algo. He intentado tranquilizarla diciéndole que su nieta está pasando por una situación complicada y es lógico que no esté para mucha fiesta, pero que es una tía fuerte y ha sobrevivido a cosas peores. Le he asegurado que yo me encargaría de que se comunicase con ella lo antes posible.

—¿Y?

—Tiene el teléfono desconectado. Salta el buzón de voz. He dejado varios mensajes instándola a que dé señales de vida, pero hasta ahora nada de nada.

—¿Cómo puede ser? Lo lógico es que esté pegada al móvil esperando noticias. ¿Has llamado al hotel en el que se aloja?

—Alojaba —rectifica—. Me dicen que dejó la habitación ayer por la noche.

—Entonces tendría que estar ya en Madrid.

—No creo. Se fue, pero pidió que le guardaran una de sus maletas. Por lo que me han dicho, su intención es hospedarse de nuevo allí en los próximos días, pero no hizo reserva porque desconocía la fecha exacta en la que volverá a necesitar una habitación.

—¿Dónde se habrá metido esta tía? ¡Mira que le dije que me mantuviera al corriente! —exclama Antúnez, bastante cabreado, y paseando por su despacho.

—Bueno…, habrá tenido un incidente con el móvil. Igual se lo han robado o lo ha perdido. —El gesto del inspector indica que no se cree lo que Bermejo acaba de decir—. Esas cosas pasan —insiste este, sin creérselo tampoco—. Seguro que en cualquier momento nos dará explicaciones —apunta en un afán de quitar hierro al asunto.

La preocupación se refleja en el gesto de Antúnez. Nunca se ha visto en una situación semejante o, lo que es lo mismo, en toda su trayectoria como policía, jamás uno de sus subalternos había pasado por un trance ni remotamente parecido al que está viviendo —*padeciendo* sería la palabra adecuada— la inspectora Mónica Rojo. Se sienta en su butaca y se rasca la cara de forma automática, como si su característica barba de tres días le picara. El estrés se manifiesta de muchas maneras, y a él se le solivianta el cuerpo provocándole un prurito hasta que se distrae o deja de pensar en la causa que lo altera. Tendría que haberla ayudado —piensa para sí—, pero ¿cuál era el modo correcto de hacerlo? Supuso que bastaría con ponerla en contacto con Ferreira, pero no ha sido suficiente. Ahora todo se ha revolucionado y se arrepiente de no haber obrado de forma más expeditiva. No es propio de

Mónica actuar de esa manera, quedándose incomunicada sin ofrecer ningún tipo de explicación, especialmente en una situación así. Aunque, como bien ha comentado Bermejo, la coyuntura en la que se encuentra es lo bastante extrema como para justificar un comportamiento fuera de lo común. Tal vez solo se trate de un incidente sin importancia. O tal vez no, y realmente se ha metido en un lío y la está cagando bien cagada. Daría algo por saber si está cumpliendo su compromiso de no inmiscuirse en la labor de sus colegas portugueses encargados del caso que tan directamente afecta a su marido. La relación que mantiene con Nuno Ferreira es estrecha y le desagradaría tener un conflicto provocado por las acciones de alguien que está a su cargo.

Remueve el laberinto de papeles que tiene sobre el escritorio hasta dar con su teléfono móvil. Busca el número de Ferreira, pero tras pensárselo mejor decide desistir. No quiere liar más las cosas. Si Mónica no aparece en un período de tiempo prudencial ya tendrá tiempo de hablar con él para tomar las medidas pertinentes.

—Tendría que haberla obligado a regresar para reincorporarse.

—No es sencillo saber cómo actuar en una situación así —apunta Bermejo.

—El calvario por el que está pasando es tan duro que no quise precipitarme… —se justifica Antúnez—, pero si estuviera aquí se habría evitado todo esto.

Bermejo permanece de pie, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y la vista fija en el suelo, escuchando a su jefe sin hacer comentario alguno, aunque su silencio corrobora el error que el propio Antúnez reconoce haber cometido.

—¿Qué hacemos? —pregunta el agente, esperando instrucciones.

El inspector jefe lo mira fijamente, con el afán de encontrar entre los dos la solución al dilema al que se enfrentan.

EL VIAJE

Capítulo 20

Es mediodía y el avión procedente de Oporto aterriza en el aeropuerto de Marrakech. El cielo está despejado, aunque el sol se resiste a aparecer. La temperatura, tal y como ha informado el comandante, es algo más alta que en la ciudad portuguesa, pero aunque es raro en esta época del año, la noche será algo fría. Al menos parece que no va a llover. Una buena noticia teniendo en cuenta que ella deberá pasar lo que queda del día y parte de la noche en la calle, con el fin de llevar a cabo lo planificado. Confía en que la ropa que ha metido en la maleta baste para abrigarla lo necesario.

El aeroplano se desplaza lentamente por la pista. Mónica Rojo, en el asiento central de la fila 24, apretujada entre un individuo maloliente y una mujer obesa cuyas carnes se desparraman ocupando parte de su plaza, alarga el cuello para intentar mirar por la ventanilla sin acercarse demasiado al tipo de su derecha. Las dos horas que ha durado el vuelo se le han hecho eternas, y no solo por la estrechez del asiento ni por el desagradable olor del hombre que tiene al lado, de nacionalidad indeterminada. Se pregunta si su presencia en Marrakech la va a llevar a alguna parte o si, por el contrario, no estará haciendo el capullo, y regresará «con una mano delante y otra detrás», en lenguaje de su abuela. En cualquier caso, autoconvencerse de la necesidad de hacer este viaje ha sido la mejor excusa para huir de la claustrofóbica situación en la que se hallaba en Oporto. Tal vez en la ciudad africana obtenga unas respuestas que en Europa ha sido incapaz de encontrar. Y si no es así, al menos se liberará de

la desazón de quedarse con la intriga. A pesar de estar más perdida que un pulpo en un garaje. A pesar de la falta de garantías. A pesar de tener que obrar en la más absoluta soledad, incluso bordeando la clandestinidad. Su lema siempre ha sido preferir arrepentirse de lo que ha hecho a de lo que ha dejado de hacer, y va a seguir siendo fiel a sus principios. Un viaje emprendido con expectativas y sin miedo a enfrentarse a lo que venga. ¿Sin miedo? Se mentiría si respondiera afirmativamente a esta pregunta, porque por más que Cito la hubiera bautizado como Wonder Woman, ella estaba muy lejos de ser una heroína de cómic. Sin embargo, no era una cobarde, porque reconocer el miedo y vencerlo es lo que caracteriza a los valientes.

Enciende el teléfono. La repetición de soniquetes incomoda al hombre-mofeta que tiene a su derecha, que la mira con cara de pocos amigos. Un aluvión de llamadas y mensajes taladrando la cabeza a modo de trepanación. No le sorprende, ya que ha tenido el móvil desconectado y las especiales circunstancias en las que se halla requieren conexión constante, algo que se ha interrumpido durante un par de horas.

Toparse con aquella agencia de viajes mientras su abuela intentaba convencerla de que volviera a Madrid la llevó a tomar la decisión de trasladarse a Marruecos. El detonante fue una foto de la Kutubia, la mezquita principal de la ciudad roja, *la cidade vermelha*, tal y como la agencia promocionaba Marrakech. Varios flashes se dispararon entonces en el interior de su cabeza. Una sucesión de imágenes se desencadenó a modo de videoclip de algún exótico cantante. La primera, el tatuaje de aquel cadáver: una mezquita con la palabra *roja* escrita en árabe. A continuación, el billete para viajar en autobús desde Marrakech hasta Oporto aparecido justo en la misma zona en la que estaba la riñonera de Cito en La Casa Portuguesa. El hecho de que el ticket cubriera en autocar ese trayecto resultaba inverosímil. Un recorrido absurdo, ya que era imposible llegar desde África hasta

el continente europeo por carretera. Tal vez esté yendo demasiado lejos relacionando cosas que quizá no tengan nada que ver, pero el enanito que habita de forma perenne en sus tripas se le revolucionó en ese momento y su experiencia demuestra que cuando eso sucede debe hacerle caso.

Supuestamente, el extraño bus saldrá mañana a las seis desde algún lugar de Marrakech. Ni en el anverso ni en el reverso del resguardo plastificado figuraba el punto de partida concreto desde donde el vehículo iniciaría su ruta. Mostró en la agencia de viajes la fotografía que tomó del billete cuando se lo mostró Dário, el camarero de La Casa Portuguesa. Preguntó con la esperanza de obtener una respuesta, pero en la agencia no le supieron dar una explicación. Lo único que pudieron proporcionarle fue la dirección de la terminal de autobuses de la ciudad. No se sorprendieron demasiado de las características tan poco usuales del billete, ya que le comentaron que casi todo en Marruecos es bastante anárquico. Tendrá que indagar al respecto. Lo que intuye es que algo se cuece en «la ciudad roja» y se dispone a averiguarlo. La ciudad roja…, apelativo por el que Marrakech es conocida debido al color ocre rojizo de sus edificios, como el de la tierra que la rodea, tal y como le informaron amablemente mientras le tramitaban los vuelos.

Barajó comunicar sus planes, al menos a su abuela, pero lo descartó. De hacerlo, habría tenido que dar demasiadas explicaciones. Unas explicaciones que no albergaban demasiada lógica y que hubieran inquietado a la mujer. Además, conociéndola tal y como la conocía, la anciana le habría puesto la cabeza como un bombo, con su personal raca-raca, intentando convencerla de que aquello era una locura, y ella no se sentía con cuerpo para argumentar en contra. Es más, se encontraba lo bastante débil como para que, con toda probabilidad, hubiera conseguido desinflarla. Su energía era tan escasa que habría tirado la toalla. Por eso, cuanta menos gente estuviera al tanto de

sus intenciones, mejor que mejor, así nadie la alejaría de su objetivo. Tal y como le gustaba decir a la propia Pilarín: «¿Me guardarás un secreto, amigo?… Mejor me lo guardarás si no te lo digo». Sin embargo, ahora le pesa su silencio, ya que la cantidad de llamadas en tan poco tiempo por parte de su abuela la lleva a suponer que puede estar verdaderamente inquieta. Decide que en cuanto llegue a la terminal se pondrá en contacto con ella.

Por megafonía, el auxiliar de vuelo comunica a los pasajeros que ya pueden abandonar el avión. Tiene algo de tiempo para revisar los mensajes mientras las personas situadas en las filas anteriores sacan sus equipajes de los compartimentos y se encaminan hacia la salida. Exhala un suspiro de desaliento cuando comprueba que Cito sigue sin dar señales de vida. Aunque a estas alturas le parece altamente improbable, continúa albergando la esperanza de que la sorprenderá en cualquier momento. Se trata de algo irracional, pero no más que todo lo que ha ido ocurriendo desde su desaparición. Tampoco el inspector Nuno Ferreira ha intentado contactar con ella, lo que significa que la investigación no avanza como debería.

El apestoso de la ventanilla se muestra ansioso por bajar su maleta. Acaba de ponerse de pie desplegando todos sus aromas.

—*Excuse me* —dice educadamente, en un inglés con pausado acento de Oxford, y con el tono poco amable que con demasiada frecuencia usan los británicos.

A Mónica y a la pobre gordita no les queda otro remedio que levantarse y salir al pasillo para dejar al tipo de pretendidas formas aristocráticas acceder al compartimento superior. La prisa del hombre resulta absurda, ya que antes que él debe abandonar el avión el numeroso personal situado en las filas de delante. Mónica se mentaliza para pasar un rato largo de pie hasta que se despeje el pasillo. Por suerte, el desembarque se realiza más rápido de lo esperado.

Ya en la terminal, busca un rincón que no delate dónde se encuentra y se hace un selfi mostrándose sonriente. A continuación, lo envía al móvil de su abuela acompañado de un mensaje de texto:

«Yaya, estoy bien, pero con mucho lío. Te llamo en cuanto pueda. Un beso».

Mejor un testimonio gráfico acompañado de esas palabras que una llamada. Confía en que tenga el móvil conectado y no perdido entre los cojines del sofá, dentro del armario del baño o en cualquier otro rincón de la casa. Espera unos segundos para saber si lo ha recibido. Ve que acaba de leerlo. Parece que ahora está escribiendo. Mónica fija la vista en la pantalla. Necesita saber si su mensaje la ha tranquilizado.

—¡Venga, yaya! —murmura para sí, impaciente por leer la respuesta.

«Vale», lee tras un buen rato de espera. Es consciente de la torpeza de Pilarín en lo que se refiere a cuestiones tecnológicas, así que se conforma con la única palabra que, a pesar de no ser demasiado explícita, muestra cierta conformidad. En cualquier caso, ya está al tanto de que a su nieta no la han raptado ni le ha sucedido algo chungo, que cualquiera sabe lo que le pasaría por la cabeza.

Más relajada, se dirige hasta el control de pasaportes. Tiene que esperar en la cola más de cuarenta minutos ya que lo realiza la Policía manualmente, pues no existen, como en Oporto o Madrid, máquinas que aceleren el engorroso trámite.

Por fin fuera de la terminal, hace una panorámica visual para localizar al conductor que la llevará al *riad* donde va a hospedarse. Se alegra de haber reservado un coche que la recogiera en el aeropuerto al ver una interminable cola de viajeros esperando su turno para tomar un taxi. Enseguida ve a un hombre joven mostrando un cartel con su nombre.

El trayecto dura algo menos de media hora. Según se acercan al corazón de Marrakech el tráfico se va volviendo más denso. Ella se entretiene contemplando el caos circulatorio. Casi ningún coche respeta los semáforos y los peatones se juegan la vida para cruzar la calle en los pasos de cebra. Mucha gente va en motocicleta, incluso se ven familias enteras en motos de pequeña cilindrada. Resulta de lo más chocante ver al padre, la madre y dos niños apretujados en un pequeño ciclomotor, todos sin casco.

El conductor para el vehículo en la confluencia de dos calles. Se disculpa diciendo que el *riad* en el que Mónica va a hospedarse se encuentra en plena medina y por allí es imposible circular a estas horas. Aunque insiste en que la distancia a pie es de apenas unos metros, a ella no le hace gracia verse obligada a arrastrar el *trolley* entre la muchedumbre. El hombre le indica, mediante gestos acompañados de un inglés primitivo, el camino para llegar a su destino. Ella apenas le entiende, pero confía en que el navegador de su teléfono le indicará la ruta adecuada.

Siguiendo las instrucciones que le proporciona la aplicación, se adentra en la gigantesca plaza Jemaa-el-Fna. Una mezcolanza de gentes de lo más variado comienza a llenar el centro de Marrakech. Chimpancés vestidos de princesas, encantadores de serpientes, echadores de cartas y vendedores de fruta se mezclan con turistas y lugareños. El almizcle y el ámbar proporcionan el peculiar aroma que se expande por la ciudad. Flanquean la plaza cafés y restaurantes, con sus respectivas terrazas. Mónica se detiene un momento para sonarse la nariz, ya que el polvillo que desprende el suelo sin asfaltar se le ha metido en las fosas nasales. Mientras lo hace, divisa la majestuosa Kutuvia, llamada «mezquita roja», al fondo.

Ahora el navegador la lleva por uno de los zocos que desembocan en la gran plaza. A ambos lados de la calle, tenderetes con todo tipo de artículos se mezclan con puestos de alimentación en los que se exhiben trozos de vaca sin refrigerar

colgados de ganchos, como si fuera el decorado de una película gore, al más puro estilo de *La matanza de Texas*. Solo falta «Cara de cuero» saliendo de la trastienda equipado con su sierra mecánica. En otro de los puestos, pollos vivos preparados para ejecutar como paso previo a ser consumidos. Mujeres con hiyab y algunas con burka hacen cola para adquirir los alimentos. Mónica no puede reprimir un sentimiento de compasión hacia ellas. Imagina su vida, carente de los derechos más fundamentales, y agradece haber nacido en una sociedad en la que las mujeres tienen la posibilidad de poder elegir lo que quieren hacer con su existencia. Todo lo que ve es tan diferente a lo que conoce que le parece mentira que dos mundos tan distintos se encuentren a tan solo dos horas de avión. Menos tiempo que el que se tarda en viajar desde Madrid o desde Oporto a cualquier ciudad europea.

Se adentra ahora por un laberinto de estrechísimas calles por las que, al contrario que en la plaza Jemaa-el-Fna, apenas camina nadie. Automáticamente entra en estado de alerta. Mira a su alrededor. Por fortuna, no ve nada que la inquiete. Tan solo un pobre hombre arrastrando un carro con las maletas de la familia de turistas que va detrás de él.

De pronto, se topa con el *riad* en el que tiene la reserva. Casi le pasa desapercibido. Se esperaba un hotel al estilo occidental, pero nada más lejos de la realidad. Una puerta cerrada y un viejo y minúsculo cartel en el que se lee «Riad Dar Hamid, hotel & spa» indican que ha llegado a su destino. Tiene que hacer un verdadero ejercicio de imaginación para visualizar un spa en semejante antro. Pulsa el timbre. Nadie aparece. Empieza a inquietarse, pues la familia de turistas y el hombre del carro han desaparecido de su campo visual y ahora se encuentra absolutamente sola en medio de la siniestra callejuela. Vuelve a llamar, ahora persistentemente. En vista de que resulta inútil, aporrea la puerta varias veces. Por fin aparece un tipo rechoncho de apariencia nada respetable. Camina despacio, como si fuera lo

más normal del mundo tener a un cliente esperando con su maleta en la puerta durante mucho más tiempo del razonable.

—*Excuse me*.

De nuevo la dichosa disculpa, esta vez con un acento muy diferente al del fétido pasajero, pero igual de estúpida, como si con pronunciarla bastase para arreglar cualquier cagada. Aunque está bastante cabreada, se abstiene de montar un escándalo. No va a ganar nada con ello y mejor tener al tipo de buenas.

Después de registrarse en el cuchitril que funciona a modo de recepción, el hombre coge la maleta y pide que lo siga para mostrarle el cuarto que le ha asignado. La sorpresa de Mónica es mayúscula cuando traspasan la puerta que conduce a la zona de huéspedes. De repente, el cuartucho de la entrada da paso a un hermoso y luminoso patio decorado con mosaicos de colores que sirve como distribuidor de las habitaciones. Hay una fuente en medio y plantas naturales decoran el espacio. Huele a jazmín y a vainilla. No es que sea el colmo del lujo, pero nada tiene que ver con lo que se esperaba unos minutos antes. Tampoco la amplia habitación que, aunque necesita una buena reforma, está limpia y parece bastante confortable. En la mesita, un jarrón con flores naturales, y dos botellines de agua de cortesía.

—*Siñora* Mónica, mi nombre es Youssef, y estoy a su disposición para lo que *nicesite*. El spa lo tiene en el primer piso, y el *disayuno* lo servimos arriba, en la terraza —dice en correcto español pero con un marcadísimo acento.

El tipo, como el espacio, también se ha transformado. Ahora se muestra encantador, exhibiendo una sonrisa que deja al descubierto un par de dientes de oro que acentúan aún más su inquietante aspecto. Antes de retirarse le muestra dos llaves unidas por una arandela.

—*Ista* abre su habitación —señala—. Y con *ista* otra, usted puede *intrar* cuando quiera *in* nuestro *riad*, así no tendrá que dar

golpes *in* la puerta —dice con cierta sorna, señalando la llave más grande.

Mónica alucina con la jeta del tío al recriminarle que llamase con insistencia cuando lo correcto hubiera sido volver a disculparse o, al menos, abstenerse de hacer alusión al episodio. Sin hacer comentario alguno, toma el costroso llavero y le da las gracias.

En cuanto el hombre se retira, se dispone, sin perder ni un minuto, a realizar lo que tiene pendiente.

Capítulo 21

Frente a la puerta Bab Doukkala se alza un edificio con simétricas ventanas verticales del mismo color rojizo que los del resto de la ciudad. Se trata de una construcción sencilla de gruesas paredes que lo aíslan de la temperatura exterior. Junto al correspondiente cartel escrito en árabe, otro en francés que indica a Mónica haber llegado a su destino.

Gare routière voyageurs
Marrakech

Tarda un rato en acceder a la estación, ya que los vendedores apostados en la entrada le intentan vender desde *ras el hanout*, la típica mezcla de especias marroquí, hasta exóticos productos de belleza. Cuando al fin consigue acceder al interior, lo primero que ve es un enorme cartel del rey de Marruecos que preside o, más bien, parece bendecir el lugar. Aunque hay algunos turistas, la mayoría de las personas que pululan por taquillas y andenes son oriundas del país. Casi todas arrastran grandes maletas y bolsas con cachivaches varios.

Se para frente al gran panel que anuncia las salidas y llegadas en las próximas veinticuatro horas. Da por supuesto que no va a encontrar exactamente el trayecto Marrakech-Oporto, o Marrakech-Leixões, nombre del puerto donde recalan los barcos que llegan a la ciudad portuguesa, pero confía en que exista esa ruta con una parada intermedia en alguna ciudad costera de Marruecos. Tal vez un combinado de bus y barco. Al no ver nada que se aproxime a lo que busca, repasa las rutas que salen de

Marrakech hasta algún puerto desde donde supuestamente pudiera partir un ferri hasta Oporto. Su búsqueda resulta infructuosa, pues los horarios de los autocares que van a Casablanca, Rabat, Tánger u otros lugares con puerto no parecen coincidir con la franja horaria del misterioso ticket.

Se dirige a la zona de taquillas con el fin de obtener información personalizada. Busca la ventanilla en la que hay menos gente. La cosa fluye bastante bien hasta que le toca el turno a un turista con aspecto de perroflauta eslavo que se encuentra justo delante de ella. El tipo empieza a hablar un inglés macarrónico que no hay dios que lo entienda. Después de un buen rato, el taquillero logra descifrar que quiere comprar un billete de ida a Casablanca. Ahora se demora en sacar de un monedero costroso los dírhams necesarios para pagar, casi todo en calderilla. Otro buen rato para que el empleado compruebe que se trata de la cantidad correcta. Mónica se desespera. Por fin llega su turno. Muestra en el móvil la foto del resguardo y pregunta al taquillero dónde se puede comprar un ticket que cubra ese recorrido. El fulano se toma su tiempo para mirar la pantalla detenidamente. Amplía con los dedos las imágenes del anverso y el reverso del billete observando cada detalle. Mónica contiene la respiración durante un momento pensando que le va a dar alguna pista, pero al final el tipo pone cara de estar ante una reliquia marciana.

—I have never seen these tickets. They are probably issued by a travel agency.

A continuación, hace un explícito gesto para que deje paso a la mujer con hiyab y al niño que parece ser su hijo que aguardan detrás. Mónica hace caso omiso y le pregunta amablemente la dirección de una de esas agencias que él sugiere emite ese tipo de documento, pero el hombre se limita a mirarla como si ella, al igual que el ticket, fuera una extraterrestre recién llegada de otro planeta. En vista de lo inútil de la gestión abandona la terminal

dispuesta a tomar un taxi, aunque al final se lo piensa mejor y prefiere recorrerse a pie el par de kilómetros que la separan del centro de la ciudad.

Localiza de camino una agencia de viajes. Entra con la esperanza de sacar algo en claro, pero, como ha sucedido hasta ahora, nadie le puede suministrar la información que precisa.

Llega a la plaza Jemaa-el-Fna y se sienta en la terraza del Café de France. Son más de las siete de la tarde. Tiene hambre, pues lleva horas sin meter nada en el estómago. Pide una coca-cola y un tajín de pollo, que acompaña con el tradicional pan *khbuz*. Devora la comida mientras observa el hermoso atardecer que acentúa aún más el color rojizo que caracteriza la ciudad. Frente a ella, el barullo de la plaza, en plena ebullición. Espectáculos exóticos que se representan en varios rincones de la explanada aglutinan a numeroso público alrededor. Un acróbata hace exhibición de buena forma. El ambiente musical corre a cargo de hombres que tocan raros instrumentos mientras pululan cerca de cafés y restaurantes. Los populares puestos de comida los frecuentan marroquíes, al contrario que el Café de France, donde la clientela es en su mayoría extranjera.

Acaba el refresco y pide la cuenta. Intenta diseñar la estrategia a seguir a partir de ahora. Está decepcionada, pero se niega a caer en el desánimo. Contempla la posibilidad de tener que abandonar Marrakech y situar el foco de atención en otra parte, pero antes quiere agotar todas las opciones. Tal vez el mugriento billete plastificado no tenga la importancia que ella le da y se trate de una gilipollez sin peso alguno. Quizá la desesperación la ha llevado a valorar en exceso un simple papel que nada tiene que ver con la desaparición de Cito ni con los cadáveres hallados en Oporto, pero así son las cosas.

De pronto, el cansancio se apodera de ella. La tripa llena, las escasas horas que durmió la noche anterior en Oporto y el trajín del viaje la han dejado sin fuerzas. Necesita descansar. Al menos

tumbarse durante un rato en la cama y dormir algo para, después, continuar con sus pesquisas. Paga y se dirige al hotel.

Los vendedores del zoco por el que tiene que pasar de camino la abordan como hacen sistemáticamente con cada turista. Le llama la atención el colorido de los caftanes de uno de los puestos. La mujer con hiyab que está al frente del pequeño negocio le indica que dispone de más modelos en el interior. Mónica responde amablemente que no es lo que busca. En el tenderete de al lado, un joven más o menos de su edad le ofrece diferentes perfumes. Ha detectado su procedencia, pues se dirige a ella en español. Es simpático y bien parecido. Insiste tanto que Mónica deja que le muestre varias fragancias. Al final se decanta por un frasquito de esencia de almizcle para perfumar la casa, que paga sin regatear. El joven, acostumbrado a tener que bajar de precio sus artículos para darles salida, le agradece la compra con una gran sonrisa. Ella entonces aprovecha la coyuntura para preguntarle lo que le interesa.

—Bus Marrakech-Oporto, seis de la mañana. —Le habla en voz alta y vocaliza exageradamente, suponiendo que así va a entender con mayor exactitud lo que busca—. Necesito saber desde dónde sale. Creo que no tengo parte del documento —se justifica, al tiempo que le enseña las fotos del resguardo que la trae tan de cabeza.

El vendedor echa un vistazo a la pantalla. A continuación, se dirige a su compañero, que se encuentra clasificando la mercancía. Mantienen un corto diálogo en su idioma y ambos se quedan mirándola de un modo un tanto extraño. Tras unos instantes, el tipo vuelve y le comunica que siente no poder ayudarla. Inmediatamente después, aborda a una pareja de turistas que se han parado delante del mostrador de las especias.

Mónica suspira y mira a su alrededor. No sabe cuál de las callejuelas tomar para llegar hasta su hotel. Intenta conectar el navegador. Hace un gesto de contrariedad al comprobar que la

cobertura es inexistente. Da unos pasos intentando situarse en un punto en el que pueda acceder a la red.

—Chist, chist, *siñorita*. ¿Puedo ayudarla?

Es la mujer que atiende el establecimiento de los caftanes quien vuelve a reclamar su atención.

—¡Ay, gracias! Verá, busco el Riad Dar Hamid.

—¡Pase, por favor! —le dice, apoyando la invitación con la mano y haciendo una leve reverencia.

Mónica cree que es un truco para venderle su mercancía, aun así, la sigue hasta el interior de la tiendecilla. La mujer descuelga uno de los vestidos expuestos, pero ella hace un amable gesto indicando que no está interesada en comprarlo.

—Bus Marrakech-Oporto… —Mientras vuelve a colgar el caftán, la mujer repite y asiente con la cabeza, como si fueran palabras mágicas de significado misterioso—. Puedo yo dar información por cuatrocientos dírhams —le dice en voz baja.

Rojo se queda paralizada, pues no se esperaba algo así.

—De acuerdo —le dice, tras considerar la propuesta. Posiblemente se trate de una estratagema para sacar dinero, pero es lo único que ha conseguido hasta ahora, así que no puede permitirse el lujo de despreciar cualquier información, por dudosa que sea. Al fin y al cabo, lo que le pide equivale a tan solo cuarenta euros, aunque seguro que para la mujer se trata de una cantidad más que respetable.

—Será en la Mellah —murmura, mirándola fijamente a los ojos.

A Mónica le cuesta asimilar lo que acaba de escuchar. Ante su cara de perplejidad, la vendedora le aclara.

—Del Cementerio Judío sale autobús por el que pregunta. Pero, *siñora*, yo no le he dicho nada —le susurra, al oído.

La mujer extiende la mano esperando su recompensa.

—¿Cuánto cuesta? —pregunta Mónica, señalando un caftán de colores más apagados que el que le mostró antes.

—Cien dírhams.

—¿Y este pañuelo?

—El hiyab, regalo para usted, *señora* —dice amablemente, mientras le mete todo en una bolsa de plástico.

Rojo le paga quinientos dírhams y abandona el comercio. Se para unos momentos en el exterior digiriendo lo que acaba de suceder y comprueba que la mujer la observa a través del escaparate. Todavía desconcertada, decide dirigirse de madrugada al lugar indicado. También se mentaliza para no cabrearse demasiado si comprueba que la buena mujer le ha tomado por *tolili* y la ha estafado vilmente.

Camina unos metros sin quitar la vista del navegador, esperando encontrar cobertura. Al fin, en la confluencia de dos calles, lo consigue. El GPS indica que tardará solo cuatro minutos en llegar a pie al Riad Dar Hamid. Se detiene para memorizar la ruta, por si vuelve a perder la conexión. Una vez que tiene claro cómo llegar, toma una travesía que la conduce hasta un callejón que debe atravesar. Es ya de noche y apenas hay iluminación, tan solo una triste farola que alumbra pobremente. Si no fuera por la luna llena, que proyecta su resplandor sobre el suelo, habría que caminar casi a tientas por el empedrado. De pronto, escucha el eco de unos pasos. Gira la cabeza y ve a dos hombres mal encarados que caminan detrás, observándola fijamente. Uno de ellos tiene la nariz aplastada, lo que le da cierto aire de boxeador, y el que lo acompaña, una cara tan alargada que parece sacado de una pintura del Greco. Mónica acelera el paso y vuelve a mirar. Comprueba que los dos individuos van más deprisa. Le parecen dos toros de lidia a punto de embestir y ella una torera sin capote. Gira por la primera calle que encuentra y comienza a correr lo más velozmente que sus piernas le permiten. Los dos fulanos, que han tomado la misma ruta, también aligeran el ritmo. El de la nariz le dice algo al de la cara alargada, que se ha quedado rezagado, y le hace un gesto con la mano indicándole que acelere.

Ya no hay duda, la están siguiendo. No divisa a nadie más, así que resulta inútil pedir auxilio. Se encuentra a apenas unos metros de su hotel, pero no quiere que ellos sepan dónde se hospeda. Además, si la puerta de acceso está cerrada, el tiempo que se demoraría en buscar las llaves en el bolso y abrir sería suficiente para que la alcanzaran, así que decide perderse por el intrincado laberinto de callejuelas. Toma ahora un pasadizo que ve a su izquierda y, a continuación, el siguiente a la derecha. Vuelve la cabeza sin dejar de correr. Parece que los ha despistado. Al fondo, frente a ella, ve un pequeño café en el que está entrando gente. Va corriendo hasta allí. Entra con la respiración entrecortada y con la sensación de que el corazón se le ha subido a la garganta y lo va a vomitar de un momento a otro. Se toma unos instantes para recuperarse. Varias personas cenan en las mesas y otras toman té sentadas en taburetes altos al fondo del local. Ya más tranquila, se sitúa estratégicamente en esta última zona sin perder de vista la entrada y pide una coca-cola. Da unos sorbos al refresco y paga, pero tiene miedo de abandonar el local. Vuelve a conectar el navegador con el fin de situarse. Saca las llaves por si no hubiera nadie en la recepción del *riad* y poder abrir la puerta de entrada sin perder tiempo en buscarlas. Aprovecha que dos matrimonios de turistas con aspecto de jubilados han terminado sus consumiciones para salir junto a ellos y emprender el camino hacia el hotel, del que apenas la separan unos metros. Antes, ha aprovechado para guardarse disimuladamente en el bolsillo del pantalón un cuchillo que ha cogido de una de las mesas del restaurante. Ya en el exterior, mira a su alrededor, pero no ve nada sospechoso. Aun así, saca la potencial arma que acaba de robar para llevarla en la mano. Todas las precauciones son pocas.

En efecto, el hotel se halla muy cerca de donde está. Por fortuna, encuentra abierta la puerta y a Youssef en recepción registrando la llegada de unos clientes. Ya en la habitación, deja

en la mesa la bolsa con las compras, cierra con llave por dentro, saca del bolso una de las gominolas que le quedan y se la mete en la boca para calmar un poco los nervios. Mientras la mastica, empieza a recorrerse el cuarto de arriba abajo. Necesita bajar el subidón de adrenalina. Le viene a la mente el diálogo que mantuvo el tipo del zoco con el otro vendedor después de mostrarle la foto del ticket, y la extraña actitud de ambos. La sospecha de que el motivo de la persecución esté relacionado con la información que busca le hace confiar en que lo que le ha dicho la mujer de los caftanes sea cierto, aunque también podría ser una trampa y tal vez la culpable del chivatazo haya sido ella, quién sabe. Recuerda ahora cómo la miraba a través del escaparate. Una mirada lo bastante inquietante como para poder imaginar cualquier cosa. Ahora, más que nunca, sabe el peligro que corre, pero también que si no va al Cementerio Judío se arrepentirá. En este momento podría subirse por las paredes a modo de animal enjaulado, pero es consciente de que debe descansar con el fin de estar en buenas condiciones y para ello necesita dormir unas horas. Abre uno de los botellines de agua que hay encima de la mesa y extrae un Lexatin de la bolsita de las medicinas para trincárselo acompañándolo de un buen trago. Saca de la maleta el pijama y el neceser. Después, se cepilla los dientes y toma una buena ducha para despojarse del tufillo acre que le ha dejado el miedo en la piel. Ya más sosegada, programa la alarma para asegurarse de llegar puntual a la extraña cita y se mete en la cama.

Capítulo 22

Mónica Rojo está ya totalmente despierta cuando escucha la agradable melodía que tiene configurada en el móvil. La misma con la que se levantaba cada día en Madrid para ir a trabajar. Antes de salir de la cama se propone cambiarla ya que la identifica con Cito durmiendo a su lado y ello le provoca una sensación de lo más rara. Una combinación de nostalgia y amargura difícil de soportar. Buscaría otro sonido ahora mismo, pero no quiere perder tiempo, así que enciende la lámpara de la mesilla y va directamente al cuarto de baño.

Apenas se demora unos pocos minutos en asearse. Se dilata un poco más en vestirse con el caftán que compró a la mujer de la tienda y, sobre todo, en colocarse correctamente el hiyab que le regaló. Antes de abandonar la habitación del *riad* se observa en el espejo del armario. A pesar de su pálido color de piel, cree que su aspecto no desentona. Ayuda a ello poder camuflar su pelo rubio con el pañuelo típico. La tranquiliza pensar que el atuendo la ayudará a pasar desapercibida entre las mujeres del lugar, como quien se pone un antifaz con el fin de camuflar su identidad.

Todavía es noche cerrada cuando abandona el *riad* para emprender su particular aventura. El cuchillo que birló anoche en el café lo ha metido en el bolso antes de salir. No es que le fuera a ayudar mucho si la atacaran dos gorilas como los de anoche, pero psicológicamente hace que se sienta protegida. Una protección que se refuerza por vestir la ropa que lleva. Ponerse el pañuelo al estilo de las mujeres marroquíes le ha costado más de lo que preveía, pero, no obstante, espera llegar a la Mellah con margen

suficiente. Racionalmente no tiene demasiado sentido confiar en la eficacia de un cuchillo de punta redonda y filo más que dudoso y unas prendas de ropa, como tampoco lo tiene fiarse de la mujer que puede haberle tendido una trampa, pero la opción de ir desarmada y con vestimenta europea le resultaba tan temeraria como salir desnuda del hotel. Tampoco ha olvidado meter los prismáticos. Quizás ahora le sean de utilidad, aunque para algo bien distinto que para contemplar a unos actores cantando en un musical del West End londinense.

Si los callejones que ya le son familiares resultan sórdidos a pleno día, a estas horas se han convertido en la localización ideal para rodar una serie de terror zombi. Sin embargo, la iluminación que proporciona la luna llena y la tranquilidad que a esas horas reina en la ciudad le dan cierto sosiego. El cri-cri de los grillos y los latidos de su corazón la acompañan a modo de banda sonora, y el olor que inunda las calles hace que se distraiga intentando identificar si el aroma predominante lo da la canela o la cúrcuma. De ese modo, aleja la idea de que en cualquier momento la podrían descuartizar o secuestrarla para nunca más aparecer. Tal vez se trate de un inconsciente mecanismo de defensa, pero paradójicamente camina más tranquila que en las horas centrales de la jornada, en las que a cada vuelta de la esquina sentía que la acechaba el mayor de los peligros. Ahora todo el mundo duerme, al menos eso parece, pues no se ha cruzado con nadie desde que salió del hotel. No hay nada mejor que dirigir la mente en la dirección adecuada para ahuyentar el miedo, tal y como le enseñaron en la academia de Policía, y ella se emplea a conciencia en conseguirlo.

Apenas tarda quince minutos en llegar a la Mellah, el barrio judío de Marrakech. Se trata de una zona más deprimida que el resto de la ciudad. Edificios semiderruidos y más suciedad que en los lugares turísticos, y no es que estos precisamente se caractericen por su higiene. Es como si esta porción de la urbe

estuviera dejada de la mano de Dios, como diría su abuela. Las cucarachas se pasean por el suelo como Pedro por su casa, así que se ve obligada a levantar unos centímetros el caftán para evitar que se enganchen en la tela y, lo que sería peor, le trepen por las piernas. De pronto, empieza a temblar, no sabe si a causa del relente de la mañana, del repelús que le provocan los insectos, o porque se está acercando a la zona del cementerio. Seguramente por todo a la vez. Acelera el paso con el fin de entrar en calor y llegar cuanto antes a su destino. Aunque va con tiempo de sobra, le gustaría tener margen suficiente para solventar cualquier imprevisto, así que cuanto más deprisa vaya mejor que mejor. Podrá explorar la zona y localizar algún recoveco para resguardarse con el fin de observar el panorama, si es que hubiera algo que observar, pasando lo más desapercibida posible.

Tras atravesar el zoco, que adquiere un aire diferente con los tenderetes cerrados, divisa al fondo una puerta metálica de color teja enmarcada por unos muros de piedra que da acceso al cementerio. En la parte de arriba, una leyenda en hebreo que, evidentemente, no sabe descifrar, pero especula que hará alusión a la paz de los difuntos, o invitará a hacer una reflexión sobre la vida y la muerte o, tal vez, se refiera a algo más prosaico como las normas del lugar o los horarios de visita.

Absolutamente nadie en los aledaños, cosa que no le choca, ya que todavía es noche cerrada y falta bastante tiempo para las seis, hora en la que se supone partirá el autobús.

La necrópolis ocupa una considerable superficie de terreno. Un cartel escrito en hebreo pero traducido al francés hace que, por fin, no se sienta como una analfabeta. En él puede leer que el horario de apertura es de nueve a diecisiete horas, por tanto, ha de conformarse con quedarse fuera del recinto. Casi mejor, así no se cagará por la pata abajo deambulando entre lápidas en plena noche. Por muy inspectora de Policía que sea y haber visto

muchos cadáveres a lo largo de su vida, todo lo relacionado con la muerte le sigue dando *yuyu*, no lo puede remediar.

Camina alrededor del perímetro cerrado con el fin de encontrar alguna fisura en las paredes de piedra que le permita ver el interior. Por fin localiza una grieta. A duras penas consigue asomarse. La claridad que proporciona la luna y la linterna del teléfono le permiten ver un laberinto de adoquines amontonados sin orden ni concierto. Saca los prismáticos. Al mirar a través de ellos deduce que cada uno de los bloques de piedra corresponde a una tumba, ya que hay inscripciones talladas en ellos. Se trata de una sucesión de túmulos de diferentes tamaños que en nada se parecen a las sepulturas de los cementerios cristianos. Sepulcros distribuidos de forma irregular que transmiten desorden y abandono.

Un ruido lejano altera el silencio al que su oído se ha acostumbrado. Localiza dos árboles a unos pasos de donde se encuentra. Al estar totalmente secos, sus ramas carecen de hojas y no hay un ápice de vegetación alrededor, pero, por fortuna, ambos troncos son lo suficientemente gruesos como para poder esconderse tras ellos. A pesar de caminar con cuidado, las hojas secas esparcidas por el suelo hacen más ruido del que desearía. Una vez camuflada, consulta el reloj. Las seis menos cuarto. Mira hacia todos los lados. Al fondo, justo por donde ella ha venido, le parece distinguir una persona. Detrás, dos más. No van juntas, ya que varios metros las separan. Parece un desfile de sombras, espíritus escapados de las tumbas que regresaran a su cobijo. Por suerte, la luna proyecta suficiente luz como para que los prismáticos le permitan ver lo que ocurre. Distingue que se trata de hombres jóvenes. Uno de ellos calza una especie de sandalias hechas con lo que parecen llantas de automóvil. Los tres van equipados con mochilas y el de las sandalias, además, lleva un bolso de mano. Siguen surgiendo figuras en el horizonte. Todos hombres, ninguna mujer. Son ya siete los que avanzan decididos,

y al fondo varios más. Figuras solitarias que caminan a paso raudo hacia el cementerio.

Las seis y cuarto. Comienza a amanecer y la claridad incipiente del sol va suavizando el halo siniestro de la zona. El canto de los pájaros ha reemplazado el sonido de los grillos. Once hombres se apuestan ya delante de la entrada. No parecen conocerse entre ellos. Unos pasean y otros se han sentado en el suelo. Algunos consultan su reloj de pulsera, otros la pantalla del móvil con la actitud de quien espera. De pronto, el sonido de un motor hace que todos dirijan su mirada hacia la carretera. Un autobús se acerca al lugar levantando nubes de polvo a su paso. Le llaman la atención las características del vehículo, ya que se trata de un moderno autocar en lugar de una destartalada carraca, tal y como ella se esperaba. El coche se detiene unos metros más allá de donde se encuentran los individuos que han ido llegando. El conductor baja, enciende un cigarrillo y camina unos pasos inspeccionando los alrededores. Mónica dirige a los gemelos hacia él. Se le hiela la sangre cuando comprueba que se trata del tipo de cara alargada que la perseguía unas horas antes junto al de la nariz de boxeador. Ahora desciende el copiloto, que lo hace despacio y seguro de sí mismo. Da la sensación de estar familiarizado con el asunto, como si fuera una rutina habitual. Mónica focaliza ahora su atención en este último. Aparenta unos cuarenta y cinco o cincuenta años y es bastante más alto que el resto. Lleva bigote, la cabeza rapada y parece ser el que dirige el cotarro. Él es quien mete prisa a los viajeros para que suban al autocar. Estos le entregan algo antes de colocar el equipaje en el maletero. Mónica no puede distinguir de qué se trata, pero parece un papel, tal vez el misterioso ticket que certifica el recorrido del viaje desde Marrakech hasta Oporto.

De rodillas, camuflada en su escondrijo y aunque haya una distancia considerable, se esfuerza por permanecer muy quieta, escrutando a través de los gemelos la actividad del conjunto. El

silencio favorece su capacidad de observar, ya que toda la atención se centra en lo que le entra a través de los ojos y afina el resto de sus sentidos. La llegada del día la fuerza a ser más cuidadosa para no ser descubierta, pero la ventaja es la incipiente luz solar, que le facilita observar cada detalle. Uno, en especial, la deja literalmente con la boca abierta. Se trata de la mano izquierda del rapado, a la que le falta el dedo meñique. Apenas puede reprimir una exclamación de sorpresa. Lo que acaba de ver la altera tanto que escucha los latidos de su corazón como si tuviera un amplificador dentro del pecho. Muy despacio, deja en el suelo los prismáticos y extrae el móvil del bolso. Aproxima el zoom y hace varias fotos del autocar, de los viajeros y del tipo de la cara alargada, pero se ceba especialmente en el manco. El vehículo arranca y se desplaza por el camino sin asfaltar, volviendo a ensuciar de polvo el ambiente. Ella lo sigue con la mirada hasta que se pierde en el horizonte. Aguarda un rato tras los árboles secos como medida de precaución. Ya convencida de no haber moros en la costa, nunca mejor dicho, se encamina hacia su hotel con la sensación de haber presenciado una broma macabra. ¿O acaso podría llamarse de otra manera el hecho de citar en un cementerio a esos pobres incautos para, presumiblemente, conducirlos a una muerte programada?

LAS PISTAS

Capítulo 23

—Es el mismo hombre que entregó la riñonera, quiero decir… el *pochete*…, al camarero de La Casa Portuguesa. Y respecto al billete de bus plastificado, imagino que sería uno de los que suministraban a los pobres incautos que viajaban desde Marruecos hasta Europa pensando que venían a trabajar. Supongo que este mismo tipo lo llevaría en un bolsillo y se le caería al sacar un pañuelo o el dinero para pagar el zumo de naranja que tomó, por eso apareció justo en la zona donde se había sentado.

Mónica Rojo habla deprisa, milagrosamente sin tartamudear, dado lo alterada que se muestra. Está de pie inclinada hacia delante y apoya las manos en la mesa. Mira de frente al inspector Ferreira, quien la escucha sentado en la butaca de su despacho.

—Eso es *muito* suponer… —apunta él con una tranquilidad que contrasta con el nervio de ella.

—¿Cómo que es mucho suponer? El individuo responde exactamente a las características: alto, moreno, *careca*, como vosotros decís, y lo más determinante, le faltaba el dedo meñique de la mano izquierda. No hay mucha gente que reúna todas esas condiciones, ¡digo yo! ¡Es bastante más que una casualidad! Y, por si fuera poco, este otro tío es uno de los que me persiguieron en Marrakech hace dos días con la intención de hacerme picadillo. —Según se va refiriendo a cada uno de ellos, Mónica Rojo los señala con vehemencia en las fotografías que tomó con su móvil, ahora impresas en papel.

—De acuerdo. Es probable que tengas razón y te aseguro que vamos a rastrear esta pista, pero ¿qué pretendes demostrar, aparte de que las víctimas sean inmigrantes irregulares y que parte de la organización actúe en Marruecos?

—¡Que existe la posibilidad de que estén utilizando a mi pareja como cabeza de turco en esta puta trama! —exclama, levantando la voz más de lo debido—. Perdona… —se disculpa por la salida de tono.

—¿Qué es «cabeza de turco»?

A ella le cuesta unos segundos asimilar que el inspector Ferreira no entienda la expresión española.

—Que no es descabellado pensar que exista un complot para cargar a Cito…, quiero decir, a Julián, los crímenes de los hombres mutilados.

—*Bode expiatório.*

—Cabeza de turco…, chivo expiatorio…, como prefieras llamarlo. Mi teoría es que el *careca* medio manco no se encontró el *pochete* por casualidad, sino que todo estaba planificado para dirigir el punto de mira de la Policía hacia mi pareja. Hacer aparecer la riñonera con la pistola y todo lo demás en La Casa Portuguesa no es gratuito. Eligieron un local que carece de cámaras de seguridad, así el tipo tenía la certeza de que no habría imágenes que pudieran delatarlo.

—Puede que esos hombres también sean parte de la organización, pero eso es independiente…

—¿Qué quieres decir con «también»? —le corta.

Ferreira mide sus palabras antes de responder.

—Que hay pruebas determinantes de la participación de tu marido en este sórdido asunto es incuestionable, por mucho que te cueste admitirlo —afirma con un sosegado tono de voz—. El engranaje de una organización como esta suele constar de muchas piezas situadas en varios puntos estratégicos. Ahora sabemos que hay gente implicada en Marruecos. Perfecto, hemos dado un paso

para llegar al objetivo que deseamos, que es desarticular la trama, pero no deja de ser un dato más. Lo siento, Mónica, pero que estos tipos sean una parte de la estructura criminal no exime a Yulian de nada —afirma, contundente—. Y si nos ponemos a especular, que el hombre que entregó el *pochete* con las pertenencias de tu pareja quisiera volcar toda la responsabilidad del entramado en él podría obedecer, por ejemplo, a una venganza dentro de la organización.

—Eso último es una especulación.

—Vale, *eu* especulo, exactamente igual que haces tú.

Rojo respira profundamente y se balancea tomando espacio para recapitular.

—Lo único que le compromete hasta ahora es el contenido de su dispositivo. Porque, que yo sepa, no tenéis más pruebas contra él. ¿O acaso hay algo más?

—Sabes que no te puedo suministrar detalles, pero, aunque solo fuera eso, sería suficiente. La unidad de ciberdelincuencia ha demostrado que su terminal no ha sido manipulado.

—¿Y qué? Los diálogos con esa gente rara y todo lo demás están fechados justo después de su desaparición, como bien habéis comprobado. Anteriormente a ese día no hay nada que lo inculpe. ¡Alguien le ha podido meter toda esa mierda en el teléfono!

—Tranquilízate.

Mónica, consciente de estar perdiendo los estribos, vuelve a respirar profundamente, intentando no dejarse llevar por un estado de ánimo que la hace comportarse de manera inadecuada.

—Siéntate, por favor —le pide Ferreira con un suave tono de voz, como si se tratara de un bebé al que hay que sosegar.

—Gracias, estoy mejor de pie.

—No es solo el contenido de su dispositivo… —dice después de dudar si le suministra información reservada. El inspector clava su mirada en Mónica, enredando sus ojos en los de ella. Ante su

silencio, Rojo hace un gesto con las manos, instándole a seguir hablando—. La Brigada de Investigación Tecnológica ha encontrado rastros de Yulian en la *dark web* que le comprometen.

—¿Qué rastros? —pregunta entre sorprendida y escéptica.

—Se trata de información confidencial, pero llegados a este punto, *eu acho* que es mejor que estés al corriente. —Busca algo en el ordenador. Cuando lo ha localizado amplía con el zoom una parte de la imagen. Después, gira la pantalla hacia el otro lado de la mesa. Ella toma asiento, se ajusta las gafas y observa con atención—. Estarás de acuerdo conmigo en que es tu marido la persona que aparece detrás de ese cristal tintado.

Mónica observa la imagen. En efecto, se trata de Cito vestido con un polo azul oscuro y una bata de médico abierta.

—¿Dónde se supone que está?

—En un quirófano. El inspector Andrade y su unidad han analizado la imagen a conciencia y se han topado con Yulian haciendo algo indeterminado en el cuarto contiguo a esa sala de operaciones.

Rojo escudriña cada centímetro de la fotografía hasta cerciorarse de la veracidad de lo que asegura su colega portugués.

—¿Sabes qué es lo que está sobre la mesa del quirófano? —pregunta él, señalando la pantalla.

—Parece una nevera de picnic.

—Parece, pero no lo es. Se trata de un recipiente diseñado con tecnología puntera. Tiene capacidad para conservar órganos humanos durante una cantidad considerable de tiempo, al menos bastante más que las neveras convencionales destinadas a este objetivo. Aparatos como este pueden encontrarse en los más selectos hospitales especializados en trasplantes. Desgraciadamente, no ha sido posible hasta ahora detectar alguna compra irregular que nos llevara a la red que perseguimos.

—¿Cuándo se colgó en internet esta fotografía?

—No se ha podido determinar.

—Por tanto, es imposible saber la fecha en la que se tomó la imagen. No es que yo tenga muchos conocimientos de informática, y menos sobre la *dark web*, pero sí sé que los metadatos se pueden alterar. Esto no tiene por qué ser fiable —dice, señalando el fotograma—. Igual que es posible camuflar mediante varias capas una dirección IP, también se puede manipular todo lo demás.

—Salvo hacer pasar por real una imagen trucada.

—Podría haber sido diseñada por inteligencia artificial.

Él la mira escéptico.

—¡Venga, Mónica, sabes perfectamente que la Unidad de Ciberdelincuencia puede detectar eso fácilmente! Te garantizo que la foto es auténtica. Si hubiera habido algún tipo de manipulación, los equipos informáticos con los que trabajan lo habrían detectado. En cualquier caso, independientemente de la fecha, ¿qué hacía Yulian en la sala contigua a ese quirófano? Tu marido está presente en lo que suponemos se trata de un centro dedicado al trasplante de órganos humanos.

—Efectivamente, tú lo has dicho, se trata solo de una suposición. Él no es médico, ¿no te parece de lo más extraño que esté en esa sala clavado como un pasmarote, vestido con una bata de profesional sanitario? Además, podría tratarse de cualquier hospital o clínica. Quizás estaba allí por haberse puesto enfermo, yo qué sé…

Esta última frase la dice con una falta de convencimiento que contrasta con todo su discurso anterior. Su voz, de pronto, le ha sonado como si no creyera en sus propias palabras y la expresión de Ferreira transmite la sensación de que estas ni siquiera han sido oídas.

—Los enfermos están sobre una camilla o en una silla de ruedas, no enredando en la zona donde trabajan los profesionales —sentencia, al fin. Ante el silencio de Mónica, prosigue—. ¿Por

qué esta imagen está colgada en la *dark web* junto a otras semejantes relacionadas con este negocio?

—Puede haber muchos motivos, Nuno…

—Mónica, eres policía como yo. Una buena policía, además —reconoce convencido—. Comprendo que la situación por la que estás pasando te dificulta ser objetiva, pero estarás de acuerdo conmigo en esto: las pruebas nos guían, las especulaciones nos pierden —sentencia. El aplomo que ella ha mostrado hasta ahora se tambalea. Busca argumentos con los que rebatir a Ferreira, pero no encuentra nada que logre inclinar la balanza hacia su lado—. Es lógico que estés luchando contra viento y marea para justificar lo que rodea este asunto con el fin de librar a tu pareja de las acusaciones que existen contra él, pero tienes que hacer un esfuerzo para ser capaz de valorar con imparcialidad lo que tenemos —le dice él, intentando mostrar empatía. Ella calla, consciente de lo que parece una realidad incontestable. Él ahora se recuesta en la butaca sin dejar de mirarla—. Y que sea la última vez que mientes.

La frase del inspector la deja en suspenso.

—¿Cuándo he mentido? —pregunta desconcertada.

—Me aseguraste que ibas a mantenerte alejada de lo que era competencia nuestra, pero me consta que enseñaste tu placa de policía en La Casa Portuguesa —le reprocha.

Rojo no puede evitar que sus mejillas adquieran el color de su apellido. Baja la mirada y encoge el cuerpo, como si fuera una niña pillada en una travesura. Sin embargo, está tranquila. No le asustan las consecuencias que se puedan derivar de su desacato. En realidad, está preparada para cualquier sanción que pudiera conllevar haber incumplido la condición que Ferreira dejó clara. Quien no tiene nada que perder adquiere una osadía impensable para los que llevan una pesada mochila sobre sus espaldas.

—Solo hubiera podido conseguir la pista del billete de autobús y la información sobre el hombre que entregó el *pochete* diciendo

que pertenecía al Cuerpo, compréndelo —se justifica, ya sin el acaloramiento anterior—. Sin esos datos nunca habría logrado llegar hasta donde lo he hecho. En cualquier caso, jamás dije que fuera en vuestra representación, siempre dejé claro que era miembro de la Policía española.

—Imagino que Pablo desconoce que vas por ahí enseñando tu placa sin estar de servicio…

—No, no lo sabe —admite, consciente de su comportamiento irregular.

—Y más vale que no se entere, porque a él tampoco le iba a hacer gracia. Te recuerdo que estás en Oporto como una mera ciudadana, no ejerciendo de funcionaria del Cuerpo de Policía español.

Mónica sigue mirando al suelo, sin hacer comentario alguno, como si no hubiera escuchado lo que Ferreira acaba de decir.

—Te prohíbo tajantemente dar un solo paso más por tu cuenta. Si continúas por ese camino hablaré seriamente con tu jefe. Actuar como lo has hecho se merece la inhabilitación.

—Queda claro —responde ella, con apenas un hilo de voz. Por primera vez y aunque le pese, es consciente de haber recorrido la totalidad del camino, al menos en lo que a ella depende. Tras unos instantes en silencio, se levanta despacio, como si tuviera lesionadas las piernas y necesitara muletas, o como una boxeadora que ha perdido la pelea por KO y debe retirarse, humillada. Se despide con un gesto de la mano, absteniéndose de formalidades. El fracaso le ha dejado en la boca un sabor a hierro oxidado. Cuando está a punto de abrir la puerta, la voz del inspector la hace volverse hacia él.

—Para mi tranquilidad, a partir de este momento colaborarás directamente conmigo. Estarás pegada a mi culo, como decís en España, desde la mañana hasta la noche. La condición es que estés localizable en todo momento y te abstendrás de dar un solo paso sin que yo lo sepa. Y si te prohíbo que hagas algo, me

obedeces. Estas son las reglas. Y, aunque no hace falta decirlo, tu participación será de forma extraoficial a no ser que yo indique lo contrario.

Que Nuno Ferreira ahora le pida que forme parte de la investigación ha transformado radicalmente su estado de ánimo. No sabe cómo reaccionar ante lo que de ninguna manera se esperaba. Descolocada, una única palabra sale de sus labios.

—Gracias.

—Estoy absolutamente convencido de que ignorabas las actividades de Yulian. Eres una víctima colateral y sé que tu objetivo es aclarar el caso, pero el hecho de que estés casada con él me pone en una situación muy comprometida. Espero no tener que arrepentirme de confiar en ti.

—Te aseguro que soy la primera interesada en sacar a flote esta mierda. Para bien o para mal. Si crees que me he metido hasta las cejas en esto para demostrar contra viento y marea la inocencia de mi pareja, estás equivocado. Lo hago porque necesito saber si realmente está pringado. Pero para ello tengo que estar plenamente convencida de que… —Se detiene porque no sabe cómo llamarlo, ¿Cito, Julián, Yulian, tal y como dicen su nombre en Portugal…? Era como si su pareja estuviera ya fuera de la vida. También de la muerte. Como si se tratara de un tabú que se evita mencionar. Carraspea y retoma su discurso—. De que… él… es miembro de la organización, descartando pistas que no cuadran. Y si, después de todo, las evidencias son incuestionables, no haría nada por exculparlo, ¿o acaso crees que podría seguir compartiendo mi vida con un monstruo?

Nuno Ferreira sabe que dice la verdad. En cualquier caso, es plenamente consciente de que la mujer con aspecto de niña empollona que tiene frente a él ha logrado un mayor avance en la investigación que todo el grupo destinado al caso. Le resulta inaudito que una sola persona con la única arma de su ingenio y perseverancia haya logrado ir más lejos que todo un dispositivo de

la Policía portuguesa con muchos más medios a su alcance. Es un hombre práctico y admite que las pesquisas de Rojo en Marrakech reactivan un caso que, actualmente, se encontraba en punto muerto. El asunto ha adquirido una dimensión tal que sus superiores no paran de azuzarle para presentar resultados que constaten un progreso en la investigación, pero lo único que ha ofrecido hasta ahora son buenas palabras con el fin de calmar las prisas. Y, tal y como están las cosas, cree que, de una forma u otra, Mónica Rojo le puede ser de gran ayuda. Además, le dará tranquilidad incorporarla a la investigación, ya que se teme que solo de esa forma podrá mantenerla bajo control. Pero, por supuesto, se abstiene de verbalizar lo que piensa, enmascarando su decisión como un favor hacia su colega española que ella, tarde o temprano, se verá en la tesitura de agradecer o, al menos, la pondrá en disposición de seguir los criterios que él le marque.

Capítulo 24

El crucero ha atracado hace unos minutos en Leixões, el puerto más próximo a la ciudad de Oporto. Personas de diferentes nacionalidades, en su mayoría alemanas, descienden del enorme navío dispuestas a aprovechar las pocas horas de las que disponen hasta volver al barco. Algunas de ellas se quedan en Matosinhos, el pueblo más cercano, pero la mayoría se dirige a Oporto en taxi o en uno de los autobuses que los dejarán en el centro de la ciudad. El sol brilla y la temperatura primaveral fomenta el buen humor de los turistas. Únicamente el viento, aunque hoy es menos fuerte de lo habitual, resulta algo molesto. Los niños juegan mientras sus padres cotillean las tiendas que salpican los alrededores, y las parejas se hacen las cucamonas de las que presumiblemente prescinden cuando la rutina, el trabajo y las obligaciones cotidianas marcan la pauta del resto del año. El ambiente festivo que se respira es más próximo a un parque temático que a un muelle portuario.

Mónica Rojo observa el ajetreo mientras se sujeta el pelo con una goma para impedir que el aire se lo enrede. Piensa en el abismo que separa a estas personas vestidas de lino y pantalones de marca de los muchachos que subieron a aquel autocar en el Cementerio Judío de Marrakech. Esos jóvenes africanos, que llenos de ilusiones viajaban con la perspectiva de labrarse un futuro, poco podían imaginar que, presumiblemente, eran conducidos al degolladero. Ahora, más que nunca, es consciente de que hay muchos mundos en este, aunque sean invisibles para gran parte de los ciudadanos del más privilegiado de esos

mundos. Incluso ella misma, a pesar de estar familiarizada con lo perverso del ser humano, fue incapaz de detectar que uno de esos universos paralelos quizá lo tuviera mucho más cerca de lo que jamás habría llegado a suponer. Pero, como siempre que pasa por su mente la imagen de su pareja protagonizando el peor de los horrores, prefiere aferrarse a la posibilidad de una inocencia cada vez más improbable. Una inocencia en la que necesita creer para, desde algún recóndito lugar de su maltratado corazón, sacar fuerzas y seguir luchando a fin de que ese privilegio llamado vida tuviera el sentido suficiente para considerarlo como tal, en lugar del infierno en el que se estaba convirtiendo. Tal y como están las cosas, le cuesta convencerse de que merece la pena pagar el elevado precio que supone el desgaste emocional por el que está pasando. De momento, simplemente sobrevivir implica ya una victoria. Echa la vista atrás y lo que viene a su memoria tiene un sabor agridulce. Con Cito a su lado estaba borracha de vitalidad y ahora la sensación se aproxima más a una terrible resaca. Peor aún, con la perspectiva actual, tiene la impresión de haber conducido ebria durante años un vehículo a gran velocidad sin darse cuenta del peligro. Como el alcohólico rehabilitado que contempla con dolor haber dilapidado su vida mientras era esclavo de su adicción.

Recorre la zona de arriba abajo con el fin de observar las características del puerto. Los coloristas carteles publicitarios le resultan más refrescantes que las olas del océano, las cuales se le antojan amenazantes desde que volvió de Marrakech. Mucha vigilancia y un control exhaustivo de embarcaciones, en su mayoría cruceros, hacen impensable que puedan desembarcar pateras o naves semejantes. Ni en el puerto ni en las proximidades, ya que la Policía Marítima supervisa todo lo que se acerca a la costa a lo largo de varios kilómetros. Que alguien consiga llegar ilegalmente hasta Europa desembarcando aquí resulta disparatado. Ya se lo dijo Ferreira cuando ella, siguiendo

las instrucciones de mantenerlo informado, le notificó que visitaría Leixões, pero aun así quiso comprobarlo con sus propios ojos. Por primera vez da pasos firmes desde que tomó la decisión de investigar por su cuenta. Le resultaba de lo más incómodo dar palos de ciego husmeando aquí y allá con la impresión de que el suelo por donde pisaba se iba a abrir de un momento a otro arrojándola al abismo. Tener el respaldo del inspector portugués le hace sentir que va por el camino correcto y, lo más importante a estas alturas, que no está chalada perdida llegando a conclusiones que pudieran resultar insensatas a cualquiera que las analizara. Al menos, contrastar los hallazgos y sus percepciones con su colega luso la fuerzan a mantener una equidistancia imprescindible en la situación actual.

Descartada la opción de que los inmigrantes captados en Marruecos terminasen su periplo en la zona marítima más próxima a Oporto, lo lógico era suponer que el vehículo que partió de la Mellah finalizaría su recorrido en algún lugar del norte de África. Desde allí, una embarcación transportaría a los pobres incautos a un punto indeterminado de la península ibérica para, a continuación, llevarlos por carretera hasta la ciudad portuguesa. Esa era la conclusión lógica. Un laberinto de escalas que complicaba enormemente realizar un seguimiento de la ruta establecida por la siniestra organización. Resultaba sencillo suponer que una estructura tan profesional complicase al máximo el periplo con el objetivo de ponérselo difícil a la Policía. Lo cierto es que esto no suponía para ella un desbarate excesivo de sus esperanzas, al menos a eso la llevaba su talante optimista, haciéndole ver el vaso medio lleno. Era consciente de que toparse con una de esas embarcaciones y rastrear el destino de su cargamento humano hasta el lugar concreto donde se extirpaban las vísceras a aquella gente era tan improbable como que le tocara el gordo en el sorteo de Navidad. Así que, llegados a este punto, tendría que averiguarlo por otros medios, pero ¿cuáles? Su

capacidad imaginativa había casi llegado al límite, aunque se aferraba a ese «casi» como a un clavo ardiendo.

Tras haber explorado la zona, opta por regresar a Oporto. Comprueba el recorrido de varias líneas de autobús para elegir la que le conviene. Aunque el vehículo dispone de pocos asientos, logra sentarse junto a una de las ventanillas. Confía en que los cuarenta minutos del viaje sean lo más agradable posible. Sin embargo, en lugar de fundirse con el paisaje a modo de camaleón, tal y como sería su deseo, se pasa el trayecto intentando vencer la tentación de fustigarse por la inutilidad de sus gestiones y de sucumbir a la autocompasión. Cuando el vehículo se aproxima al centro de la ciudad, por fin logra ahuyentar las nefastas reflexiones fijando sus ojos en la pantalla informativa de la ruta, concentrada en que no se le escape la parada correcta.

Se baja en un barrio céntrico, aunque no frecuentado por turistas. Justo frente a ella, el edificio Capitolio, donde se encuentra la Agência para a Integração Migrações e Asilo —AIMA—, tal y como reza el gran cartel que preside la fachada. La fila formada en el exterior de la puerta principal es considerable. Personas de diferentes razas y nacionalidades esperan pacientemente a ser atendidas. Ella recorre el perímetro del edificio con el fin de no tener que colarse, pero es incapaz de encontrar otro acceso. De nuevo en la entrada principal, avanza hasta la puerta aguantando las miradas hostiles de quienes llevan esperando probablemente más de una hora. Su pelo rubio y aspecto europeo acentúan aún más la ojeriza de los que pacientemente aguardan su turno y, al mismo tiempo, la resignación por lo inevitable. Como si por su origen tuviera adquirido un derecho del que ellos estaban privados y hubiera que respetar ese privilegio. Ella, cohibida, acelera el paso con el fin de librarse lo antes posible de la desagradable sensación de ser observada por tanta gente preguntándose qué puede hacer alguien como ella en ese lugar.

Un miembro de la Guarda Nacional Republicana la insta a ponerse al final de la cola.

—*Eu tenho um encontro marcado com o tenente Cardoso* —vocaliza exageradamente, dando a su voz un volumen más alto del que utilizaría en una conversación corriente. A pesar del esfuerzo, y viendo la cara del hombre, no está segura de que le haya entendido.

—*Qual o seu nome?* —pregunta el agente, en un tono bastante más bajo que el empleado por ella.

Mónica carraspea y se concentra en que el portugués que ha ido aprendiendo durante su estancia sea, al menos, inteligible.

—*Eu sou Mónica Rojo, da polícia espanhola. O inspetor Nuno Ferreira comunicou ao tenente Cardoso que eu iria visita-lo.*

El agente llama a un compañero a través de su *walkie-talkie*. Este apenas se demora unos minutos en acudir y pide amablemente a Rojo que lo acompañe hasta el despacho del teniente Cardoso, quien muestra nada más verla estar al corriente de la razón de su visita.

—Señora inspectora, siento sinceramente el trance por el que está pasando. Estoy a su disposición para ayudarla en lo que pueda —dice servicial, en un perfecto español aderezado con un mínimo acento luso.

—Gracias, teniente. Siento molestarle porque sé que está muy ocupado.

El rubicundo policía sonríe, quitando importancia a la acumulación de trabajo.

—Aunque en Portugal el problema de la inmigración no es tan grave como en España, últimamente la faena se nos amontona, es verdad, pero estamos acostumbrados, no se preocupe.

La amable sonrisa con la que adorna sus palabras le da un punto de calidez en la mirada que invita a la confidencia. Mónica, quien presume de saber catalogar a la gente de primeras, decide que se trata de un buen tipo. El hombre señala con la mano la

butaca que se encuentra al otro lado de su mesa y la invita a sentarse.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Me gustaría saber si han detectado últimamente algún cambio en el *modus operandi* de la llegada de migrantes.

Cardoso se dirige hacia el mapa de la península ibérica que preside una de las paredes del despacho.

—Como le decía, no estamos tan desbordados como ustedes y todavía tenemos cierta capacidad de controlar quién entra ilegalmente, al menos por la costa. —Mira al mapa y señala con el dedo la parte del océano Atlántico que linda con Portugal—. Debido a que es más peligrosa esta ruta que la mediterránea, la llegada de embarcaciones es limitada, tal y como puede suponer. Pero lo cierto es que este asunto nos ha pillado con el pie cambiado, como diría mi esposa, que es española como usted —comenta con un guiño de complicidad que acentúa sus rasgos de niño travieso—. Lo más impactante de este caso es que no hemos percibido cambio alguno de dinámica durante los últimos meses.

—¿Y eso qué significa?

—Teniendo en cuenta la macroestructura que suponemos hay detrás de este negocio ilegal, sería lógico habernos percatado de algo fuera de lo común. Es un misterio cómo llegaron esos cadáveres destripados a Oporto, y resulta más enigmático aún que aparecieran flotando en el Duero, en la parte más céntrica de la ciudad, sin que en ningún momento detectáramos el desembarque, ni desde qué punto se arrojaron los cuerpos, ni nadie viera nada… —Puntea con el dedo índice el cauce del río dando énfasis a lo que considera inexplicable.

Ella ahora se levanta de la butaca y se acerca al mapa para observarlo atentamente, como si el trazado de carreteras, ríos y demás accidentes geográficos pudiera emitir una señal que la ayudara a avanzar en la solución del misterio.

—Es lógico deducir que transportar los cadáveres desde el quirófano o desde donde fuera para tirarlos al Duero requeriría una infraestructura que difícilmente pasaría desapercibida —concluye Rojo, cambiando hacia Cardoso el foco de su mirada.

—En efecto. Por eso concluimos que hay detrás una sofisticada red perfectamente organizada y con recursos muy superiores a lo que estamos acostumbrados. Estos migrantes seguramente no han sido tratados como los que son hacinados en viejos camiones o transportados en miserables pateras con el fin de ser utilizados como mano de obra barata. Esa es la cuestión en la que debemos centrarnos.

—¿A qué se refiere? —pregunta Mónica, sin saber a dónde quiere ir a parar.

—Considere que las personas que solemos detectar son las que emprenden la travesía del Sáhara en vehículos sobrecargados y en condiciones precarias. Las altas temperaturas durante el día y las bajas durante la noche pueden poner en peligro la salud de quienes cruzan el desierto. Y no digamos si luego tienen que cruzar el estrecho de Gibraltar u otra de las rutas conocidas, todas igualmente peligrosas y en las que mueren muchos de ellos.

—Perdone, teniente, pero no le sigo…

—Quiero decir que a los traficantes les da igual las condiciones de salud en las que llegan los migrantes ilegales llamémosles «habituales». En este caso, el objetivo de las mafias es trasladarlos a Europa a cambio de dinero. Les da igual en qué estado lleguen, incluso si mueren en el camino, ya que han cobrado por adelantado. Sin embargo, quienes van a ser sacrificados para utilizar sus órganos deben estar en perfecto estado. Es coherente pensar que los cuidarán al máximo durante la travesía, por ser cada uno de ellos una auténtica fuente de dinero. Tenga en cuenta que la gente pudiente que necesita con urgencia un trasplante no se mete en la rueda burocrática por la que pasa cualquier ciudadano necesitado de una intervención de

este tipo. Estas personas están dispuestas a pagar una desorbitada cantidad por un hígado o un pulmón a cambio de saltarse los cauces legales y las interminables listas de espera. Por eso suponemos que el protocolo es diferente al que llevamos viendo hasta ahora.

—¿Se les trataría entonces como turistas? —pregunta ella, al recordar el moderno y amplio autocar al que se subieron los jóvenes africanos en Marrakech.

—Hummm, algo así —dice él, después de valorar la pregunta —. Y eso hace más farragoso seguirles la pista. Es improbable que lleguen a Oporto por vía marítima. Seguramente se les conducirá en barco a algún punto indeterminado de la península ibérica para llegar aquí por carretera. Probablemente los traficantes les proporcionen documentos falsos para cruzar la frontera. Incluso especulamos que existan varias redes transnacionales que cooperarían entre sí, dado lo lucrativo de un negocio semejante. En el marco de la *Operação quebra-cabeça* hemos establecido una estrecha comunicación con el sector de Inmigración de la Policía española y marroquí con el fin de explorar este asunto, cada una con los medios de los que dispone en su propia jurisdicción. La coordinación en estos casos es fundamental.

—¿Alguna pista para calcular cuánto tiempo puede llevar actuando la red en Portugal?

—¡Quién sabe! —exclama, desinflado, después de volver a tomar asiento—. Suponemos que no demasiado. Si llevase años activa, algo habríamos detectado. Aunque dado el secretismo con el que operan tal vez lleva actuando más de lo que pensamos. Por el momento es imposible hacerse una idea. Varias unidades de la Policía nos estamos organizando para analizar con lupa los desaparecidos en el último año a fin de saber si alguno de los cadáveres se tratara de una de las personas buscadas, pero no hemos tenido éxito. Además, las denuncias de las que hay constancia en los últimos meses corresponden a individuos

portugueses, salvo una, que se trata de un ciudadano español que estaba pasando sus vacaciones en Oporto y todavía no ha sido localizado. En ningún caso de personas provenientes del norte de África. No obstante, ignoramos si alguna de esas denuncias pudiera tener relación con el caso que nos ocupa.

—Supongo que cuando habla de ese ciudadano español no se refiere a mi marido.

El comentario de Mónica deja a Cardoso algo descolocado.

—Eh… no, no. Se trata de un muchacho de veintitantos años que viajaba solo y venía de Salamanca. El asunto de su esposo es un tema aparte —dice, eludiendo mencionar que Cito se encuentra en busca y captura.

Se crea un silencio incómodo hasta que Cardoso carraspea y recupera la conversación.

—Es presumible que la organización seleccione víctimas vulnerables y sin familia, al menos con la familia muy lejos de aquí. El hecho de efectuar la selección en Marruecos facilita la impunidad en este sentido. Hay una buena cantidad de jóvenes en ese país dispuestos a buscar una oportunidad de progreso en Europa, así que debe de ser bastante fácil engañarlos con la promesa de un buen empleo. La hipótesis es que, una vez en el destino y bajo amenazas, se les despoje de sus pasaportes, tal y como hacen con las víctimas de trata. De esa forma se convierten en un conjunto de órganos sin nombre facilitando su comercio como si se tratara de cualquier mercancía.

Mónica se queda pensativa intentando ordenar la información recibida.

—Hay algo que creo de especial relevancia y de lo que no hemos hablado. —El teniente la mira con atención—. Me refiero a que tiene que haber un núcleo que se encargue de contactar con potenciales clientes dispuestos a pagar por un órgano una suma importante saltándose los cauces legales…

—Esta es una parte clave en el proceso —corrobora el policía —. Y hay que contemplar también que se requieren instalaciones altamente especializadas, auxiliares médicos experimentados, laboratorios donde realizar pruebas de compatibilidad… Y, evidentemente, cirujanos altamente cualificados, aunque sin demasiados escrúpulos, por supuesto. Profesionales aparentemente respetables que trabajarían en la sanidad convencional, pero que con cada una de estas intervenciones ganarían diez, veinte veces, o quien sabe cuánto más que con su labor habitual. Lo que pretendo decir es que todo en el proceso debe cumplir una serie de garantías, cuidando especialmente la seguridad de los pacientes antes, durante y después de la cirugía.

—La seguridad de los receptores —recalca ella con una amarga sonrisa—, porque llegados a este punto la del donante importa más bien poco.

Cardoso asiente ante la impotencia que provoca la certeza de la muerte. Unas muertes ante las que, por el momento, las fuerzas de seguridad se muestran impotentes.

—Tristemente, a ellos se les trata como mera cosecha humana, así son las cosas —afirma, resignado, el teniente—. Por otra parte, y tal y como usted sugiere, la labor de los intermediarios resulta importantísima y averiguar quién o quiénes se encargan de efectuar los contactos sería fundamental en la resolución del caso.

—Lo que llama la atención es que en una organización en la que hay tanta gente implicada hayan sido capaces de conservar semejante secretismo —comenta Mónica.

—Tenga en cuenta que es un mercado rodeado de silencio y hay demasiado dinero en juego como para permitirse el más mínimo desliz —responde Cardoso, encogiéndose de hombros—. Créame que me gustaría proporcionarle más información al respecto, pero esta cuestión se sale de nuestra competencia.

Únicamente sabemos que la Interpol está invirtiendo recursos en investigar esta parte de la trama.

Mónica menea la cabeza con desaliento.

—Ojalá pudiera darle otro tipo de noticias, pero nos encontramos dentro de un bucle del que, por el instante, no conseguimos salir —remata él, cariacontecido.

Capítulo 25

Eugenio Bermejo se aproxima a la comisaría de Ciudad Lineal con paso firme pero relajado. Mira su reloj y comprueba que llega con tiempo suficiente para hacer una parada en el bar Río, la cafetería en la que según él sirven las mejores porras de Madrid. No es que esté con el estómago vacío, pues ha desayunado antes de salir de casa, aunque de forma distinta a como le hubiera gustado. Elisa, su mujer, madruga más que él ya que su horario de trabajo en el Ministerio de Cultura comienza a las ocho en punto, y desde que lo ha puesto a dieta siempre le deja preparado lo mismo: un kiwi, un biscote con una loncha de pavo encima y un café con leche endulzado con sacarina. «Tienes que adelgazar. Es sano y está bueno», le dice. «Sano pero triste», piensa él. No es que pase hambre porque empapa el pan con un buen chorro de aceite para que aquello tenga más consistencia. Al fin y al cabo, su mujer ya ha salido y no le puede amargar la mañana con la amenaza de que el colesterol lo tiene por las nubes y le podría dar un infarto si sigue metiendo grasa en el cuerpo. Ojos que no ven, corazón que no siente. Así que, aunque escueto, con ese aderezo extra, el desayuno suele ser suficiente hasta la hora del almuerzo, pero hoy se le ha antojado algo rico antes de meterse de lleno en la jornada laboral, y decide darse el capricho. «Los placeres de la vida se encuentran en las pequeñas cosas, ¡qué cojones!», se justifica.

El olorcito a mantequilla, el sonido de las cucharillas y el trajín del personal sirviendo los piscolabis a los clientes le hacen salivar a modo de perro de Pavlov. El establecimiento está lleno,

pero encuentra un taburete libre en el extremo de la barra, de ese modo no se verá obligado a degustar de pie el sabroso festín. A pesar de la numerosa clientela, el camarero, cuyo brío le permite atender a varios clientes a la vez con velocidad inusitada, le sirve enseguida el café con leche y un plato con cuatro porras recién hechas.

Justo después de dar un buen bocado a una de las gigantescas y crujientes porras, nota la vibración del móvil en el bolsillo. Se limpia la grasa de las manos y de la boca con una servilleta de papel y responde a la llamada.

—Parece que vamos a tener que remangarnos y meternos en la mierda de lleno —le espeta de golpe Antúnez.

—¡No me sea escatológico, jefe, que estoy desayunando! —exclama con la boca todavía llena.

—¿Aún estás en casa? —pregunta su superior, alarmado.

—No, aquí al lado, en el bar Río.

—Pues aligera, que hay novedades en la *Operação quebra-cabeça*, como la llaman nuestros colegas portugueses, y nos piden ayuda.

—¡Ah!, pensaba que ese asunto era potestad de Inmigración.

—Como la cosa está que arde, nos han solicitado colaboración también a nosotros. Ahora te cuento.

Bermejo despacha las porras restantes en un abrir y cerrar de ojos. Se bebe el café con leche de un par de tragos y paga la cuenta. Acelerado, llega a la comisaría y se presenta en el despacho del inspector jefe.

—Hueles a fritanga.

El agente acerca la nariz a la solapa de su chaqueta y se encoge de hombros. Sin dilación, Antúnez le entrega el documento que acaba de imprimir. Bermejo espera algún comentario, pero el jefe se limita a indicarle que lo lea y saque sus propias conclusiones. Se sienta para echar un vistazo al escrito. Mientras

tanto, el inspector pasea de un lado a otro del despacho pasándose la mano por su pelo recién cortado.

—¡Sí que estamos apañados! —exclama Bermejo, tras ojear el informe por encima y reparar en lo sustancial.

—Por si no hubiera bastante con lo del marido de Mónica, ahora sale esto, que cada vez huele peor, ¡joder! —exclama Antúnez—. Vamos, que éramos pocos y parió la abuela —remata, bastante agobiado.

—¿Se sabe algo más del tal… Rafael Salazar Hernández? —pregunta el agente, consultando el documento hasta encontrar el nombre.

—Fundamentalmente lo que recoge el informe.

Bermejo observa el primer plano del muchacho que se adjunta en el dosier y después lee en voz alta el texto que acompaña la fotografía.

—Ciudadano español y vecino de Salamanca. Veinticuatro años y vivía con sus padres. Llegó a Portugal el 14 de marzo y desde entonces se le pierde la pista —constata.

—La familia empezó a inquietarse dos semanas después de su marcha, al ver que no podían localizarlo —interviene Antúnez.

—¿Vivía con sus padres y estos no se preocuparon por él hasta quince días después? —pregunta Bermejo, sorprendido.

—Bueno, ya era mayorcito…

—Los veintitantos años de ahora son muy diferentes a los de nuestra época. Si mis hijos no dan señales de vida a diario cuando están fuera, a Elisa le da un ataque de nervios.

—¡No compares, hombre! Tus hijos son todavía unos niños.

—Si tuvieran cuarenta años también le daría un patatús —asegura, mientras ojea el documento—. ¿El tal Rafael viajaba solo?

—Sí. Era uno de esos tipos que cogen su mochila y se pierden por el mundo. Un aventurero.

—Pues parece que las aventuritas se le han acabado para siempre, al menos en este mundo.

—Por lo que me ha comentado el inspector Ferreira, el muchacho habló por teléfono con su hermana cuando llegó a Oporto, pero luego no se supo nada más de él. De lo único que tenía conocimiento la familia era del albergue en el que se instaló al llegar. Como intentaron contactar y siempre tenía el móvil apagado, llamaron allí y les dijeron que hacía días que había dejado el hostal. Al ver que no había modo de localizarlo e ignoraban cómo actuar, los padres lo notificaron en la comisaría de Salamanca. Entonces, la unidad contactó con la Policía portuguesa.

—¿Están seguros de que el cadáver corresponde al chico?

—Aunque no estaba precisamente en buenas condiciones, pues parece ser que llevaba muerto bastantes días cuando lo han encontrado, los datos proporcionados por los padres han ayudado a la identificación. Principalmente, porque se apreció en el rostro una pequeña cicatriz que coincidía con la que se veía en una de las fotografías que envió la familia cuando puso la denuncia de la desaparición. Ello hizo que nuestros colegas portugueses pusieran en marcha el dispositivo.

—A ver si va a ser una falsa alarma.

—¿Por qué?

—Lo digo por el susto que se llevó Mónica cuando fue a identificar al que habían tomado por Cito y luego resultó ser otro tipo…

—¡Un buen patinazo el del cáncer metastásico! —recuerda Antúnez—. Aquí se han curado en salud. Nos lo han notificado tras comparar el ADN del cadáver con el del muchacho y han visto que coinciden.

—¿Con qué han contrastado la muestra?

—En el albergue donde se hospedó se dejó olvidado un pequeño neceser que contenía un peine en el que había algunos

pelos con bulbo enredados. Todo está recogido en el informe, lo relevante es que, como a los cadáveres que flotaban en el Duero, le faltaban los entresijos… —Antúnez señala el informe. Su gesto se sitúa entre el asco y la pena—. Lo único que dejaron completos fueron los ojos. Como era miope y usaba gafas… —Al ver que Bermejo no ha entendido esto último, reacciona—. Quiero decir que a este no le han extirpado las córneas como a los otros —dice, señalando la foto del chico.

—No tendrían la calidad suficiente como para trasplantárselas a algún millonario cegato —concluye Bermejo.

Antúnez se rasca ahora la barba mientras fija sus ojos en Bermejo, esperando a que termine de leer el dosier.

—¿Mónica está al tanto de esto? —pregunta el agente.

—Sí —responde el inspector jefe—. Parece que ha conseguido que Ferreira la tenga casi como adjunta, así que la mantiene al corriente de todo lo relacionado con el dispositivo.

—¡Qué tía! Eso es poner una pica en Flandes, dadas las circunstancias.

—Ya sabes cómo es —comenta Pablo Antúnez—. A Ferreira le ha debido de pasar lo que a mí: accedes a lo que pide para que deje de marear. —Bermejo, quien conoce bien a Mónica, sonríe—. La verdad es que así me quedo más tranquilo —dice el inspector jefe tras unos instantes.

—¿Por qué? —pregunta el agente.

—Porque dejará de zascandilear por libre. Controlada por Ferreira tendrá más cuidado y dejará de traernos de cabeza con sus ocurrencias —comenta Antúnez, algo molesto.

Bermejo sube involuntariamente las cejas, consciente del cabreo del jefe con su compañera.

—¿Y dónde se supone que encajamos nosotros en la dichosa Operación rompecabezas?, que, por cierto, vaya nombrecito…

—*Quebra-cabeça*, en portugués —lo corrige Antúnez—. ¿Cómo que dónde encajamos? —pregunta, mirándolo como si se tratara

de un marciano al que hay que explicar cómo se vive en la Tierra —. Nos piden colaboración directa, como ya te he dicho. Habiendo ya dos ciudadanos españoles implicados, uno como presunto culpable y otro como víctima, lo suyo es desplazar a Oporto a uno de los nuestros. Lo he consultado con los de arriba y piensan lo mismo.

—¿A quién de los nuestros? —pregunta el agente, inocentemente.

Antúnez se encoge de hombros y abre los brazos, en señal de que la respuesta es más que evidente.

—Hombre…, ¿tú qué crees? —Bermejo pone cara de póker—. Ya que has formado tándem con Mónica durante los dos últimos años, y ella está allí siguiendo el asunto, eres el más indicado, ¿no te parece?

—Bueno, ella está allí a modo personal… —matiza, con la esperanza de librarse de lo que considera un marronazo.

—En cualquier caso, tiene más sentido que vayas tú que Romero o cualquier otro. Ambos os compaginái s a la perfección y, aunque como bien dices, ella carece de representatividad, para su desgracia está más que familiarizada con el caso. Además, le darás apoyo moral, que bastante tiene la pobre con lo que le ha tocado. Ya es bastante compleja la cosa, así que vamos a facilitar el proceso lo máximo posible.

A Bermejo se le pasan varias excusas por la cabeza, pero las descarta en bloque porque conoce bien a su jefe y sabe que rebatiría todas y cada una de ellas.

—¿Cuándo? —se limita a preguntar, resignado.

—Cuanto antes. Hoy mejor que mañana, así que pon todo en marcha. —Bermejo se lo queda mirando, desconcertado. No es hombre de improvisaciones, y organizar el viaje y, especialmente, las prisas lo agobian enormemente. Sin embargo, asiente en silencio esperando recibir instrucciones detalladas—. ¿A qué

esperas? ¡Venga, hombre! —ordena Antúnez con premura, instándolo a que espabile.

El agente reacciona, se levanta de la silla y se ajusta los pantalones por encima de la barriga. Abandona el despacho intentando mentalizarse de lo que se le viene encima y piensa en la poca gracia que le va a hacer a su mujer su marcha inmediata.

Capítulo 26

El silencio solo es alterado por las pequeñas olas que su mano provoca al mover la superficie del agua en la bañera y por el ruido de la lluvia que lleva más de un día sin dar tregua. Mónica Rojo disfruta del baño caliente como si se hubiera sumergido en una pila de agua bendita purificando, aunque solo sea momentáneamente, sus miasmas interiores. Observa las yemas de los dedos, arrugadas por la humedad, mientras se pierde en su melancolía. El olor a vainilla del gel le hace revivir tiempos mejores. Tiempos en los que el silencio no iba acompañado de tristeza. Tiempos ahora difuminados en el limbo de la incertidumbre. Hace esfuerzos para despojarse de la esperanza y de los recuerdos, sobre todo de los pequeños que, paradójicamente, son los que más hieren cuando la persona amada ya no está. Momentos del pasado con Cito de lo más irrelevantes, al menos así los consideraba, y olvidados hasta ahora. Ese «Eres mi amor, ¿vale?», que le espetó con ternura en medio de una discusión consiguiendo descolocarla lo suficiente como para dar marcha atrás en el cabreo, su cara de alegría al presentarse ella inesperadamente a recogerlo en el trabajo, la manera tan peculiar que tenía de estrujarla entre sus brazos, el guiño cómplice al escuchar una tontería de su amigo Alberto cuando cenaban los tres en el restaurante italiano preferido de la pareja… Instantes nimios que se habían ido desdibujando con el paso del tiempo, y transformados de repente en imágenes de alta resolución, se sucedían uno tras otro sin sentido alguno. Era como si el hecho de tenerlo al lado hubiera camuflado esos flashes de

dicha y, de golpe, su ausencia los sacara de nuevo a la superficie dándoles una importancia inesperada para percibirlos como una caricia, dolorosa, sí, pero con el poder de agitar sus sentidos y constatar que la sangre sigue fluyendo por sus venas. De pronto, le surge la duda de si alguno de esos recuerdos corresponde a hechos que ocurrieron realmente o son fruto de su fantasía. Tal vez estaba evocando lo que nunca sucedió. Hay quien dice que la memoria y la imaginación son la misma cosa, sobre todo cuando pasa el tiempo y se echa la vista atrás. Pero si lo que estaba viniendo a su mente era idealizado, incluso inventado al menos en parte, ¿por qué pesaba tanto lo bueno, cuando el mecanismo de autodefensa tendría que haber hecho prevalecer lo negativo de él? Ni siquiera ha transcurrido un mes desde su desaparición, pero es como si hubieran pasado varias vidas, y como si todas y cada una de ellas le aplastaran el pecho impidiéndole respirar. Está claro que el dolor la estaba poniendo melancólica y tenía que luchar contra ello. Sin embargo, disfruta de esos retazos del pasado del mismo modo que lo hace ahora con la sensación del agua caliente en su piel o como cuando se mete en la boca un puñado de gominolas para calmar la ansiedad. Rememorar es lo único que se siente capaz de hacer cuando está sola, aun sabiendo que mantener la presencia de Cito en su interior sea insano y pudra la herida en lugar de cicatrizarla. Es consciente de que la memoria solo la conduce a caer de lleno en el charco de la angustia, pero le da igual. Perderse en ese maremágnum de evocaciones le impide darse de bruces con la realidad, al menos durante un rato.

Se sumerge de lleno en la bañera hundiendo la cabeza en el agua mientras aguanta la respiración. Empieza a contar. Uno, dos, tres…, así hasta sesenta, para luego volver a la superficie y aspirar una buena bocanada de aire. Igual que hacía de pequeña después de ver en televisión un reportaje de pescadores submarinos en Indonesia que la impactó. El hecho de que

aquellos hombres se hundieran en las profundidades del mar a pulmón, sin la asistencia de botellas de oxígeno ni de trajes de neopreno, y que fueran capaces de permanecer varios minutos sin respirar, dejó fascinada a la Mónica niña. Entonces se retaba a sí misma contando más y más segundos para demostrarse que ella también podría hacer lo propio si entrenaba lo suficiente. Luego le contaba a su abuela la hazaña conseguida y esta reía festejando la inocente alegría de la nieta. Ahora, el objetivo había cambiado y se conformaba con ahuyentar las miasmas de su cabeza concentrándose en tan mecánica práctica.

El agua se está enfriando. Mira sus manos y comprueba que empiezan a parecer trozos de mojama, así que decide dar por terminada la sesión en la confortable bañera.

Mientras se enrolla la cabeza con la toalla a modo de turbante escucha unos golpes en la puerta solicitando permiso para entrar en la habitación. De pronto, recuerda que olvidó colgar el cartel de «*Do not disturb!*», así que debe ser la limpiadora constatando la vía libre para realizar su cometido.

—*Estou na banheira!*

La empleada no la ha oído, porque escucha pasos en el interior. Echa un vistazo a la pantalla del móvil, que ha dejado sobre la repisa de la bañera. Las once menos cuarto. Esta vez la limpiadora tiene toda la mañana y parte de la tarde para realizar su labor, por tanto, no le apetece encontrársela al salir del cuarto de baño poniendo la habitación manga por hombro, como diría su yaya.

—*Quando eu sair da sala colocarei a placa de que você pode entrar. Muito obrigada!* —dice educadamente y en voz lo suficientemente alta como para que la camarera se dé por aludida. Ahora sí la ha debido de escuchar, porque tras unos instantes oye el sonido de la puerta al cerrarse.

Cuando va a secarse el pelo, el soniquete procedente del terminal le indica que le acaba de llegar un mensaje. Es de

Eugenio Bermejo, comunicándole que su avión ha aterrizado a la hora prevista y que acaba de tomar un taxi en dirección al hotel. Debe darse prisa, pues su compañero llegará en unos minutos. Tiene hambre, pero ni siquiera le va a dar tiempo a prepararse un café en la máquina de cápsulas que el hotel pone a disposición de los clientes en cada habitación. No importa, primero recibirá a Eugenio y después ambos irán a desayunar.

Desnuda y con el pelo mojado, sale acelerada del cuarto de baño con la intención de vestirse, pero algo la obliga a pararse en seco. Se trata de una cuartilla escrita a mano con rotulador rojo, pegada con papel celo en el espejo del armario.

> Ahora ya sabes cómo son las cosas. Deja de correr riesgos innecesarios y vuelve a Madrid. No me gustaría que te pasase nada malo, por eso es mejor que me olvides. Te quiero, pero han pasado cosas… Es hora de empezar una nueva vida y olvidar el pasado. Si no lo haces te arrepentirás, créeme.

Con la vista fija en el folio es incapaz de mover un músculo, solo los ojos pasan por encima del texto una y otra vez, deteniéndose en cada una de las frases. Están escritas en un tamaño lo suficientemente grande como para poder leerlas sin gafas. Toma conciencia del significado y de su amenaza implícita. Observa las palabras, la curvatura de cada letra y ratifica que aquello ha sido escrito por Cito. Sin duda. Conoce perfectamente la caligrafía descuidada de su pareja, la forma de la «a» y el trazo de las mayúsculas. Se trata de una simple hoja arrancada de un cuaderno, pero para ella tiene el mismo impacto que una granada explotando entre sus manos.

Sin pensar en su desnudez, va corriendo hacia la puerta. La abre justo para asomar la cabeza y mirar a izquierda y derecha, pero lo único que ve es el carrito de la mujer de la limpieza. Cierra y regresa para volver a posar la vista en el escrito. Ahora su mente viaja en el tiempo y, como si fueran puñales, se le clavan los mensajes de amor anotados con premura sobre trozos

de papel que él le dejaba temprano sobre la repisa de la cocina. Después, cuando ella se levantaba, se encontraba la pequeña misiva delante del ColaCao y del paquete de galletas.

> Esta mañana, como no estás conmigo, te pensaré para que me acompañes.
>
> Si elegir es una muerte, yo elijo morir a tu lado.

Frases inspiradas o directamente copiadas de una antología poética de Pedro Salinas que ella le había regalado. Otras veces la sorprendía con un dibujo que combinaba un corazón y dos margaritas a cada lado y ese «Te quiero, Wonder» tan personal, escrito debajo. ¿Cómo es posible que el autor de esos mensajes sea el mismo que el de la sutil, pero sin duda intimidante, advertencia que tiene ante sus ojos? Idéntica caligrafía para intenciones tan distintas… La idea de que él ha sido el amor de su vida se desintegra de golpe. Cada letra, cada palabra del infame folio y el tono gélido del mensaje la alejan tanto de él como para invadirle la duda de si realmente ha existido o ha sido un mero personaje, alguien interpretando un papel. Ese castillo de naipes que había ido construyendo a lo largo de los años derribado con un soplido. Desmoronado sin remedio, igual que su propia autoestima. Le cuesta asimilar que pueda haber salido de su puño y letra un texto tan carente de emoción. La sensación es la de haber estado con el protagonista de una película que se ha limitado a ejercer su cometido. Se le hiela la sangre al imaginar que unos minutos antes él había estado a tan solo unos metros de ella.

Numerosas preguntas sin respuesta se encadenan. ¿A qué se refería con ese «te quiero pero han pasado cosas» seguido de puntos suspensivos? ¿Desde cuándo estaría planificando su desaparición? ¿Y si cuando estaba pegando la hoja de papel en el armario ella hubiera salido inesperadamente del cuarto de baño?

¿Cómo habría reaccionado él? ¿Se hubiera justificado de alguna forma? ¿Le habría pedido perdón? ¿O tal vez le hubiera suministrado información más detallada que la que recogía esa cuartilla? ¿Habría intentado convencerla para que se fuera a España con razones que no aparecían en aquel escrito? No puede evitar un escalofrío consciente de que el autor de la amenaza era su pareja. Más exactamente, un desconocido portando el cuerpo de su pareja. La sensación de vacío que se le ha hecho tan familiar últimamente la paraliza y las ganas de desayunar se han esfumado por completo.

Después de un rato, retira los ojos del papel y el espejo le devuelve la imagen de su desnudez. Nunca le ha gustado verse desnuda. Enfrentarse a su apariencia le disgusta. Siempre algo encorvada y con ese cuerpo híbrido de niña y mujer. Pero ahora contempla algo más. Una desnudez no solo física. Sin ningún escudo que la proteja para enfrentarse a lo que vendrá. Súbitamente, la invade el cansancio, como si la impresión causada la hubiera extenuado. Da unos pasos hacia la cama y se deja caer en ella. La desolación la lleva a hacerse un ovillo llevando la cabeza a las rodillas. Como si adquiriendo esa posición fetal pudiera alejarse del mundo y volver al vientre materno, protegida del mundo exterior. El despreciable texto se le ha grabado a fuego en sus neuronas. Con la vista fija en la cuartilla, lo repite en voz baja, una y otra vez, a modo de letanía. El chirriante pitido del teléfono de la habitación se sobrepone al ruido de la lluvia, que golpea con fuerza los cristales, sobresaltándola. Tarda unos instantes en reaccionar hasta que toma el auricular.

—*Senhor Eugenio pregunta por você* —le comunica el recepcionista en español, pero con la típica musiquilla de la tierra.

—¡¿Ya?! —exclama sorprendida, como si el empleado fuera responsable de los horarios de ella y su compañero y le

recriminara por no haberlos controlado como debiera.

El hombre espera en silencio al otro lado de la línea.

—Señora, ¿le digo que suba *o seu quarto*? —pregunta al ver que no le da instrucciones.

—Eh… no, no. Dí-díííígale que espere en recepción —tartamudea con un hilo de voz—. Enseguida le aviso cuando esté lista.

Durante unos instantes se queda pensativa. Necesita salir del estado en el que está para regresar a la realidad y prepararse para recibir a su compañero. Abre la puerta del armario con cuidado para no tocar la cuartilla y saca un pantalón vaquero y la primera camisa que encuentra.

Capítulo 27

Los guantes de látex y la exquisita delicadeza con la que Eugenio Bermejo se afana en despegar la misteriosa cuartilla del espejo le asemejan más en las formas a un cirujano que a un agente de Policía. Pone los cinco sentidos en que la hoja de papel se desprenda intacta con el fin de que llegue sin adulteraciones a la oficina de Nuno Ferreira. Sin embargo, el tembleque de la mano y las gotas de sudor que perlan su frente hacen temer a Mónica que puedan contaminar la superficie del papel si caen sobre la misma. Cualquier detalle dificultaría la investigación forense si altera las huellas o restos que pudiera contener la prueba. Tal y como están las cosas no deben permitirse la más mínima imprudencia en ese sentido. Se pregunta si ella tiene el termostato averiado, ya que en absoluto tiene sensación de calor, más bien al contrario, o si son los demás los que perciben una temperatura superior a la real. Quizá se deba a que, para ella, el frío va ligado al miedo, al desasosiego, y a ese estado de continua y demoledora tensión. Sensaciones que le atenazan el cuerpo dejándola aterida.

La copiosa lluvia sigue golpeando con fuerza el cristal de la habitación. Mónica saca el clínex que guarda en el bolsillo del pantalón para tenerlo preparado en la mano. Su impulso sería secar el sudor a su compañero a modo de enfermera de quirófano, pero se contiene. Simplemente le observa realizar la operación permaneciendo muy quieta con el fin de no distraerlo pero poniéndose cada vez más nerviosa. Al fin, Bermejo pinza con los dedos índice y pulgar la hoja de papel y se la muestra victorioso

antes de introducirla en una bolsa de plástico que ha sacado de su maletín.

—¿Tú qué piensas? —le pregunta ella, con la esperanza de que el agente pueda aportar un punto de vista diferente al suyo. Sabe por experiencia que quien viene de refresco ve las cosas desde una perspectiva distinta a quien está metido hasta las trancas en un caso.

Su compañero se queda observando la bolsa en la que acaba de introducir la cuartilla, que ha dejado sobre la cama, al tiempo que se despoja de los guantes de látex.

—Supongo que llevaba el papelito en el bolsillo, ya que las marcas indican que había sido doblado previamente. Es obvio que tenía que llevarlo camuflado, no iba a ir con ello en la mano, ya que existía la posibilidad de toparse contigo o con alguien del *staff* del hotel.

—Sí, claro, eso es evidente. Me refiero a lo que hay escrito.

—¡Ah!, eso… —Se queda pensativo durante unos instantes—. ¿Quieres que te diga la verdad?

Mónica asiente, esperando sus comentarios. Él emite un suspiro antes de decidir si responde con sinceridad a su compañera o, si por el contrario, obra con delicadeza y aplica un filtro a lo que pasa por su cabeza.

—Que menudo cabrón… —dice, al fin, optando por lo primero —. Parece mentira que, tal y como eres tú, te la haya dado con queso durante tanto tiempo. Está claro que en casa del herrero cuchillo de palo.

—Lo sé —afirma ella, apesadumbrada.

Él se arrepiente al instante de haber expresado su opinión al ver el rostro compungido de su colega.

—Perdona, sé lo duro que todo esto es para ti. Elisa me dice que soy un bruto, y tiene razón —se disculpa, con el pesar reflejado en la mirada.

—No has venido desde Madrid a poner paños calientes ni tienes que ir con pies de plomo. Estás aquí para ayudar a desatascar este pozo. Todo lo que se te pase por la cabeza considerando la información que tienes y tu experiencia es bienvenido. Además, créeme: mi gilipollez la tengo a estas alturas más que asumida.

Él la mira con empatía.

—Soy un buen fontanero. Ya sabes que mi especialidad es remangarme y meter los brazos hasta el fondo. No soy demasiado escrupuloso. Y si huele mal, me pongo una pinza en la nariz.

—Sí, ya te conozco …

—No vamos a ponernos ahora tiquismiquis, ¿no te parece? ¡Como si fuera la única vez que nos vemos rodeados de mierda, Mónica! —exclama jovial, en un afán de aligerar la situación.

—Pero sí la primera en la que a mí me ha salpicado de lleno —comenta ella con gravedad.

Bermejo no responde. En lugar de la mujer decidida a la que está acostumbrado tiene frente a él a una muchacha indefensa, una niña violada a la que se le ha robado la inocencia. Esa vitalidad tan característica de ella brilla por su ausencia, y el rictus de su boca apunta hacia el suelo. El hombre busca las palabras adecuadas para confortarla, pero al darse cuenta de que no existen o él es incapaz de encontrarlas, la abraza con fuerza pegándola a su pecho en un afán de transmitir lo que no sabe verbalizar. El gesto de su compañero descoloca a Rojo lo suficiente como para abandonar la compostura y deshacerse en un afligido sollozo. Eugenio Bermejo la mira con afecto aderezado de un sentimiento de compasión que le hubiera gustado evitar.

Tras haberse desahogado, se enjuga las lágrimas con la manga del jersey con un ademán que acentúa su aspecto juvenil y limpia los empañados cristales de las gafas con el clínex que tiene en la mano. Pasa el mismo pañuelo por las solapas de la chaqueta de su compañero, también con restos del llanto. Mientras lo hace

señala con la barbilla la bolsa de plástico en la que él ha introducido la hoja de papel.

—¿Crees que eso nos llevará a alguna parte? —pregunta, recuperando la fortaleza perdida y esforzándose por dar a sus palabras el tono más neutro posible. Igualmente, agrava la voz con el fin de contrarrestar la imagen de adolescente desolada que acaba de ofrecer.

Bermejo carraspea suprimiendo esa inoportuna mirada de pena y da por finiquitado el paréntesis de sentimentalismo.

—«Eso» —subraya— no sé, pero tal vez las cámaras del vestíbulo y del pasillo nos puedan dar alguna pista.

—Dudo mucho que nos aporten algo de interés —comenta ella con el desaliento y la tristeza reflejados en su mirada.

—¡Joder, siempre me dices que no sea cenizo! A ver si ahora vamos a cambiar los papeles… —Mónica se encoge de hombros ante el comentario de Bermejo y este se arrepiente de nuevo de lo que considera su segunda metedura de pata en lo que lleva de mañana—. ¡Venga, seguro que de ahí sacaremos algo, mujer! Lo que está claro es que no vamos a quedarnos de brazos cruzados, ¿no te parece?

Con desgana, Rojo se encamina hacia la puerta seguida de su compañero con el fin de llevar a cabo las gestiones pertinentes.

Capítulo 28

El juez autorizó revisar las cámaras de seguridad del hotel de manera inmediata. La alarma social provocada por el caso de los cuerpos mutilados facilitó a Nuno Ferreira hacerse con el permiso a velocidad inusual. En cuanto las grabaciones llegaron a su poder, avisó a Eugenio Bermejo con el fin de poner al corriente de la situación al representante de la Policía española. Asimismo, permitió a Mónica Rojo estar presente en el visionado, aunque de manera extraoficial.

El inspector, sentado frente al ordenador, repasa en voz alta las imágenes objeto de interés que había visto previamente. Junto a él, el agente Bermejo y Mónica observan atentamente la acción que tuvo lugar el día de autos desde la perspectiva de la cámara.

—La *mulher* encargada de limpiar la planta estuvo en la habitación 523 desde las diez y catorce minutos de la mañana hasta las diez y treinta y nueve. —Ferreira acelera la velocidad de reproducción para comprobar el hecho que acaba de relatar—. Ahora, como puede apreciarse, sale, coge del carrito un *rolo* de papel higiénico y un par de productos más, toma la tarjeta de acceso y abre la puerta de la habitación contigua, la 525. Después, vuelve a dejar la llave encima del carrito y pasa al cuarto, donde se queda durante otros veintitrés minutos más. Ahora viene lo bueno… —advierte con cierto tono de intriga—. ¡Aquí está! —exclama, señalando con el dedo la pantalla de ordenador—. A las diez y cuarenta y tres, una *mulher* pasa junto al carrito y, disimuladamente, coge la llave que la camarera ha dejado en la parte superior del mismo, ¿lo veis? —dice tras aproximar el zoom

y detener la imagen durante un momento para apreciar con claridad lo que acaba de narrar—. Después, se dirige a la 542, la habitación de Mónica. Parece dudar durante un momento, da un par de golpecitos con los nudillos, abre la puerta y accede al interior.

—Así que no fue Cito quien pegó la nota en el armario —comenta Mónica con una singular mezcla de alivio y decepción.

—Era de esperar. Ten en cuenta que su imagen ha salido en todos los noticieros. Es lógico que evitara correr el riesgo de presentarse en el hotel con el peligro que ello implicaba. Resultaba más sencillo enviar a alguien para realizar el cometido. —Mónica y Bermejo asienten y centran de nuevo la vista en la pantalla para seguir la explicación de Ferreira—. Como veis, se trata de una *mulher* del mismo estilo que la anterior, solo que la otra *usa o cabelo solto* y esta *um coque baixo* —dice, aludiendo a la media melena de la primera y al moño de la segunda.

—Se diría que es una empleada del hotel —comenta Bermejo.

—Eso parece, porque lleva un…, ¿cómo llamáis a esta prenda?

—Delantal —responde Mónica.

—Eso es. Un delantal idéntico al que lleva la otra, y guantes de los que emplea el personal de limpieza, pero al contrario de la primera, que se toma el tiempo suficiente para limpiar en condiciones, esta permanece solo minuto y medio en el interior del cuarto.

—El tiempo justo para pegar el papel en el espejo —deduce Mónica.

—Correcto. Después, se dirige directamente al ascensor, pero teniendo cuidado de dejar previamente la tarjeta maestra de acceso encima del carrito. —Ferreira muestra el recorrido—. A diferencia de la camarera de piso que hemos visto al principio, ella lleva una bolsa de tela colgada del hombro donde presumiblemente llevaría la nota y la cinta adhesiva para pegarla en el espejo.

—¿Cuántas limpiadoras hay en cada planta? —se interesa el agente español, sin quitar la vista de la pantalla.

—Esta es la cuestión: solamente una cada dos pisos. Como se trata de un hotel pequeño, resulta innecesario contar con más personal para realizar las tareas de limpieza, así que la *mulher* que entró en tu cuarto —dice, mirando a Mónica— se trata de alguien ajeno al establecimiento. Lo hemos contrastado con el gerente.

—La faena es que no se la puede ver bien —se lamenta Bermejo, quien escudriña atentamente la pantalla.

—Porque se protege —apunta Ferreira, al tiempo que rebobina para mostrar el recorrido que busca—. ¡Aquí es donde aparece por primera vez! —exclama—. Desde que accede al piso por la zona de escaleras hasta que toma el ascensor para marcharse, tiene en todo momento la precaución de ponerse la mano delante de la cara disimuladamente o de dar la espalda a la cámara para evitar ser reconocida. También, como podéis comprobar, tiene exquisito cuidado de no toparse con la auténtica camarera de piso.

—¡Qué cabrona! —comenta Bermejo, siguiendo con la vista la trayectoria de la supuesta limpiadora.

—Conocía perfectamente la ubicación de la cámara, por eso va con tanta seguridad —constata Mónica.

—Bueno, eso no es difícil. Habría bastado con que se hubiera pasado cualquier otro día para echar un vistazo de forma discreta. A pesar de tratarse de un hotel boutique con un número limitado de habitaciones tiene bastante tránsito. Al estar situado en una zona tan céntrica la afluencia de clientes entrando y saliendo es considerable. También hay movimiento de operarios. En fin, que hemos echado un vistazo a las imágenes de días anteriores y ha sido imposible localizarla, ya que no conocemos su cara. Y, si se hubiera pasado por el hotel habría acudido con un aspecto totalmente diferente.

—Dada la profesionalidad que demuestra, es fácil de suponer —incide Mónica.

—Por mucho que aproximemos el zoom, no hemos conseguido ver la más mínima particularidad en ella que nos pueda dar una pista con el fin de realizar la identificación. Si os fijáis, lleva leotardos tupidos y manga larga, por tanto, si tenía un tatuaje o algún detalle peculiar se preocupó de camuflarlo. Por supuesto, tuvo la precaución de llevar guantes, sabiendo que ello no llamaría la atención porque los usan habitualmente las camareras de piso para limpiar.

—De ese modo se aseguraba de no dejar huellas —apunta Mónica.

—Por otra parte, se trata de una *mulher* estándar: ni alta ni baja, ni gorda ni *magra*, de pelo castaño. Vamos, sin una particularidad especialmente relevante. —A continuación, Ferreira vuelve a acelerar la imagen buscando el momento que pretende mostrar—. Este es el instante en el que camina por el pasillo en dirección a la salida después de dejar atrás la habitación de Mónica, siempre con la bolsa colgada del hombro. Ahora pulsa el botón del ascensor, espera a que llegue, deja salir a la pareja con el niño que se baja en el piso para dirigirse hacia su habitación, y finalmente entra en el ascensor para aparecer después en la planta baja. —Ferreira conecta ahora la grabación tomada desde la cámara situada en el vestíbulo—. Aquí está, ya sin el…, ¿cómo me habíais dicho que era en español? —dice, señalando la prenda.

—El delantal —aclara Mónica.

—Eso es, ya no lleva el delantal ni los guantes, y se ha puesto una chaqueta y *óculos* de sol que le camuflan gran parte del rostro —remata, pausando la imagen de la misteriosa mujer.

Durante unos instantes, los tres policías se quedan en silencio.

—¿Se ve cuándo se desprende del delantal y los guantes y se pone la chaqueta? —pregunta Mónica con la vista fija en la

pantalla.

—El hotel carece de cámara en el ascensor, así que no sabemos qué hizo mientras bajaba, pero *é fácil assumir* que se lo quitaría allí, lo metería dentro de la bolsa de tela, de donde presumiblemente sacaría también los *óculos* y la chaqueta —señala— para abandonar el hotel haciéndose pasar por una cliente más. En fin, esto es todo lo que tenemos hasta ahora.

—No nos hace avanzar mucho, la verdad —comenta decepcionado Bermejo.

Mónica, que sigue con la vista fija en la pantalla, se mordisquea el dedo pulgar de la mano izquierda.

—¿Puedes ampliar lo máximo posible su cara? —pregunta al inspector. Ella se ajusta las gafas y se concentra en escrutar la imagen con sus ojos miopes, frunciendo el entrecejo—. El caso es que hay algo en esta tía que me resulta familiar.

—¿Qué exactamente? —se interesa Ferreira.

—Nada concreto, pero es como si la hubiera visto anteriormente.

—Haz un esfuerzo de memoria, cualquier pista nos podría ser de mucha utilidad.

—No sé… ¡Bah!, no me hagas caso —dice, quitando importancia a su comentario con un gesto de la mano—. Tengo tal lío en la cabeza y he visto a tanta gente últimamente que mezclo las caras.

—¿Y qué hay respecto a la cuartilla pegada en el espejo del armario? —se interesa Bermejo.

—Lo previsible, considerando que el texto está escrito a mano por Yulian, tal y como Mónica ha afirmado. Las huellas dactilares impresas en el papel se han contrastado con las de la pistola y los objetos personales que contenía el *pochete* encontrado en La Casa Portuguesa y, como era esperable, también pertenecen a tu esposo —afirma, dirigiéndose a ella.

Aunque la noticia no le sorprende, un involuntario gesto de frustración se refleja en el rostro de Mónica Rojo.

Capítulo 29

Los dos policías españoles caminan por las calles de Oporto bajo un cielo deslucido por las tormentas de los últimos días. Apenas han cruzado unas cuantas frases desde que salieron del despacho de Ferreira, hace casi una hora. Mónica mira sus zapatos de ante hundiéndose en el barro que mancha los bajos de su pantalón y piensa en su curiosa «virtud» de nunca llevar el calzado adecuado. Andan despacio, como si ninguno de los dos, especialmente ella, quisiera llegar a un destino concreto. Él se limita a seguirla sin preguntar dónde se dirigen, si es que van a alguna parte, o simplemente deambulan sin rumbo fijo. Bermejo no conoce la ciudad ya que es la primera vez que viaja a Portugal, así que camina al lado de su colega y respira el ambiente de la ciudad lusa. Mónica, cabizbaja y con la vista fija en el empedrado al ritmo de quien la vida le es ajena, anda lentamente, como si fuera un zombi que se deja llevar por el movimiento mecánico de sus piernas. Lleva las manos metidas en los bolsillos del pantalón e inclina los hombros hacia delante. El aire juvenil que siempre le ha dado ese particular aspecto adolescente ha desaparecido. La sensación de perpetuo malestar le ha impreso en el rostro un rictus de melancolía y el desamparo se refleja en su expresión. Transmite tal desvalimiento que su compañero tiene que reprimir las ganas de tomarla entre sus brazos y acunarla del mismo modo que hacía con sus hijos cuando eran pequeños para calmar sus llantos desconsolados. Detecta en ella algo diferente. Como si un misterioso mecanismo hubiera acelerado el paso del tiempo convirtiéndola de golpe en una mujer madura. Caminan juntos,

pero la sensación que se percibe es que ella se encuentra a años luz de él. Bermejo la observa sin que ella lo note y se da cuenta de que, desde que está en Oporto, no la ha visto reír ni una sola vez, algo insólito en alguien cuyo optimismo definía su personalidad y le daba esa impronta tan característica.

A pesar de ser poco más de las cuatro de la tarde las nubes oscurecen el cielo como si la noche fuera a adelantarse y él se muere de hambre. Entre unas cosas y otras lleva más de ocho horas sin probar bocado. Según pasan los minutos, la necesidad de ingerir alimento, espoleada por los varios kilómetros recorridos, se está transformando en hambre canina. Sin embargo, considera demasiado prosaico transmitir a Mónica su necesidad de llenar el estómago, dado el estado en el que ella se encuentra. Sería como empezar a hablar de fútbol delante de alguien a quien se le acaba de diagnosticar una enfermedad incurable o contar un chiste en un velatorio.

—¿Tienes hambre? —le pregunta ella como si le hubiera leído el pensamiento.

—¿Y tú?

—No, pero si no como algo creo que me voy a caer redonda, como diría mi abuela.

Pasan delante del Café Majestic y optan por sentarse en una mesa que ha quedado libre en la terraza. Aunque el sol se resiste a aparecer, la temperatura es bastante agradable y ninguno de los dos tiene cuerpo para meterse dentro, a pesar de lo acogedora que resulta la decoración *art déco* de uno de los locales más hermosos de la ciudad. Bermejo echa un vistazo al menú escaneando el código QR mientras Mónica pierde su mirada en el horizonte.

—¿Te leo la carta?

—No es necesario. Comeré lo mismo que tú. Cualquier cosa me viene bien.

—He leído que lo típico es la *francesinha*.

Ella tuerce el gesto.

—Ufff, cualquier cosa menos una *francesinha*. Si ahora me meto una bomba semejante entre pecho y espalda me vas a tener que llevar al hospital.

—Pues parece una bomba muy apetecible.

Al final, Bermejo se decanta por el famoso sándwich acompañado con una cerveza y ella por una ensalada César con pollo y una coca-cola. Él devora su plato y después pide la torrija Majestic, que parece ser el postre estrella de la casa. En contraste, Mónica mastica lentamente cada bocado y apenas consume la mitad de la ensalada que, a fuerza de removerla, la salsa ha rebosado el plato manchando la mesa. Las miradas de ambos se pierden entre la gente que circula por la rua Santa Caterina mientras terminan el tardío almuerzo.

—¿Sabes? Creo que voy a pedir una excedencia —espeta de repente ella.

—¿Quieres quedarte a vivir aquí? —pregunta él, después de ingerir el último trozo de torrija rebañando los restos del helado de vainilla que la acompañaba.

—Que quiera pedir una excedencia no significa que sea masoca —sentencia con los ojos muy abiertos—. No sé qué haré ni dónde, pero necesito dar un giro a mi vida, y este no es precisamente el mejor sitio. Es como si esta ciudad representara un gran punto y aparte. O más bien la muerte de un trozo de mí. Como si esos cabrones me hubieran sacado los órganos igual que a esa pobre gente y me hubieran dejado vacía. Sin ni siquiera recuerdos a los que echar mano, porque los que tengo me parecen falsos. No sé, es difícil de explicar… Necesito… —se queda durante un instante inmersa en su mundo, tan redondo hace apenas un mes y ahora transformado en algo amorfo, y sin sentido— reinventarme. Sí…, reinventarme…, esa es la palabra. Estoy muy quemada, Eugenio… Si no doy carpetazo me va a ser imposible seguir adelante. —A continuación, su mirada se

difumina en el horizonte—. ¿Sabes? Últimamente fantaseo con no ser nadie. Con poder perderme. Con empezar desde cero transformada en otra persona. —Bermejo la observa atentamente, esforzándose en ponerse en su lugar—. En fin… —Tras exhalar un suspiro y como punto final a su reflexión, Mónica da un sorbo a su bebida y levanta la mano para pedir la cuenta al camarero—. Invito yo. —A continuación, suena el aviso indicativo de que acaba de recibir un mensaje. Se detiene a leerlo. Levanta las cejas y abre mucho los ojos, luego frunce el ceño, concentrada en la pantalla.

—¿Pasa algo? —pregunta él, preocupado.

—Está escrito en francés —dice con la estupefacción reflejada en el rostro.

—¿Quién lo envía?

—Ni puta idea.

—Habrá que traducirlo —dice Bermejo.

—No hace falta, tengo aprobado el primer nivel de la Escuela Oficial de Idiomas. Entiendo lo que pone. —Bermejo la mira expectante hasta que ella reacciona—. Dice que vaya esta misma noche a buscar a mi marido, pero no antes de medianoche, en la dirección que viene debajo. «Lleve por favor un martillo y una palanca» —traduce, extrañada—. «No llame a la puerta. Una vez allí, espere atenta a que él le dé instrucciones». —Levanta ahora la mirada de la pantalla y mira a su compañero—. También recalca que no avise a la Policía. Tanto lo de no llamar a la puerta como esto último, con tres signos de admiración.

Ambos se han quedado tan atónitos mirando el mensaje que no se percatan de la presencia del camarero que acaba de dejar una cajita con la factura y aguarda de pie con datáfono en mano, pero para la pareja de policías españoles pasa tan desapercibido como si se tratara del hombre invisible. No se dan por aludidos hasta que el camarero carraspea. Ella reacciona, cambia de pantalla y paga la cuenta a través de la tarjeta de crédito

instalada en su móvil. Después, el hombre se demora unos instantes retirando los platos y vasos. Mientras tanto, ambos esperan ansiosos a que termine de recoger para mantener su conversación en privado. Cuando el hombre al fin se retira, ella abre de nuevo la aplicación para volver a leer el mensaje recibido unos instantes antes. Bermejo se rasca la mejilla sin quitar la vista del móvil.

—¿Un martillo y una palanca? —pregunta perplejo—. ¿Estás segura de que un *pied de biche* significa palanca? —Mónica asiente con la cabeza—. ¿Por qué estará escrito en francés si va dirigido a ti?

—Será porque quien lo ha escrito no sabe castellano —asegura, al tiempo que llama al número desde el que se ha enviado el mensaje.

Él aguarda, expectante, mientras ella intenta contactar.

—Da la-laaa señal, pero nadie respo-pooonde —constata nerviosa, después de esperar un buen rato con el teléfono pegado a la oreja.

—Previsible. Tanto si es un mensaje fiable como si no, quien lo ha enviado desea permanecer en el anonimato, de otro modo te habría llamado directamente y se hubiera dado a conocer.

—Imagino que es un número prepago —conjetura Mónica al tiempo que se retira un mechón de pelo de la frente.

—Podríamos pedir a Ferreira que lo investigue…

Ella niega con la cabeza.

—Deja bien claro que no avise a la Policía. Y no me atrevo a cagarla. Si pongo esto en su conocimiento pierdo las riendas. —Se queda unos instantes pensativa—. Sé que si voy por libre a la dirección que figura en el mensaje podría meterme en una ratonera y no me encuentra ni Dios, o aparece mi cadáver en cualquier rincón de Oporto, pero correré el riesgo.

—En plural —apostilla Bermejo.

—¿Cómo? —pregunta ella, mientras su cabeza baraja qué debería hacer.

—Que voy contigo —repone él rápidamente.

—Yo allí estaré, aunque me cueste la vida —continúa ella, mirándolo fijamente pero sin haberlo escuchado, con su pensamiento claramente en otra parte—. Cualquier cosa a estas alturas es mejor que esta incertidumbre. Estoy harta de pensar en círculo sin sacar una conclusión que me convenza. Primero el recado de Cito pidiendo que regrese a Madrid y empiece una nueva vida.

Bermejo la interrumpe.

—Por tu salud mental creo que es lo que deberías hacer. Ya estoy yo aquí para ocuparme del caso.

—Te aseguro que lo tenía decidido. Hasta ahora sabía que estaba perdiendo batallas pero tenía la esperanza de que, al final, de una forma u otra, todo se resolvería. Ya ves cómo soy de gilipollas. —La ironía asoma a su mirada, tanto como a su voz, más tensa y grave que nunca—. Me resistía a creer que el cielo se estaba derrumbando hasta que me cayó un trozo encima y me abrió la cabeza. La carta de Cito la estaba ya asumiendo como la derrota definitiva, marcando un antes y un después. Tanto como para plantearme dar un giro total a mi vida. Si algo bueno tenía el dichoso recadito era quitarme la venda de los ojos y prepararme para que el futuro dejara de producirme ansiedad. Y cuando me disponía a seguir adelante llega este puto mensaje escrito en francés pidiéndome que lleve esas herramientas a esta dirección vete tú a saber para qué —dice, señalando la pantalla con el dedo—. Es todo tan contradictorio…, ¿no te das cuenta? Hay demasiadas cosas que no encajan.

—Van a encajar, ya verás —afirma Bermejo, en un alarde de optimismo.

—Eso espero, porque prefiero morir de una vez antes que seguir con esta agonía que me está matando poco a poco. —Su

tono ahora es grave y sombrío y hay dureza en su mirada—. Capearé lo que venga.

—Yo te cubriré la retaguardia.

—Ir a ese sitio es un riesgo grande y tú no tienes por qué correrlo.

—He venido a Oporto en representación de la Policía española para ayudar a resolver este caso —replica convencido—. No puedo volver a Madrid tal y como salí. Ya sabes cómo se las gasta nuestro jefe… —dice, sonriendo para aligerar la situación.

—No es exactamente así, Eugenio, y lo sabes. Estás aquí para colaborar en la investigación, y si vienes conmigo de extranjis sin notificarlo a Ferreira te podrían expedientar.

—Pero si lo resuelvo seré el puto amo. Igual hasta me ascienden a inspector y te hago la competencia.

Al escuchar esto último la ve sonreír por fin. Se alegra de contribuir a disipar el abatimiento que aplasta a su compañera.

—No te lo tomes tan a la ligera, que tienes una familia detrás.

—Y tú una abuela a la que puedes dejar más sola que la una y que te necesita tanto como a mí Elisa y mis hijos. Estamos empatados. Además, si vamos con cuidado todo debería ir bien. Tenemos la suficiente experiencia como para calibrar el riesgo y cubrirnos las espaldas. Así que, dime, ¿cómo lo hacemos? —pregunta, apoyando los codos sobre la mesa e inclinándose hacia delante.

—¿Se te ocurre algo?

—Prefiero que lo decidas tú. Eres más intuitiva.

—Últimamente tengo la brújula averiada.

—No me lo creo —sentencia convencido.

Mónica inspira profundamente y agradece con una mirada la empatía de su colega. Al tiempo, trata de hacerse un cuadro imaginario de las posibilidades de salir indemnes de la situación a la que se van a enfrentar.

Ambos vuelven a analizar cada una de las palabras intentando descifrar qué se oculta tras el enigmático mensaje. Especulan que puede tratarse de una emboscada, pero también de un reencuentro. Un reencuentro no necesariamente feliz dadas las circunstancias que han rodeado los extraños sucesos acaecidos desde la llegada de la pareja a Portugal.

—Rua Rato do Carvalho, 153. —Mientras menciona la calle en voz alta, Bermejo busca en Google Earth el lugar donde se supone que Mónica debería ir a buscar a su marido.

Ella aproxima la silla e inspecciona con los ojos muy abiertos lo que le muestra su compañero mientras se mordisquea el dedo pulgar.

—Se encuentra al otro lado del río, aunque no parece muy lejos de aquí.

—En esta ciudad todo está a tiro de piedra.

—Busca ahora la calle en Street View.

Siguiendo el deseo de Mónica, Bermejo conecta la aplicación.

—Parece un barrio residencial de clase media —apunta él.

—¿Localizas el número 153?

—Aquí está, aunque no se ve bien… Se encuentra al final de la calle, aislado del resto de los inmuebles de la zona.

—¡Qué raro! Es la única casa de los alrededores que está pixelada —comprueba ella, mientras observa el edificio borroso, que ocupa una parte considerable de terreno—. ¿No crees que es mucha casualidad que sea esta precisamente la única construcción que aparece así?

Ambos comprueban que, en efecto, no hay otra difuminada en los alrededores.

—Igual es la sede de una instalación militar —especula él. Sin cerrar la aplicación comprueba que no corresponde a ningún organismo oficial—. Una casa como cualquier otra —informa encogiéndose de hombros.

—Es extraño que esté pixelada —reconoce Mónica.

—¿Vamos a otro sitio a tomar unos pasteles de Belém para hacer tiempo? —pregunta él de improviso.

Ella arquea las cejas, sorprendida por la salida de pata de banco de su compañero.

—¡Pero si te acabas de zampar un postre!

—Lo digo porque son las cinco y diez y no deberíamos llegar allí hasta medianoche si seguimos las indicaciones. Faltan un montón de horas. Algo habrá que hacer hasta entonces, y no creo que sea lo más adecuado liarnos a pedir copas o atiborrarnos de cafés. Necesitamos estar con las antenas conectadas, y a mí el alcohol me las cortocircuita y el café me pone de los nervios. Sin embargo, unos pastelitos nos pueden relajar.

—A ti sobre todo, que eres un yonqui del dulce.

—¡Mira quién fue a hablar! La que se pone ciega a gominolas…

—Tienes razón —admite ella—. Como dice mi abuela, veo la mota en el ojo ajeno y no la viga en el propio.

—Te prometo que si salimos de esta me pongo a régimen —asegura él con gesto serio.

—Me parece que si cumples tu promesa la que se va a poner contenta es Elisa.

—Eso seguro.

Ambos sonríen con desgana.

—¿Y si nos presentamos ahora? —espeta Mónica de repente.

—¡Pero si pone que no lleguemos antes de las doce!

—Me refiero a acercarnos por la zona para husmear. Familiarizarnos con los alrededores nos dará confianza. Y de camino nos agenciamos el martillo y la palanca. No sé para qué, pero digo yo que será conveniente seguir las instrucciones. Todo será que alguien me esté tomando el pelo.

—¿Sabes a qué hora cierran aquí las tiendas?

—Antes que en España. Creo que a las siete, así que vamos a darnos prisa —dice ella, mirando el reloj del móvil.

Ambos se levantan y se disponen a seguir las indicaciones proporcionadas por el navegador en dirección a la ferretería más cercana.

—Hay una grande a doscientos metros —informa Bermejo.

—Lo desconcertante es que dice que vaya a buscarlo, pero no da más detalles —apunta ella.

—Bueno, dice que él te dará instrucciones.

—¿Has venido armado?

—No. Ya sabes que es siempre un follón organizar la movida de los permisos y toda la gaita para poder pasar la pistola en el aeropuerto. Ni el jefe ni yo consideramos necesario traérmela. Al fin y al cabo, mi misión era más representativa y de asesoramiento que otra cosa. Claro que si me llego a imaginar esto, gestiono lo que haga falta, porque para este marronazo habría venido bien sentirnos mejor protegidos que con un simple martillo y «un pié de biche» o como se llame eso…

Ella se encoge de hombros asumiendo la situación y contempla los diferentes escenarios a los que se pueden enfrentar.

Capítulo 30

Tras pasar por la tienda de suministros para agenciarse las herramientas, Bermejo, con el navegador conectado, dirige la marcha. Se ha levantado viento, lo que provoca que, aunque la temperatura se acerque a los veinte grados, la sensación térmica sea algo más fresca, especialmente mientras cruzan el Duero por el puente Don Luis I. Mónica se frota los brazos.

—¿Tienes frío?

—Un poco. Tendría que haberme abrigado más.

Él se desprende de su suéter y se lo entrega a su compañera con el fin de compensar la pátina de humedad que el rastro de lluvia ha dejado en el ambiente.

—Póntelo, a mí me sobra. Tener unos kilos de más tiene sus ventajas. Además, eso rosa que llevas va a dar demasiado el cante si pretendemos pasar desapercibidos —dice, señalando la camiseta de su compañera.

—Mejor no llamar la atención, es verdad. Mucho mejor así —agradece ella una vez se ha abrigado con la prenda.

Ya en Vila Nova de Gaia dejan atrás la parte más próxima al río y el paisaje humano va cambiando. Apenas se ven turistas y la afluencia de personas es menor. Es miércoles, y se nota que la mayoría se ha retirado a sus casas para acostarse temprano y madrugar al día siguiente.

—La rua Rato do Carvalho comienza detrás de esa glorieta. El número 153 está al final —puntualiza él, señalando con el dedo una calle ancha por la que apenas se ven transeúntes.

—Por la paralela iremos más seguros —comenta ella—. Es mejor que pongamos los móviles en silencio dejando solo la vibración.

Él obedece. Sin desconectar el navegador, se guarda el terminal en el bolsillo del pantalón. Ambos se aproximan al objetivo dando el rodeo sugerido por Mónica.

—Parecemos dos chalados —apunta Bermejo, mirando alternativamente el martillo que lleva en la mano y la palanca que porta Mónica.

—Es lo que hay… —dice ella con resignación.

Caminan despacio afinando los cinco sentidos en cada paso. Casi todos los edificios son bajos, de tres o cuatro pisos como mucho. Se diría que en lugar de poco más de las nueve de la noche fuera bastante más tarde, dada la ausencia de gente en las calles. Aunque ambos llevan calzado con suela de goma, les parece oír el eco de las pisadas.

—Joder, este silencio me recuerda a la pandemia cuando no salía de su casa ni Dios —dice él en voz baja, contagiado por el monacal ambiente de la calle. Mónica mira en todas las direcciones.

—Parece una zona muy tranquila —constata ella, adoptando el mismo tono que su compañero.

—Demasiado. Yo agradecería un poco más de movimiento, la verdad. Da la sensación de que de un momento a otro va a salir algún cabronazo con una navaja desde cualquier esquina para hacernos picadillo para hamburguesa. —Vuelve a consultar el navegador—. Si giramos a la izquierda nos damos de narices con la casa.

Faltan quince minutos para las diez cuando llegan a la parte trasera del chalet. Aunque de tamaño considerable, parece una vivienda unifamiliar. Bordean el inmueble hasta llegar a la entrada principal. Mónica hace una panorámica visual y, mediante un gesto, pide a su colega que se quede quieto mientras

ella da unos pasos para echar un vistazo por una de las ventanas de la planta baja. Mientras tanto, él permanece en tensión atento a cualquier movimiento o señal alarmante. Ella, que se ha aproximado pegada a la pared para esquivar la cámara de vigilancia, escruta con cuidado el interior a través del cristal. Lo que ve es un recibidor presidido por un gran mural con una pintura abstracta que da acceso a varias zonas y una escalera que conduce al piso superior. Intenta abrir la ventana, pero está cerrada por dentro. Saca el móvil y toma unas instantáneas del interior iluminado antes de caminar unos pasos más para llegar hasta la puerta. Pega la oreja a la misma durante unos segundos. Escucha un murmullo. Puede distinguir voces que se aproximan. Alarmada, regresa sigilosamente hacia donde se encuentra Bermejo, que espera camuflado detrás de un seto. Se lleva el dedo a la boca indicándole que permanezca en silencio. Justo cuando llega donde está él, la puerta se abre. Una voz masculina, desde dentro, despide a un individuo que abandona el edificio y cierra la puerta después. A Mónica le da un vuelco el corazón cuando los escucha hablar en español. Aunque están a varios metros de distancia y no logra entender lo que dicen, enseguida se da cuenta de que ninguno de ellos es Cito.

El tipo que abandona la casa porta un maletín de ejecutivo, sin embargo, viste de forma casual. Se dirige a una berlina BMW aparcada unos metros más allá. Mientras lo observa, Bermejo se las ingenia para sacar varias fotografías con su móvil, aunque no tiene una perspectiva adecuada como para retratarlo como le gustaría. Lo que sí consigue es anotar la matrícula del coche. Cuando este emprende la marcha y desaparece, el silencio vuelve a hacer acto de presencia, solo matizado por el peculiar sonido de los grillos. Las luces de la casa se van apagando hasta dejarla totalmente a oscuras.

Haciendo acopio de paciencia, aguardan a que el reloj marque las doce. A pesar del buen rato que se han visto obligados a

esperar siguiendo las instrucciones del mensaje, Mónica ha permanecido inmóvil, sin apenas mover un músculo y con la vista fija en la puerta del inmueble. La esperanza de que se abra y volver a ver a su pareja casi un mes después de perderlo de vista en las Bodegas Sandeman la ha mantenido en tensión durante todo el tiempo. Bermejo, por su parte, se ha dedicado durante ese tiempo a rodear la casa en busca de alguna pista que indicase cómo actuar. Ahora permanece, igual que su compañera, atento a quién sabe qué imprecisa señal. Sin embargo, todo permanece estático, como si estuvieran contemplando una postal o una fotografía. Ella mira el reloj. Las doce y cuatro minutos. Los segundos se estiran de forma exasperante, como si un duende imaginario estuviera jugando con la velocidad del tiempo. Cuando han pasado dieciocho minutos de la hora establecida en el mensaje, él reacciona.

—A ver si se ha confundido de número. Igual es el 152 o 154, esas cosas pasan… —apunta—. Sígueme.

Con cuidado, exploran ahora los alrededores de la calle y comprueban que el resto de edificios alberga varios pisos de viviendas.

—Tiene que ser el 153, si fuera otro de los edificios me habría especificado la altura y el número de apartamento —concluye Mónica.

Regresan y ahora intentan abrir con cuidado tanto la puerta principal como la trasera, pero están cerradas con llave. Bermejo propone forzarlas con la palanca, pero Mónica lo detiene. Se alejan unos metros y se sitúan estratégicamente para controlar ambos accesos. Entonces, ella saca su móvil y comienza a escribir.

«*Je suis là, mais personne ne me dit rien. Que dois-je faire maintenant?*», teclea.

Sin quitar la vista de la pantalla espera comprobar que el mensaje ha sido recibido con el fin de obedecer instrucciones, pero el *doble check* se resiste a aparecer.

—¿Y si llamamos a la puerta? —pregunta Bermejo.

—Sería demasiado imprudente, en el mensaje recalca que no lo hagamos —responde ella—. Vamos a tener un poco de paciencia a ver qué pasa. —Vuelve a mirar la pantalla del móvil con la esperanza de que el mensaje haya sido recibido, pero sin éxito.

Según van transcurriendo los minutos, en el rostro de Mónica se refleja una decepción que va incrementándose por momentos. Tras permanecer en el lugar tres cuartos de hora más sin novedad alguna, deciden volver por donde han venido. La frustrada expectativa de dar un paso de gigante en la resolución del caso los ha dejado con un amargo sabor de boca y sin esperanza alguna en el horizonte.

Capítulo 31

Aunque el paso de Mónica Rojo por Portugal apenas ocupará un fragmento de su existencia, este ya ha adquirido el peso suficiente y una condición lo bastante siniestra como para marcarla en su totalidad. Tal vez con el tiempo el suceso quede desvaído como una vieja fotografía, pero ahora le resulta tan imposible imaginar que la herida vaya a cicatrizar como creer que va a vivir eternamente. Oporto representa el fin de su vida con Cito, la ruptura de una ilusión materializada durante años, que se ha hecho añicos en unos días. Por eso, si de algo ella está segura es de que, a pesar de ser una ciudad hermosa, no volverá a pisarla jamás. Al tiempo que se hace esa promesa a sí misma, escucha la charla de Nuno Ferreira con la resignación a la que se ha acostumbrado o, sería más correcto decir, a la que está intentando acostumbrarse. Algo en absoluto sencillo dado su carácter inconformista y su poca tendencia a delegar. Su expresión apacible transmite un estado distinto a como se siente realmente, lo que la ayuda a capear el temporal del modo más adecuado posible, dadas las circunstancias. Aguanta el chaparrón al igual que Eugenio Bermejo, quien, aunque en Madrid es su subordinado, en Portugal ha pasado a dirigir el operativo español de la *Operação quebra-cabeça*. Además de su compañero y ella, en el despacho de Ferreira se encuentran el jefe de la Unidad de Ciberdelincuencia, Clemente Andrade, y su subalterna, la agente Isabel da Silva, los cuales, en silencio, son testigos del rapapolvo.

Una vez Ferreira ha dado rienda suelta a la batería de reproches por haber actuado sin su supervisión, Eugenio Bermejo

se justifica con vehemencia. Expone sus argumentos mirando alternativamente a cada uno de los policías portugueses, esforzándose en resultar convincente. Se diría que más que un miembro de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado se trata de un político dirigiéndose a la ciudadanía. El aplomo con el que reviste las palabras y su tono persuasivo sorprenden a Mónica, ya que es la primera vez que detecta en él semejante espíritu de liderazgo.

—Era algo con pocos visos de credibilidad. No tenía demasiado sentido desplegar un operativo con tan poca cosa —asegura—. Cualquier descerebrado puede enviar impunemente ese tipo de mensajes. Si hiciéramos caso de todo lo que nos llega de forma anónima no tendríamos tiempo para dedicarnos a otra cosa. Seguro que aquí ustedes tienen, como nosotros en España, la suficiente experiencia en lo que a esto se refiere. Lo cierto es que consideré inoportuno hacerles gastar recursos por algo que tenía todas las probabilidades de no conducir a sitio alguno, tal y como se ha demostrado.

—Si *você* así lo considera, ¿por qué razón ha creído después que debía ponerlo en nuestro conocimiento? —pregunta el inspector Ferreira.

—Porque dada la ausencia de pistas, pensé que sería conveniente seguir el rastro de la matrícula del coche y de la titularidad de la vivienda. Es algo sencillo que no requiere gran esfuerzo por su parte. Seguramente pertenezcan a personas honestas y libres de toda sospecha, pero pensé que no estaba de más investigar este punto. Por otro lado, el hecho de aparecer pixelado el edificio es otro elemento que me ha hecho recelar al respecto.

—Google pixela o muestra borrosos *os rostos das pessoas* y las placas de los coches para preservar *a privacidade* —aclara la agente Da Silva.

—Pero no lo hace con los inmuebles —apostilla Bermejo.

—En ese caso hay que solicitarlo, pero cualquiera puede solicitar que se desenfoque o pixele la imagen de una casa, siempre y cuando quien lo haga sea el propietario de esta o, en su defecto, el inquilino —incide Clemente Andrade.

—A eso me refiero, que hay que pedirlo expresamente —apunta Bermejo— y eso no se le ocurre a nadie…

—No se suele hacer, es cierto, pero es totalmente legal. Las leyes de protección de datos amparan ese derecho —puntualiza el inspector de ciberdelincuencia.

—Sin duda, pero todo ello, sumado a que se nos ha proporcionado esa dirección afirmando que… —en este punto el agente español titubea, mirando de reojo a Mónica— el supuesto cabecilla de la banda pudiera encontrarse allí, me ha llevado a poner el asunto en manos de ustedes y del inspector Ferreira. —Bermejo vuelve a lanzar una mirada a su compañera a fin de saber si llamar «cabecilla de la banda» al que ha sido su pareja la ha soliviantado, pero se tranquiliza al comprobar que su expresión no se ha alterado. Parece haberse acostumbrado ya a asumir lo que pesa sobre su marido sin causarle la misma conmoción que el impacto del principio.

Ferreira ha escuchado con gesto serio la conversación entre los especialistas en ciberdelincuencia y Eugenio Bermejo. Cuando este último ha terminado de hablar, el inspector apoya los antebrazos en la mesa y lo mira fijamente. Mónica observa la escena sin intervenir, más que sentada, despanzurrada en la butaca con el abatimiento reflejado en el rostro. Parece estar contemplando la escena a través de la televisión, como quien escucha a los tertulianos de un programa de sobremesa. Su actitud pasiva contrasta con el nervio de su compañero, que, expectante, aguarda los comentarios de los policías portugueses.

—Ha hecho lo correcto trasladándonos esta información. Cualquier pista es imprescindible seguirla, pero no con efecto retardado —reprueba Ferreira con retintín—. Voy a terminar

creyendo que es costumbre de la Policía española hacer caso omiso de los protocolos —dice, lanzando a Mónica esta última frase sin que ella aparentemente se dé por aludida. A continuación, se dirige a Andrade—. ¿Las fotos entregadas por el *senhor Bermello* coinciden con alguna de las que *o seu* departamento ha obtenido anteriormente durante la investigación del caso?

—Isabel… —Clemente Andrade cede el testigo a la agente Da Silva. Esta carraspea y extrae de una carpeta varios folios con las instantáneas impresas.

—El material que *o nosso colega espanhol* nos ha hecho llegar esta mañana son fotografías de los alrededores de la casa, y del vestíbulo de esta, tomadas todas desde el exterior. Aunque no he contado con demasiado tiempo, las he inspeccionado minuciosamente y no he encontrado detalles de importancia. No concuerdan con el material que hemos ido recopilando del caso, así que parecen irrelevantes para la investigación —responde ella, entregando las imágenes a Ferreira, quien les echa un vistazo por encima.

—¿Y respecto a los dos hombres?

—En la mayoría de ellas aparecen de espaldas o de perfil. Esta es la única de las fotos que tiene una nitidez mayor y en la que *pode ser percebido* con cierta claridad uno de ellos —dice, mientras muestra esa imagen impresa en papel.

Un agente uniformado interrumpe a Da Silva abriendo ligeramente la puerta del despacho tras dar unos golpecitos en la puerta.

—*Senhor inspetor, já temos as informações solicitadas.*

El aludido sale del despacho y cierra la puerta tras él para escuchar en privado lo que tiene que decirle el policía. Bermejo aprovecha la ausencia de Ferreira para mostrar a Mónica la fotografía que ha traído Isabel da Silva en la que se puede ver el rostro del hombre que entró en el coche. Ambos la observan con

detenimiento. Tras unos minutos, Nuno Ferreira vuelve a entrar con unos documentos en la mano.

—El agente Lopes me traslada que ya conocemos la titularidad del vehículo y del inmueble. Ambos pertenecen a una sociedad cuyo administrador único es un cirujano español, Benjamín Extremera —corrobora mirando el dosier, antes de sentarse en su butaca.

—¿Tenemos alguna imagen de él?

—En el dosier aparece su foto de carnet.

—Es el mismo hombre —asegura Isabel da Silva, mientras la compara con la instantánea impresa en papel.

—¿Han averiguado en qué hospital de Oporto trabaja el tal Benjamín Extremera? —pregunta el agente español.

—La cuestión es que este médico no ejerce su profesión en Portugal, sino en España, concretamente en el Complexo Hospitalario San Francisco Blanco, de A Coruña. —Ferreira hace una pausa extraña, como dejando en suspenso una información sin más relevancia que unos asépticos datos.

—¿Y? —pregunta Andrade.

—Que se da la circunstancia de que es el centro donde más trasplantes se han realizado en España durante los dos últimos años.

—O sea, que se trata de un especialista en la materia —concluye Bermejo, abriendo mucho los ojos. Mónica, por su parte, tras escuchar la información suministrada abandona la desafección mostrada hasta ahora irguiéndose en la butaca, como si le hubieran inyectado un potente estimulante. De pronto, le viene a la memoria la reunión que tuvo con el teniente Cardoso, de Inmigración. Sus palabras, refiriéndose a que la red forzosamente tendría que contar con cirujanos altamente cualificados que trabajarían también en la sanidad convencional, resuenan en su cerebro.

—Seamos prudentes… —apunta Ferreira ante la reacción expectante de ellos—. El hecho de ejercer ese cometido no le hace sospechoso de haber incurrido en una ilegalidad. El agente Lopes me ha trasladado que al indagar al respecto han comprobado que tiene un historial completamente limpio, tanto en Portugal como en España.

—También lo tenía Julián Clavería Méndez… —apunta el agente español, mencionando a la pareja de Mónica por el nombre y sus dos apellidos. Esta lo mira resignada y él le responde con un sutil gesto de disculpa.

Andrade y Da Silva permanecen en silencio, atentos a la reacción de Ferreira. Este posa los ojos en Bermejo y después sobre Mónica. A continuación, se recuesta en la butaca y se rasca la mejilla, valorando las opciones que tiene ante sí con el fin de decidir en consecuencia.

Capítulo 32

Son las ocho de la mañana. El día soleado y el canto de los pájaros van en consonancia con la tranquilidad que se respira en la zona. Las últimas lluvias han hecho crecer la vegetación tiñendo de verde intenso el paisaje. No hay casi tráfico ni gente por los alrededores, lo que transmite una sensación de paz solo alterada por la presencia de los agentes Lopes y Azevedo, de la comisaría de Ferreira. Van vestidos de paisano, y esperan a ser atendidos en la puerta del número 153 de la rua Rato do Carvalho. Han pulsado el timbre hace unos instantes, pero por el momento nadie ha acudido a abrir la puerta. A lo lejos, empieza a verse el movimiento típico de un día laborable, al contrario del sector de la calle donde se encuentran, aislado del resto del vecindario. En vista de que nadie acude, Azevedo hace asomo de volver a llamar, pero Lopes le pide con un gesto que espere. Tras un par de minutos, un hombre con barba incipiente y vestido con una camiseta amplia y unos pantalones de pijama abre la puerta. Los ojos levemente hinchados y el pelo revuelto revelan de que acaba de despertarse. Ambos policías sacan su placa y se presentan.

—*Bom día, o que acontece?* —pregunta el tipo, visiblemente sorprendido.

—*Bom día, poderia nos mostrar a sua documentação?*

—*Vou procurá-la* —dice, tras unos segundos de desconcierto

Los agentes aguardan en la entrada mientras ven al hombre subir las escaleras para dirigirse al piso superior. Después de

unos instantes, aparece con un documento de identidad español en la mano y se lo entrega a Lopes sin hacer comentario alguno.

—Alfonso Trujillo Páez. ¿Es suya esta casa? —pregunta en español el agente, tras contrastar la fotografía del carnet con la cara del hombre y leer en voz alta el nombre y sus dos apellidos.

—No. Soy amigo del dueño.

—¿Le puede avisar, por favor? Necesitaríamos hablar con él.

—Lo siento, Benjamín se encuentra en España.

—¿Hay alguien más en el domicilio?

—Estoy solo. ¿En qué puedo ayudarles?

—Nos gustaría pasar y echar un vistazo al interior de la vivienda —interviene Azevedo.

El hombre muestra un gesto de extrañeza ante la petición del policía.

—Perdonen, pero quisiera saber cuál es el motivo de su visita —requiere educadamente pero algo molesto.

—Hemos recibido comunicación de que una persona implicada en un delito y considerada peligrosa ha sido vista por los alrededores de este inmueble. Sospechamos que puede haberse escondido dentro de esta propiedad —responde Lopes después de mirar a su colega.

—¡Ah! —exclama sorprendido—. Yo no he notado nada fuera de lo normal. Las ventanas están cerradas y tanto esta puerta de entrada como la de acceso al jardín son acorazadas, así que no ha podido colarse por ningún sitio.

—La casa es grande y estamos hablando de un delincuente. Esta gente tiene mil trucos para violar la privacidad de una vivienda —rebate Azevedo—. Por su seguridad y por la del vecindario sería conveniente que nos dejara entrar. Apenas tardaremos unos minutos, no se preocupe.

Trujillo mira alternativamente a ambos policías barajando qué hacer.

—Por mí no hay problema, pero antes debería llamar al propietario para consultárselo —dice al fin.

—Por supuesto.

El hombre saca el móvil del bolsillo de su pantalón y marca un número. Tras unos instantes, comunica con el dueño, a quien le traslada la petición de los policías.

—Me pregunta si tienen ustedes una orden judicial.

—Como le hemos dicho, se trata de una visita rutinaria. No tenemos intención de efectuar un registro ni nada semejante.

La persona que está al otro lado de la línea ha escuchado lo que el policía acaba de decir. Trujillo entrega el dispositivo a Lopes con el fin de que se comunique directamente con su interlocutor. Tras los saludos de rigor, el agente vuelve a solicitar el permiso para entrar en el inmueble, esta vez al propietario de la casa. Este da vía libre con la condición de que dejen todo en las mismas condiciones en las que está y no se lleven objeto alguno ya que para eso exige una orden judicial.

—Nos limitaremos únicamente a mirar si hay algún rastro de la persona que buscamos, nada más —se compromete el agente, antes de colgar y devolver el terminal a Alfonso Trujillo.

—Pasen, por favor —invita este, ejerciendo de anfitrión.

—Primero echaremos un vistazo al exterior.

Ambos agentes rodean la casa mientras Trujillo se queda en la puerta observándolos. Tras unos minutos, Azevedo regresa a la entrada.

—¿Puede acompañarme, por favor? —pregunta a Trujillo.

Este lo sigue hasta el lateral del inmueble. El agente se para y le señala una pequeña zona de la fachada justo al ras del suelo que parece ha sido tapiada con ladrillos. Lopes, en cuclillas, tantea esa parte de la pared.

—El cemento está muy blando —constata, pasando la mano por las junturas.

—Sí. La lluvia ha provocado varios daños. Ayer vino el albañil a arreglar los destrozos.

Tras terminar de supervisar el exterior, regresan al interior de la vivienda. Con un gesto, Lopes indica a su compañero que inspeccione el piso superior mientras que él se ocupa de la planta baja. Trujillo hace ademán de subir las escaleras tras el agente Azevedo, pero este lo detiene con un gesto.

—Mejor *você* quédese aquí. Si le necesitamos se lo haremos saber.

El hombre opta por sentarse en uno de los escalones a esperar que los agentes realicen su labor. Observa cómo Lopes se queda contemplando durante unos segundos el gran mural abstracto que decora una de las paredes del vestíbulo.

—Hermoso cuadro —dice el policía, antes de proceder a la inspección de la planta principal.

Al cabo de varios minutos, Trujillo se levanta para no estorbar a Azevedo, quien, tras realizar su cometido en el segundo piso, desciende al vestíbulo. Sin decir palabra, espera a que Lopes finalice la inspección del tramo de la vivienda del que se ha encargado.

—He visto que la puerta del fondo está cerrada con llave —comunica el agente—, ¿podría abrirla, por favor?

Trujillo va hacia una repisa situada en la entrada del vestíbulo y coge la única llave que hay sobre una pequeña bandeja. Con ella en la mano se dirige al otro extremo de la planta. Los policías lo siguen. Trujillo abre una puerta metálica, que da acceso a un cuidado jardín. A los agentes les basta un par de minutos para comprobar que todo parece normal.

Una vez finalizada la visita salen de la casa. Antes de irse vuelven a rodear el edificio a fin de comprobar que, en efecto, no hay forma de entrar en la vivienda por otro acceso que no sea la puerta principal o la trasera, y se despiden. Trujillo espera hasta ver desaparecer el vehículo de su vista y vuelve a entrar en la

casa. Por su parte, ambos agentes cruzan la mirada asumiendo el fracaso de la operación. Una operación en la que el inspector Ferreira había depositado la esperanza de obtener algo más que un registro fallido.

LA ORGANIZACIÓN

Capítulo 33

Noche de la desaparición

Tras despedir a la pareja que había acudido a denunciar el hurto de una maleta, el agente Antonio Sousa se alegró de ver que en la sala únicamente quedaba una persona esperando. Se trataba de una mujer joven que evidenciaba signos de nerviosismo. Tenía el cuerpo rígido, y estaba sentada en el borde de una de las sillas de la sala de espera. Nada más verlo aparecer fijó la vista en él con la ansiedad de quien necesita asistencia urgente. En cuanto la requirió, se levantó del asiento como si la hubiera empujado un resorte y acudió con presteza al interior del despacho.

Eran casi las dos de la mañana y Antonio Sousa estaba cansado. El día había sido más complicado de lo esperado y ello le estaba pasando factura. Afortunadamente, le quedaba menos de una hora de guardia, y confiaba en que la mujer que ahora estaba frente a él fuera la última persona que tuviera que atender.

—*Como posso ajudá-la, senhora?*

Ella le contestó en español y, aunque Sousa dominaba el idioma, estaba tan alterada que costaba entender lo que farfullaba. El tartamudeo y los nervios complicaban la comunicación. El agente le habló con suavidad y le pidió amablemente que se tranquilizara. Intuía que su presencia en la comisaría podía deberse a un robo, un asalto o, incluso, a una violación. Lo que él no sospechaba era que una policía española, de nombre Mónica Rojo, acudiría a sus dependencias debido a

aquel dichoso asunto. La mujer notificaba la desaparición de su marido en plena luna de miel. Sousa intentó disimular la impresión que le causó conocer la profesión de la interfecta, pero dado que ella estaba lo bastante descompuesta como para reparar en lo sorprendido que él pudiera mostrarse, no se preocupó en exceso. En cualquier caso, alguien debería haberle advertido de la posibilidad de que sucediera lo que allí estaba pasando, al fin y al cabo, era de lo más esperable. Además, la proximidad de su comisaría al lugar donde sucedió la supuesta desaparición hacía más probable que la mujer presentase allí la denuncia en lugar de en otro centro policial más alejado.

Cuando Mónica Rojo comenzó a explicarle el suceso acaecido la tarde de aquel mismo día en Bodegas Sandeman, el agente fue tomando conciencia del estado de las cosas. Él la escuchaba atentamente, más que para conocer lo que había ido a denunciar, para constatar que no sospechaba lo que en realidad había ocurrido. Según ella iba desgranando detalles, que él por su parte conocía a la perfección, su mente se esforzaba en decidir cuál sería la reacción más conveniente sin que ella intuyera algo irregular. Debía ir con extremo cuidado, pues lo que estaba en juego era lo bastante importante como para no meter la pata. Decidió ceñirse al protocolo y recomendar lo mismo que si se hubiera tratado de un episodio convencional: aguardar al menos veinticuatro horas hasta comprobar si su esposo aparecía y, si no era así, entonces, no antes, interponer la denuncia. El problema fue que ella se negaba a esperar tanto tiempo por su convencimiento de que algo grave debía de haber ocurrido a su pareja. Sousa era consciente de que su reacción era la misma que la que hubiera tenido cualquier mujer en una situación similar y lo más sencillo hubiera sido seguir el procedimiento habitual sin más, sin embargo, este caso era lo bastante delicado como para no precipitarse en tomar una decisión. Además, ella no era una ciudadana de a pie a quien se la puede torear sin que se dé

cuenta, sino una inspectora de Policía con el presumible bagaje como para descubrir el pastel si no iba con pies de plomo.

Una vez hubo terminado su relato sin que él apenas la interrumpiera, decidió telefonear en privado a Skyler, nombre en clave de quien dirigía el dispositivo, y exponerle la situación. Nadie mejor para manejar el asunto ya que era quien tenía una visión global e información precisa para manejar los tiempos y, en consecuencia, recomendarle la manera más adecuada de actuar. Skyler le daría instrucciones para liberarse de ella sin crear sospechas. Y si no era así, al menos Sousa se quitaría la responsabilidad de asumir las consecuencias de obrar por su cuenta y riesgo sin supervisión superior. Hablar con Skyler le daría tranquilidad al poseer este la perspectiva más completa sobre el asunto.

Tomó el celular y pidió a Mónica Rojo que aguardara dentro del despacho mientras él iba a realizar unas pesquisas. Salió, cerró la puerta tras de sí y reclamó por señas la atención de Águeda, que estaba absorta en la sala de espera jugando al Pokémon Go con su teléfono móvil. A Sousa no le gustaba que zascandileara por comisaría, pero le había traído un encargo de Skyler y, como era ya muy tarde, le pidió el favor de acercarla a casa cuando él terminase el turno. El agente le requirió con un gesto que controlara a la mujer que estaba dentro del despacho, pues no quería correr el riesgo de que le diera un pronto y saliera de estampida con el riesgo de escuchar lo que no debía. Águeda se encogió de hombros y emitió un suspiro de hartura.

Todas las precauciones eran pocas, así que, aunque lloviznaba, Antonio Sousa optó por salir a la calle para hablar tranquilamente sin que existiera la posibilidad de que alguien pusiera la oreja. La conversación fue muy corta. Se congratuló de que el criterio de Skyler coincidiera con el suyo y regresó al interior teniendo claro lo que iba a transmitir a la mujer.

Mónica Rojo continuaba en la misma postura en la que la dejó, aunque estaba aún más nerviosa que unos minutos antes. Se mordía las uñas con fruición y se rebullía en el asiento. Al verlo llegar lo miró con atención, esperando noticias frescas. Él se esforzó por ser lo más convincente que pudo limitándose a decirle que la Policía portuguesa no tenía constancia de que alguien con las características de su esposo hubiera sido víctima de un accidente o de cualquier otro percance en el transcurso del día. Insistió de nuevo en que lo mejor era esperar unas horas, y si su marido seguía sin dar señales de vida, tomar las medidas pertinentes. No obstante, le pidió un número de teléfono con el fin de ponerla al corriente de lo que fuera surgiendo. Después, intentó sosegarla con buenas palabras, pero lejos de conseguir su propósito ella, visiblemente molesta, se puso en pie, murmuró algo en español que él no comprendió y, de no muy buenas maneras, se despidió.

Sousa se quedó unos instantes valorando lo sucedido y, preocupado, volvió a telefonear a Skyler.

Capítulo 34

Cuatro días después de la desaparición

Cuando el agente Antonio Sousa se desplazó junto a su compañero Bernardo Gomes a La Casa Portuguesa a cubrir la investigación de aquel inquietante hallazgo, intentó por todos los medios averiguar quién había sido la persona que entregó la riñonera con aquella pistola y documentos inculpatorios al camarero del establecimiento, pero no logró avanzar gran cosa. Las características del tipo no correspondían a nadie que él conociera, y eso que estaba al tanto de todos y cada uno de los miembros de la organización en Portugal, desde Skyler hasta Malcolm. Llamar a los componentes de la trama por sus *nicks* era algo en lo que insistía Skyler con el fin de incidir en el anonimato, pero a Sousa le costaba acostumbrarse. Especialmente a su propio apodo: Dante.

Era evidente que la acción llevada a cabo en La Casa Portuguesa tenía un objetivo preciso, aunque por más que especulaba no acertaba a adivinar cuál sería. Estaba acostumbrado al secretismo de la organización y asumía que él se limitaba a ser un simple peón que simplemente obedecía órdenes. El acuerdo tácito consistía en no hacer preguntas. Lo cierto era que él se encontraba cómodo en esa coyuntura porque cuanto menos supiera más improbable era meterse en líos. Estar demasiado informado podría implicarle demasiado si las cosas se ponían feas. Y más ahora, cuando la aparición de dos de los cadáveres flotando en el río había complicado mucho la situación.

En cualquier caso, se preguntaba qué se pretendía haciendo algo tan arriesgado. No fue capaz de responder coherentemente a esa pregunta por más que daba vueltas al asunto. Otro de los interrogantes era quién estaría detrás del complot y cuáles serían las consecuencias a todos los niveles, muy especialmente en lo que a él se refería porque, si de algo estaba seguro, es que aquello salpicaría en varias direcciones.

Enterarse del contenido de la riñonera lo dejó estupefacto. Estaba acostumbrado a los giros que daba la organización respecto a la gestión del operativo, ya que era necesario ir cambiando de estrategia según iban sucediendo los acontecimientos, pero en esta ocasión era evidente que había un verso suelto que deseaba poner todo patas arriba. Un sector no controlado de la trama estaba jugando sucio obrando por su cuenta y riesgo. Se preguntaba a qué venía una maniobra a todas luces peligrosa y de quién habría partido la idea. No solo eso, sino especialmente qué pretendían quien o quienes idearon una operación que ponía manga por hombro la planificación de las últimas semanas y que implicaba tan directamente a alguien que debía permanecer en la sombra.

Gomes y él se encontraban tomando declaración al camarero de La Casa Portuguesa cuando recibieron la orden de presentarse en el Instituto de Medicina Legal, ya que había aparecido otro cadáver de un hombre sin identificar en las proximidades del río y requerían su presencia para efectuar varios trámites. Le habría gustado permanecer en el emblemático local durante más tiempo con el fin de que no se le escapara nada relevante. Cuanta más información reuniera más capacidad de reacción tendría ante cualquier imprevisto. De ese modo podría actuar conociendo de primera mano el terreno que pisaba, así que las prisas por salir de allí no le hicieron gracia alguna. Por otra parte, siguiendo el protocolo y muy a su pesar, debía poner el hallazgo del contenido de la riñonera en conocimiento del inspector Nuno Ferreira. Era

este quien había tomado las riendas de un caso que, a priori, habría debido ser investigado por la comisaría del propio Sousa al ser allí donde Mónica Rojo había acudido a denunciar la desaparición de su marido, pero la estrecha relación de Ferreira con el superior de Rojo en Madrid había cambiado el curso de los acontecimientos. Ahora el caso estaba bajo la supervisión del propio inspector Ferreira y fuera del control de Sousa. Un imprevisto que alteraba más aún el orden de las cosas. Por otra parte, la opción de escabullir el contenido del *pochete* era impensable, pues Gomes, su compañero, que era ajeno a la organización, se había percatado de que la documentación que estaba junto a la pistola pertenecía a la persona buscada.

Ya estaba todo bastante feo, pero bastó llegar al Instituto de Medicina Legal para que se pusiera peor. Allí estaba la inspectora española, después de acudir a la frustrada identificación del cadáver que habían supuesto que se trataba de su marido. Encontrarla tumbada en una camilla debido al desmayo padecido en una de las salas fue el remate del día. Pensó decirle algo que compensase el desencuentro producido entre ambos la noche anterior cuando él se limitó a darle largas, pero prefirió permanecer con la boca cerrada. Ella, por su parte, tampoco dijo nada, aunque era evidente que lo había reconocido, pese al lamentable estado en el que parecía encontrarse. Rojo se limitó a parpadear ligeramente y a desviar la mirada indicando que lo había visto pero prefería ignorarlo. Él lo prefirió para no tener que justificarse o hacer un comentario que estropease más la situación. Era preciso obrar con discreción, ya que cualquier cosa que dijera, en el peor de los casos, lo podía llevar a meter la pata, y en el mejor no aportaría gran cosa, así que optó por mantener el perfil más bajo posible hasta recibir instrucciones.

Capítulo 35

Trece días después de la desaparición

En la Unidade de Perícia Tecnológica Informática, Nuno Ferreira escuchaba con atención al director del departamento, Clemente Andrade, resumiendo los indicios que ponían el foco en Julián Clavería Méndez, la pareja de Mónica Rojo, como parte integrante de la trama. Ferreira lo miraba y se limitaba a asentir con la cabeza. Sin embargo, se encontraba incómodo. Su situación era lo bastante comprometida como para verse obligado a ir con pies de plomo en un asunto en el que hubiera deseado mantenerse al margen. No es que creyera en chorradas sobrenaturales, pero cualquiera diría que los hados se habían conjurado para hacerle la puñeta. De repente, se veía en un lugar en el que de ninguna manera deseaba estar, ya que le obligaba a tomar decisiones complejas y le daba un protagonismo que rechazaba. A él, a quien lo imprevisto lo descolocaba. A él, acostumbrado a guiarse a través de esquemas elaborados de antemano y obrar en consecuencia, le repateaba tener que ir cambiando los protocolos con la misma rapidez con la que iban discurriendo los hechos.

Mientras Andrade le mostraba en la pantalla del ordenador los motivos que justificaban la necesidad de actuar sin interferencias, Ferreira se cabreaba consigo mismo por haberse precipitado. Por mucho que Pablo Antúnez, su colega español, hubiera sido atento con él durante su estancia en Madrid y entablasen entonces una sólida amistad, debería haber pensado dos veces tomar las riendas de un asunto que, se mirase por

donde se mirase, era de lo más espinoso, especialmente cuando trascendió a los medios de comunicación. Claro que cuando el jefe de Mónica Rojo le pidió el favor de llevar personalmente el caso, ni por lo más remoto habría imaginado la relevancia que en tan poco tiempo adquiriría. El hallazgo de aquella pistola junto a la identificación del interfecto había revolucionado todo. Antes de aquello su papel se hubiera limitado a tranquilizar a Mónica Rojo poniendo a su disposición un hombro amigo en el que consolarse y darle la seguridad de saber que el proceso de búsqueda estaba en buenas manos. Pero lo que en principio parecía algo que se solucionaría sin demasiadas complicaciones se había convertido en un tema de primera línea, especialmente para la prensa sensacionalista y, en consecuencia, para los altos mandos de la Policía. Cuando un caso adquiere tal relevancia mediática, las acciones emprendidas por quien se encarga de la investigación son analizadas con lupa desde todos los sectores. Así que, sin pretenderlo en absoluto, Ferreira se había convertido en el centro de todas las miradas. Y cuando se está en medio del ruedo, uno se expone a recibir todo tipo de improperios. Daba igual cómo actuara porque la mierda le salpicaría. Pocas veces su olfato le había fallado, pero esta era una de ellas. Por si fuera poco, detectaba en el inspector Clemente Andrade un tono crítico considerablemente molesto. No es que le estuviera recriminando su forma de enfrentarse a la situación, faltaría más, pero sus palabras emanaban un sutil reproche que ponía en tela de juicio su imparcialidad, y eso no le hacía gracia alguna.

De vez en cuando miraba de refilón a Rojo. Esta esperaba unos metros más allá a que él le transmitiera las últimas novedades. Tanto su postura como su gesto afligido la asemejaban más a una pobre mujer que a una curtida inspectora de Policía. Tenía una expresión seria, únicamente sus ojos emitían un suave destello de duda esperanzada. Su mirada, fija en la sala donde se hallaban Andrade y Ferreira, y su actitud corporal transmitían el anhelo

de que los acontecimientos hubieran dado un giro que exculpara a su marido. Poco podía imaginar lo lejos que la realidad estaba de sus deseos.

Tras asimilar la información proporcionada por el jefe de la unidad tecnológica, Ferreira respiró hondo y caminó unos metros hacia el lugar donde se encontraba la inspectora española pensando en cómo comunicar lo que iba a decirle. A él las formas le importaban, no era de esos policías a los que le trae al pairo medir las palabras. El respeto ocupaba un lugar prominente en su comportamiento. Por eso tuvo que hacer de tripas corazón para echarla de Portugal como si se tratase de una apestada porque, aunque empleara guante de seda y edulcorara sus palabras de la forma en la que lo hizo, al fin y al cabo, ese era el mensaje. Distinguió en ella un matiz de dolor en su rostro, pero también de sorpresa, como si aguardase algo totalmente distinto a lo escuchado. No obstante, reaccionó con elegancia y, aparentemente, asumió la orden sin rechistar, cosa que a Ferreira le quitó un gran peso de encima. La cuestión es que solo fue aparentemente, porque bastó solo un día para rebelarse a la imposición. Un incordio que lo dejaba a él con el culo al aire, por más que disimulara ante ella la impresión causada, pero ¿qué podía hacer?, ¿enumerarle los problemas a los que se enfrentaría tomando esa decisión?, ¿asegurarle que no serviría de nada quedarse en Oporto? Había tenido tiempo de conocerla lo bastante como para saber que cuando se le metía algo en la cabeza resultaba imposible disuadirla. Por otra parte, se trataba de una ciudadana de un país comunitario que podía circular por Portugal a su antojo, pues, por muy graves que fueran las acusaciones vertidas sobre su marido, ella estaba libre de sospecha. Así que se limitó a entregarle los *pastéis de nata* que le había comprado como detalle de despedida con la vana esperanza de quitársela de encima, y a confiar en que el asunto no se liara más de lo que ya estaba.

Capítulo 36

Veinticuatro días después de la desaparición

Skyler, tras volver a leer lo escrito en la cuartilla, se la entregó a Águeda, *Gorki* de sobrenombre, sin darle demasiadas explicaciones. Esta echó un vistazo al texto manuscrito sin apenas detenerse a calibrar lo que implicaba. Al fin y al cabo, ella no hacía más que obedecer órdenes, así que aquello le traía al pairo. Después, dobló el papel y se lo guardó en su bolso de bandolera. Las preguntas que hizo se limitaron a aspectos técnicos de la operación omitiendo el contenido del texto. Por su parte, Skyler se mostró optimista sobre el efecto que causarían en Mónica las amenazantes palabras escritas con rotulador rojo, aunque las tildó simplemente de disuasorias, y se quedó mirando a su subordinada. Águeda-Gorki se abstuvo de comentar lo que Skyler acababa de decir y preguntó si debía hacer algo más, como si el encargo le pareciera demasiado simple. Skyler confirmó que eso era todo. Ella se colgó el bolso del hombro sin dejar de masticar chicle, hizo un gesto con la mano a modo de despedida y se dirigió hacia la salida. Antes de desaparecer de su vista, Skyler volvió a requerir su atención. La excesiva indolencia de la mujer inquietó a quien era la cabeza de la organización y, en consecuencia, sobre quien recaía la principal responsabilidad. Agravando el tono y ralentizando las palabras a fin de otorgarles más peso, le advirtió que debería ser escrupulosamente cuidadosa en todo el proceso. Ella asintió muy seria mostrándose lo más convincente de lo que fue capaz.

Nada más poner el pie en la calle, Águeda-Gorki organizó mentalmente la labor de forma minuciosa. En principio este encargo, comparado con otros que había tenido que realizar, resultaba bastante fácil. En realidad, esta faceta de su vida, aun con el riesgo que implicaba, era mejor que la anterior, que, por otra parte, tampoco estaba ausente de peligro. Trabajar en la calle la obligaba a soportar a tipos repugnantes con tendencia a descargar en ella sus frustraciones o deseos más perversos. Comparado con aquello, los encargos de la organización eran coser y cantar. No obstante, sabía por experiencia que confiarse en exceso era peligroso. Cierto que ahora lo único que debía hacer era pegar esa cuartilla en la puerta del armario de la habitación 542 del hotel Liberdade. Bastaba con llevar un rollo de cinta adhesiva, estampar el recadito en un lugar bien visible y hacerlo de la manera más rápida posible. A simple vista era pan comido, pero a veces las acciones más sencillas llevan a descuidar los detalles y ella tenía muy claro que de eso, de un mínimo detalle, podía depender el éxito o el fracaso de la operación y las consecuencias que en un sentido o en otro pudieran derivarse para ella, así que precisaba calibrar todos y cada uno de los pasos a dar para llevar a buen término la labor encomendada. La misión solo tenía un par de complicaciones: hacerse con una llave maestra para entrar cuando el cuarto estuviera libre y que las cámaras no le grabaran el careto. Esto último lo tenía controlado. Conocía el establecimiento ya que había estado allí para realizar servicios a un par de clientes. Cuando se desplazaba en aquella época a un hotel o un domicilio privado tenía la costumbre de hacer una panorámica visual para comprobar si el edificio estaba dotado de cámaras. Ello le daba cierta tranquilidad al saber que, si sucedía algún imprevisto desagradable, las imágenes estarían grabadas. Se mentalizaba pensando que de esa manera el potencial psicópata se lo pensaría dos veces antes de atacarla. Hacerse con la llave maestra tampoco revestía complicación. Las

camareras de piso acostumbraban a dejar la tarjeta magnética que permitía el paso a las habitaciones encima del carrito donde transportaban las *amenities*. Este permanecía en el pasillo mientras realizaban la labor de limpieza en cada uno de los cuartos. Bastaría con pasar por delante del mismo, tomar prestada la tarjeta con el fin de colarse en la habitación en cuestión y, una vez realizada la tarea, retornarla al mismo lugar. Por otra parte, no sería necesario vestirse de uniforme, sería suficiente con llevar pantalones y camisa de tonos neutros y agenciarse el delantal que le daría el aspecto de ser una de las limpiadoras. Para ello entraría en el cuartillo de la intendencia y tomaría uno. Algo sencillo comparado con otros tragos por los que había tenido que pasar.

Antes de dirigirse al Liberdade pasó por su casa, se cambió de ropa y cogió unas gafas de sol lo bastante grandes como para que le taparan gran parte de la cara. Se trataba de unas gafas antiguas que hacía años dejó de usar y que varias veces estuvo a punto de tirar, aunque ahora agradeció no haberlo hecho. Después, sacó lo que llevaba en el bolso, incluida la cuartilla, buscó en uno de los cajones un rollo de cinta adhesiva y metió ambas cosas en una bolsa de tela beis que consideró más impersonal que su bolso de colores llamativos. Tuvo especial cuidado de que la cuartilla no se estrujase metiéndola en un compartimento aparte. Para terminar, dudó entre ponerse una chaqueta de punto de cuadros clásica y una de diseño más actual. Optó por la de cuadros, pues consideró que pasaría más desapercibida y abultaría menos que la otra una vez doblada, así podría meterla fácilmente en el interior de la bolsa cuando se hiciera pasar por empleada. Ya lista, bajó a la calle y tomó un autobús que la dejó a unos pasos del Liberdade.

Una vez en el hotel, todo discurrió según lo previsto hasta llegar a la habitación 542. Si hubiera visto el cartelito que daba vía libre para limpiar el cuarto, habría entrado sin llamar, sin

embargo, este no estaba colgado del pomo, como tampoco lo estaba el de «*Do not disturb*». Eran las once menos cuarto. ¿La ocupante de la habitación habría salido o estaría todavía dentro? Dudó durante unos instantes. Al final decidió dar unos golpecitos en la puerta y arrimar la oreja a la misma. «*Estou na banheira!*», escuchó. Era un contratiempo que aquella tía siguiera allí dentro. Estuvo a punto de marcharse y volver más tarde, pero al final optó por entrar. La mujer estaba dándose un baño y ella se demoraría tan solo unos segundos en pegar la cuartilla en el armario, así que consideró que podía arriesgarse. La alternativa era esperar a que la habitación se quedara vacía y eso implicaba seguir dando vueltas por el hotel con el peligro que ello conllevaba. Lo peor que podía suceder era que aquella mujer saliera del baño y se la encontrara dentro. Si eso sucediera, camuflaría el papel disimuladamente, se disculparía y le diría que esperaría a limpiar cuando la habitación se quedara vacía. Solo había que confiar en que no la pillara en el preciso momento de estar pegando la cuartilla en el armario. Algo improbable, ya que salir de la bañera y secarse le ocuparía más tiempo de lo que ella tardaría en completar la acción. Y si tal cosa sucedía ya improvisaría algo. Al fin y al cabo, siempre hay que correr algún riesgo, por muy sencillo que parezca el objetivo. Por situaciones mucho más comprometidas había pasado cuando ejercía su otro oficio y siempre había salido indemne. Tan solo era preciso conservar la sangre fría a fin de que los nervios no la ralentizaran en su cometido.

Todo fue como la seda y abandonó el hotel sin contratiempo alguno, aunque tuvo que transcurrir un buen rato hasta conseguir que su corazón volviera a latir con normalidad.

LA TRAMA

Capítulo 37

Era noche cerrada y casi todos los pasajeros dormitaban en sus asientos. Karim, sin embargo, miraba por la ventanilla del autocar el paisaje nocturno mientras terminaba el bocadillo que le habían suministrado junto a un botellín de agua. Era la primera vez que salía de su país, al igual que Abdul y Rachid Zerhouni, dos hermanos que decidieron emprender la misma aventura. Abdul, muy delgado y barbilampiño, miraba con ojos ávidos el paisaje y la vegetación que surgía a ambos lados de la carretera. Por su parte, Rachid comentaba con Karim lo poco familiar que le resultaba lo que veía a través de la ventanilla a pesar de la proximidad de Marruecos con Europa.

Aunque se entretenían escuchando música con los cascos y pasaban algunos ratos compartiendo peripecias de sus vidas, el periplo recorrido desde que se sumaron a la expedición se les estaba haciendo realmente largo. El recorrido en bus hasta el Cabo de Malabata, y después la travesía hasta la Punta de Tarifa, había sido bastante suave. Fue el trajín del último autobús lo que los estaba dejando exhaustos. Por suerte, el representante de la empresa, un tal Malcolm, acababa de comunicar en un francés con marcado acento español que quedaban pocos kilómetros para llegar a Oporto. Por fin podrían comenzar una nueva etapa.

Mientras Abdul y su hermano Rachid echaban una cabezada, Karim dejaba volar su imaginación y hacía planes de futuro. La ilusión era lo bastante grande como para asumir el agotamiento como un mal menor. Y no es que le fascinasen las labores que le esperaban, ya que serían las mismas de las que se ocupaba en su

ciudad, pero en Europa las perspectivas eran distintas. En principio trabajaría como albañil, tal y como llevaba haciendo en Marrakech desde que el último terremoto aumentara la demanda de trabajadores en el sector. El derrumbamiento de edificios hizo que fuera fácil encontrar empleo en la ciudad, pero los sueldos eran demasiado bajos para poder vivir dignamente. Él, además, tenía unas aspiraciones que no eran compatibles con seguir viviendo en Marruecos. Así que, aunque en Oporto en principio seguiría trabajando en la construcción, su objetivo, más pronto que tarde, era abandonar los ladrillos y el cemento para dedicarse a la hostelería. Se defendía bastante bien en español, por eso hubiera preferido quedarse en Cádiz o en alguna población de Andalucía, pero ello hubiera requerido partir de cero. Por el contrario, llegar a Portugal contratado por una constructora le evitaba ir dando tumbos en busca de trabajo con la intranquilidad de no tener los papeles en regla. De esta forma, se le abrían unas puertas que en otras circunstancias hubieran permanecido cerradas. Además, la perspectiva de adquirir la residencia en poco tiempo iluminaba un futuro tan lleno de esperanzas como para decantarse por la que creía la mejor de las opciones.

No fue algo improvisado. Llevaba mucho tiempo planificando marcharse de un país en el que labrarse un futuro en condiciones resultaba imposible, pero nunca terminaba de decidirse. Hasta que, de repente, le surgió la oportunidad como caída del cielo: una empresa buscaba trabajadores para construir una gran urbanización a las afueras de Oporto. Omar, un tipo alto y calvo a quien le faltaba el dedo meñique de una mano, se pasó por la obra en la que Karim trabajaba y propuso el empleo a los operarios. Varios de ellos, como los hermanos Abdul y Rachid, se apuntaron sin apenas pensárselo. Ibrahim, otro muchacho bien parecido con varios tatuajes en los brazos, entre ellos el de su propio nombre, también formaba parte de la expedición. Karim, igual que sus tres compañeros, lo habría hecho si se hubiera tratado de un

trabajo en cualquier otro sector. Sin embargo, el hecho de seguir haciendo lo mismo, aunque fuera en Europa, le hizo pensárselo dos veces. Lo cierto es que la labor se le hacía más y más penosa. El trabajo de albañil le estaba machacando la espalda. Tanto que últimamente se veía obligado a tomar analgésicos para sobreponerse al dolor cuando se convertía en insoportable. Y, aunque se las iba apañando con calmantes, cada día se le hacía más cuesta arriba dedicarse a un oficio tan duro. Por este motivo estuvo a punto de renunciar a lo que se le ofrecía, pero pensó lo difícil que sería volver a presentarse una coyuntura tan buena, así que al final optó por apuntarse al carro. Se trataba de un trampolín para dar el salto al continente vecino. Un paso intermedio para lograr su objetivo. Con la seguridad que le daba tener un sueldo, ya se las ingeniaría para buscar con calma un empleo de recepcionista de hotel o de camarero en algún restaurante que le brindara la ocasión de dar un giro a su vida. La esperanza de que en Portugal o tal vez en España surgiera una oportunidad relacionada con la hostelería le hacía contemplar un horizonte más grato. Sabía que su aspecto físico era un plus. Su familia era originaria del Rif. Una zona donde, debido a la mezcla con población europea, abundaba gente con fisionomía diferente a la de la mayoría de los norteafricanos. Era consciente de la predilección de personas con apariencia europea para estar de cara al público, así que su pelo castaño claro y la tez más blanca que la de la mayoría de sus compatriotas le facilitarían acceder a un sector que prefería al de la construcción.

El autocar se detuvo en una zona apartada delante de un portalón que parecía dar paso a una propiedad. Karim dio unos golpecitos en el brazo a Abdul para despertarlo y comunicarle que habían llegado al ansiado destino. Este hizo lo mismo con su hermano Rachid. Malcolm, el tipo que coordinaba la expedición desde que en Tánger tomó el relevo de Omar, el hombre que les había contactado en la obra, se puso en pie y se dirigió a los

pasajeros instándolos a que descendieran y recogieran sus equipajes. Karim bebió un buen trago de agua y se dispuso a seguir las instrucciones del que dirigía el cotarro. Por fin llegaba el momento de descansar. A lo lejos se veían varias casas desperdigadas en lo que parecía un barrio periférico de la ciudad. Eran las dos y media de la mañana y no se veía a nadie por los alrededores.

El conductor bajó del bus y se dirigió a abrir las portezuelas de los maleteros. Los hombres se fueron levantando con aire cansado, y ordenadamente fueron recogiendo sus equipajes. Ibrahim, que estaba en la fila de delante, fue el primero que salió. Inmediatamente después, bajaron Karim y los dos hermanos. Aunque era noche cerrada y las calles estaban desiertas, Malcolm, quien al contrario de los demás parecía lleno de energía, azuzaba a todos y cada uno de ellos para que se apresurasen. Rachid se preguntaba a qué venía tanta prisa, ya que a esas horas de la madrugada lo único que se podía hacer era esperar hasta el día siguiente a que comenzara el proceso. Un proceso que no sabían muy bien en qué consistiría, pues se les comunicó que cuando llegaran al destino se les daría la información necesaria.

Una vez los pasajeros retiraron sus enseres, Karim escuchó a Malcolm hablar con el conductor en español, quien, tras recibir órdenes, subió de nuevo al autocar vacío, lo puso en marcha y se fue de allí sin perder tiempo. Por su parte, el organizador condujo a los viajeros por una senda hasta llegar a un inmueble de dimensiones considerables rodeado de un jardín que parecía muy cuidado a pesar de que la falta de claridad de esas horas impedía distinguirlo en todo su esplendor. Lo que sí se podía apreciar era el característico perfume de las flores y la sensación de humedad que indicaba que habían sido regadas recientemente. Rachid contemplaba el exterior del edificio y los alrededores, fascinado por la idea de pernoctar en semejante lugar, y con la ilusión en su mirada comentaba con su hermano e Ibrahim la suerte que

tenían de poder comenzar una nueva vida lejos de la miseria de su país de origen. Karim, sin embargo, no compartía la euforia de sus compañeros. Lo único que deseaba era tumbarse lo antes posible en una cama y poder dormir a pierna suelta. Le dolían las articulaciones. Era como si tuviera agujas clavadas en cada una de ellas. Mientras esperaba a que el jefe de la expedición le diera paso al interior, él aprovechó para sacar del bolsillo del pantalón un tubo de analgésicos y se tomó dos píldoras de golpe acompañadas por el culín de agua que le quedaba en la botella. Confiaba en que le hicieran efecto lo antes posible para poder dormir y recuperarse.

El recibidor del inmueble parecía muy amplio y acogedor. La visión de un lugar tan agradable espabiló a todos. Acostumbrados como estaban a la penuria en la que habían vivido, aquello resultaba poco menos que un palacete. Al fondo, unas escaleras conducían al piso superior. Malcolm distribuyó a los hombres en varios grupos y les fue asignando diferentes cuartos. A Karim le tocó quedarse en uno de la planta baja. Celebró ahorrarse el esfuerzo de subir escaleras, ya que el dolor de rodillas se habría acentuado y no estaba para muchos trotes. Agradeció que le tocara compartir habitación con Abdul y Rachid, sus simpáticos compañeros de asiento, y con el joven Ibrahim.

Antes de que Malcolm les diera vía libre para retirarse a descansar, les notificó en un francés bastante pobre cómo se desarrollaría el día siguiente. A algunos de los hombres les costaba comprender lo que iba diciendo, pero Karim descifró que a primera hora se sometería a todos a varias pruebas médicas para seguir el protocolo demandado por la empresa como paso previo a integrarse en sus puestos de trabajo.

—*Où seront effectués nos examens médicaux?* —preguntó el joven Ibrahim.

Malcolm respondió que no habría que desplazarse, ya que todas las pruebas se realizarían en una zona de la casa habilitada

al efecto. Después, recomendó que fueran a las habitaciones adjudicadas y descansasen lo máximo posible, pues a las nueve de la mañana debían estar todos en pie.

El cuarto adjudicado a Karim y a sus compañeros era bastante pequeño, olía a cerrado y carecía de ventana al exterior, pero a ninguno le importó. En el interior solo había cuatro estrechas literas que, aunque no parecían demasiado cómodas, comparadas con los duros asientos del autocar les resultaron más que satisfactorias. En la puerta contigua, un minúsculo cuarto de baño dotado de inodoro, una pequeña ducha, lavabo y toallas limpias. Rachid e Ibrahim tomaron una ducha antes de ponerse sus respectivos pijamas. Ni Karim ni Abdul deshicieron el petate. Lo dejaron en un rincón, se despojaron de la ropa y se metieron en sus camastros en ropa interior. No les molestó lo más mínimo el ruido de la ducha ni el trajín de los otros dos muchachos mientras se aseaban: bastaron un par de minutos para caer en un sueño profundo que duró hasta la mañana siguiente.

Poco antes de las nueve, un hombre vestido con bata blanca se asomó al cuarto para notificar a Karim y a sus compañeros el orden del día. Les pidió que fueran al vestíbulo. Karim se encontraba mucho mejor, aunque le habría gustado dormir un par de horas más. La ducha caliente lo reconfortó. Sacó de la mochila un calzoncillo, una camiseta y pantalones y se dispuso a someterse a la revisión médica. Tras pensárselo mejor, se puso también una sudadera, ya que la temperatura era algo fresca. Por su parte, Abdul comentó que le dolía el estómago y tenía retortijones. Rachid bromeó con su hermano diciendo que intentara evacuar antes de las pruebas, no fuera que se cagase encima. Ibrahim celebraba el comentario partiéndose de risa. Lo cierto es que las ojeras del primero delataban no haber descansado bien. Karim le ofreció un analgésico, pero Abdul prefirió esperar a tomárselo una vez les hubieran realizado el

examen pues les habían indicado que deberían permanecer en ayunas hasta terminar el procedimiento.

Reunidos los hombres en la planta baja, fueron conducidos a una parte del edificio que tenía más en común con un hospital que con un albergue. Esta sección estaba situada en la zona del sótano y equipada con lo necesario para efectuar todo tipo de pruebas médicas. Rachid comentó a sus compañeros que la empresa para la que iban a trabajar debía de ser realmente importante si tenía tal nivel de infraestructuras. Karim se mostró de acuerdo, alegrándose una vez más de haber tomado la decisión de emprender una aventura que transformaría su vida.

Ordenadamente, se les fueron efectuando diversos controles. Al principio, los juntaron en una sala y les midieron la presión arterial y la temperatura. El único al que se le detectó fiebre alta fue a Abdul, quien presentaba síntomas de una infección estomacal por algún virus o bacteria contraída probablemente durante el viaje. En consecuencia, fue apartado de los demás y no se le continuó el chequeo. Se despidió de su hermano, de Ibrahim y de Karim con un gesto de decepción. La siguiente prueba consistió en una extracción de sangre para realizar una analítica completa.

Todo iba a buen ritmo hasta que hubo que someterse al examen de rayos X. Ibrahim y Rachid superaron la prueba con éxito, y los pasaron a otra sala. Sin embargo, no ocurrió lo mismo con Karim. Un técnico se encontraba en la habitación vecina controlando la prueba. Karim lo podía ver a través del cristal que comunicaba las dos estancias. Empezó a inquietarse al comprobar que el procedimiento se demoraba más tiempo del que se tomó con el resto. Cuando vio al técnico requerir con un gesto la presencia de Malcolm, su desasosiego aumentó. Ambos, mirando fijamente la pantalla, señalaban diferentes zonas de esta con gesto serio. Después de un buen rato, los dos desaparecieron de su vista y unos minutos más tarde el especialista entró en la sala. Le

pidió que lo acompañara con el fin de dejar el recinto libre. Se volvió a poner la camiseta y la sudadera de las que se había despojado para someterse a la prueba y siguió al hombre de la bata blanca por las escaleras para abandonar el sótano. Ya en la planta baja, el tipo le pidió que lo acompañara a una de las estancias situadas en ese mismo piso. Era un cuarto sobrio, dotado de una mesa alargada y varias sillas a modo de sala de reuniones, aunque también podría tratarse de un comedor. En el centro de la habitación estaba Malcolm, con sus posaderas apoyadas en la mesa. Fue lo último que Karim vio antes de sentir un fuerte golpe en la cabeza y perder el conocimiento. Una consciencia que ya nunca más volvió a recuperar.

La muerte fue causada por la inoculación de una enorme cantidad de anestésico. Malcolm ordenó evacuar el cadáver por la puerta trasera del edificio. Esta conducía a otro jardín más pequeño que el de la zona principal y daba acceso al campo a través de una puerta metálica. Allí se encontraba una furgoneta en la que se depositó el cuerpo para ser trasladado. Un cuerpo cuyos órganos carecían de valor debido al avanzado cáncer que padecía.

Capítulo 38

Sara aguardaba su turno en la sala de espera de Ginefer, la clínica a la que veintiún años antes acudió para satisfacer sus deseos de ser madre. En aquella época ella estaba en la recta final de la treintena. Tras varias relaciones fallidas y asumiendo que su reloj biológico alertaba de la necesidad de tomar una decisión al respecto, optó por dar ese paso de manera independiente. Le habría gustado hacerlo en pareja, pero no estaba dispuesta a condicionar su deseo a la posibilidad, cada vez más incierta, de encontrar a la persona adecuada para emprender semejante aventura. De aquella decisión nació Roberto, su tesoro más preciado. Sara nunca imaginó que tantos años después volvería al mismo lugar donde se sometió al tratamiento que materializó aquel sueño, aunque en esta ocasión para un fin bien distinto.

Todo en la clínica parecía diferente a cuando ella acudió por primera vez. Se veía que el centro había sido remodelado y los folletos que yacían sobre la mesa recogían información sobre las últimas técnicas de reproducción asistida. El doctor Sarasola, quien la trató entonces, se había jubilado, así que la cita era con otro médico a quien no conocía, pero confiaba en que pudiera satisfacer su petición.

Le agradó ver que en el centro se preocupaban por proteger la intimidad de las mujeres. A pesar de que a Sara le constaba que era una de las clínicas más demandadas no coincidió con ninguna otra paciente, cosa que agradeció. Ni siquiera tuvo que pasar por la sala de espera. Enseguida fue recibida por el joven doctor Manjón, que no pudo evitar un sutil gesto de sorpresa que a Sara

no le pasó desapercibido. A pesar de su juvenil aspecto, era evidente que a ella se le había pasado el momento de solicitar el tratamiento que la clínica suministraba.

—Usted dirá… —dijo tras invitarla a sentarse al otro lado de la mesa.

Esperaba exponer su caso de manera clara y directa, pero estaba tan nerviosa que dudaba si iba a ser capaz de hacerlo. Cierto es que Manjón la había recibido con amabilidad, pero según ella iba exponiendo su objetivo el rictus del médico se fue transformando. La escuchaba de forma respetuosa, aunque al mismo tiempo barajaba la mejor manera de transmitirle una información que, con seguridad, ella no desearía escuchar.

—Ojalá pudiera llevar a cabo su deseo, Sara, pero no se puede obligar a un donante de esperma a identificarse y aún menos a someterse a pruebas de compatibilidad destinadas a un posible trasplante. La ley española es clara en ese sentido: la donación de gametos es anónima y el donante no tiene derechos ni obligaciones sobre el descendiente. —Manjón proporcionó la información en un tono sereno, al modo clínico que suelen emplear los profesionales sanitarios. Sara asentía seria. Lejos de sorprenderse, era la respuesta que esperaba. No obstante, sintió que la invadía una ira un tanto particular. Tuvo que racionalizar internamente que el doctor se limitaba a transmitir la normativa en vigor y no era en absoluto responsable del perjuicio que ocasionaba a su hijo. Sin embargo, él encarnaba en ese momento lo que ella consideraba la injusticia en toda su magnitud. La amarga revelación de que el mundo no se alteraría un ápice si su hijo moría con apenas veinte años sin haber disfrutado de la parte buena de la vida le corroía las entrañas.

—Ya… —dijo una vez logró sacar fuerzas de flaqueza—. Comprenderá que si hubiera existido la posibilidad de donar a Roberto uno de mis riñones no estaría aquí, pero las pruebas de histocompatibilidad, por desgracia, resultaron negativas. Estoy al

corriente de lo que me acaba de exponer, pero confiaba en que en un caso extremo como este se podría hacer algo al respecto.

—Créame que lo siento, pero es imposible —afirmó Manjón, empático pero taxativo—. En cualquier caso, aunque la ley no marcase claramente lo que le he transmitido, dudo mucho que el padre biológico estuviera dispuesto a donar un riñón a su hijo. Tenga en cuenta que es pedir algo muy comprometido a alguien con quien no se tiene un vínculo afectivo. Es una intervención que merma en mayor o menor medida la calidad de vida del donante. Por eso, solo suele hacerse entre personas que les une una relación emocional intensa. —Sara suspiró resignada—. Supongo que ya ha contemplado recurrir a algún pariente directo. A veces hay suerte por esa vía…

—No tengo hermanos y Roberto es mi único hijo.

—Entonces la opción es recurrir a los cauces habituales: que el nefrólogo de Roberto le envíe a un centro especializado. Allí se le realizará una evaluación, si es idóneo se le inscribirá en una lista de espera y después…

—Todos esos trámites ya los hemos hecho —le cortó Sara—. Hay una espera mínima de dieciocho meses. Un plazo que puede extenderse en función de la disponibilidad de órganos y un método de puntuación que determina la mayor o menor prioridad de mi hijo en la lista de espera. Y él no va a poder aguantar tanto. —Esta última frase la dijo en un tono tan bajo que al médico le costó escucharla. Después, se quedó callada, mirándose las manos apoyadas en el regazo, como a quien ya no le queda nada por decir.

El doctor Manjón fijó la vista en el rostro de Sara y vio que ahora tenía una expresión diferente, como si sus pensamientos estuvieran ya lejos de allí. Vio un ligero temblor en su labio superior y el reflejo de la desolación. Le llamaron la atención las arrugas debajo de sus ojos y otras más profundas en las comisuras de la boca. Aunque Sara era una mujer de casi sesenta

años, a Manjón le pareció que esas marcas estaban más causadas por el sufrimiento que por el paso del tiempo. La contemplaba hundida en la silla como si el dolor la estuviera empujando hacia abajo. Reparó en su postura torpe, característica de una persona vencida. Alguien que ha dejado de preocuparse por las apariencias. Dudó durante unos instantes, pero al final tomó la decisión. Venciendo la incomodidad de revelar algo de lo que podía arrepentirse, se lanzó.

—Existe otra opción, aunque tal vez sea demasiado arriesgada…

*

Un mes y ocho días después, un taxi se detuvo delante del número 153 de la rua Rato do Carvalho. Del asiento trasero salió Sara vestida con un pantalón vaquero y una sencilla camisa blanca y ayudó a bajar del vehículo a un muchacho muy joven, algo más bajo que ella y extremadamente delgado, que se protegía con una mascarilla quirúrgica. Mientras tanto, el conductor abrió el maletero y sacó un *trolley* y una bolsa de viaje que entregó a la mujer antes de abandonar el lugar. La frágil apariencia y la forma de moverse del chico contrastaban con su corta edad. También con el brío de ella. Ambos se dirigieron hacia la entrada del inmueble. Sara pulsó el timbre. Enseguida un hombre vestido totalmente de blanco abrió la puerta. En el centro de la estancia, unos metros detrás, se encontraba Benjamín Extremera, «doctor Barton» para sus pacientes, quien avanzó y tendió la mano a la mujer y al muchacho.

—Bienvenidos.

—Gracias —correspondió el chico con un hilo de voz.

Tras un breve cruce de frases, el hombre de blanco deslizó hacia un lado el gran mural que decoraba la entrada para dejar accesibles unas escaleras. A continuación, Extremera invitó con

un gesto a descender a los recién llegados hasta las entrañas del inmueble. Allí, a tan solo unos metros debajo de lo que parecía una vivienda de clase media alta, se encontraba un búnker subterráneo transformado en un hospital perfectamente equipado. Los fluorescentes parpadeaban levemente. Las paredes eran lisas y parecían recién pintadas. Ni un raspón, ni una pequeña mancha. A cada lado, puertas automáticas sin etiquetas. Todo parecía funcional y, al mismo tiempo, transmitía la impresión de provisionalidad.

—Esta es nuestra clínica —comentó orgulloso Extremera.

—¿Cuánto tiempo tendrá que quedarse mi hijo aquí?

—Una vez realizado el procedimiento, más o menos una semana. Comprobaremos cómo reacciona su organismo y, si no hay complicaciones, le daremos el alta.

—¿Complicaciones? —preguntó la madre con tono preocupado.

—No se inquiete, Sara. Con los datos que tenemos, Roberto es perfectamente compatible con el riñón que le va a ser trasplantado. No obstante, llevaremos previamente a cabo todo el protocolo y solo realizaremos la intervención si tenemos la certeza de que el rechazo es altamente improbable. Aunque como ya se les explicó la compatibilidad nunca es perfecta a excepción de los gemelos idénticos, le aseguro que el riñón seleccionado reúne todas las condiciones para que su hijo lo admita sin problema. Roberto es joven, así que su organismo podrá adaptarse a los cambios que implica el trasplante con mayor facilidad que si se tratara de una persona de edad más avanzada. Después de la intervención, bastará un buen seguimiento médico y la correcta administración de medicación inmunosupresora para que su vida mejore sustancialmente en muy poco tiempo.

Roberto, que había permanecido callado hasta el momento, intervino.

—Sé que no debería hacer esta pregunta, pero ya que estoy aquí y no hay marcha atrás me gustaría saber si la persona que

me va a donar el órgano lo hace por propia voluntad.

Sara no pudo disimular su incomodidad ante la inocente pregunta de su hijo y carraspeó levemente de forma involuntaria. Sin embargo, a Extremera no se le alteró el gesto. Simplemente lo miró a los ojos con una expresión indescifrable.

—¡Claro! En cualquier caso, ¿cambiaría eso algo? —preguntó con aplomo. Sabía que su paciente estaba al corriente de lo que le esperaba si no se sometía al trasplante, así que conocía perfectamente la respuesta. En efecto, el muchacho bajó la mirada en silencio.

Ella entreabrió la boca para decir algo, pero al final desistió. Recordaba el proceso seguido en el sistema de salud convencional. La resignación de la espera y el deterioro de la calidad de vida de Roberto hasta ser incapaz de dar un paso sin ahogarse. La acumulación de toxinas en el cuerpo y la anemia provocada por la enfermedad renal le causaban un cansancio y debilidad extremos. La alternativa al trasplante era seguir con diálisis, pero los efectos secundarios de la misma le obligaban a permanecer tres horas varias veces por semana conectado a una máquina. Roberto tenía veintiún años, pero en los últimos meses su dolencia había multiplicado su edad biológica. A Sara no le sobraba el dinero, pero sí la voluntad para proporcionar a su hijo una vida digna y satisfactoria. Su empleo de informática en una importante empresa tecnológica le proporcionaba unos ingresos suficientes para vivir con desahogo. Pidió un préstamo al banco a fin de sufragar la operación y puso en marcha el proceso. Siguiendo las instrucciones de la organización, pagó sin rechistar el equivalente a doscientos mil dólares en Ethereum, la criptomoneda que le indicaron. Entonces se abstuvo de pedir detalles, pero sí se atrevió a solicitar la garantía de que a su vástago se le solucionaría su grave problema de salud, aunque fue en vano. Madre e hijo valoraron pros y contras y, aun así, decidieron arriesgarse. Al fin y al cabo, tampoco habrían contado con una

mayor seguridad de curación de haber seguido los cauces convencionales. A estas alturas, Roberto no tenía nada que perder; por tanto, ambos decidieron lanzarse a la incierta e ilegal aventura, a pesar de ser conscientes de que las expectativas depositadas y el dinero invertido podrían estar destinados al fracaso.

Sara miró a su hijo y le cogió la mano intentando transmitirle un sosiego que ella no sentía. Extremera se levantó y los condujo a las habitaciones que les habían destinado.

Después de descansar durante la noche, todo estaba listo para la intervención. En el quirófano, equipado con instrumentos de precisión y todo lo necesario para llevar a cabo el trasplante, yacía Roberto en una camilla. El anestesista, con tono suave y cercano, le notificó que iba a suministrarle la sedación.

Ya dormido, Extremera, asistido por dos profesionales más, comenzó el procedimiento para retirar el órgano deteriorado y suplantarlo por el sano. Mientras tanto, Sara esperaba ansiosa en una sala contigua.

Habían transcurrido ya cuatro horas a la espera de noticias. Ella intentaba distraerse mirando tonterías en el móvil. Se levantaba y paseaba de un extremo a otro de la pequeña estancia para volver a sentarse unos minutos después. Hacía esfuerzos para ahuyentar la posibilidad de fracaso forzándose a contemplar el mejor de los escenarios. Era consciente de que se trataba de una larga y complicada intervención quirúrgica, así que tenía que mantener la calma y hacer acopio de paciencia. Por fin, el «doctor Barton» entró en el cuarto. Sara se levantó expectante. La sonrisa de Extremera-Barton la tranquilizó. Todo había salido como se esperaba. La templanza y seguridad con las que el médico se dirigió a ella le proporcionaron la calma que necesitaba.

Durante los días siguientes, el muchacho permaneció en observación. Su evolución era óptima. Tanto que, a la semana justa, Barton le dio el alta. A pesar de la convalecencia, Roberto

parecía otra persona. Había ganado peso y la ilusión se reflejaba en su mirada. Se diría que los inmunosupresores y anticoagulantes le habían suministrado la energía de la que había carecido durante tanto tiempo.

Ese día cayó una gran tormenta. Truenos y un copioso e interminable chaparrón parecían marcar el punto y final de aquel proceso. Poco antes de las diez de la noche, a Roberto le dieron el alta. Tal y como Extremera-Barton les había comunicado, una semana después de la intervención el muchacho estaba listo para recuperar su vida.

Madre e hijo estaban ya dentro del taxi para llevarlos al aeropuerto cuando, justo antes de arrancar, Sara echó en falta su reloj de pulsera. Recordó haberlo dejado encima de la mesilla de la habitación que había ocupado durante esos días. Protegiéndose con el paraguas, volvió a la casa. Mientras atravesaba el largo pasillo que la conducía hasta el cuarto, reparó en un brazalete de los que se suelen poner en la muñeca a los pacientes para identificarlos. Estaba dentro de un cenicero, sobre una de las mesas del pasillo. Un impulso la llevó a cogerlo para observarlo de cerca. Tenía grabado un nombre y la inicial de un apellido: «Rachid Z». Como si aquella pulsera de plástico le quemara las yemas de los dedos, volvió a dejarla donde estaba. Rauda, volvió al taxi. Durante el recorrido hasta el aeropuerto, Sara miraba a través del cristal la lluvia cayendo sin tregua, y no dejaba de pensar en ese brazalete y lo que había grabado en él. La idea de que el órgano que su hijo llevaba en su interior pudiera llevar ese mismo nombre le provocó un escalofrío.

Capítulo 39

El teléfono de su despacho sonaba con insistencia. El agente Antonio Sousa entró apresuradamente y maldiciendo para si, al tiempo que se ajustaba el cinturón del uniforme. La inoportuna llamada lo sorprendió con el culo al aire, nunca mejor dicho, y en plena evacuación. Tras despotricar en voz baja, se sentó en la butaca y descolgó el auricular.

—Agente Sousa —dijo con el tono habitual, pensando que se le requeriría para una tarea rutinaria.

Su semblante cambió al identificar a la persona que se encontraba al otro lado de la línea. Malcolm nunca lo había llamado al teléfono fijo, así que Sousa se sorprendió e inquietó a partes iguales. Apenas cruzaron un par de frases, pero fueron suficientes para percibir la irritación de su interlocutor, quien lo instó a que se comunicara con él a través del medio habitual. Tras colgar y tomar el celular destinado a tal efecto, constató en la pantalla varias llamadas perdidas del mismo número. Lanzó un improperio y contactó de inmediato. Ahora, sin la preocupación de hablar por un canal que pudiera estar controlado, Malcolm se explayó con ganas y le echó un buen rapapolvo. Una de las obligaciones de Sousa, *Dante* en la organización, era llevar siempre el móvil consigo, como si se tratara de un apéndice más de su cuerpo. Pero cómo iba a suponer que durante el breve rato que estuvo en el baño iba a causarse tal revolución. Había estado ilocalizable apenas unos minutos, pero Malcolm insistió en la necesidad de estar pendiente del celular las veinticuatro horas del día por lo que pudiera surgir, así que Sousa-Dante se limitó a

escuchar los improperios sin rechistar. Prefería aguantar estoicamente el chaparrón sin abrir la boca, ya que cualquier comentario o excusa estropearía aún más la situación.

Más calmado, Malcolm le comunicó que habían cazado «un ciervo» y se hallaba en «la Jaula» con la presa. Dante crispó la mandíbula comprendiendo lo que ello significaba. Estaba más que acostumbrado al lenguaje en clave de la persona encargada de las captaciones, y lo que acababa de escuchar lo puso automáticamente en tensión. Nervioso, tomó el bolígrafo que estaba junto al terminal y comenzó a darle vueltas entre los dedos. Se dirigía a Malcolm utilizando un tono servicial, como si con ello compensara el fallo cometido, y, tras un par de preguntas de trámite, aseguró que bajaría inmediatamente.

La orden lo pilló con el pie cambiado. Había transcurrido bastante tiempo desde la última «cacería» en suelo portugués y ello le causó la falsa impresión de que no tendría que volver a pasar una vez más por el mismo trago. Claro que era muy ingenuo por su parte pensar que lo seguirían untando sin verse obligado a comprometerse de forma directa. A lo bueno es fácil acostumbrarse.

A Sousa-Dante siempre le resultaba desagradable ver la expresión de terror de «los ciervos» al ser conscientes de haber caído en la red de la organización. Le costaba conciliar el sueño y horribles pesadillas lo torturaban la noche después de participar en un operativo. Por suerte, encontró un mecanismo eficaz para que eso dejara de suceder. La clave era evitar mirar los rostros de los apresados o, al menos, que no se le quedaran grabados a fuego en su mente. Para ello solía cubrir sus cabezas con capuchas. Ello lo ayudaba a asimilar que una captura fuera solo eso, una captura. La fórmula consistía en crear un automatismo que le impidiese diferenciar unos prisioneros de otros. Borrar sus caras de la misma forma que se borraban sus nombres. Deshumanizarlos hacía su misión más tolerable. De ese modo

consiguió que esos rostros aterrorizados dejaran de invadir su tiempo de descanso. A todo se acostumbra uno. También al horror. Únicamente es preciso crear el mecanismo adecuado para crear la suficiente distancia.

Desde aquella última «caza» se había dedicado solo a las tareas rutinarias de su oficio de policía. Labores aburridas, sí, pero que ahora apreciaba más que nunca. No es que se arrepintiera de haber accedido a participar en las operaciones, incluso con el riesgo que ello implicaba, pues el trabajo extra le proporcionaba un sustancioso sobresueldo. Pero a veces olvidaba que todo tenía un precio. Al contrario de Gorki, del enfermero Costa, y no digamos de Malcolm, a quienes no se les movía un pelo cuando realizaban acciones semejantes, cada vez era más consciente de no haber nacido para esos menesteres, por muchos mecanismos que creara a fin de que aquello le afectase lo mínimo posible. En cualquier caso, se consolaba con la idea de que todo el mundo sin excepción se veía obligado a tragar muchos más sapos de los que desearía, así que ahí estaba él, disponible para llevar a cabo una vez más el procedimiento encomendado desde arriba, aunque fuera con la nariz tapada.

Dejó de dar vueltas al bolígrafo, lo depositó sobre la mesa y se apresuró a obedecer las órdenes de Malcolm. Abrió el cajón superior, sacó un llavero del que colgaban dos llaves y lo metió en uno de los bolsillos del uniforme, aunque enseguida cambió de idea. Prefería llevarlo preparado en la mano. Antes de ponerse en marcha, su mirada recorrió el despacho. Había adquirido la costumbre de echar un último vistazo antes de ausentarse para comprobar que todo estaba bajo control. De pronto, se le antojó deprimente el color de las paredes. En un tiempo lejano habían sido pintadas de un tono pastel, probablemente gris perla o beis, aunque ahora fuese difícil determinarlo. La suciedad, las rozaduras de muebles y el paso del tiempo acentuaban aún más el abandono y la ausencia de luz natural. Resultaba todo tan

sombrío que era difícil estando allí dentro saber si brillaba el sol o estaba nublado, y ello le exasperaba. Si al menos el cuchitril tuviera una ventana algo más grande que aquel orificio con vistas al deprimente patio, dejaría de tener esa sensación de ahogo que siempre había percibido, y aún más últimamente. Se consolaba pensando que, a pesar de quedarle todavía bastantes años para jubilarse, tal vez pudiera acelerar el retiro si ahorraba lo suficiente, y estos «trabajitos» contribuían a ello.

A punto de abandonar el despacho reparó en que, de nuevo, olvidaba el móvil. Era increíble que fuera tan despistado. O tal vez se trataba de un mecanismo inconsciente que lo llevaba a rechazar comunicaciones que no le agradaban lo más mínimo. Deshizo lo andado, recogió el celular y lo metió en el bolsillo trasero del pantalón del uniforme. Presto, salió del despacho y se dirigió hacia el sótano. Descendió varios tramos hasta llegar a la zona deseada. Una zona que, salvo él y los miembros de la organización, no conocía nadie ya que llevaba décadas sin utilizarse, exactamente desde la última reforma del inmueble, hacía casi treinta años, en la que se reestructuró totalmente el edificio y se inutilizaron los calabozos.

Retiró los cachivaches que había delante de una portezuela de hierro, metió la llave en la cerradura y, por fin, accedió al lugar. Se aseguró de dejar la cancela bien cerrada desde dentro y emprendió la marcha. Con la linterna iluminaba el espacio. Descendió varios tramos hasta llegar al túnel. Aunque Dante medía escasamente un metro setenta y cinco, tenía que andar agachado debido a la poca altura y estrechez del subterráneo que conducía a «la Jaula». Caminaba por el laberinto de pasillos, en el que ya se orientaba perfectamente pese a no resultar precisamente fácil hacerlo. Giró a la izquierda y recorrió un largo y oscuro pasadizo. Apestaba a moho y hacía frío. Se lamentó de ir tan poco abrigado al no caer en la cuenta del ambiente húmedo que se encontraría ahí abajo. Se detuvo un momento para

remeterse la camisa y subirse el pantalón con el fin de taparse los riñones. El frío en la espalda le ocasionaba sistemáticamente un ataque de lumbago, así que más le valía prevenir. La boca seca, consecuencia de los nervios, lo forzaba a segregar algo de saliva para dejar de tener la sensación de haber almorzado un estropajo.

Los ciento cincuenta metros que era preciso recorrer hasta llegar a «la Jaula» se le hicieron eternos. Por fin vio una luz al fondo. Empezó a caminar más deprisa con el fin de llegar cuanto antes. Conocía a Malcolm y sabía que no debía demorarse en llegar. Tanto este último como Skyler repetían constantemente lo importante que era realizar los procedimientos rápidamente. Según ellos, demorarse aumentaba exponencialmente el riesgo y era peligroso confiarse. A Sousa-Dante no le preocupaba demasiado, pues las probabilidades de que alguien ajeno accediera a «la Jaula» eran mínimas, dado el entramado de túneles que solo los miembros de la organización conocían, pero para sus jefes ese tema era prioritario. Cualquiera decía nada, y especialmente hoy, después de la inoportuna metedura de pata al no haberse percatado de las llamadas de Malcolm.

La luz del fondo se veía cada vez más nítida, señal de que únicamente le quedaba por recorrer unos cuantos metros. Aceleró el paso, tanto por ganar algo de tiempo como para entrar en calor y dejar de tiritar a causa de la humedad.

Por fin accedió a «la Jaula». La verja que separaba el cuarto del pasadizo estaba abierta. Se trataba de un espacio de aproximadamente nueve metros cuadrados. Otra reja, al otro extremo del cuchitril, daba al lugar aspecto de mazmorra medieval. Un ventanuco al fondo hubiera hecho las veces de respiradero si no fuera porque había sido tapiado en un pasado remoto. El techo era aún más bajo que el del corredor, así que había que desplazarse con cuidado, pues era fácil golpearse si no se tenía la precaución de mantener todo el tiempo la cabeza gacha. La temperatura no era mucho más alta que la del

pasadizo, pero los riñones de Dante agradecieron un microclima algo más templado.

Al entrar, saludó a Malcolm con la expresión del colegial que se ha portado mal pero que promete hacer méritos para compensar el desacato cometido. Por su parte, Malcolm, de pie en el centro del cuarto con los brazos cruzados, apenas reparó en su presencia. Su atención se volcaba en un tipo al que habían cubierto la cabeza con una capucha, tal y como era habitual, y que apenas se movía. El individuo estaba sentado en el suelo. Lo habían esposado de pies y manos a la barra de metal anclada en un extremo del cuarto y cubierto con una manta. Junto a él, el enfermero Costa y Gorki, esta con su pachorra habitual masticando chicle, como si en vez de encontrarse en ese sórdido lugar estuviera en una cafetería. Costa llevaba colgando del hombro una mochila bastante costrosa que Sousa-Dante dedujo debía de pertenecer al tipo capturado. En la mano, unas gafas maltrechas y una pequeña cartera igual de deteriorada. Entregó la totalidad del material a Dante, que lo revisó tomando lo que era de utilidad para poner en marcha el operativo y dejando el resto dentro de la mochila. Aunque Dante no veía el rostro del «ciervo», intuía que se trataba de un hombre joven, como todos los demás. Por el movimiento pausado de su respiración se diría que estaba dormido, aunque un cierto vaivén indicaba un estado de semiinconsciencia inducido. El temor de que la caperuza le dificultara la respiración hizo que Costa lo liberara de ella, cosa que a Dante no le hizo gracia, aunque se abstuvo de hacer comentario alguno. El rostro quedó al descubierto. Tenía la tez tan pálida como el mármol. Se trataba de un muchacho de cabello oscuro y rizado y aparentaba poco más de veinte años. Aunque parecía encontrarse en una especie de duermevela, era evidente que estaba drogado hasta las patas. El pelo despeinado y la cara sucia le hacían parecer un vagabundo. Dante reparó en las gafas graduadas que le había entregado Costa junto con el resto de los

enseres, y le extrañó que hubieran retenido a alguien con deficiencia visual, pero supuso que el botín merecía lo suficiente la pena como para quitar importancia a ese detalle. La escasez de presas probablemente hacía a la organización menos selectiva a la hora de elegir.

El muchacho susurraba palabras ininteligibles, como si estuviera soñando, pero no se le notaba especialmente inquieto. Dante miró a Malcolm esperando instrucciones. La potente luz lo deslumbró, forzándolo a guiñar los ojos para protegerse de la intensidad de la desnuda bombilla. Malcolm valoró la conveniencia de llevar al «ciervo» a «la Casa» por la zona del túnel habilitada al efecto o dejarlo allí metido hasta que despertara para después realizar el traslado. Se decidió por esto último y dio orden a Dante de ir coordinando el procedimiento. Costa se aseguró de arropar bien a la presa y uno tras otro fueron abandonando la celda.

Después de dar diversas instrucciones a la comitiva y de echar un último vistazo al detenido, Malcolm dejó bien cerrada la cancela dando dos vueltas a la llave.

Dentro quedó en soledad aquel «ciervo» indefenso, dormido, como un animal encerrado en su jaula, ignorando el horror que le esperaba.

*

Un potente rayo de luz blanca dirigido directamente hacia su rostro provocó que Rafael guiñase los ojos. Acababa de despertarse. Movió la cabeza intentando esquivar el desagradable resplandor, aunque sin demasiado éxito. Se llevó la mano a la cara y constató la ausencia de sus gafas. Intentó localizarlas a su alrededor, pero no había rastro de ellas, como de ninguna de sus pertenencias. Se hallaba en un lugar desconocido. Conservaba toda la ropa puesta y estaba cubierto con una gruesa manta, lo

que lo protegía, dentro de lo que cabe, del frío y húmedo ambiente. Tenía la cabeza tan pesada como si unas horas antes se hubiera bebido de tirón un par de litros de alcohol de alta graduación.

Ignoraba cómo había llegado a ese cuchitril. Se hallaba solo y a cubierto, sin embargo, la impresión de sentirse a la intemperie y de estar acompañado era tan grande que le chocaba que no hubiera nadie junto a él. Al menos, nadie que él viera, pues solo podía abarcar una parte reducida de su campo visual. Se percató de que el haz de luz salía de un punto concreto de la pared aunque no distinguía si era un foco o si se trataba de una lámpara.

Debía de haber soñado, eso es, incluso ahora tal vez soñaba que está soñando. Lo cierto es que flotaba en un incierto limbo. Ese extraño estado en el que se confunde la realidad con una ficción que resulta tan auténtica instantes después de despertar para luego diluirse sin dejar rastro. Da igual si uno ha sentido que ha estado a punto de morir o ha sufrido un dolor físico o moral insoportable: todo se esfuma en unos instantes a pesar de haber experimentado sentimientos tan reales. En ese mundo paralelo, del que no terminaba de salir, estaba en un campo de fútbol, más exactamente en las gradas, rodeado de gente como si fuera un aficionado más. No había jugadores en el césped, al menos vestidos como tales, sino gente corriente golpeándose con piedras que tenían forma y tamaño de los balones utilizados en los partidos de fútbol profesionales. La sensación era tan vívida que resonaban en su cabeza los gritos de los hinchas animando a esos extraños gladiadores a lanzar con fuerza los pedruscos contra las crismas de sus rivales hasta dejarlos tendidos, moribundos, sobre el césped. Él también participaba en aquella ceremonia, pero desde un punto de vista distanciado, ajeno al entusiasmo de la masa enfervorizada. Se limitaba a observar al resto del público, que festejaba cada vez que un jugador caía con

la cabeza abierta y sangrando como un cerdo. Las gradas, llenas de color, daban al lugar una alegría que contrastaba con el salvaje espectáculo.

Poco a poco se fue ubicando hasta constatar que el concurrido lugar de su sueño nada tenía en común con el sitio en el que realmente se encontraba. Tampoco podía discernir si era de día o de noche ya que la ausencia de luz natural era total. Levantó la cabeza lo máximo que pudo, que era poco, ya que estaba atado de pies y manos a una barra de metal y no podía ponerse en pie. El maldito rayo de luz blanca le hacía daño, acentuando la terrible jaqueca que padecía. Habría dado cualquier cosa por disponer de libertad de movimientos, aunque solo fuera de un brazo para utilizar su mano a modo de visera e impedir seguir siendo deslumbrado. Solo podía librarse del incordio girándose ligeramente hacia un lado y cerrando los ojos para impedir que el horrible resplandor le perforara los párpados. Miró su entrepierna. Los pantalones estaban mojados y el inconfundible olor a orina constataba que se había meado encima.

A duras penas logró hacer una panorámica visual. Tirado en un rincón, en el sucio suelo de cemento, divisó una especie de saco, el único objeto que parecía haber allí. Fue consciente de hallarse en un calabozo cuando se percató de las dos verjas que delimitaban el espacio a ambos lados, y el respiradero situado en una de las desconchadas paredes. Unas aberturas por las que únicamente entraba una rotunda oscuridad. Como si lo que hubiera al otro lado fuera una tapia pintada de negro a modo de decorado de película o unas telas del mismo color que separasen la mazmorra en la que se encontraba de otro calabozo.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó en voz alta, pero las palabras cayeron al vacío.

Pensaba que si estuviera en una cárcel probablemente habría más celdas ocupadas, pero la falta de respuesta parecía certificar la ausencia de gente. Claro que el potencial habitante de la celda

contigua podría estar drogado o inconsciente, el mismo estado en el que él estaba hacía apenas unos minutos.

Movió las bridas de metal que lo mantenían inmóvil con la esperanza de poder desembarazarse de ellas. Sin embargo, lo único que consiguió fue que la rozadura del hierro le pusiera las muñecas en carne viva, así que desistió tras unos cuantos intentos. Se desesperaba y quería gritar, pero las cuerdas vocales no le respondían. Volvió a intentarlo, pero lo único que logró exhalar su garganta fue un sonido sordo. Tenía tanta sed como si llevara varios días en un desierto sin poder beber. La impotencia hacía que el corazón se le acelerase tanto que los latidos le martilleaban el pecho amplificando el eco hasta la cabeza. Se rebullía intentando encontrar una postura en la que no le doliera la rabadilla. Aunque su cuerpo no rozaba directamente la superficie, la esterilla en la que se apoyaba era demasiado fina como para servir de amortiguación a sus glúteos y a la parte inferior de la espalda. La fina alfombra permitía también el paso de la humedad y del frío haciendo que, pese a la gruesa manta con la que alguien lo había abrigado, los dientes le castañetearan.

Ignoraba cuánto tiempo llevaba en ese lugar. Tampoco sabía cómo había llegado hasta allí, mejor dicho, cómo había sido trasladado, ya que tenía claro que no estaba por propia voluntad. Ralentizó la respiración con objeto de evitar cualquier sonido que pudiera interferir en la percepción de algún estímulo externo. Una pista que le proporcionase cualquier información. Silencio. O eso es lo que parecía en los primeros instantes. Sin embargo, un murmullo lejano, muy lejano, llegó a sus oídos.

—¡Ehhhhh! ¡Por favor, ayuda! —gritó con todas sus fuerzas.

Nada. Tal vez fue solamente el deseo de constatar que no era el único ser vivo que se encontraba en esa situación lo que lo había llevado a pensar que había más gente a su alrededor, sin embargo, parecía estar irremediablemente solo. Observaba las gruesas paredes que le recordaban a muros de iglesia. Temía que

por mucho que gritara nadie fuera a acudir en su auxilio. Decidió ahorrar fuerzas. Desgañitarse solo serviría para empeorar la terrible sensación de resaca y quedarse afónico.

Su último recuerdo lo situaba en la parte menos turística de Vila Nova de Gaia. Allí se había dirigido tras abandonar el albergue. El alojamiento le resultaba demasiado caro dado que estaba en el centro de Oporto y pensó buscar uno más alejado del corazón de la ciudad. Primero husmeó en el barrio de Boa Vista, pero al no encontrar nada que estuviera al alcance de su bolsillo, se dirigió a la zona situada a la otra orilla del río.

No era la primera vez que se quedaba corto de dinero. Acostumbraba a viajar con la única compañía de su mochila hasta que se quedaba a verlas venir. Así había conocido varios países y, aunque a veces le resultaba angustiante, encontraba cierto encanto en ir dando tumbos, improvisando según se iban desarrollando los acontecimientos. Para él era la forma más genuina de recorrer el mundo. Más que turista, se consideraba viajero. Alguien que busca una experiencia auténtica y personal, en lugar del consabido periplo lleno de lugares abarrotados sin más interés que un puñado de referencias proporcionadas por la agencia de viajes de turno o la *influencer* de moda. El riesgo y la aventura eran sus compañeros y no concebía conocer lugares nuevos de otra manera. La planificación no iba con él. Siempre estaba abierto a cambiar el programa del día y a dejarse llevar por las emociones del momento. Como mucho se proponía visitar las partes más emblemáticas de la ciudad visitada, aunque rara vez se detenía más tiempo del estrictamente necesario en monumentos o iglesias. De hecho, a menudo, no solía llevar a término el plan inicial, sino que se perdía por callejones que le llamaban la atención por una u otra causa y finalizaba el recorrido en lugares inesperados. Iba donde le llevaban sus pies, como si estos decidieran por sí mismos la ruta a seguir sin que tuviera que mediar su cabeza. Viajar así implicaba prescindir de

compañía. Era el único modo de hacer su santa voluntad sin estar condicionado por nadie. Ello, por supuesto, era compatible con charlar con gente que iba conociendo y que disfrutaba del camino de manera semejante. Le gustaba intercambiar experiencias y tomarse una cerveza con quien surgiera mientras charlaba practicando el inglés o, durante estos días, el poco portugués que había aprendido. Era consciente de que lo ideal era contar con algo más de dinero para no pasar apuros, pero eso no le quitaba el sueño. Siempre terminaba apañándoselas sin necesidad de ser auxiliado por sus padres. Y si se encontraba especialmente apurado, su hermana solía echarle una mano enviándole unos euros allá donde estuviera. Cuando se le acababa la pasta volvía a Salamanca y reanudaba su vida. Tal vez habría orientado las cosas de otro modo si hubiera tenido una profesión apasionante, pero ganarse la vida como cajero de supermercado era lo bastante aburrido como para desear exprimir la vida utilizando su tiempo de ocio de esa forma tan personal. Viviendo al día sin complicarse demasiado. Los estudios no eran lo suyo, así que ese trabajo era una de las pocas alternativas que se le ofrecían. No le importaba, al fin y al cabo, manejaba su propio dinero, al contrario de sus amigos, que cursaban carreras y siempre tenían que recurrir a sus padres para que les financiaran cualquier cosa.

Nunca había padecido algo especialmente desagradable durante sus correrías y jamás se le pasó por la cabeza que le fuera a ocurrir lo que ahora estaba viviendo. Una pesadilla en la que de repente se veía con lo puesto y meado de arriba abajo como si fuera un vagabundo costroso. Ignorando dónde estaría su mochila con toda la documentación, sus gafas y el resto de sus enseres, ya que el cuartucho estaba totalmente vacío. Por su mente desfilaban hipótesis de lo que podía haber sucedido y, sobre todo, de lo que le esperaba, dada la situación tan inquietante en la que ahora se encontraba. Encarcelado en un calabozo inmundo a modo de Conde de Montecristo, sin saber si lo iban a liberar o si lo

dejarían morir allí como un perro. Las ideas más descabelladas colonizaban su cabeza y el miedo le provocaba una desagradable sensación de vacío en el estómago que se mezclaba con la perentoria necesidad de beber agua.

Intentaba recordar qué hizo justo antes de perder el conocimiento, porque parecía obvio que eso fue lo que sucedió, pero en su mente había una especie de agujero negro que le impedía ver más allá…, ¿alguien lo drogaría? Probablemente, ya que la amnesia, el atontamiento y la boca seca eran de lo más sospechoso. Hacía esfuerzos por intentar recordar con quién estuvo, si es que alguien lo acompañaba, pero por más que se empeñaba lo único que le venía a la mente era una calle estrecha por la que paseaba. Tenía sed, aunque no tanta como ahora. Sí…, eso es…, entró en un bar bastante cutre y pidió una cerveza de la que ni siquiera recuerda si bebió. Este detalle abrió un hueco en la niebla de su memoria para ver a un hombre que se le acercó para preguntar algo, aunque era incapaz de recordar qué fue. Ahí se abrió el paréntesis.

Lo realmente turbador era ignorar la razón de estar entre esas cuatro paredes, ¿cometió un delito bajo los efectos de una de esas drogas que provocan amnesia y permiten manejar la voluntad? Puede que se la metieran en la cerveza sin que él se diera cuenta para posteriormente obligarlo a hacer algo que no recordaba. Quizás estuviera detenido y se encontrara en la celda de alguna comisaría, pero el lugar parecía demasiado insalubre y sórdido como para tratarse de un recinto policial, al menos del primer mundo. Y, aunque había perdido la noción del tiempo, dedujo que seguía en Oporto. Aunque eso fuera mucho suponer, pues podría estar en otra ciudad o incluso en otro país, dudaba de que hubiera pasado tanto tiempo como para realizar un periplo semejante en estado inconsciente conducido por no se sabe quién.

De pronto, oyó un ruido que lo dejó paralizado. Contuvo la respiración y afinó el oído para determinar el grado de fiabilidad

de su percepción. Escuchó un murmullo en que podía distinguir al menos a dos personas hablando. Una llave se introdujo en la cerradura de una de las puertas enrejadas. La cancela se abrió y apareció un hombre de pelo canoso, aunque todavía joven, vestido con camisa de rayas, americana y pantalón beis. Llevaba un maletín. Tenía aspecto de ejecutivo elegante, de esos pijos que se cuidan para resultar atractivos, y transmitía la peculiar arrogancia de quien se siente poderoso. El atuendo y sus mocasines relucientes resultaban de lo más incongruente en un lugar como ese. Lo seguían una mujer y dos hombres más. Eran Gorki, Dante, vestido con su uniforme de policía, y Malcolm. Para Rafael, tanto la mujer como el tipo de los mocasines y el policía eran unos desconocidos. Sin embargo, a Malcolm lo identificó como el hombre del bar, la última imagen nítida que tenía antes de perder la consciencia, cosa que le inquietó considerablemente.

Que hubiera un policía en el grupo le hacía pensar que, tal y como sospechaba, podía estar detenido por haber vulnerado la ley. Pero, a la vez, su presencia le proporcionaba cierto sosiego. Como si el hecho de vestir el uniforme que lo identificaba como representante de la ley a él lo protegiera de otro tipo de peligros. No obstante, lo desconcertaba ver al agente junto a la mujer y los otros tipos, especialmente el que recordaba haber visto en aquel bar. Ella masticaba chicle y llevaba en la mano derecha una escudilla que parecía contener comida. A la izquierda, una jarra de plástico llena de agua que Rafael contemplaba como si fuera el más exquisito de los elixires. Extendió los brazos en la medida en que las ataduras le permitían para que la mujer le permitiera beber. Ella se percató y le entregó la jarra. Rafael la tomó a duras penas con las dos manos aprisionadas por los grilletes, acercó la boca al recipiente salvando como pudo la limitación de movimientos y bebió con fruición derramando gran parte del contenido.

—¡Oiga!, ¿por qué estoy aquí?, ¿he sido detenido? —preguntó tras haber aliviado la sed. Se dirigía a Dante, dando por sentado que se trataba de la persona responsable por el hecho de ir uniformado.

—¡Es español! —exclamó sorprendido el canoso de los mocasines, en un perfecto castellano que delataba su nacionalidad—. ¿Puedo saber por qué nadie me lo había dicho?

Ni Gorki ni Dante respondieron, sino que se limitaron a encogerse de hombros dirigiendo su mirada hacia Malcolm, quien se mostró incómodo, sintiéndose delatado por sus compañeros.

—¡Sí, claro que soy español, y exijo un abogado ahora mismo! —afirmó con rotundidad Rafael, envalentonado por el comentario de su compatriota sin dar tiempo a que Malcolm interviniese—. ¿Por qué estoy aquí? —preguntó al pijo de los zapatos relucientes, esperando crear empatía con él. En sus ojos se atisbó un rayo de esperanza, tal vez confiando en que el hecho de compartir nacionalidad le fuera a liberar de aquel mal sueño. Sin embargo, el tipo seguía a lo suyo, como si él fuera invisible y no hubiera escuchado la pregunta. Exactamente igual que la mujer, que puso el plato de metal delante de él con una papilla poco apetitosa y lo desembarazó de una de las sujeciones dejando libre su mano derecha. El policía, mientras tanto, miró atentamente al canoso elegante esperando instrucciones. Este sacó una pequeña linterna del maletín y se puso en cuclillas.

—Abre la boca —le ordenó suavemente. Rafael, desconcertado, obedeció. El hombre, tras detenerse el tiempo suficiente para revisarle las amígdalas, procedió a palparle los ganglios para, por último, extraer del maletín un tensiómetro con el fin de medirle la presión arterial en el brazo que la mujer le había dejado libre. La soltura con la que realizaba el reconocimiento hizo especular a Rafael que pudiera ser médico.

—¡Por favor, dígame qué está pasando! —suplicó desesperado, mirando fijamente al supuesto doctor. Ni este ni nadie de los

presentes se dio por aludido. Igual que si estuvieran en un zoo y procedieran a ocuparse de uno de los gorilas. En vista de la ausencia de respuesta, increpó a Dante directamente—. Agente, necesito saber por qué me han encarcelado.

Ahora todos cambiaron el foco de atención y se fijaron en la apertura por la que unos minutos antes entraron en la celda. Un hombre más se sumó al grupo, procedente del túnel. Se trataba de Skyler.

—¿Cómo va todo, Barton? —preguntó el recién llegado al que ejercía las labores médicas. Su actitud tranquila contrastaba con la del supuesto doctor, quien se levantó de su posición agachada y se dirigió a él con dureza.

—Quedamos en que no se cazarían europeos —dijo el pijo Barton en tono poco amistoso. El increpado subió las cejas y suspiró con cierto aire de preocupación, consciente del error.

—Así es, pero Malcolm lo tomó por un inmigrante. —Señalaba al aludido con la mano, haciendo recaer en él la responsabilidad —. Nos hemos dado cuenta de que no lo era al registrar sus pertenencias —comentó con resignación.

—¡Joder!, ¿no le oíste hablar? —se enfadó el tal doctor Barton, señalando al prisionero y elevando el tono. Malcolm le aguantó la mirada y se encogió de hombros emitiendo un suspiro de resignación ante lo que ya no tenía remedio.

—¿Cómo que no se cazarían europeos?, ¿qué significa eso? — intervino Rafael, cada vez más nervioso. Sus preguntas, sin embargo, cayeron en el vacío.

—¿Dónde está su documentación? —preguntó Barton a Skyler. Este hizo un gesto a Dante, quien le entregó el carnet de identidad del prisionero—. ¿Vives en Oporto, muchacho? —se interesó el médico tras examinar el documento acreditativo.

—No, en Salamanca.

—¿Y cuándo tienes pensado volver a tu tierra?

—No sé qué día es hoy… —A la falta de ubicación se sumaba el desconcierto que le causaban las preguntas que el hombre le lanzaba.

—22 de marzo —informó Barton.

—El billete es para el 29 a las cuatro de la tarde —notificó Rafael después de hacer un esfuerzo de memoria.

El facultativo suspiró y movió la cabeza, mostrando su descontento.

—¿Qué hacemos ahora?

Skyler contestó de inmediato sin mostrar la más mínima duda.

—Seguir con el operativo, no hay otra opción. Ya tomaremos las medidas necesarias después.

—¿Qué medidas? —La desesperación de Rafael se acrecentaba por ignorar a qué se referían. Al no obtener respuesta, repitió varias veces la pregunta mirando alternativamente a cada uno de los presentes y elevando cada vez más el tono, como si al gritar pudiera forzar una contestación.

—Tranquilo, chico, tienes que relajarte —respondió Dante—. Perder los nervios empeora las cosas.

En lugar de lograr el efecto deseado, las palabras del policía lo alteraron más. Se revolvió dentro de lo que le permitían sus ataduras. Lanzó un sonido gutural y después bramó con todo el volumen que su voz le permitía.

—¡Quiero salir de aquí!

—En un rato vas a estar fuera, pero si sigues gritando de ese modo lo vas a poner todo más difícil, especialmente para ti.

La suave voz de Barton, que había cambiado el registro agresivo con el que se dirigió a Malcolm por uno más amigable, no consiguió sosegar a Rafael, que había perdido definitivamente el control de sus nervios. Skyler movía la cabeza en señal de desaprobación, pero manteniendo la calma. Un sutil gesto dirigido a Dante hizo que este sacara una mordaza de uno de los

bolsillos de su uniforme y tapara la boca al prisionero, impidiéndole seguir gritando.

—Hay que trasladarlo —ordenó Skyler.

De pronto, algo llamó la atención de Barton, quien con un gesto indicó a todo el mundo que se callara. A continuación, señaló con la mano hacia el otro extremo de la celda, justo detrás de la puerta enrejada que permanecía cerrada. Ahora, sonidos difusos procedentes del exterior fueron escuchados por todos.

Capítulo 40

Skyler dio un sorbo al café americano que el camarero le acababa de servir. Con mucha agua, bien caliente y con dos sobrecitos de azúcar moreno. Se recostó distendidamente para disfrutar de la pausa relajándose con la visión, a lo lejos, de las secuoyas y los pinos del Jardín de Cordoaria, ese oasis de tranquilidad en pleno corazón de Oporto.

Necesitaba esa pequeña parada. Aunque apenas dispusiera de quince minutos, ese rato constituía una grata ceremonia. Le bastaba para continuar la jornada con energías renovadas y clarificar la mente. Skyler era un hombre de costumbres, tanto como perfeccionista y riguroso. Por eso, a no ser que sucediera algo verdaderamente urgente, disfrutaba con un hábito que le servía para ordenar las ideas y tomar fuerzas. Algo imprescindible a fin de organizar esa otra faceta de su vida. Una faceta que mantenía en secreto desde hacía algo más de tres años, enmascarado bajo ese alias, Skyler, utilizado en la organización. Al principio, le preocupaba poder compaginarla con su, llamémosla, vida «oficial», pero por fin había encontrado la forma de hacerlo sin trastornarlo demasiado.

Mientras degustaba la bebida, sacó el móvil para navegar por diferentes páginas de internet. De pronto, se quedó paralizado. Abandonó su cómoda postura y se inclinó hacia delante para leer la noticia que aparecía ante sus ojos. Cerró los puños y apretó la mandíbula. Negaba inconscientemente con la cabeza sin terminar de dar crédito a las fotos que aparecían en la pantalla. En una de ellas, dos *raboleiros* señalaban con la mano hacia el centro del río

Duero. En otra, se veían dos bultos tapados con una manta y varios agentes de Policía alrededor de los mismos. Leía con suma atención la crónica deteniéndose en cada detalle. Necesitaba contrastar la información para terminar de creerse el suceso, para ello entró en las principales cabeceras de los diarios portugueses. En efecto, todos ellos recogían lo mismo en la portada: dos cadáveres mutilados habían aparecido flotando en el Duero, en pleno centro de Oporto.

Hizo un gesto al camarero después de sacar el importe de la consumición y dejarla sobre la mesa. Después, salió a paso raudo de la cafetería dirigiéndose hacia los jardines. Su primer impulso fue telefonear a Malcolm, pero se contuvo. Agradeció para sus adentros no tenerlo delante porque de haber sido así podría haberlo descuartizado con sus propias manos. Estaba desconcertado y, sobre todo, furioso. ¿Cómo era posible ser tan inútil? Caminó durante unos minutos hasta adentrarse en los jardines. Paseaba por la orilla del pequeño lago deseando sin éxito que se le contagiara la serena atmósfera que allí se respiraba. El sonido del móvil interrumpió sus pensamientos. Era Barton quien estaba al otro lado de la línea. Aunque la mayoría de los bancos situados en los márgenes de la laguna estaban ocupados, Skyler localizó uno vacío en el que poder mantener en privado la conversación. Antes de responder, respiró profundamente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en un tono mucho más alto de lo prudente. La mirada de una anciana sentada en otro banco a unos metros de él le hizo consciente de la necesidad de bajar la voz para evitar ser escuchado.

—Estoy tan sorprendido como tú —dijo Barton al otro lado de la línea, tras exhalar un suspiro de impotencia—. Supongo que se ha debido a que en los últimos días las corrientes han sido más fuertes de lo habitual y el flujo del mar ha retrocedido hacia el río durante la marea alta.

—Eso no tiene sentido. Cosas así han pasado más veces y nunca ha ocurrido nada semejante…

—No tanto como en los últimos días. El Atlántico ha estado especialmente revuelto y al mezclarse con el río ha creado una zona de movimiento de corrientes que puede haber sido la causa de…

—No me vengas con cuentos —lo interrumpió Skyler—. ¡Ni que hubiera habido un tsunami! Si todo se hubiera hecho correctamente habría sido imposible que esto sucediera. Los bloques de cemento tendrían que haber asegurado el hundimiento como siempre.

—En principio así debería haber sido, pero la descomposición de los cuerpos produce gases que se acumulan y favorecen la flotabilidad si la marea es especialmente viva —aseguró el doctor con conocimiento de causa.

Skyler procesó en silencio la información suministrada mientras, nervioso, se rebullía en el banco.

—Lo que me parece más probable es que el idiota de Malcolm se haya confiado y los bloques de cemento no hayan sido lo bastante pesados —dijo, al fin, en un susurro—. O los haya atado de modo incorrecto.

—Puede ser… —admitió Barton.

—Esta gente cada día es más inútil. Los errores de unos y otros nos van a arruinar la vida. Malcolm últimamente no para de meter la pata, ¡mierda!, ¿en qué está pensando este burro? —De nuevo, la mirada de la anciana indicaba que estaba volviendo a levantar el tono—. ¡No nos podemos permitir fallos como este! —exclamó, ahora en voz baja. El silencio al otro lado de la línea corroboró el último comentario—. El caso es que estamos bien jodidos. ¿Y ahora qué hacemos? —preguntó un poco más sosegado.

—Ante todo, hay que mantener la calma —insistió Barton, intentando dar a su voz la serenidad de la que hablaba—. ¿De qué

sirve lamentarse? Lo importante es minimizar este impacto.

—Pues no sé cómo. Mucho me temo que semejante cagada ya no tiene remedio.

—Lo tiene, te lo aseguro —dijo el médico, suavemente, con el fin de tranquilizarlo—. Tenemos recursos para minimizarlo.

—¿Recursos para arreglar esto? —preguntó incrédulo—. Lo dudo mucho…

—Antes de llamarte he estado pensando y creo que puede solucionarse. Omar nos puede ser de utilidad.

—¿En Marruecos? —preguntó escéptico.

—Ahora está en Oporto. No vuelve a Marrakech hasta dentro de unos días.

—No veo de qué modo puede resultar útil Omar en este asunto…

—Lo que he planificado es imprescindible mantenerlo en secreto —subrayó Barton antes de aclarar la cuestión—. El resto de los miembros del grupo no tienen por qué saberlo. Es una precaución de cara a prevenir cualquier fisura en el operativo. Creo que lo que he pensado nos puede salvar el culo, pero es necesario que tú intervengas rápidamente.

Skyler se levantó del banco y comenzó a caminar escuchando, atento, la propuesta de Barton.

LA CASA

Capítulo 41

Tras más de siete horas metida en el coche alquilado a primera hora de la mañana, Mónica Rojo se pregunta cuál es en realidad el objetivo de una decisión que según transcurre el tiempo le parece más y más absurda. Se resiste a tirar la toalla, pero no puede evitar que las fuerzas le flaqueen. A estas alturas le cuesta la vida tomarse esta molestia por algo tan incierto. Como de incierta es la posibilidad de encontrar a su pareja. Aunque, siendo sincera con ella misma, ese objetivo ha pasado a un segundo plano. Quizá sea un mecanismo de defensa, pero cada vez que rememora detalles de la vida con él la tristeza la invade con tal intensidad que su cerebro bloquea sistemáticamente el recuerdo. Y cuando su teléfono le muestra fotos antiguas de viajes o celebraciones vividas en pareja, ya no siente nostalgia sino simplemente amargura.

El objetivo de volver al número 153 de la rua Rato do Carvalho era recuperar la paz. Al menos, hacer lo posible para lograrlo. O lo que es lo mismo, para conseguir que el puto enano instalado en sus tripas deje de incordiarla. Ese ser que forma parte de su propio organismo tanto como sus brazos o piernas permanece habitualmente dormido, pero sistemáticamente se despierta cuando algo no cuadra. Si eso sucede, la molesta a todas horas: mientras duerme causándole angustiosas pesadillas, y durante el día distrayéndola en los momentos más inoportunos. Era difícil vivir con ese pequeño fastidiándola constantemente. Lo que tiene allí dentro parece adquirir vida propia siempre que las respuestas se resisten provocándole una angustia estomacal de lo más

irritante. Y en los últimos días la intensidad de los ataques del minúsculo tocapelotas crecía y crecía. En vista de ello, Mónica se había jurado a sí misma que no iba a parar hasta averiguar qué era lo que relacionaba ese inmueble con Cito. La casa que ahora vigila ejerce sobre ella una atracción lo bastante poderosa como para resistirse a darse por vencida. Como esos lugares mágicos rodeados de leyenda a los que los peregrinos acuden por diversas razones. Aunque, en este caso, sea ella la única a quien parece llamar la atención un sitio tan insulso. Un edificio de barrio residencial que en nada se diferencia de tantos otros que salpican el paisaje de cualquier ciudad europea. Pero Mónica tiene ya la suficiente experiencia como para saber que lo más espantoso suele suceder en los lugares más insospechados y en apariencia más tranquilos o respetables.

Han transcurrido tres días desde que Bermejo y ella husmearon por los alrededores obedeciendo las instrucciones del misterioso mensaje recibido en su móvil, y un día desde que los hombres de Ferreira acudieran al mismo lugar con el pretexto de que alguien implicado en un delito podría haberse colado en la propiedad. A pesar de que las pesquisas llevadas a cabo, tanto por parte de Eugenio y ella como las efectuadas por la Policía portuguesa, habían sido infructuosas, Mónica se resistía a dar definitivamente por roto el hilo que los condujo a aquel inmueble. El hecho de que alguien anónimo enviase ese mensaje tenía un significado, de eso estaba segura, y no iba a parar hasta averiguarlo.

Pensó en compartir sus intenciones con Bermejo, pero lo descartó. Hacerlo implicaba poner de nuevo a su compañero en un comprometido aprieto. Bastante irregular había sido ya el comportamiento del agente español cuando decidió acompañarla para seguir las indicaciones del anónimo mensaje sin notificarlo a las autoridades portuguesas. En Oporto, Mónica no era más que una ciudadana española que carecía de responsabilidad oficial,

pero las acciones de Bermejo podrían penalizarlo gravemente por estar en representación de la Policía española. Era de lo más inconveniente comunicarle lo que se disponía a hacer ya que, en el mejor de los casos, lo iba a colocar en una posición conflictiva, incluso manteniéndose al margen. Su colega, además, le había insistido en varias ocasiones que dejara de obsesionarse con un lugar que lo único que tenía de particular era ser propiedad de un cirujano especializado en trasplantes, pero ello no lo hacía sospechoso de nada. Insistía en que dejara de dar importancia a un mensaje sin viso alguno de credibilidad. Por otra parte, era tan estúpido permanecer durante horas apalancada en esa esquina que temía que Eugenio pusiera en duda su salud mental.

Desde su llegada, su compañero había estado pegado a ella como una lapa, así que necesitaba un pretexto para escaquearse. Comentó la necesidad de pasar el día sola, haciendo una excursión a Braga y Viana do Castelo. Eugenio asintió en silencio comprendiendo su estado de ánimo sin poder reprimir ese gesto de compasión al que Mónica ya se había acostumbrado, y se despidieron. Él se dirigió a la oficina del inspector Ferreira para continuar con las pesquisas del caso y ella se quedó en el hotel gestionando desde la recepción el alquiler de un pequeño utilitario. Después, en lugar de dirigirse a los lugares mencionados, Mónica paró brevemente en un supermercado para comprar un par de sándwiches, una bolsa de gominolas y varias coca-colas frías. Dejó los víveres sobre el asiento del copiloto y condujo el coche hasta la rua Rato do Carvalho. Allí, ahora apostada a unos metros de la entrada de la casa, piensa seguir vigilando durante el tiempo que sea necesario.

Pasar tantas horas dentro del vehículo le está pasando factura. Siente los ojos secos y la inactividad la empieza a deprimir. Si al menos contase con alguna distracción, el tiempo se le pasaría más deprisa. Pero allí no ocurre nada. Mira el reloj por

enésima vez al tiempo que se mete en la boca una de las chucherías.

Comienza a ponerse el sol. Solo unos pocos transeúntes caminando por la acera, algunos vehículos circulando y un gato color canela recorriendo los exteriores del edificio como si fuera el dueño y señor de este, han animado mínimamente el cotarro. Observa al animal, que ahora se ha tumbado cerca de la puerta, cómo se limpia tranquila y meticulosamente el lomo con la lengua.

Si no fuera por lo cuidada que se ve la casa se diría que podría estar abandonada. Aunque, por otra parte, tampoco le resulta extraño que permanezca cerrada ya que el dueño de la propiedad, el doctor Benjamín Extremera, reside en Coruña y a Oporto supuestamente solo vendría de vez en cuando a pasar unos días de relax.

Abre uno de los botes de Coca-Cola y da un buen trago. Aunque el refresco ya no está frío, confía en que la cafeína la ayude a salir de la abulia en la que se encuentra. De pronto, un coche se para frente a la casa. Es el mismo BMW blanco que vieron Eugenio y ella cuando estuvieron allí. Con el corazón acelerado, deposita la lata en uno de los portabebidas y se resbala en el asiento para dar la sensación de que el utilitario está aparcado sin nadie dentro. Lo ha dejado lo suficientemente alejado como para pasar desapercibido, pero estratégicamente situado para poder divisar con claridad lo que sucede en la entrada del inmueble.

Enseguida, el conductor de la berlina desciende. Lo reconoce por la fotografía que vio el día anterior en el despacho de Ferreira. Se trata del dueño de la casa, el doctor Benjamín Extremera. Este ahora va hacia la puerta de entrada del edificio con las llaves en la mano. Inmediatamente después, baja del vehículo el hombre que lo acompaña. Nada más salir, se seca la frente con un pañuelo y da unos pasos hacia la entrada para

reunirse con su acompañante. Dice algo a Extremera, que Mónica no oye a pesar de haber bajado un par de dedos la ventanilla. Da la sensación de que están discutiendo o hablando de un tema importante. Está a punto de bajar también la ventanilla del copiloto a fin de escuchar la conversación, pero lo descarta para no hacer un movimiento que pueda delatar su presencia. Se fija detenidamente en este segundo tipo. Va vestido informalmente con un pantalón vaquero, camisa y cazadora de cuero y porta el típico maletín de ordenador. A pesar de que la vestimenta en principio la ha despistado, comprueba con estupefacción que se trata de alguien conocido. Alguien que estaba en el despacho del inspector Ferreira junto a Bermejo y ella hace dos días. El jefe de la Unidad de Ciberdelincuencia, Clemente Andrade, entra ahora junto a Benjamín Extremera al interior del inmueble.

Capítulo 42

A Mónica Rojo le cuesta reaccionar. Trata de ordenar sus pensamientos, pero el impacto la ha dejado estupefacta. La sorpresa ha sido tal que en un primer momento no relaciona a las dos personas que acaban de entrar en la casa, pero tras unos instantes llega a la conclusión de que lo que allí se cuece huele aún peor de lo que imaginaba. Durante la reunión mantenida en el despacho de Ferreira, el inspector Andrade en ningún momento dijo conocer al cirujano, por tanto, verlo llegar en el mismo vehículo a la propiedad de este último resulta mucho más que sospechoso.

Paralizada, su cabeza procesa con rapidez diferentes alternativas, pero en todas ellas se ve con las manos atadas. Su primer impulso es ponerse en contacto con Ferreira y comunicarle lo que acaba de ver, pero lo descarta. Si como parece un inspector de la Policía portuguesa está implicado en el turbio negocio de tráfico de órganos, puede que haya más profesionales involucrados y uno de ellos podría ser Ferreira. Hasta el momento, nunca había dudado de su integridad, pero de pronto la invaden serias dudas. Se pregunta por qué el inspector portugués no consideró conveniente efectuar en el domicilio un registro en toda regla. Cierto es que no había una razón verdaderamente fundamentada para hacerlo, ya que lo único que ponía el edificio bajo sospecha era un simple mensaje anónimo. Sin embargo, dada la alarma social provocada por los cadáveres mutilados, de haber estado en su lugar, ella lo habría solicitado al juez. Este podría haber firmado la orden o no, pero Ferreira ni siquiera lo intentó.

Se limitó a enviar a sus hombres con un pretexto absurdo para cubrir el expediente. Estos lo único que podían hacer sin mandato judicial era echar un vistazo por encima al interior de la vivienda. Así que, tal y como era previsible, se fueron del inmueble sin obtener prueba alguna de que algo grave podría estar ocurriendo en aquella casa.

Con la vista fija en la puerta que acaban de traspasar Benjamín Extremera y Clemente Andrade, Mónica va casando en su cabeza las piezas del puzle. Ahora empieza a comprender la razón por la que la organización criminal ha estado obrando con impunidad desde quién sabe cuándo. Contar con policías de alto nivel infiltrados garantizaba la necesaria protección para obrar libremente.

Toma su móvil para llamar a su jefe, Pablo Antúnez, y contarle lo sucedido, pero después de pensarlo mejor lo descarta, al menos de momento. Se trata de una información lo suficientemente delicada como para que él pueda hacer algo desde Madrid saltándose al Cuerpo de Polícia de Segurança Pública. Decide entonces ponerse previamente en contacto con su compañero Eugenio Bermejo. Tal vez entre los dos consigan encontrar la forma más adecuada de proceder o, al menos, de compartir esa responsabilidad. Va a llamarlo, pero recuerda que probablemente se encuentre con Ferreira y su equipo con el fin de continuar la investigación. Decide entonces enviarle un mensaje de texto.

> Eugenio, al final me he quedado en Oporto. Tengo algo importante que contarte. Por favor, llámame cuando estés solo. Es urgente.

Pulsa la tecla de envío y deja el aparato dentro del otro de los portavasos, junto a la lata de Coca-Cola. Justo después, un ruido la obliga a mirar hacia su derecha. Un hombre, a quien no ve la cara intenta abrir la puerta del copiloto, cerrada desde dentro. Al

no poder acceder, rompe el cristal y levanta el seguro de la puerta. Mónica acciona la llave de contacto, pero antes de que pueda poner el coche en marcha el atacante ha conseguido entrar y se lo impide. Forcejean. Ella pone en práctica sus conocimientos de defensa personal y le propina con el codo un golpe en la garganta que lo inmoviliza durante unos instantes. Intenta salir del vehículo, pero el tipo se ha recuperado del impacto y la agarra con fuerza sin que ella logre su objetivo. Quiere gritar, pero él le tapa la boca. Desesperada, recorre con su mirada la calle pero no ve a nadie a quien pedir auxilio. Solo el gato color canela parece observarla atentamente con el lomo arqueado, como si comprendiese lo que está ocurriendo. La presión que ejerce el hombre sobre su cuello hace que se esté quedando sin aire. Patalea e intenta arañar el rostro de su asaltante, pero la envergadura de este es muy superior a la de ella. Él se defiende aplastándole la cabeza contra el volante, lo que hace que las gafas de ella salgan disparadas. El móvil empieza a sonar. Aunque el tipo la tiene inmovilizada, Mónica alcanza a mirar el teléfono. A pesar de no llevar las gafas puestas puede leer el nombre de Bermejo en la pantalla. Con gran esfuerzo, extiende el brazo derecho y logra establecer conexión. Lejana, escucha la voz de su compañero: «¿Mónica?». «¡Auxilio!», grita ella, desesperada, antes de que su agresor agarre el terminal y lo tire fuera del vehículo estrellándolo contra la acera. Mónica aprovecha la distracción y saca fuerzas de flaqueza para atizarle uno de los golpes que aprendió en la academia. El impacto del lateral del puño contra la mandíbula logra el efecto deseado y durante unos segundos lo deja atontado. Consigue salir del vehículo y corre a la máxima velocidad que le permiten sus piernas, pero es alcanzada por el tipo, que la derriba. Siente un terrible impacto en la cabeza al golpearse contra una piedra. Mira a su alrededor en busca de ayuda, pero la calle está desierta. Sin embargo, a lo lejos, le

parece distinguir las siluetas de un hombre y de una mujer. Es lo último que Mónica Rojo ve antes de perder el conocimiento.

CITO

Capítulo 43

Aunque el destino es el elemento determinante en la vida de cualquiera, la mayoría de la gente, incluida mi mujer, le resta importancia empeñándose en exprimirse las neuronas a fin de tomar conscientemente la que cree será la mejor de las decisiones. Como si de ello dependiera su dicha o su desgracia. Y si es verdad que inclinarnos por una de las múltiples opciones que cada día se nos ponen en bandeja implica abandonar el resto, no deberíamos preocuparnos tanto por ello. Es más, no deberíamos preocuparnos en absoluto porque es la intervención de agentes externos lo que hace que los hechos discurran de una manera concreta sin que nuestra voluntad, al contrario de lo que creemos, sea el factor determinante. Una unión de elementos conjurándose para llevarnos en una dirección o en otra. Estar en el sitio adecuado y en el momento preciso o justo lo contrario. Tomar una decisión que consideramos irrelevante es posible que marque un antes y un después en nuestra trayectoria. Al revés, dar un paso que hemos meditado en profundidad seguramente afecte poco o nada a la senda que vamos irremediablemente a seguir. Querer no es poder, por mucho que nos hayan inculcado esta gran mentira. Podemos especular todo lo que se nos antoje, pero no le demos más vueltas: una fuerza externa que sobrevuela nuestras cabezas desde que nacemos es la que nos hace felices o desgraciados. Igual que el viento agita una cortina. Del mismo modo que salir de casa un día cinco minutos antes o después puede provocar una tragedia o un encuentro providencial. Por no hablar del hecho de que nacer en una u otra parte del mundo nos lleva a la miseria o

a ser criados en la opulencia. Nunca fui un tío especialmente reflexivo ni solía hacerme pajas mentales con este tipo de temas. Así que yo tampoco me había planteado estas cuestiones. Hasta entonces.

Aquel suceso solo lo habríamos recordado al mirar el álbum de fotos que Mónica solía hacer de cada uno de nuestros viajes. Imagino riéndonos de lo que sucedió a modo de divertida anécdota. Después, nos hubiéramos puesto a cenar pasando a cualquier otro tema con la mayor naturalidad. Pero si lo que voy a relatar a continuación hubiera sido una experiencia más, no estaría contando esta historia. Al menos no desde la particular atalaya en la que ahora me encuentro, desde donde es posible narrar lo ocurrido con un punto de vista distanciado y preciso. De principio a fin. Incluso más allá del final. Porque no, no fue un episodio aislado y tampoco se trató de uno de esos chascarrillos que sirven para amenizar una velada de amigos durante una cena entre plato y plato, sino algo que marcó un antes y un después en nuestras vidas. Especialmente en la mía.

A diferencia de la mayoría de mis amigos, yo nunca mostré gran interés por las bebidas alcohólicas, ni siquiera cuando era un chaval de diecisiete o dieciocho años, esa etapa en la que probar todo tipo de sustancias se presenta como lo bastante excitante como para que te lances de cabeza a experimentar nuevas sensaciones sin que te importe un pito las posibles consecuencias. No era aficionado a los vinos, ni siquiera a los buenos. Era incapaz de diferenciar un Vega Sicilia de cualquier tintorro de supermercado. Mis colegas, tan de barrio como yo por muy titulados con carreras universitarias que estuviéramos todos, tampoco tenían el paladar necesario para semejantes sutilezas, pero la diferencia era que a mí no me importaba reconocerlo. Por lo que a mí respecta, todos tenían el mismo sabor, ácido en el mejor de los casos, y áspero y amargo en el peor. Tampoco mejoraban si eran dulces, ya que atontaban mis neuronas más

aún si cabe. De hecho, me bastaban unos pocos sorbos de cualquier vino por caro que fuera para que sus efluvios ralentizaran mis reflejos. En lugar de la sensación euforizante que solía percibir la mayoría de la gente, a mí me invadía una somnolencia de lo más inoportuna. Y aunque a mi mujer, consumidora exclusiva de Coca-Cola, tampoco le atrajera precisamente la enología, insistió en inaugurar nuestro viaje de luna de miel visitando las bodegas más antiguas y emblemáticas de Vila Nova de Gaia. Más que por lo que allí se elaboraba, las Bodegas Sandeman le parecían a Mónica lo bastante sugerentes como para que mereciera la pena conocerlas. Su historia, que se remontaba a principios del siglo XIX, le suscitaba un notable interés. Especialmente el halo de misterio con el que se publicitaba la marca a través del *Don*, el curioso personaje sin rostro vestido con capa y sombrero negros. Ella siempre fue muy peliculera y este tipo de cosas la entusiasmaban. Le divertía tanto especular que a veces me reía de ella diciéndole que se había equivocado de oficio, aunque, sinceramente, dudo que hubiera sido igual de buena como novelista que como inspectora de Policía.

Si yo hubiera podido elegir, habríamos pasado la primera mañana de nuestra estancia de forma tranquila. Dar un paseo por los alrededores del hotel y luego comer sin prisa unas almejas al *bulhão pato* y un *bacalhau à brás* en alguno de los restaurantes situados en el margen del Duero me habría parecido de puta madre. Ya habríamos tenido tiempo para conocer lo que fuera de interés. Al fin y al cabo, Oporto era una ciudad pequeña, así como sus alrededores, e íbamos a quedarnos allí lo suficiente como para visitar todo lo importante. Además, yo no estaba para muchos trotes. Apenas había dormido: el imprescindible madrugón para llegar a tiempo al aeropuerto y la excitación del viaje provocaron que pasara la mayor parte de la noche sin pegar ojo. Por si fuera poco, notaba la cabeza pesada y un cierto

malestar hacía que no me sintiera «muy católico», como hubiera dicho la abuela Pilarín, que, al ser mi mujer huérfana de padres, se había convertido en lo más parecido a una suegra. Pero como Mónica era la que llevaba la voz cantante en nuestra relación, para qué voy a negarlo, lo que ella dijera «iba a misa», remedando de nuevo a la yaya de mi mujer. Por tanto, no hice el más mínimo intento de persuadirla para cambiar de planes. Nos detuvimos lo imprescindible en la habitación del cuco hotel Liberdade y enseguida nos pusimos en marcha. Cruzamos el Duero a pie por el puente Don Luis I comentando las espectaculares vistas y llegamos a Vila Nova de Gaia. Dimos una pequeña vuelta por la pequeña ciudad situada frente a Oporto y entramos en las bodegas. Así que allí estábamos los dos, entre un grupo de turistas españoles, en un inmenso y oscuro sótano, rodeados de barriles y respirando el peculiar olor a roble mezclado con aromas de uva fermentada, especias y cuero.

El maestro de ceremonias, que se presentó como Tiago, iba vestido como el emblema de la marca, el famoso *Don*, pero carecía del encanto seductor que prometía tan carismático personaje, pues la capa y el sombrero le sentaban como «a un santo dos pistolas», hablando una vez más por boca de Pilarín. Lo cierto es que me estaba cansando de escucharle contar la historia, excelencias y curiosidades de la bodega, no porque el hombre lo hiciera mal, sino porque yo no estaba en las mejores condiciones de seguir con atención su discurso. Tal vez en otras circunstancias me hubiera mostrado tan interesado como mi pareja, pero en aquel momento necesitaba moverme, porque si no lo hacía me iba a quedar frito de pie. No obstante, habría hecho esfuerzos por aguantar si no hubiera sido por el recital de estornudos que ofrecí de repente al auditorio, interrumpiendo la actuación de Tiago y atrayendo sobre mí todas las miradas. En algunas de ellas pude apreciar ese reparo característico, mezcla de asco y rechazo, tan reconocible desde que la pandemia nos

golpeó de lleno unos años antes. Tal que apestado, opté por no seguir entorpeciendo la ceremonia y me lancé a curiosear la bodega por libre durante un rato. No dije nada a Mónica porque me hubiera quitado la idea de zascandilear por mi cuenta, así que hice mutis por el foro discretamente.

Durante algún tiempo confié en que todo terminaría de forma tan tonta como empezó. Siempre fui un tío optimista. Aunque las cosas pintaron chungas desde el principio me resistía a admitir que aquello desembocaría en la peor de las pesadillas. Una estúpida ocurrencia fue adquiriendo un absurdo e insoportable peso hasta desembocar en aquel desenlace. Como una pequeña bola de nieve que rueda desde lo alto de una ladera y llega hasta la base convertida en una gigantesca pelota. Arrasando con todo lo que se pone delante. Ese arrebato se convirtió en el símbolo de todos mis errores a pesar de que, por supuesto, los cometí mucho mayores, al menos objetivamente. Claro que, pensándolo bien, ¿quién dictamina qué es lo importante y qué lo intrascendente? El único consuelo es que el destino es el que es, y yo estaba condenado a cumplirlo. Como lo estamos todos por mucho que nos creamos libres de elegir.

Bueno, no me quiero desviar del tema… El caso es que, sin darme cuenta, fui recorriendo uno a uno los pasillos observando las barricas. Me detenía de vez en cuando para leer las inscripciones talladas en algunas de ellas sin entender demasiado lo que ponía pero fascinado por la solera que irradiaba todo aquello. Me preguntaba la cantidad de años que esos vinos llevarían allí dentro sin que les hubiera afectado lo que ocurría en el exterior. Ellos seguían envejeciendo ajenos a revoluciones tecnológicas, cambios de gobierno o a cualquier otra contingencia. Era como si por arte de magia el enigmático *Don* hubiera congelado el tiempo en lo que eran sus dominios. Como si ese particular reducto se hubiera detenido en aquel lejano 1811 cuando el comerciante escocés que dio nombre a la bodega decidió

emprender allí su aventura empresarial. Yo exploraba las tripas de aquel lugar fascinado por el silencio y el peculiar ambiente que la tenue luz proporcionaba al entorno. Me encontraba a gusto disfrutando de la esencia de la bodega sin la fastidiosa interferencia del resto de turistas.

Tras el pequeño garbeo, me dispuse a volver antes de que el guía hubiera acabado su exposición. Decidido, comencé a desandar lo recorrido. Tenía la percepción de que sería sencillo regresar a la zona donde se estaba realizando el tour, pero enseguida me di cuenta de que me había metido en un laberinto del que no sabía salir. Todos los pasillos me parecían iguales y las barricas idénticas. Agudicé el oído esperando escuchar la vibrante voz de Tiago para orientarme, pero sin éxito alguno. Me desesperaba pensar que, forzosamente, tenía que estar a tan solo unos metros del grupo y me cabreaba conmigo mismo por ser incapaz de volver junto a él. También por no haber previsto lo fácil que era perderse en semejante espacio. Daba unos pasos intentando encontrar algo que me sirviera de pista para encarrilarme, giraba por una de las galerías para dar con otra que no se diferenciaba lo más mínimo de la anterior, volvía de nuevo al que creía el mismo sitio para probar por otro camino, pero me liaba cada vez más. Intentaba orientarme pero era incapaz de encontrar el punto de partida, incluso sospechaba estar alejándome de él. Entonces decidí telefonear a Mónica. No lo hice antes porque me avergonzaba ser tan *tolili* y pringado, pero ya no tenía otra alternativa. Abrí la riñonera y saqué el teléfono. Mi decepción fue grande cuando vi que la ausencia de cobertura me imposibilitaba ponerme en contacto con ella. Hice varios intentos, pero no había forma. Me iba desplazando a diferentes zonas elevando el terminal por encima de la cabeza, con la esperanza de encontrar algún punto que tuviera cobertura. Nada. Aquel búnker estaba tan aislado del mundo que resultaba inviable el contacto a través del teléfono. Procuraba mantener la calma, pero

según pasaba el tiempo me desesperaba más y más. Era increíble cómo podía llegar a ser tan angustiosa la ridícula situación en la que estaba.

Poco a poco, me iba adentrando en las tripas de la bodega con la esperanza de encontrar un operario u otro grupo turístico con el fin de que alguien me indicara el camino correcto. Sin embargo, las telarañas y el polvo atestiguaban que, con toda probabilidad, nadie había pisado en años la sección del subterráneo en la que, sin saber cómo, había ido a parar. Deduje en un primer momento que allí estarían los vinos más añejos esperando sin prisa la hora de ser embotellados, pero comprobé con desesperación que se trataba de un sector de la bodega abandonado desde quién sabe cuándo.

A medida que avanzaba, las barricas parecían más viejas y deterioradas. Incluso algunas de ellas estaban rotas y vacías. Llegó un punto en el que ya no había más barriles y la tenue iluminación desapareció por completo, así que decidí no continuar caminando para mantenerme en una zona en la que pudiera ver algo. Estaba cabreadísimo conmigo mismo y experimentaba un sentimiento de lo más ridículo: «¡Joder, joder, joder, soy absolutamente gilipollas!», exclamaba desesperado. Cualquiera que me hubiera oído me habría tomado por uno de esos desequilibrados que caminan por la calle hablando solos como si estuvieran furiosos con el mundo.

De pronto, me pareció escuchar unas voces en la lejanía. Se me ocurrió que tal vez habría dado un rodeo y me encontraba más cerca de lo que pensaba de mi grupo o quizá de otra visita turística. Daba igual lo que fuera, el caso es que alguien me sacara de aquella maraña. Desplegué todas mis antenas para distinguir de dónde provenía el murmullo. Cuando me pareció tenerlo claro, fui hacia esa dirección, aunque el camino estuviera totalmente a oscuras. Saqué de nuevo el móvil y conecté la linterna. La pantalla seguía indicando la ausencia de cobertura y,

lo que era peor, la batería bajo mínimos. No me preocupó demasiado, pues confiaba en contactar enseguida con gente que me liberaría de la estúpida pesadilla en la que se había convertido aquel inocente paseo antes de consumir la carga por completo.

A falta de pistas visuales, únicamente me guiaba aquel cuchicheo. «¡Hola!», grité una vez. Luego otra, en esta ocasión levantando más la voz, pero nadie me oía. Solo el eco devolvía mi llamada de atención. Avanzaba con cautela para no tropezarme en el suelo de hormigón que el tiempo había desgastado formando algunos baches. Poco a poco, lo que parecía un diálogo entre varias personas fue adquiriendo más presencia, así que me tranquilicé pensando en que iba en la dirección correcta. Divisé claridad al fondo. Podía distinguir un espacio pobremente iluminado. Supuse que allí habría operarios encargados del mantenimiento de esa parte de la bodega. Respiré al fin. Aceleré el paso para llegar cuanto antes. Me había extraviado hacía más de media hora e imaginaba la preocupación de mi pareja al haber desaparecido sin dejar rastro. Por si fuera poco, empezaba a notar un estado febril que me provocaba escalofríos.

Apenas faltaban unos metros para acceder a lo que sería la vuelta a la normalidad cuando algo me paró en seco. Un gemido medio animal medio humano, al menos así me pareció entonces, llegó hasta a mí. «¡Quiero salir de aquí!», escuché a continuación con nitidez. Se trataba de una angustiada voz masculina. A continuación, alguien se dirigía a él con dureza. Le decía, también en español, que en un rato estaría fuera, pero que se iba a arrepentir si seguía gritando de ese modo. El descoloque fue tal que me quedé paralizado. Me bloqueé. Mi intención de pedir ayuda a esa gente se desmoronó. Hacerlo podría implicar meterme en la boca del lobo tras ser testigo de cómo se las gastaban. Ignoraba qué podría estar ocurriendo allí dentro, pero era evidente que nada bueno. Iluminé con la linterna mi

alrededor con el fin de encontrar un recoveco donde esconderme, pero aquello estaba tan desierto, helado y oscuro como una mina de carbón en la Antártida.

No sé si a causa del miedo o del frío empecé a tiritar como un condenado. Era un malestar en el que accesos de calor se alternaban con tiritonas provocando una sensación de lo más desagradable. Estaba paralizado. Reculé unos pasos con el fin de que no se percatasen de mi presencia. Barajé diferentes opciones, y al final decidí alejarme de allí, aunque ello significara volver a perderme en el gigantesco laberinto. A ello me disponía cuando me fue imposible aguantar un acceso de tos que, aunque intenté minimizarlo tapándome la boca, no pudo ser más escandaloso al ser amplificado por el eco. A continuación, se produjo un elocuente silencio que me asustó todavía más de lo que estaba. Desconecté la luz del teléfono y escuché el inconfundible ruido de una llave abriendo una cerradura. Me percaté de que el espacio iluminado era una especie de celda al ver la reja de metal, que ahora divisaba con nitidez. Seguidamente vi cómo se abría la cancela. Dos siluetas salieron. Rastreaban el espacio con linternas. Yo no sabía qué hacer, tampoco tenía demasiadas opciones, así que me quedé quieto como un pasmarote, como si la inmovilidad me convirtiera en el hombre invisible. De repente, uno de esos dos tipos me iluminó la cara con la potente luz que salía de su linterna. Mis ojos, habituados durante ese tiempo a la oscuridad más absoluta, se deslumbraron hasta el punto de creer durante unos instantes que me había quedado ciego. Me pareció escuchar una exclamación de sorpresa. Murmuraron algo entre dientes, no recuerdo si en portugués o en español, y, sin darme tiempo a reaccionar, me apresaron. A ciegas, pedí auxilio e intenté resistirme, pero fue inútil. Ellos me increpaban instándome a que cerrara la boca. Antes de taparme la cabeza con un saco, mis ojos ya habían recuperado la suficiente visión como para ser capaz de distinguir que uno de ellos llevaba uniforme de

policía. Fue lo último que vi antes de ser arrastrado hacia el lugar de donde los vi salir.

Empecé a marearme. Recuerdo el chirrido de la puerta metálica al rozar contra el suelo polvoriento y cómo me agachaban la cabeza, aun así, me di un pequeño golpe contra el techo. Diferentes voces se dirigían a mí desde varios puntos. Todo me daba vueltas. Me llegaban estímulos auditivos, pero estaba tan atontado que no llegaba a comprender lo que decían. Lo único que detectaba claramente era el olor a moho que había en ese espacio. En aquel momento supe que estaba en el infierno.

Capítulo 44

Nada más entrar en aquella mazmorra me pareció escuchar la exclamación de sorpresa de una mujer y, a continuación, una voz masculina.

—¿Quién es este? —oí que alguien preguntaba en español.

—Lo hemos encontrado merodeando en el túnel a unos metros de aquí —respondió uno de los que me sujetaban.

—¿Merodeando? —repitió sorprendido el que parecía el jefe de todo aquello—, ¿cómo ha podido suceder algo así? —preguntó con una mezcla de incredulidad y de cabreo. Después, ordenó a la mujer, a quien llamaban Gorki, que fuera a ver si había más extraños. Al menos eso me pareció entender ya que se lo dijo en portugués.

Se mantuvieron expectantes durante unos minutos hasta que ella volvió a entrar para decir que no había nadie más. De pronto, alguien me zarandeó hablándome en portugués. «No entiendo», respondí, aturdido y tan desubicado como si acabara de aterrizar en ese lugar procedente de otro planeta. Entonces comenzó a interrogarme en español. Me preguntó qué hacía allí dentro. Dije que me había perdido. Cuando me disponía a narrar mi peripecia me sobrevino otro ataque de tos como el que delató mi presencia. Era una tos ronca y seca, como si me hubiera atragantado. Si no fuera porque aborrecía el tabaco, cualquiera hubiera dicho que era un fumador compulsivo. Entre los espasmos y la dificultad de respirar con el saco en la cabeza creía que me ahogaba.

—¿Le retiro el capuchón? —preguntó uno de ellos.

—No, de momento es mejor que siga sin ver nada —respondió el jefe del cotarro, a quien llamaban Skyler.

—Este tío está enfermo —aseguró otro de los que allí se encontraban.

Escuché el inconfundible sonido de una cremallera al abrirse. Después, alguien me subió la camiseta y comenzó a auscultarme el pecho, supuse que el mismo que había dicho que estaba enfermo. Mientras lo hacía, pude comenzar a respirar de nuevo con cierta normalidad hasta que una tanda de estornudos provocó que mi nariz se convirtiera en un grifo. Moqueaba sin parar y, al no poder sonarme, el agüilla me resbalaba hasta la boca. Recuerdo que me picaba la nariz y el paladar, lo que me causaba, junto al malestar general, una horrible incomodidad.

Me preguntaba qué haría un médico en semejante lugar, ya que nadie que no sea un profesional sanitario lleva un estetoscopio encima. Yo apenas podía moverme, tan solo me tambaleaba ligeramente y me sorbía los mocos, ya que no tenía ni un mísero pañuelo para sonarme. Mi debilidad y estado de nervios eran tales que me hubiera derrumbado si los que me apresaron no me estuvieran sujetando cada uno por un brazo. De fondo, escuchaba los quejidos y súplicas del tipo que, como yo, estaba prisionero.

—Tiene una bronquitis de caballo, y está ardiendo —notificó el supuesto doctor tras realizarme el examen—. Quedamos en que este sitio era totalmente inexpugnable —comentó en tono recriminatorio.

—No me explico cómo ha podido llegar hasta aquí —intervino el policía en español, pero con el inconfundible acento portugués —. Es totalmente imposible…

—¿Imposible? No me jodas, Dante —le cortó el jefe, considerablemente malhumorado—. Tu misión es precisamente prevenir que ocurran cosas como esta.

—¿Qué hacemos? —preguntó el tal Dante tras un silencio.

—¿Tú qué crees? Solo hay una opción dadas las circunstancias —sentenció el cabecilla.

La situación que estaba viviendo era tan fuera de lo común que me resultaba difícil asimilar que fuera real. No entendía qué hacían esas personas allí ni, por supuesto, cómo había ido yo a parar a un sitio tan extraño. Suponía que no debía quedarme con las caras de aquella gente, de ahí la razón de haberme cubierto la cabeza. Estaba totalmente desorientado, así que si el fin de la capucha era también impedir ubicarme, resultaba innecesario. La sensación era la de estar viviendo un viaje astral, tal era mi estado. Había perdido la noción del tiempo y del espacio. Como si debido a una maniobra de brujería me hubieran trasladado a Dios sabe dónde.

Después de un rato, conseguí centrarme y ser plenamente consciente de estar retenido. Aquella gente no tenía la más mínima intención de soltarme. Me pareció entender que se proponían llevarme, junto al pobre tío que parecía estar en mi misma situación, a lo que llamaban «la Casa».

A pesar de que en ningún momento me quitaron el saco con el que se me impedía ver lo que sucedía, pude detectar la presencia de cuatro hombres, sin contar los dos que estábamos contra nuestra voluntad, y la mujer del principio. Poca información me fue posible sacar de ellos salvo el que deduje sería médico, además de por el examen al que me sometió por su comportamiento de sabelotodo y actitud altiva, y el policía llamado Dante, que fue uno de los que me apresaron. Todos hablaban español, aunque solo el otro prisionero, el doctor y un tal Malcolm parecían compatriotas míos. Skyler, quien siempre me dio la sensación de ser el cabecilla, Dante y Gorki, la mujer, tenían un marcado acento portugués. Me preguntaba qué habría reunido allí a esas personas aparentemente tan dispares.

Antes de conducirme hasta «la Casa», me esposaron. Ignoro el recorrido que hicimos una vez salimos de la mazmorra. Solo sé

que fue siempre bajo tierra, pues me presionaban hacia abajo la cabeza para no volver a golpearme. En ningún momento percibí sonidos, aire fresco, ni nada que indicara una salida al exterior. Creo que eran Malcolm y el policía los que me seguían agarrando cada uno de un brazo guiándome por un interminable pasadizo. Yo me limitaba a caminar como lo haría un jorobado sin poder ver una mierda y sintiéndome realmente enfermo. No sé el recorrido que hicimos ni cuánto tardamos, pero me pareció eterno.

Ya en «la Casa» me despojaron de la riñonera. Ahí dentro tenía el móvil, el pasaporte, el resto de mi documentación, las tarjetas de crédito y algo de dinero. En ese mismo instante me arrepentí de no haber dejado en el hotel todo ello y haberme llevado solamente algo de efectivo y, como mucho, el carnet de identidad. Aunque en aquel momento me importaba bastante poco el dinero, sí me preocupaba que esos tipos tuvieran en su poder mis documentos. Fui plenamente consciente de que podía ocurrirme cualquier cosa y desaparecer sin dejar rastro. Como esa gente de la que hablan en programas sensacionalistas que se esfuma y jamás se la vuelve a ver por haber sido, supuestamente, abducida por extraterrestres. No paraba de pensar en Mónica y en lo que se le estaría pasando por la cabeza.

Al fin me despojaron de la costrosa capucha y pude respirar con cierta normalidad. No me atrevía a mirar de frente a ninguno de ellos. Estaba tan asustado que pensé que sería mejor ignorar sus rasgos para protegerme. No levantaba la vista del suelo. Debía de tener el mismo aspecto aterrorizado del de un judío apresado por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial antes de llevarlo al campo de exterminio. Me dio por fijarme en las vetas de los tablones, cuestionando si serían de madera o de tarima vinílica. Aunque parezca mentira, me puse a pensar en esa tontería. Como cuando Mónica y yo recorríamos las tiendas especializadas seleccionando el suelo que íbamos a poner en casa.

Supongo que fue una forma de distraerme para evitar darme cuenta de lo que podría esperarme allí dentro.

Mi estado de salud era tan preocupante que me hicieron un test de antígenos. Ya habían detectado en el momento de apresarme que estaba hecho polvo, cosa que corroboró el resultado de la prueba. Gripe A. Cuando lo supe, me dio por pensar que seguramente habría contagiado a Mónica, como si fuera el mayor de los problemas tanto de ella como mío en esas circunstancias. Al otro tío también le hicieron el test, pero él estaba sano.

Les importó una mierda comprobar que estaba bien jodido. Sin miramientos, volvieron a cubrirme la cabeza con el mismo saco asqueroso. Ese hedor de mugre, sudor y tabaco rancio se me quedó grabado de modo indeleble. Al otro chaval lo dejaron allí. No volví a saber de él. Yo, por mi parte, regresé a las tinieblas. Me trasladaron a una especie de sótano, porque hubo que bajar bastantes escaleras. Aunque me ayudaron a hacerlo Dante y el tal Malcolm, levantándome casi en volandas, descender se convirtió en un auténtico calvario. Las bridas con las que me habían atado las manos se me clavaban en las muñecas y la imposibilidad de ver me causaba un vértigo atroz cada vez que descendíamos uno de los peldaños. Ignoraba si me habían llevado allí para despeñarme con el fin de partirme el cuello y luego deshacerse de mi cadáver o qué coño pretendían hacer conmigo. Entre el aturdimiento y el miedo, no volví a mi ser hasta que me dejaron en suelo firme. Después de bajar aquel tramo interminable de escaleras, tuvimos que caminar algunos metros más, pero ya en plano, cosa que me alivió bastante. Recuerdo la peste a desinfectante que había en un tramo del camino. No es que fuera un olor agradable, pero al ser tan intenso compensaba el hedor del interior de la capucha. Por fin llegamos a un cuarto en el que me soltaron. Yo no me atrevía a hablar ni a mover un dedo pensando que si lo hacía empeoraría aún más el panorama,

así que me quedé tieso como un pasmarote. Cortaron las bridas que me inmovilizaban las manos y mis carceleros volvieron sobre sus pasos. Deduje que me había quedado solo cuando escuché el sonido de una puerta al cerrarse y dos vueltas de llave a continuación.

A pesar de ser consciente de estar privado de libertad, una rara sensación de paz me invadió. Escuché sonidos extraños, pero de naturaleza distinta al follón anterior, que me hicieron sospechar que podría estar acompañado. Me atreví entonces a despojarme de la capucha. Descubrí que allí había otro tío que se encontraba en mi misma situación. Era muy menudo y más joven que yo, casi un niño. Sus rasgos eran inconfundiblemente árabes. Tenía mala cara y se le notaba débil.

El lugar no parecía tan insalubre como la mazmorra. Es más, si no hubiera sido por estar situado en un sótano sin ningún tipo de comunicación con el exterior, me habría parecido un apartamento como cualquier otro. Un apartamento algo desordenado y no demasiado limpio, es verdad, pero como podría haber estado el mío cuando vivía solo. Sobre la mesa, un plato de plástico con restos de comida y un vaso sucio que parecía haber contenido leche. Todo ello daba al cuarto ese peculiar aire de piso de soltero. Es cierto que carecía de ventanas y solo una luz blanca proveniente de una bombilla iluminaba la estancia, lo que le daba un aspecto bastante deprimente, pero Mónica y yo habíamos visitado sitios peores cuando buscábamos casa. Había dos filas de literas y una mesilla en medio de ambas. Algo apartadas, una mesa cuadrada de madera, y cuatro sillas. Al fondo, una especie de cocina con un frigorífico y un pequeño armario. A través de una puerta entornada divisé un mínimo cuarto de baño. Mi compañero estaba sentado en una de las camas con las piernas subidas y hecho un ovillo. Me miraba fijamente, pero sin energía.

Por más esfuerzos que hacía para encontrar la razón de verme en semejante situación, me resultaba imposible hallar la

respuesta. Muchas preguntas se amontonaban en mi cabeza. ¿Dónde había ido a parar? ¿Qué error habría cometido? ¿Por qué estaba allí con aquel chico? Supuse que me apresaron por haber presenciado el maltrato al que sometían al tío de la mazmorra. Se me pasó por la cabeza que pudiera ser hijo de un pez gordo al que estaban chantajeando y yo, al descubrir el pastel, me había convertido en un testigo peligroso. Estuve convencido de eso hasta que, posteriormente, cuando pude ver las cosas desde la perspectiva en la que actualmente me encuentro, descubrí una verdad mucho más siniestra.

Me preguntaba qué irían a hacer conmigo, porque no parecía que me esperara una fiesta sorpresa precisamente. Intentaba mantener la calma, pero me costaba pensar con claridad. Entonces me quedé mirando al muchacho que estaba en la cama. Necesitaba información, y tal vez él podría aclararme algo. Al fin y al cabo, parecía llevar allí más tiempo que yo.

—Mi nombre es Julián, pero todo el mundo me llama Cito —le dije con la voz congestionada por la gripe. Me miró como si le estuviera hablando en chino—. Cito —le repetí, señalándome con el dedo índice.

—Abdul —respondió con un hilo de voz.

—¿Hablas español?

—Poco —dijo, remarcando con un gesto de los dedos índice y pulgar la escasez de conocimiento de mi idioma—. *Pouvez-vous parler français?*

—*Oui, pas de problème* —respondí con aplomo, a pesar de que mis nociones de francés eran bastante básicas.

Me contó una historia extraña. O tal vez no supe descifrarla bien debido a que, pese a su esfuerzo por expresarse, su falta de energía le hacía hablar en un tono muy bajo. Ello, junto a su marcadísimo acento, el zumbido que yo tenía en los oídos y mi limitación en el conocimiento de una lengua que tampoco era la mía entorpecía la compresión de su discurso. Me hablaba de un

viaje desde Marrakech hasta Oporto para trabajar en una empresa de construcción. Entendí que llegó acompañado de su hermano y de varios colegas más. El problema surgió cuando detectaron que estaba enfermo y lo recluyeron en el agujero en el que ahora estábamos los dos. Me interesé por su hermano y el resto de compañeros, pero él ignoraba la suerte que habían corrido. Quería pensar que tal vez empezaron a trabajar, pero le invadían serias dudas, ya que desde el primer momento le pareció todo bastante raro. También quise saber cuánto tiempo llevaba allí dentro. Me dijo que estaba tan desubicado que no lo sabía a ciencia cierta, pero con seguridad bastantes días. Ignoraba la razón de estar retenido. El pobre tío parecía tan asustado como yo. Su historia me confundió ya que no encajaba con la mía. Aparentemente, él no tenía motivo alguno para estar prisionero. A no ser que me perdiera algo o que él me ocultase datos importantes, no había presenciado nada que pudiera justificar su encierro. Simplemente se trataba de un inmigrante en busca de un futuro mejor, como tantos otros. Yo también le relaté mi absurda aventura. Él me miraba fijamente, aunque sin mostrarse sorprendido. Tal vez se reservaba información, o puede que no me entendiera bien. El caso era que allí estábamos ambos, recluidos sin saber qué se disponían a hacer con nosotros.

Capítulo 45

Durante los días siguientes, todo transcurrió de manera muy extraña. Más que prisioneros, Abdul y yo parecíamos los invitados de esos tipos. Unos huéspedes de lo más peculiar al carecer de la posibilidad de comunicarnos con el exterior. El único con el que manteníamos contacto era con el tal Malcolm, quien, protegido con mascarilla, nos bajaba la comida. Fruta, verduras, arroz blanco, leche, filetes de pavo y pescado a la plancha, una especie de dieta blanda como la que se sirve en los hospitales. Para beber, agua y zumos. Alimentos saludables y de primera calidad en lugar de la bazofia que se podría esperar en circunstancias semejantes. También se preocupaba por nuestra precaria salud suministrándonos medicamentos. Nos controlaba la temperatura corporal cada poco tiempo y se preocupaba por nuestra higiene. Siempre en silencio. Únicamente nos informaba si una píldora era para bajarnos la fiebre o se trataba de un complejo vitamínico. Supongo que nos daba esos detalles con el fin de no asustarnos. Intento fallido especialmente al principio, pues me tomaba las pastillas con el temor de estar siendo envenenado. Me resistía a ingerirlas, pero él insistía amenazándome con arrearme hasta que las tomara. Consciente de no tener otra opción, las tragaba con aprensión. Abdul se mostraba más dócil, seguramente porque llevaba más tiempo encerrado y, resignado, había asumido la situación. En otras circunstancias podríamos habernos rebelado, al fin y al cabo, éramos dos contra uno, pero nos encontrábamos tan débiles que él podía manejarnos a su antojo. Por lo demás, nos trataba con

indiferencia. Al principio, yo me atrevía a lanzarle preguntas con la esperanza de sacar algo en claro, pero ni siquiera se dignaba a responder, así que opté por conformarme a permanecer en la ignorancia. Con el resto de integrantes de la siniestra cuadrilla no volvimos a tener contacto durante ese tiempo.

Estábamos secuestrados, eso era evidente. Pero ¿con qué fin? ¿Qué interés había para mantenernos encerrados? Descarté que el propósito fuera pedir un rescate, ya que ni yo, ni por supuesto Abdul, teníamos una situación social o familiar que lo justificase. Por otra parte, si la razón de nuestro cautiverio, especialmente en mi caso, era haber sido testigos de lo que no debíamos, mantenernos con vida no tenía demasiado sentido. A los estorbos se los elimina y esa gente carecía de escrúpulos para hacerlo sin que se les moviera un pelo, de eso estaba seguro. Mucho más absurdo era que el tal Malcolm nos estuviera cuidando como si fuera nuestra mamá. Era todo tan contradictorio y fuera de lo esperable que parecía una de esas historias distópicas que veíamos Mónica y yo en televisión.

Lo único que nos unía a Abdul y a mí era que estábamos enfermos, yo con gripe A y él con lo que parecía una infección estomacal. Como me pasaba las horas especulando, temí que pudieran estar experimentando con nosotros. Llegué a pensar que las pastillas que Malcolm nos suministraba podrían tener un fin diferente al de curarnos. La lentitud con la que trascurrían las horas en aquel agujero favorecía que me planteara numerosos interrogantes. Todos sin respuesta.

Al habernos dejado sin móviles ni relojes perdimos la noción del tiempo. La ausencia de luz natural nos impedía saber si era de día o de noche. La sensación térmica tampoco ayudaba, ya que la temperatura permanecía estable constantemente. Por otra parte, el aislamiento con el que parecía estar dotado todo el edificio nos impedía escuchar que hubiera más o menos ajetreo durante la jornada, lo que podría indicar horarios de trabajo o

descanso. En condiciones normales basta con subir una persiana para saber si está amaneciendo, si se está ocultando el sol o si va a empezar a llover. No te planteas que ese gesto pueda convertirse en el mayor de los anhelos en unas circunstancias como las nuestras. Más que la ausencia de luz natural, carecer de ese dato me trastornaba de un modo que jamás pude llegar a imaginar. Nunca habría pensado que privar a alguien de una información tan sencilla pudiera ser un tipo de tortura, pero sí, lo era. Llegó a un punto en que la desorientación y la distorsión de la realidad era tal que me costaba estar seguro hasta de mi propia identidad. Pero ¿qué fin tenía estar sometiéndonos a semejante suplicio? Se me pasaban por la cabeza distintas hipótesis, cada cual más terrorífica. Lo peor era que en mi cerebro se iba formando una bola que engordaba a medida que se multiplicaban los temores. Cuando la angustia se hacía insoportable respiraba hondo y hacía esfuerzos por dejar la mente en blanco, asumiendo que, por muchas vueltas que diera, la realidad no cambiaría. En cualquier caso, yo carecía de los resortes para conseguirlo. Después, intentaba cambiar radicalmente el foco de mis reflexiones. Pensaba en lo poco que había valorado hasta la fecha, además de lo mencionado anteriormente, cosas tan incorporadas a la vida cotidiana como abrir un grifo o disponer de calefacción.

Echaba de menos a Mónica. Enormemente. Ya no solo los momentos especiales junto a ella, sino los actos más rutinarios como desayunar juntos antes de ir a nuestros respectivos trabajos o charlar de cualquier gilipollez. A pesar del dolor de la ausencia, pensar en ella me aliviaba. Supongo que en circunstancias como aquella se activan esos mecanismos de supervivencia.

Solo el momento en el que nos suministraban alimentos y medicinas alteraba el hastío. Yo calculaba el paso de los días por el horario de las comidas y el ciclo del sueño, aunque estábamos tan sonados que ya nada era fiable. Durante ese período, Abdul y

yo apenas hablamos. La mayor parte del tiempo lo pasábamos adormilados, tumbados cada uno en su cama. Nuestras respectivas dolencias nos habían dejado tan exhaustos que hasta articular palabra suponía un gran esfuerzo.

Transcurrió bastante tiempo sin novedades hasta que algo nos sacó del letargo. Unos sonidos detrás de la pared que comunicaba con la estancia contigua me despertaron. Mi compañero dormía profundamente. Yo me encontraba algo mejor, así que me levanté de la cama y me puse a escuchar. Unas personas hablaban detrás de esos muros. Al ser las paredes tan gruesas, tardé en averiguar que era un diálogo entre dos hombres. Permanecí un rato intentando comprender qué decían, pero sin éxito. Al fin, me percaté de que hablaban en otro idioma. Deduje que en árabe, por los característicos sonidos guturales y fricativos, ausentes en las lenguas occidentales. Fui a la cama de Abdul y lo zarandeé suavemente para que despertara. Debía de estar soñando, porque empezó a gritar y a dar manotazos, como si quisiera desembarazarse de alguien que lo estuviera sujetando. Por fin conseguí que se librara de la pesadilla. Me miró asustado al principio, pero se tranquilizó al reconocerme. Señalé la puerta y le dije en francés que estaban hablando en su lengua materna en la otra habitación. Entonces abrió mucho los ojos y salió de la cama como si le hubieran puesto un cohete en el culo. Intentó abrir la puerta, pero, por supuesto, estaba cerrada con llave. Después, empezó a dar golpes en la misma, desesperado. Le dije que se contuviera, ya que no iba a arreglar nada montando tal escándalo. El ruido alertó a los de la habitación contigua y Abdul empezó a hablar con ellos a través de la pared. No entender lo que decía me ponía nervioso. Lo miraba atento y, con gestos, le pedía información, pero él no me hacía caso. Después de unos minutos de conversación, me dijo que conocía a las dos personas que se hallaban allí. Se trataba de su hermano Rachid y de Ibrahim, uno de los tipos que hizo el viaje desde Marruecos junto

a ellos. Les preguntó si el cuarto donde se encontraban era como el nuestro, pero le respondieron que parecía una sala de espera. Acababan de trasladarlos. Anteriormente habían estado en una habitación que, por las características que les comentó, debía de ser parecida a la nuestra. Las ganas de saber más me llevaban a seguir preguntando. Abdul traducía lo que yo decía. Me comunicó, muy agobiado, que Ibrahim sospechaba que iban a matarlos. De pronto, un ruido nos llevó a pensar que alguien nuevo había entrado en el cuarto de nuestros compañeros de desgracia. Lo corroboré al escuchar al menos dos voces diferentes hablando en un tono lo bastante alto como para escuchar con nitidez unas palabras en español. «¡Venga, que nos vamos!», dijo alguien. Me pareció la voz de Malcolm, pero no estaba seguro al cien por cien.

Abdul y yo, queriendo conocer todo lo que sucedía en la habitación contigua, nos pegamos a la puerta ansiosos por sacar más información. Dedujimos que se llevaban a los retenidos a otro lugar, tal vez al matadero. El sonido de la puerta al cerrarse seguido de un elocuente silencio corroboró que el cuarto se había quedado vacío. El pobre Abdul, entonces, se sentó en el suelo y comenzó a sollozar como un niño. Yo me senté junto a él y le pasé el brazo por el hombro. Era lo único que se me ocurrió para consolarlo. «*J'ai peur*», repetía entre gimoteos. Como él, yo también estaba acojonado, pero me sentía en la obligación de hacerme el fuerte para no derrumbarnos los dos. Pasamos así un buen rato, con sus lamentos a modo de banda sonora. Yo lo miraba aguantando las ganas de llorar. He tenido siempre tendencia a empatizar con quien está a mi lado y mucho más en una situación tan extrema, así que hacía verdaderos esfuerzos por contenerme. No obstante, me fue imposible reprimir las lágrimas, aunque sin desahogarme compulsivamente, tal y como hacía mi compañero. «¿Y ahora, qué?», me preguntó al fin en francés mientras se secaba los ojos con la manga de su jersey. Me miraba del modo que un crío mira a su padre, como si yo fuera un

superhéroe y tuviera la fórmula para salir de aquel horror. Nunca me caracterícé por ser un macho alfa precisamente, así que, impotente, evitaba sus ojos suplicantes.

De pronto, la puerta que comunicaba con la habitación en la que habían estado Ibrahim y Rachid se abrió. Malcolm casi nos arrolla, pues estábamos sentados en el suelo junto al acceso que comunicaba las dos estancias. Llevaba en la mano varias prendas de ropa. Se dirigió a mí. «Levántate», me ordenó. Yo me quedé mirándolo sin hacer nada. «¡Que te levantes, coño!», repitió. Obedecí. «Quítate esa mierda de ropa y ponte esto». Acostumbrado como ya estaba a que mis preguntas fueran ignoradas, obedecí sin rechistar. Me despojé de lo que llevaba puesto y me puse las prendas que me entregó. El pantalón chino beis y el polo azul oscuro eran exactamente de mi talla pero de un estilo muy alejado de lo que yo solía llevar. Aunque el cuarto carecía de espejo, intuía que debía de tener un aspecto pijo de lo más raro. Una vez vestido, me agarró del brazo e hizo ademán de sacarme de allí. Pensé que me iba a llevar con el hermano de Abdul y el otro chico para liquidarnos en grupo. Estaba convencido de estar viviendo mis últimos minutos de vida, pero no cuadraba tener que cambiarme de ropa para darme el pasaporte al otro barrio.

Abdul amagó incorporarse, asumiendo que a él también iban a trasladarlo, pero Malcolm lo detuvo. «Tú te quedas», dijo acompañando la frase con un gesto que no dejaba lugar a dudas.

Capítulo 46

Una de mis características era ser bastante aprensivo, diría que directamente hipocondríaco. Las enfermedades, por comunes o leves que fueran, me aterrorizaban. Me ponía en el peor de los escenarios e imaginaba la más siniestra complicación ocasionándome secuelas de por vida. Sin embargo, nunca se me habría pasado por la cabeza que un virus podría ejercer la función de escudo protector. Seguir estando vivo se debía, paradójicamente, a estar contaminado. Me enteré de ello cuando tuve una perspectiva muy distinta a la que tenía en ese momento. Pero esa es otra historia. En realidad, estaba irremediablemente condenado, y de eso me di cuenta enseguida.

Pero volvamos al momento en que Malcolm me sacó del lugar en el que me habían confinado junto a Abdul. Al contrario que la primera vez, en esta ocasión no me enfundó el repugnante saco que languidecía en un rincón de la habitación. Ni siquiera me vendó los ojos. Ello, en un principio, me alivió bastante. Sin embargo, enseguida fui consciente de lo que implicaba aquello. Definitivamente, si se mostraban a cara descubierta y les importaba una mierda que viera lo que sucedía a mi alrededor, se debía a que contaba con todas las papeletas para ser liquidado. Que me había llegado la hora, a esas alturas, lo daba por descontado. Había sido testigo de demasiadas cosas y dejarme con vida implicaba un riesgo que no iban a asumir. Nada indicaba que estuvieran dispuestos a dejarme en libertad, así que más pronto que tarde me eliminarían, de eso estaba seguro. Lo asumí

con bastante tranquilidad. Probablemente porque el hecho de seguir viviendo de aquella forma resultaba insoportable.

Vestido con las nuevas prendas, recorrimos, siempre por el sótano, un largo pasillo que servía de distribuidor a varias salas, todas cerradas. Yo caminaba delante y él, detrás, me iba guiando. Las paredes acorchadas contribuían a aislar la zona del exterior. Un silencio sepulcral lo invadía todo y en ningún momento nos cruzamos con nadie. Luego supe que en la zona de arriba sí había actividad, pero la insonorización era tan buena que todo el inmueble parecía abandonado. Era una sensación de lo más rara ver lo que parecía un centro de trabajo sin movimiento alguno.

Por fin entramos en un cuarto más pequeño que el resto. Carecía de muebles. Únicamente pude ver una bata blanca colgada de una percha detrás de la puerta. Por lo demás, no habría tenido nada de especial salvo que una de las paredes era de cristal. El gran vidrio tintado dejaba ver un quirófano totalmente equipado. Aun siendo profano en la materia, pude reconocer la camilla, la lámpara de alta intensidad, el aparato de aspiración, diverso instrumental quirúrgico, un soporte para la administración de sueros y el monitor de constantes vitales. Reparé también en un recipiente semejante a una caja de forma cúbica cuyo objetivo sería depositar los tejidos a analizar después de una intervención, al menos eso supuse en aquel momento. El reloj analógico de pared marcaba las siete y veinte. Me encontraba tan desubicado que ignoraba si de la mañana o de la tarde. Ya no había duda, el edificio donde me hallaba era una clínica. Un extraño hospital sin médicos, enfermeros ni personal de limpieza. Era como si una bomba biológica hubiera eliminado la vida dejando el mobiliario y el resto de objetos intactos.

Ya me había acostumbrado a que Malcolm se comportara como si yo no existiera. Él iba a lo suyo, pasando de mí como de la mierda. Parecía un robot cuyo objetivo era estrictamente cumplir su misión, sin más zarandajas. Se limitó a descolgar la bata y me

la entregó. Hice un gesto interrogante. «¿A qué esperas?», me preguntó como si yo debiera conocer al dedillo lo que se le pasaba por la cabeza. Amagué con quitarme el polo, pero él me aclaró que debía ponérmela encima de la ropa y sin abotonar, insistiendo en este último detalle. Me quedé quieto como un pasmarote intentando averiguar en silencio a qué se debía tan inusual demanda. Él dio un par de palmadas, sacándome de mi estupor. Obedecí, ¡qué remedio quedaba! Malcolm, entonces, me miró de arriba abajo como si fuera un sastre comprobando si la talla de la bata era la correcta y asintió satisfecho. Después, salió y echó la llave dejándome encerrado allí, solo y sin saber qué pasaría a continuación. Automáticamente me puse en guardia. Aunque a esas alturas estaba preparado para cualquier cosa, todos los músculos de mi cuerpo se tensaron. Llegué a pensar que me habían elegido de protagonista para rodar una *snuff movie* y que lo que parecía un quirófano no era más que el decorado de la siniestra película. Allí yo palmaría en medio de la más atroz de las torturas para satisfacción de una panda de degenerados que seguirían la retransmisión *online* como si fuera un partido de fútbol.

Rastreé con la mirada la pequeña estancia, aunque no había nada que visualizar porque estaba vacía y limpia como una patena. Me acerqué a la vidriera y observé la sala acondicionada para realizar operaciones quirúrgicas. Esperaba ver entrar a Malcolm acompañado por un operador de cámara con el fin de ultimar los preparativos, pero nada de eso ocurrió. Estaba sin saber qué hacer y esperando todo tipo de horrores. Me sentía como un condenado a muerte que pasa en su celda los últimos minutos de vida. A través del vidrio miraba el reloj de pared y escudriñaba el quirófano, o paseaba de arriba abajo por aquel cuartillo, aunque bastaran un par de pasos para ir de un extremo a otro. Aquella espera se me hizo eterna. Si no fuera porque el segundero se movía habría pensado que el reloj estaba parado.

Dieciocho minutos después, él se volvió a reunir conmigo, como si hubiera salido a hacer un recado y me hubiera dejado esperándolo. Con la mayor naturalidad, me indicó que me quitara la bata y salimos de allí. Respiré al ver que no me llevaba al quirófano, sino a recorrer el mismo camino de antes pero a la inversa. Me preguntaba qué sentido había tenido trasladarme hasta allí, obligarme a ponerme la característica prenda de los médicos, dejarme esperando como un imbécil, para después despojarme de ella y deshacer lo andado. Desde luego, se trataba de un plan establecido dada la seguridad con la que Malcolm ejecutó todo aquello, pero yo entonces ignoraba con qué objetivo.

Cuando me volvió a encerrar en la habitación, Abdul me interrogó ansioso, esperando noticias frescas. Yo le relaté el episodio que acababa de vivir y, especialmente, el terror que había sentido. Él abría mucho los ojos escuchándome, tan perplejo como yo lo estaba.

Capítulo 47

Había pasado una eternidad desde que fui confinado, al menos esa era mi sensación, sin que sucediera nada relevante. Era como si mi anterior vida hubiera terminado y ahora estuviera en una nueva dimensión donde las reglas de tiempo y espacio se rigieran por un orden diferente. Me sentía identificado con esas criaturas a las que un familiar las encierra siendo niñas y las retiene sin salir al exterior hasta convertirse en adultas. Luego supe que ni siquiera había transcurrido un mes desde mi captura cuando sucedió lo que voy a relatar a continuación, pero el tiempo cronológico, por muy objetivo que parezca, no coincide con la percepción que uno tiene del mismo, especialmente en esas horribles circunstancias.

Poco a poco mi salud fue mejorando hasta recobrar toda mi energía. La recuperación de Abdul fue más lenta, pero ambos ya nos sentíamos razonablemente bien. Al contrario que al principio, hablábamos mucho. Sin libros, radio, internet ni ningún otro canal de conexión con el exterior, era lo único que podíamos hacer. Además de especular acerca de la anómala situación en la que nos encontrábamos, y sobre lo que se dispondrían a hacer con nosotros, nos contábamos nuestra vida e intercambiábamos opiniones. Yo le contaba lo mucho que me acordaba de mi mujer y de los planes que teníamos para el futuro. Planes que, según pasaba el tiempo metido entre esas cuatro paredes, se iban diluyendo como azúcar en el agua. También de todo lo que le diría si la volviera a ver, algo cada vez más improbable. Él, de sus intenciones de ayudar a su madre y hermanos cuando empezara a

ganar dinero en Europa. La limitación de hablar en un popurrí de francés y español no impidió una comunicación bastante fluida. Podría decirse que nos hicimos amigos. Llegué a apreciarlo de verdad, como si lo conociera desde siempre. Daba igual lo poco en común que tenían nuestra trayectoria vital y nuestras diferencias culturales, aquella situación tan límite favoreció crear unos lazos que, estoy seguro, habrían permanecido en el tiempo. Desgraciadamente, el curso de los acontecimientos paró en seco esa posibilidad.

Al notar Malcolm que habíamos recuperado las fuerzas perdidas, empezó a venir acompañado por un tipo de gran corpulencia del que nunca supe su nombre. Supongo que pensaba que podíamos agredirlo y llevando guardaespaldas se sentía protegido. El tío se quedaba de brazos cruzados en la puerta vigilando el panorama. Nunca decía nada, pero bastaba con mirarlo para que se quitaran las ganas de salirte del tiesto.

Un día nos trasladaron a una estancia en la misma planta. Allí, un enfermero, tras comprobar que ya estábamos totalmente curados, nos tomó muestras de sangre y nos efectuó una especie de chequeo médico completo para después volver a encerrarnos en nuestra mazmorra. Tras todo lo sucedido desde que me extravié en las bodegas, pensé que mi capacidad de asombro había llegado al límite. Sin embargo, lo que se me forzó a hacer después de aquel examen me dejó estupefacto y, lo que es peor, anímicamente más hundido aún de lo que ya estaba.

Aquel día un estruendo nos asustó. Aunque el espacio estaba insonorizado, enseguida constatamos que se trataba de un trueno que dio paso a una descomunal tormenta. El ruido era tan fuerte e intenso que parecía que se iba a hundir el mundo. Grandes pedruscos de granizo o toneladas de agua debían de estar cayendo del cielo, de otro modo no se explicaba tan atronador sonido. Lo constaté cuando entró Malcolm, ya que los bajos de su pantalón estaban empapados y tenía el pelo mojado. Llevaba en la mano un

portafolios de piel. Venía, tal y como era costumbre últimamente, con el tipo que parecía un armario de tres puertas. Al contrario que Malcolm, este no debía de venir de la calle, porque se le veía totalmente seco. Como siempre, ni siquiera me miraron. Malcolm hizo una panorámica visual y, al no divisar a Abdul, preguntó: «¿Y el otro?». Yo señalé el cuarto de baño. Se asomó y vio que se estaba duchando. Hacía ya un rato que habíamos comido lo que nos trajo el propio Malcolm la anterior ocasión que nos visitó y yo acababa de terminar la última serie de flexiones que me servían para mantener una cierta forma física, pero especialmente para conservar la salud mental. Después de controlar a mi compañero, Malcolm fue directamente hacia la mesa. Antes de apoyar el maletín encima, lo secó bien con un pañuelo y se sentó en una de las sillas. El guardaespaldas se quedó, como de costumbre, de pie junto a la puerta. Malcolm me pidió que me acercase y me sentara frente a él. Se enfundó unos guantes de látex antes de sacar de la cartera una libreta y una hoja de papel en blanco, que me entregó junto a un bolígrafo. «Escribe», me ordenó. Abrió el cuaderno y empezó a dictarme un texto que en principio no comprendí, pero después deduje que iba dirigido a Mónica. Se supone que yo la instaba a regresar a Madrid y empezar una nueva vida sin mí, amenazándola con que se arrepentiría si no lo hacía. Como yo escribía según él iba leyendo, no terminé de entender el significado de aquello hasta llegar al final. En cuanto fui consciente de lo que implicaba, rompí la cuartilla. Fue un impulso automático que tuvo como consecuencia una hostia monumental que me tiró de la silla. La envergadura de Malcolm era muy superior a la mía, y me di cuenta entonces de que también su potencia física. «Como vuelvas a hacer eso vas a terminar realmente jodido», me espetó con el puño levantado. Tendido en el suelo, lo desafié con la mirada y le dije que ni de coña iba a escribir esa mierda. La ira me cegaba. Sin importarme las consecuencias, me levanté e intenté darle un puñetazo. Abdul

salió del cuarto de baño en ese momento y también se abalanzó sobre él, pero el otro mastodonte vino hacia nosotros. Me dio una patada en el estómago que me dejó sin respiración, y al pobre Abdul le propinó tal empujón que lo estrelló contra la pared. Después, sacó una pistola de la cinturilla del pantalón y me apuntó a la cabeza. «Podéis matarme si quieres, me da igual», dije con el poco aliento que me quedaba tras el golpe. «Tú verás, pero entonces también tendremos que eliminarla a ella», me espetó Malcolm sin inmutarse. Valoré la situación y me resigné a hacer lo que me pedía.

Era evidente que habían sucedido muchas cosas desde que me capturaron. Cosas que no comprendía dado que carecía de información alguna. Pero a pesar de mi desconexión con el mundo pude sacar varias conclusiones de lo que Malcolm me había forzado a hacer. En primer lugar, que Mónica seguía en Oporto y me estaba buscando. La conocía lo bastante como para saber que jamás se rendía, así que ello corroboró lo que yo esperaba. Por el tono del texto, además de mostrarme como un auténtico cabrón, deduje que ella debía de estar removiendo cielo y tierra para encontrarme. Era fácil suponer que la Policía portuguesa estaría tras mi paradero. Pensé, por otra parte, que esa búsqueda se estaría entorpeciendo ya que al menos un miembro del Cuerpo, el tal Dante, estaba metido en el ajo y podría haber más agentes implicados. Mónica debía de haber averiguado algo lo suficientemente comprometido para que esa gentuza me obligara a escribir aquello. No había que ser muy listo para entender que el objetivo era forzarla a tirar la toalla haciéndola creer que yo había desaparecido voluntariamente y para ello no bastaba un simple folio escrito en un ordenador, sino que tenía que estar redactado de mi puño y letra con el fin de que no quedara duda de su autenticidad.

Cuando Malcolm, acompañado del gorila, cerró la puerta llevándose aquella nota infame, mis esperanzas de ser encontrado

se diluyeron definitivamente. Rendido, pero ya algo recuperado de la paliza, me volví a sentar. Entonces me di cuenta de que se había dejado el bolígrafo sobre la mesa. Lo tomé entre mis dedos mirándolo como si aquel inocente objeto fuera el culpable de mi desgracia. De pronto, escuché un ruido atronador que me sobresaltó seguido del característico sonido de un fuerte chaparrón. Aquello equiparaba la tormenta de fuera con la de mi estado interior. Ni siquiera fui capaz de levantarme. Simplemente le conté a mi compañero que había firmado mi sentencia definitiva con ese bolígrafo. Sin embargo, él, lejos de hundirse conmigo, me dijo en francés: «Hay una salida».

Capítulo 48

Ante lo que acababa de suceder, la optimista frase de Abdul provocó que le dedicara una triste sonrisa llena de escepticismo. Pensé que al verme tan hecho polvo pretendía consolarme con lo primero que se le vino a la cabeza, pero él insistió. «*C'est vrai. Viens*», dijo tirándome del brazo para que me levantara del asiento. Lo miré desconcertado y, con desgana, lo seguí hasta el cuarto de baño. Entonces él señaló la esquina superior derecha de la pared. Junto al respiradero y en la parte del techo circundante, la tormenta había ocasionado una gotera de gran tamaño. Decidido, se subió encima del inodoro y empezó a arañar con las uñas la zona húmeda. Le pedí que parara ya que lo único que iba a conseguir era destrozarse los dedos, pero él hizo caso omiso. El yeso estaba tan mojado que caía al suelo en forma de pedazos de merengue. Me pidió que le acercara la escobilla del váter. Yo lo miraba pensando que se había vuelto loco, pero se la entregué. A falta de otra herramienta, empezó a golpear con el mango techo y pared. Aunque era de plástico duro, el endeble instrumento acabó por partirse. Lejos de darse por vencido, me pidió que fuera a la cocina y le trajera la papelera que hacía las veces de cubo de basura. Antes de seguir sus indicaciones, me dirigí a la puerta de entrada y pegué la oreja temiendo que Malcolm y el gorila estuvieran zascandileando por ahí. En vista de que todo parecía tranquilo, fui a por la papelera, la vacié y se la alcancé a mi compañero. Era de metal, así que le permitió seguir raspando para levantar el yeso. La lluvia había ablandado de tal modo toda esa parte que Abdul, gracias a su experiencia como albañil y tras

emplearse a fondo, consiguió extraer la rejilla de ventilación. Me comentó que esa zona del sótano parecía haber tenido en algún momento una salida al exterior que posteriormente debió de ser clausurada. Continuó dando pequeños golpes secos, aunque evitando hacer demasiado ruido. Yo lo asistía a modo de peón. Cuando ya no podía más, él descansaba y lo relevaba yo siguiendo sus instrucciones. El proceso nos ocupó mucho tiempo, tal vez dos o tres horas. Podríamos haber sido más rápidos, pero el temor a que nos descubrieran nos obligaba a ir despacio con el fin de ser lo más sigilosos posible.

Por fin logramos romper la zona circundante dejando un agujero considerable por el que entraba el agua de la lluvia pero también la tenue luz de las farolas iluminando lo que parecía el atardecer. Aspiramos el aire de fuera con el ansia de un bañista que ha estado a punto de ahogarse pero al fin ha podido salir a la superficie. El aroma a tierra mojada lo recibimos como el más exquisito de los perfumes. Era la primera vez durante ese tiempo que escuchamos el lejano sonido de algún coche circulando y el canto de pájaros. Por fin nuestros ojos podían divisar un horizonte más allá de aquellas cuatro paredes. Que estuviera atardeciendo nos resultaba sorprendente, pues ni Abdul ni yo teníamos esa percepción. Nos habíamos despertado y tomado lo que creíamos el desayuno un rato antes de la visita de Malcolm y de su gorila. Asumimos que, a pesar del tiempo transcurrido hasta que Abdul logró hacer el boquete, sería algo así como primera hora de la tarde, tal era nuestro descoloque horario.

Ambos nos quedamos atónitos observando la abertura por la que caía agua y barro. Parecía todo tan encharcado que sacamos la conclusión de que llevaría lloviendo varios días seguidos. Ahora solo chispeaba. De pronto, empezamos a escuchar jaleo en el exterior. Alguien salía de la casa. Se trataba de una voz femenina que hablaba en español con un hombre. No era Malcolm, pero su tono me resultaba familiar. Imaginé que se trataría de uno de mis

captores, aunque me fue imposible distinguir cuál de ellos. Era difícil escuchar la conversación, pero creí entender que la mujer daba las gracias al tipo por algo relacionado con su hijo y después se despedía. Oímos el sonido de la puerta principal al cerrarse. A continuación, vimos los pies de ella acompañada de otra persona, supuse que un hombre por el tipo de calzado que llevaba, en dirección a la calle. El sonido del motor de un coche hacía pensar que los visitantes se iban. Sin embargo, unos segundos después la mujer volvió corriendo a la casa, como si tuviera prisa. Pulsó el timbre. Tras unos segundos, alguien abrió y ella debió de pasar al interior. Imaginé que habría ido al vehículo en busca de lo que fuera para dejarlo en el inmueble o, al contrario, que se habría olvidado algo y regresaría a recogerlo. Apenas transcurrieron unos minutos cuando volvió a salir. Deduje que subió de nuevo al coche porque oímos que este se alejaba. Después, únicamente quedó el pertinaz ruido del agua cayendo sobre la tierra.

El orificio que Abdul consiguió abrir era bastante grande aunque no lo suficiente para poder salir a través de él. Estábamos exhaustos, pero también conscientes de que teníamos que intentar por todos los medios escapar antes de que Malcolm volviera a entrar en el cuarto. Reanudamos la tarea con el fin de agrandar el boquete, pero nos detuvo el movimiento que escuchamos otra vez en la zona exterior de la casa. Varias personas la abandonaban despidiéndose hasta el día siguiente, como si hubieran terminado su jornada laboral. Esperamos, muy quietos, hasta que el silencio indicó que, por fin, se habían marchado. Con la relativa tranquilidad de que al menos parte del personal de la casa ya no estaba, Abdul volvió a raspar la pared. Yo lo asistía con la ducha mojando más el yeso para facilitarle la tarea. Desgraciadamente, la aparición de paredes de ladrillo tanto a ambos lados como arriba y abajo nos impidió escarbar más. Ello probaba, tal y como predijo Abdul, que primitivamente había un ventanuco que fue posteriormente clausurado.

Nos alejamos unos pasos para contemplar la deseada claraboya como si estuviéramos en un museo admirando una obra de arte. Aquel rectángulo medía como mucho cuarenta centímetros de ancho por treinta de alto. Con ayuda de Abdul, hice un frustrado intento de salir. Por más que él me empujaba no conseguía sacar ni medio cuerpo fuera. Tras varias tentativas, desistí. No es que yo fuera un tío grande, pero sí bastante más que mi compañero, de hombros estrechos y muy menudo. Estaba seguro de que, ayudándolo, él sí podría escapar. Concertamos que una vez fuera pediría auxilio para que vinieran a rescatarme esa misma noche, preferentemente a partir de las doce, asumiendo que sería menos arriesgado y más fácil emprender la huida. Recurrir a la Policía portuguesa era un error, pues no sabíamos cuántos miembros de esta estarían comprados por la organización. Si algo bueno tenía la nota que Malcolm me obligó a escribir fue enterarme de que Mónica seguía en Oporto. Estaba seguro de que ella encontraría la manera de liberarme. Pero ¿cómo podría Abdul ponerse en contacto con mi pareja? En un primer momento le dije que la buscara en el hotel Liberdade, pero después pensé que, dada la cantidad de tiempo transcurrido, ella habría cambiado ese alojamiento por uno más económico. Consideré entonces que lo más seguro sería hacerlo por teléfono, pero nos habían dejado con lo puesto, así que carecíamos de dinero para que él comprara un terminal. Me tranquilizó al respecto diciéndome, con un guiño travieso, que ya se las ingeniaría para conseguir uno. A pesar de la seguridad que me transmitía, yo era consciente de lo sencillo que sería dejarme tirado, pero quise confiar en él. Alejé de mi mente la idea de que una vez fuera de allí el sentimiento de amistad creado se esfumaría. En cualquier caso, carecía de más opciones, así que me exprimí los sesos para darle indicaciones precisas. Yo sabía de memoria el número de Mónica, pero temía que Abdul no fuera capaz de retenerlo. Entonces me acordé del bolígrafo que Malcolm

había olvidado sobre la mesa. Fui a buscarlo y le escribí en el antebrazo el número de ella. Insistí en que no la llamara, pues podía tener el teléfono intervenido por la Policía. Los mensajes de WhatsApp, sin embargo, al estar cifrados de extremo a extremo eran más seguros ya que solo se podían leer si se tenía acceso físico al dispositivo. Lo sabía porque en algún momento ella me lo contó.

No fue fácil, pues debido al roce con los ladrillos, los brazos de Abdul quedaron llenos de arañazos, algunos en carne viva, pero al fin logramos que saliera por la pequeña abertura. Cuando estuvo fuera, él se agachó y tomó mi mano derecha entre las suyas en un cariñoso gesto. «*Ne t'inquiete pas, mon ami. Mónica viendra te chercher*», fueron sus últimas palabras antes de, sigiloso, emprender la huida.

Capítulo 49

Agotado y con la impotencia recorriéndome las venas, me quedé de pie observando aquella ventana. Mi mirada se perdía a lo lejos, mucho más allá de lo poco que se veía del exterior. Detrás de ese orificio estaba la vida. Una vida a la que yo no podía acceder. Cerré los ojos y me concentré en sentir la suave brisa que entraba en el cuarto de baño. Llené los pulmones de ese aire fresco que había echado de menos durante tanto tiempo. La humedad acentuaba el aroma a hierba y descubrí que así olía la libertad.

A partir de ese momento me propuse desplegar los cinco sentidos esperando que Mónica se las ingeniaría para sacarme de allí. Supuse que me sería fácil detectar algún movimiento ya que fuera había un silencio total. Eso permitiría llamar su atención. Confiaba plenamente en su instinto. La había visto enfrentarse a situaciones tan complicadas o más y siempre había logrado solventarlas con éxito.

Estuve contemplando la ventana durante un período indefinido de tiempo, hasta que tuve que sentarme porque las piernas se me doblaban a causa del cansancio. Apoyé la espalda en la pared y me abracé las rodillas sin parar de mirar por aquella grieta. Añoraba Madrid, a mis alumnos, a mi hermana y a mi madre, a Pilarín y a esa forma de tratarme tan suya que me hacía sentir como si fuera su nieto. Pero, por encima de todo, añoraba a Mónica. En algún lugar, detrás de ese pedacito de tierra y cielo tan inaccesible, estaba la persona que amaba. Con la que había crecido, compartido los episodios más importantes de

mi vida y con la que acababa de casarme. Especulaba sobre si Abdul habría conseguido enviarle el mensaje y qué estaría haciendo ella en ese preciso instante. Me dolía pensar que tal vez se había hecho ya a la idea de vivir sin mí. Pasaban por mi cabeza todo tipo de ideas, desde las más lógicas hasta las más extravagantes. Desde las más optimistas a las más catastróficas.

Era noche cerrada y yo seguía sin quitar la vista de aquel miserable agujero atento a escuchar cualquier ruido que pudiera indicar la presencia de mis posibles rescatadores y llamar su atención, pero pasaban las horas y nada sucedía. A modo de león enjaulado paseaba de un extremo a otro del pequeño cuarto de baño. A veces me asomaba por la rendija y, cuando el cansancio me vencía, me sentaba unos instantes para recuperar fuerzas. Cuando llevaba un rato, volvía a levantarme. Así pasé la noche más larga de mi vida.

La luz del sol entrando por la rendija me pilló sentado, encogido y con la cabeza entre las piernas. Estaba tan agotado que casi no me podía mover y, lo peor, anímicamente devastado. Con mis esperanzas de ser salvado igual de destruidas que cada centímetro de mi cuerpo.

El mal tiempo había dado paso a un espléndido día. Solo la humedad del ambiente, la hierba aplastada por el agua y el olor a tierra mojada eran testigos de la tormenta del día anterior. Al incorporarme, me chirriaron las articulaciones. Era como un anciano de noventa años intentando desplazarse. Di unos pasos hasta conseguir desentumecer los músculos y terminar de conectar mis neuronas. Fui consciente de lo que iba a venir a continuación, en especial cuando escuché el sonido de la puerta al abrirse. El primer impulso fue esconderme. Un reflejo automático como el que tiene cualquier animal cuando se encuentra en peligro. Intento absurdo porque allí no había recoveco alguno en el que meterme y, aunque hubiera existido, no me habría servido de nada. Miré alrededor buscando algo con qué defenderme. Lo

más contundente que encontré fue la papelera que empleamos para abrir el agujero por el que Abdul escapó. Inocentemente, me aferré a ella como si se tratara de un arma de precisión. Sin más alternativa, la agarré con todas mis fuerzas colocándomela a modo de escudo. El miedo me impedía dar siquiera un paso, así que allí estaba yo, tieso como un pasmarote aguardando el curso de los acontecimientos.

Multitud de pensamientos recorrían mi cabeza a velocidad de vértigo y las manos me temblaban. Escuché la inconfundible voz de Malcolm. «¡¿Qué coño ha pasado aquí?!», gritó en cuanto se dio cuenta del desorden. Justo a continuación lo vi frente a mí acompañado del mastodonte. Malcolm casi ni me miró, pues enseguida se percató, con horror, de la abertura que comunicaba con el exterior. Después, hizo una panorámica visual y constató que Abdul había huido. Furioso, vino hacia mí. Yo reaccioné propinándole un buen golpe en la cabeza con la papelera. Empezó a sangrar como un cerdo por una ceja. Desconcertado, se quedó quieto un par de segundos para después, fuera de sí, empezar a golpearme como si yo fuera un saco de boxeo. Los primeros puñetazos me causaron un enorme dolor, especialmente cuando uno de ellos provocó que me cayese al suelo como si fuera un saco de patatas. Ya derribado, Malcolm me propinó tal puntapié en el costado que noté crujir una costilla, tal vez dos.

Llegó un momento en que dejé de sentir. No era más que un pelele al que se podía hacer cualquier perrería sin consecuencia alguna. Hablaba a gritos, pero yo no reaccionaba. Me preguntaba una y otra vez cuándo había escapado mi compañero, supongo que para saber si estaban a tiempo de capturarlo. En vista de que yo callaba ordenó a su esbirro dar la voz de alarma. «Hay que encontrarlo, joder», decía. El gorila obedeció saliendo en su búsqueda y lo perdí de vista. Hecho un trapo, yo negaba con la cabeza y lo miraba con profundo desprecio sabiendo que Abdul estaría ya lo bastante lejos como para que fuera imposible traerlo

de vuelta. También decepcionado por constatar que mi compañero me había dejado a merced de aquellas fieras.

Mi carcelero, presa de una rabia incontrolable, seguía arreándome puñetazos y patadas sin control. Yo le veía mover los labios, pero ya no lo oía. Mi mente, estaba en otro sitio. No sentía dolor. Ni el terror de la muerte acechando. Todo ello fue reemplazado por una extraña ingravidez que me hacía contemplar la siniestra escena desde arriba. Pensaba en que, a pesar de lo sucedido desde que me perdí en las bodegas, había tenido una buena vida y, aunque me quedasen cosas por hacer, ya no me importaban. Únicamente me iba con la pena de no volver a ver a Mónica. No me había despedido de ella en las bodegas. Ni siquiera un «ahora vengo» o algo por el estilo. Habría dado cualquier cosa por regresar a ese preciso instante y poder decirle adiós en condiciones. Y así, entre golpe y golpe, me di cuenta de lo poco poética que es la vida.

Al cerrar los ojos me trasladé a una playa paradisíaca. Tumbados en la arena, ella me miraba con esa sonrisa ilusionada y llena de inocencia que me enamoró desde el primer día. Estábamos los dos solos en aquel lugar idílico que no supe identificar. Sentía los rayos del sol en la cara y el murmullo de las olas como único sonido. No tengo la seguridad de si esa imagen se trataba de un recuerdo o de una fantasía que elaboré en ese momento, pero era hermosa y me daba tal paz que deseé quedarme allí para siempre con ella acariciándome la espalda.

Alguna vez me había puesto a pensar en cómo sería mi muerte cuando llegase la hora. No es que me recreara en ello, simplemente se me pasaba por la cabeza como algo lo bastante lejano para contemplarlo del mismo modo que vería una película cómodamente instalado en el sofá. Una película en la que yo era el protagonista. Con el mismo distanciamiento. Una película de ciencia ficción pero cargada de emociones. Me imaginaba esos últimos momentos repletos de solemnidad, al fin y al cabo, se

trataba del paso más trascendental que daría desde el día de mi nacimiento. Un salto a un lugar desconocido que percibía como lleno de misterio. Poco podía imaginar lo alejada que estaba esa idea de la realidad.

Se me escapó el aire entre los labios y empecé a vomitar sangre. De repente, cesó la sinfonía de golpes. «Mierda», escuché maldecir a Malcolm al darse cuenta de que había ido demasiado lejos.

«Mierda»…, esa fue la última palabra que escuché. Fueron solo unos instantes, pero duraron lo suficiente como para constatar que mi muerte iba a ser tan poco épica como lo había sido mi vida.

EL OPERATIVO

Capítulo 50

—Mi presencia aquí ha dejado de tener sentido, Nuno.

Tras hacer un último repaso al estado en el que se encuentra la *Operação quebra-cabeça*, Eugenio Bermejo, sentado frente a Ferreira, asume el fracaso de las pesquisas realizadas.

—Hay que reconocer que estamos en un punto en el que la investigación ha dejado de dar frutos —corrobora el inspector portugués con un gesto de resignación—. ¿Qué tal lo lleva Mónica?

—Creo que va haciéndose a la idea. Se ha ido a pasar el día a Braga para despejarse un poco. Diría que ya ha asumido la situación, por eso espero convencerla para regresar a Madrid conmigo.

—Es lo mejor. Seguir aquí no es sano para ella.

—Lo sabe, pero quería agotar todas las posibilidades. Su lema es preferir meter la pata a arrepentirse de no haberlo intentado.

—¿Meter la pata? —pregunta sin comprender la expresión española.

—Equivocarse —aclara Bermejo.

—Sí, creo que he tenido tiempo de conocerla. Una *mulher* que sabe *muito bem* lo que quiere —afirma Ferreira con una sonrisa —. En cualquier caso, seguiremos en estrecho contacto con vosotros si surge alguna novedad relacionada con el caso.

Bermejo, escéptico, se encoge de hombros.

—Lamentablemente, hay veces en que por muchos recursos que se empleen no hay forma… —El sonido del móvil lo

interrumpe. Saca el terminal del bolsillo de su chaqueta y echa un vistazo a la pantalla.

> Eugenio, al final me he quedado en Oporto. Tengo algo importante que contarte. Por favor, llámame cuando estés solo. Es urgente.

Se queda unos instantes con la vista fija en el teléfono, asimilando el texto.

—¿Me perdonas un momento? —pregunta educadamente al inspector sin dar más detalles.

Sale del despacho. Podría haber esperado hasta despedirse de Ferreira para llamar a Mónica, pero el tono de su *whatsapp* lo ha inquietado lo bastante como para responder de inmediato. Pulsa el número de su compañera. Espera a que el teléfono suene varias veces sin resultado. Cuando está a punto de desistir, el clic indica que la llamada es atendida. Sin embargo, nadie contesta.

—¿Mónica? —Aguarda en silencio esperando la respuesta de su compañera. En su lugar, sonidos que parecen interferencias le hacen pensar que ella se encuentra en un lugar con deficiente cobertura. Hace esfuerzos por descifrar lo que escucha al otro lado de la línea—. Mónica, ¿me oyes? —pregunta varias veces.

Al fin, logra oír la voz de su compañera entre una maraña de ruidos: «¡Auxilio!». Justo a continuación, el alboroto es sustituido por el tono que atestigua el fin de la llamada. Intenta contactar de nuevo, pero ahora únicamente se oye la locución de que el número marcado ha dejado de estar disponible. Repite la operación y comprueba que, en efecto, el teléfono está desconectado. Se queda pensativo unos instantes y vuelve a entrar en el despacho del inspector.

—¿Qué pasa? —pregunta Ferreira, al ver su expresión seria.

Bermejo mueve la cabeza con un gesto ambiguo.

—No he logrado hablar con Mónica a pesar de haberme enviado un mensaje instándome con urgencia a ponerme en

contacto con ella. Ha descolgado el teléfono, pero enseguida se ha cortado la comunicación. Creo que se encuentra en peligro.

—Tal vez ha tenido algún tipo de incidente en Braga —sugiere Ferreira. El agente español niega con la cabeza.

—En el *whatsapp* me dice que sigue en Oporto. Lo que me ha mosqueado…, quiero decir, inquietado —rectifica ante la duda de que Ferreira no conozca la expresión coloquial—, es que la he oído pedir auxilio cuando ha descolgado el teléfono. Estoy seguro de que algo grave le está pasando —asegura.

—¿Tienes alguna idea de dónde puede estar?

Bermejo, con el ceño fruncido, va a responder, pero el agente Azevedo entra en el despacho.

—Nos acaban de comunicar que una pareja ha sido testigo del ataque a una *mulher* en las inmediaciones del número 153 de la rua Rato do Carvalho.

El inspector y Bermejo cruzan una mirada que delata lo que ambos están pensando.

—¿Tenemos más detalles? —pregunta Ferreira a su subalterno.

—Parece que el agresor era un hombre bastante robusto y ella una muchacha rubia y menuda, como de treinta años —responde Azevedo.

—¡Joder! —exclama Bermejo, sin poder contenerse.

—Consta como un episodio de violencia doméstica, violencia de género, creo que lo llaman ustedes en España —aclara.

—¿En qué se basan? —pregunta desconcertado Bermejo.

—Según la declaración, parece que el hombre ha arrastrado a la chica hasta el interior de una casa después de golpearla. Supongo que han debido de deducir que se trataba de una pareja y él la forzaba a entrar en el domicilio de ambos. Pero como habíamos alertado de que nos tuvieran al corriente de cualquier incidente que sucediera en esa zona nos han trasladado el caso de inmediato.

—¿Estamos seguros de que el hombre la ha introducido en el número 153 de la calle? —pregunta Ferreira.

—Los testigos no han podido determinarlo ya que estaban bastante lejos del lugar de los hechos, pero han grabado el incidente con el móvil.

—¿Podemos ver la grabación? —pregunta Bermejo.

—La hemos pedido a la unidad correspondiente. Seguramente ya la habrán colgado en el sistema.

Sin perder tiempo, los tres policías se disponen a comprobarlo en el ordenador de Ferreira.

—Aquí está —afirma el inspector—. No se les distingue la cara —comprueba tras aplicar el zoom lo máximo posible.

—Es Mónica. Llevaba esa misma ropa cuando nos hemos despedido esta mañana —asegura Bermejo, aproximándose a la pantalla hasta casi rozarla con la nariz.

—¿Qué hacemos? —pregunta Azevedo a su superior.

Antes de que el inspector responda, interviene Bermejo.

—Está atentando contra su integridad física. Además, no hay duda de que la lleva al inmueble sospechoso. Es evidente que se trata de una situación de emergencia —incide el agente español ante el silencio del inspector. Este, tras dudar unos instantes, toma una decisión.

—Pongamos en marcha el operativo de emergencia —ordena.

Capítulo 51

A pesar del intenso tráfico, las dos patrullas que abren paso al vehículo de Ferreira no llevan conectadas las sirenas. Solo la luz del pirulo conmina a coches y viandantes a cederles el paso, pudiendo de esta forma conducir a una velocidad superior a la del resto.

Junto a Ferreira, Eugenio Bermejo se revuelve, nervioso, en el asiento del copiloto. Aprieta los puños y tiene el cuerpo tenso. Mira el reloj. Un silencio temeroso, solo alterado por el ruido del exterior, los acompaña. El agente español calibra el tiempo transcurrido desde que escuchó a Mónica pedir ayuda y baraja todos los escenarios posibles. Apenas han transcurrido cuarenta minutos desde que el móvil de su compañera ha dejado de estar operativo, pero intuye que cada segundo que pasa es determinante. Que una pareja denunciase la agresión sufrida por Mónica ha sido definitiva para movilizar por fin a la Policía portuguesa. No obstante, él pensaba dirigirse a la casa tras el intento fallido de contactar con ella. Sabía que su compañera estaba obsesionada con ese edificio y que necesitaría cerciorarse de que allí realmente no ocurría algo extraño. De haberlo evitado sería incapaz de regresar tranquila a Madrid.

—Se ha metido en la boca del lobo —dice en voz baja, poniendo en voz alta sus pensamientos.

Ferreira mira al policía español. Se fija en el movimiento de sus mandíbulas al apretarse. Un tic que provoca un ligero rechinar de dientes en el que ya había reparado. Va a decir algo, pero prefiere guardárselo para sí. El inspector portugués ha

dudado en poner en funcionamiento el operativo, pero ya no hay marcha atrás. Obrar de otra manera habría sido injustificable de cara al policía español. Tras escuchar al agente Azevedo, calibró la conveniencia de solicitar una orden judicial antes de activar el procedimiento, pero el flagrante delito cometido delante de la casa y el hecho de que la víctima fuera conducida al interior respaldaban descartar el trámite. Tal y como se ha presentado la situación era preciso actuar de inmediato, cualquier otra decisión habría sido incomprensible.

Por fin, los coches se detienen delante de la propiedad del doctor Benjamín Extremera.

—Espero que no sea demasiado tarde… —comenta Bermejo antes de salir del vehículo.

Los patrulleros han cercado la entrada al inmueble, pero obran con cautela a fin de utilizar el elemento sorpresa. Lopes y Azevedo son los primeros en aproximarse a la entrada. El primero pulsa varias veces el timbre. Tras esperar un tiempo prudencial sin que nadie acuda, los agentes se disponen a obedecer a la señal de Ferreira para forzar la entrada. Justo antes de hacerlo, el doctor Benjamín Extremera, *Barton* en la organización, abre la puerta. Sin pronunciar palabra, la totalidad de patrulleros entra en tromba. El dueño de la casa tarda unos instantes en reaccionar.

—¿Qué es esto? —pregunta sorprendido.

Ferreira no responde, solo lo mira durante unos instantes y, tras mostrarle su acreditación, pasa al interior. La demanda de una orden judicial que autorizase el registro es ignorada por el inspector. Obedeciendo las órdenes de este, tres de los agentes suben al piso superior y el resto inspecciona la planta baja de la vivienda. Tras hacer un repaso visual, Azevedo comunica que no hay nadie más en el vestíbulo. Sin embargo, ruidos procedentes de las entrañas del inmueble llaman la atención de los presentes. Extremera, fuera de sí, los acusa de efectuar un allanamiento

injustificado de su propiedad. En medio de la bronca, los agentes encargados de registrar la planta alta descienden por el ancho ramal de escaleras, pero ahora lo hacen acompañados. Alfonso Trujillo, alias *Malcolm*, y Clemente Andrade, conocido en la corporación delictiva como *Skyler*, los preceden. Bermejo se queda estupefacto al ver allí al jefe de la Unidad de Ciberdelincuencia. El agente español observa la escena sin perder detalle y le viene a la memoria la secuencia final de la película *Sunset Boulevard*, que había visto recientemente con su mujer en televisión. En ella, una vieja actriz del cine mudo es apresada por la Policía mientras desciende por las escaleras de su casa con aires de gran estrella. Ni Andrade tiene el porte de Gloria Swanson, ni la casa se parece a la de la diva, ni nada de lo que allí sucede tiene el encanto de la película de Billy Wilder, pero ese momento le ha servido para darse cuenta de las ganas que tiene de regresar a Madrid y sentarse cómodamente junto a Elisa delante del televisor.

Ferreira es incapaz de articular palabra. Solo mueve la cabeza de un lado a otro procesando lo que implica la presencia de Clemente Andrade en la casa. Este también permanece en silencio, consciente de que cualquier cosa que diga puede ser utilizada en su contra.

Azevedo reclama ahora la atención de Nuno Ferreira. Este dirige la mirada hacia donde se encuentra el agente y comprueba que ha deslizado hacia la derecha el gran mural que decora la entrada y pulsado el interruptor de la luz iluminando el acceso al sótano. Apoyados en un altillo encima del primer escalón, una pala, un rastrillo y una azada junto a otras herramientas de jardinería. El inspector ordena a dos de los policías quedarse con Trujillo y Andrade en el vestíbulo e insta al dueño de la casa a acompañarlo. Ambos bajan al subterráneo junto a Eugenio Bermejo, Azevedo y el resto de los patrulleros. Apenas han recorrido unos metros cuando escuchan claramente una voz femenina pidiendo socorro. Recorren varias estancias hasta dar

con el cuarto desde donde salen los gritos. Sin miramientos, los agentes fuerzan la entrada.

—¡Dios! —exclama Bermejo al ver el rostro hinchado de Mónica Rojo, casi irreconocible a causa de los golpes.

Capítulo 52

A pesar de ser un hombre curtido, Nuno Ferreira inspecciona anonadado el sótano del número 153 de la rua Rato do Carvalho. Recorre junto a dos de los patrulleros y Benjamín Extremera el hospital clandestino dotado con todo lo necesario para efectuar la labor a la que ha sido destinado. Unidad de Cuidados Intensivos, laboratorio de análisis para llevar a cabo pruebas de compatibilidad, equipos de conservación de órganos, máquina de circulación extracorpórea, sistemas de imagen y lo demás requerido para realizar con éxito trasplantes de órganos hacen del recinto una clínica a la altura del más sofisticado de los centros hospitalarios.

Tras un registro exhaustivo, varias neveras vacías supuestamente destinadas a la conservación de tejidos son requisadas, así como diverso material quirúrgico situado en la zona de quirófanos. En una de las estancias se ha encontrado un pequeño horno crematorio del que se han tomado muestras para su análisis forense. Asimismo, numeroso material informático hallado en el piso superior ha sido también incautado por los agentes.

En el vestíbulo, Eugenio Bermejo acaba de acercar a Mónica un vaso con agua. Sedienta, lo bebe de un trago. Después, se lleva la mano a la cara sin poder evitar un gesto de dolor. Ya algo más sosegada, relata a su compañero lo sucedido en la pelea mantenida con Malcolm, a quien ha identificado como su agresor. Mientras tanto, este y Clemente Andrade, sentados en el vestíbulo, son interrogados por Ferreira.

Dos patrulleros rastrean a conciencia la zona del jardín. Algo les llama poderosamente la atención, lo que provoca que uno de ellos se dirija al interior de la casa. Recorre con la mirada el vestíbulo hasta que localiza a Ferreira. Va hacia él y le dice algo al oído. El inspector, tras valorar lo escuchado, pide a Azevedo continuar con el interrogatorio y él sale de la casa junto al policía.

Una vez en la zona exterior, Ferreira observa la parcela de jardín que le muestra el agente uniformado. Se agacha, coge una porción de tierra y la compara con la del espacio circundante. Mientras se sacude las manos, calibra con la mirada la extensión que parece tener una textura distinta a la del resto del terreno y ordena a los agentes remover ese trozo en concreto. Uno de ellos solicita mediante su *walkie-talkie* las herramientas necesarias para ejecutar la acción. Mientras aguardan, siguen registrando palmo a palmo la totalidad de la zona exterior del edificio sin localizar más sectores sospechosos.

Unos minutos más tarde, otro coche patrulla, en esta ocasión con la sirena conectada, acude al edificio con un equipo de policía científica y los utensilios demandados.

Sin pérdida de tiempo, los agentes especializados se esmeran en su cometido. Ferreira, de pie y con los brazos cruzados, observa el proceso atentamente. Tras levantar varios palmos de tierra, el brazo de un ser humano sale a la superficie. Los agentes, vestidos con monos desechables, calzas y mascarillas, miran a Ferreira, quien los insta a seguir cavando, ahora con más cuidado. Apenas necesitan profundizar un poco más para distinguir con nitidez el cadáver de un hombre. El olor a putrefacción provoca un gesto de desagrado en el inspector. El color verdeazulado y las venas visibles bajo la piel evidencian el incipiente proceso de descomposición. Sin embargo, la acción de las bacterias, todavía no ha deteriorado significativamente los rasgos de lo que parece un hombre joven. Ferreira lo observa con atención y constata que el rostro le resulta familiar. El sonido de una ambulancia hace

que cambie el foco de atención. A paso raudo, se encamina hacia el vestíbulo. Entra al mismo tiempo que el personal de emergencia. Un enfermero insta a la inspectora a introducirla en el vehículo medicalizado a fin de realizarle los exámenes pertinentes, pero Ferreira lo interrumpe.

—Mónica, por favor, tienes que venir conmigo —le pide, al tiempo que conmina a Bermejo también a acompañarlo.

Seguido por los policías españoles, se dirige hacia el lugar en el que se ha exhumado el cadáver. Bermejo se queda paralizado al toparse con lo que aparece ante sus ojos. Le gustaría reaccionar, pero ignora cómo hacerlo. Solo mira a su compañera intentando transmitirle su apoyo, pero Mónica ya está muy lejos de allí, aunque apenas se halle a unos centímetros de él. Nuno Ferreira, en un gesto afectuoso, pasa la mano por el hombro de ella, quien se tambalea casi imperceptiblemente. A pesar del impacto visual, Mónica Rojo conserva la compostura. Su rictus permanece inalterable, solo un reguero de lágrimas resbala por su cara magullada por los golpes. Quieta como una estatua, es incapaz de moverse. Los restos del que fue el amor de su vida se le graban en la retina, pero el deseo de alejar esa instantánea de su mente le hace apretar los ojos con fuerza. Sabe que a partir de ahora el pasado sustituirá inexorablemente al presente y, por supuesto, al futuro. Ya no podrá hacer planes con él ni vivir esos momentos banales que llenaban sus días. Momentos intrascendentes pero que ahora los concibe como auténticos tesoros. A partir de ahora solo podrá recordarlo. Como se recuerda lo que jamás regresará.

Una sucesión de vivencias felices desfila en su interior como si se tratara del tráiler de una película. Instantes cuidadosamente escogidos tratan de borrar esa figura surgida con descaro de la tierra ante ella pero que se resiste a volver a mirar. Aún con los ojos cerrados, gira la cabeza hacia un lado luchando para que esa imagen, temida durante tanto tiempo y ahora convertida en realidad, se instale en su memoria.

Capítulo 53

Mónica Rojo, sentada en la cama, repasa la copia del informe elaborado por Nuno Ferreira. En él se recogen detalladamente las manipulaciones efectuadas por el jefe de la Unidad de Ciberdelincuencia, Clemente Andrade, para implicar a Cito en el negocio de tráfico de órganos. Desde imágenes y mensajes comprometidos insertados en su teléfono móvil, a diálogos con ficticios miembros de la trama a los que apodó Denver, Petrus y Milos, así como toda una operación en la *dark web* destinada a desviar las sospechas hacia alguien que tuvo la desgracia de estar donde no debía. Andrade se escudaba en su subalterna, la agente Isabel da Silva, para dar credibilidad a la trama sin que ella en ningún momento sospechara estar siendo manipulada. El trabajo de campo era ejecutado, entre otros, por el agente Antonio Sousa. La organización llevaba más de tres años funcionando sin fisuras gracias a la intervención del inspector corrupto. Fue el descubrimiento de los dos cuerpos mutilados flotando en el río Duero lo que desestabilizó el operativo forzando a cambiar la estrategia. Para ello buscaron un cabeza de turco a fin de desviar las sospechas lo más lejos posible de donde realmente se pergeñaba la trama criminal.

Tras terminar de leer el documento, lo dobla y mete en el bolso para devolvérselo a Bermejo, con quien partirá en unas horas a Madrid. Con el equipaje ya listo, hace una panorámica visual a modo de despedida. Una triste sonrisa asoma a sus labios cuando echa un último vistazo a la habitación del Liberdade. Le choca que todo parezca tan normal aunque ni siquiera el silencio ya lo

sea. Al retirarse el flequillo de la frente, nota la ceja inflamada, consecuencia de la paliza recibida tres días antes. Cito, ilusionado, predijo que sería un viaje inolvidable. En efecto lo fue, pero por haberse convertido en la peor de las pesadillas.

En otras circunstancias, haber destapado una trama criminal de semejante calibre a Mónica le habría causado una enorme satisfacción, pero, paradojas de la vida, ese logro iba ligado al dolor de una pérdida insoportable. Una pérdida de la que jamás se recuperaría, porque si algo tenía claro era que nada volvería a ser igual. Él nunca más organizaría los fines de semana proponiendo planes atractivos que a ella la sorprendieran, ni viajes, ni esas aventuras compartidas que llenaban sus días. El tiempo curaría la herida, volvería la calma, la cotidianeidad purificadora, pero la ilusión no regresaría y una enorme cicatriz quedaría en su alma, desfigurándola para siempre.

Su objetivo era contribuir a hacer el mundo un poco mejor, aunque sonara pedante, por eso había elegido ser policía. Era una costumbre celebrar en pareja los éxitos de cualquiera de ambos. Lo hacían yendo a comer a uno de sus restaurantes favoritos. Una divertida tradición autoimpuesta casi desde el principio. Aunque se lo guardaba para sí, en el caso de ella esos triunfos solían ir acompañados de un cierto regusto amargo. Su labor como representante de la ley, por impecable que fuera, dejaba sin remedio posos de desgracia en el camino. Familias deshechas de uno y otro lado. Un reguero de víctimas, incluidos los allegados del o los culpables. Víctimas colaterales llamadas eufemísticamente así para suavizar el daño. Y ahora le había tocado a ella.

Absorta, mira las dos maletas y se pregunta qué sentido tiene regresar a Madrid. Un arrebato la insta a abandonar el equipaje, desaparecer con lo puesto y empezar una nueva vida. Sin un pasado que la ate. Con esa libertad que tienen los fugitivos que cambian de identidad dejando todo atrás. Como si de esa manera

pudiera escapar del infierno. La invaden unas ganas locas de marcharse a un lugar donde nadie la conozca, un sitio donde perderse por tiempo indefinido, tal y como le confesó a Eugenio Bermejo, pero sabe que no puede hacerlo. Se siente en la obligación de apoyar a la madre y a la hermana de Cito. Y, sobre todo, necesita que su yaya la abrace. Que le transmita su fortaleza. Que comparta con ella esa fuerza que ha vencido a la edad y superado todas las vicisitudes padecidas en el transcurso de su larga vida y que ha sido su sostén desde niña. Desea ser como ella, sentir la caricia de sus palabras y ese calor reconfortante. Un bálsamo que ahora necesita más que nunca. Por otra parte, aunque Ferreira la ha ayudado a tramitar el traslado de los restos, ella debe encargarse en Madrid de las gestiones burocráticas pertinentes.

Ferreira…, el hombre que fue el principal puntal de la investigación pero del que llegó a desconfiar pensando que formaba parte de la ignominiosa trama. Se equivocó y lo lamenta de corazón, porque el inspector Nuno Ferreira era un profesional honrado como el que más. Un policía cuya única falta fue ser demasiado escrupuloso con los trámites y poco dado a incumplir normas burocráticas. A pesar de sus precauciones y de las llamadas de atención cuando ella traspasaba la línea, ahí estuvo cuando lo necesitó y le está profundamente agradecida.

Abre la ventana de par en par. Una ligera brisa se cuela en la habitación. Ella se deja acariciar por el aire fresco deseando que disuelva las miasmas que la invaden. Cierra los ojos para concentrarse en el ruido de la calle. De golpe, la noche que ha pasado en blanco y los golpes recibidos le pasan factura. Siente su musculatura entumecida y dolor en las articulaciones. Sin embargo, el mal estado físico no impide que su mente permanezca tan despierta y acelerada como si acabara de tomar un puñado de estimulantes.

El estridente sonido del teléfono la sobresalta. Va hacia la mesilla. Se vuelve a sentar en la cama y descuelga el auricular.

—*Senhora* Mónica, una persona pregunta por *você*.

Mira el reloj y comprueba que falta casi una hora para que Ferreira acuda al hotel para acompañar a Bermejo y a ella al aeropuerto.

—¿Quién es?

—Un amigo *do seu* esposo.

Oír que alguien relacionado con Cito está en el hotel hace que le dé un vuelco el corazón.

—¿Un amigo de mi esposo? —pregunta, extrañada.

—La espera en el vestíbulo.

Antes de salir de lo que ha sido su hogar, por llamarlo de alguna forma, durante las últimas semanas, se pone las gafas de sol para ocultar las huellas de la agresión recibida. Sin dilación, cierra la puerta del cuarto y arrastra los dos *trolleys* hasta el ascensor. Baraja la posibilidad de que pueda tratarse de un profesor del colegio de Cito, un compañero que se encontrara en Oporto de vacaciones y quisiera darle el pésame. Al fin y al cabo, la noticia había salido en todos los informativos y no debía de ser difícil localizarla.

Llega a la planta baja y va directamente a recepción. Nada más verla, el empleado señala con un gesto el conjunto de sofás que se halla al fondo del recibidor. Ella mira hacia esa dirección pero solo distingue a una mujer leyendo una revista y, sentado en el otro Chester, a un muchacho muy moreno, casi un niño, mirando por la ventana que tiene frente a él. Interroga al recepcionista con la mirada y este corrobora que es el chico quien la espera. Se acerca, pero él sigue abstraído hasta que repara en su presencia. El joven se levanta.

—¿Mónica? —Ella asiente. Parece nervioso, como si se sintiera amenazado. Se diría que por su actitud y características físicas pudiera tratarse de uno de los menores no acompañados que con

frecuencia llegan en pateras a Europa—. Mi nombre es Abdul y yo mandé de tu esposo mensaje a ti —dice en un español penoso. Ella termina de casar las piezas, deja las maletas a un lado y se sienta junto a él.

—*Parles-tu français, n'est pas?*

El chico afirma con la cabeza. Ella le pregunta si quiere tomar algo, pero él parece tener prisa. Muestra una actitud inquieta, como si temiera ser apresado o necesitara estar en guardia para defenderse de una posible agresión. Mónica, acostumbrada a lidiar con casos semejantes, le habla pausadamente intentando transmitirle confianza. La comunicación se interrumpe momentáneamente al ver que la mujer de la revista se levanta para dejarla sobre la mesa central y dirigirse a la salida. Una vez solos en el confortable rincón, el muchacho toma confianza y confiesa hallarse en Europa de forma irregular y teme ser expulsado. Ella lo tranquiliza asegurándole que se encargará de que nada malo vaya a pasarle. Ya más sosegado, le relata lo vivido junto a Cito en el sótano de la casa, el temor a que fuera el Cuerpo de Policía quien respaldara la corporación y cómo entre ambos consiguieron abrir el agujero por el que Abdul pudo salir. Ella lo escucha con atención, lidiando con el aluvión de emociones que la invaden. Él le habla del plan establecido para ser rescatado y lamenta no haber podido enviar el mensaje la misma noche de su huida. Solo hasta el día siguiente, cuando consiguió agenciarse un terminal telefónico, pudo hacerlo. No le dice cómo, pero ella supone que lo robaría u obtendría el dinero para comprarlo de forma irregular.

—*Trop tard…* —comenta, afligido, por no haber podido evitar la muerte de su compañero. Mónica afirma en silencio pero sin reproche, asumiendo la situación extrema del muchacho.

—*Dis-moi, à quoi servaient le marteau et le pied de biche?* —pregunta ella, interesada por las herramientas solicitadas en el mensaje.

Él responde de inmediato, seguro de haber concebido el mejor de los planes: Cito estaría atento a la llegada de sus rescatadores y pediría auxilio aprovechando la inactividad en el inmueble, a ello se debía la petición de no llegar antes de medianoche. Abdul sabía lo insonorizada que estaba la casa y confiaba en que un par de golpes de martillo y la ayuda de la palanca bastarían para agrandar el orificio del sótano sin apenas hacer ruido. De esa forma, Cito lograría salir al exterior y emprender la huida.

Mónica lo escucha con atención, atenta a cada detalle de su relato, y recuerda que cuando llegaron a la casa ni Bermejo ni ella vieron grieta alguna en la fachada. Deduce entonces que fue tapiada antes de que ellos se presentaran en el inmueble. Al preguntarle la razón de no haber atendido su llamada esa noche para recibir instrucciones, Abdul se arruga en silencio hasta casi desaparecer en el señorial sofá.

—*J'ai volé ce téléphone et j'avais peur que la Police m'arrête. C'est pourquoi je m'en suis débarrassé après avoir envoyé le message*[1] —confiesa al fin.

Es ella quien ahora fija su vista en la calle a través de la cristalera mientras escucha la narración del muchacho. Intenta mantener la compostura, pero se derrumba cuando Abdul narra la parte más personal de la historia. La suya. La de ella y la del que apenas unos días antes se había convertido en su cónyuge. La historia de su mundo privado. Cómo Cito la añoraba, y lo feliz que había sido junto a ella. Lo divertida que había sido su boda y los planes que tenía junto a la que ya era su esposa. La admiración que sentía por sus logros profesionales. Detalles de su vida en común compartidos con Abdul, alguno de los cuales sacó a flote recuerdos conservados en lo profundo de su alma.

Las palabras del chico la inmovilizan. Su mirada se pierde en el infinito a través del gran ventanal. La aparente inacción contrasta con su tormenta interior. Abdul va desgranando detalles que transmiten el amor que su compañero de fatigas

sentía hacia la mujer de su vida. Recuerda cómo se le iluminaba la cara cuando hablaba de ella y la plena confianza en que no lo abandonaría a su suerte, deseando que todo lo vivido en aquella jaula pasase a la historia de sus vidas como una cruel anécdota.

—Wonder Woman —dice de pronto, señalándola con el dedo.

—Ojalá lo hubiera sido… —exclama ella con una derrotada sonrisa—. «No me dejes nunca, Wonder». Sí…, eso fue lo último que me dijo —recuerda emocionada. Suspira y ahora vuelve la cabeza hacia él mirándolo fijamente—. *Dis-moi, pourquoi es-tu venu me raconter tout ça?*[2]

—Yo debía a ti eso —responde él en su primitivo español.

Mónica no puede evitar que una arrebolada mezcla de sentimientos le suba desde el estómago. Baja la cabeza y se tapa la cara con las manos a fin de ocultar esa intimidad dolorosa que se resiste a compartir, como se resiste a que la autocompasión la arrase. Piensa en los caminos que se mostraban ante ambos, ahora convertidos en callejones sin salida. Siente la ligera presión de la mano de Abdul en su espalda, intentando consolarla. Una sutil caricia que apenas dura unos instantes. Tras un rato de desahogo silencioso, Mónica se endereza en el sofá y respira profundamente. Recompuesta, vuelve la cabeza hacia la izquierda, pero el muchacho ya no está a su lado. Lo busca con la mirada, pero la más absoluta soledad es lo único que ahora la acompaña.

1 «Robé este teléfono y tenía miedo de que la Policía me arrestara. Por eso me deshice de él después de enviar el mensaje».

2 «Dime, ¿por qué viniste a contarme todo esto?».

AGRADECIMIENTOS

A Diego Alejandro y a los agentes de la Brigada Central de Investigación Tecnológica de la Policía Nacional. A Joaquín Carrasco, de la Comisaría General de la Policía Científica, y a Javier Fernández, médico forense, por ser siempre tan atentos conmigo respondiendo a mis preguntas.

A mi editor Gregori Dolz, a Mercedes Castro, y a todo el equipo de Alrevés, por su apoyo y cercanía.

Y, como siempre, a quienes llamo cariñosamente mis lectores «conejillos de indias», Fiorella Faltoyano, Jorge Asunción Higueras y Alicia Ramos, por proporcionarme esa distancia tan necesaria que se pierde en el proceso de creación.

INFORMACIÓN PARA CLUBS DE LECTURA

Querido lector, nos tomamos la libertad de tutearte porque tienes entre tus manos uno de nuestros libros y, por tanto, ahora tú también eres ya miembro de Alrevés.

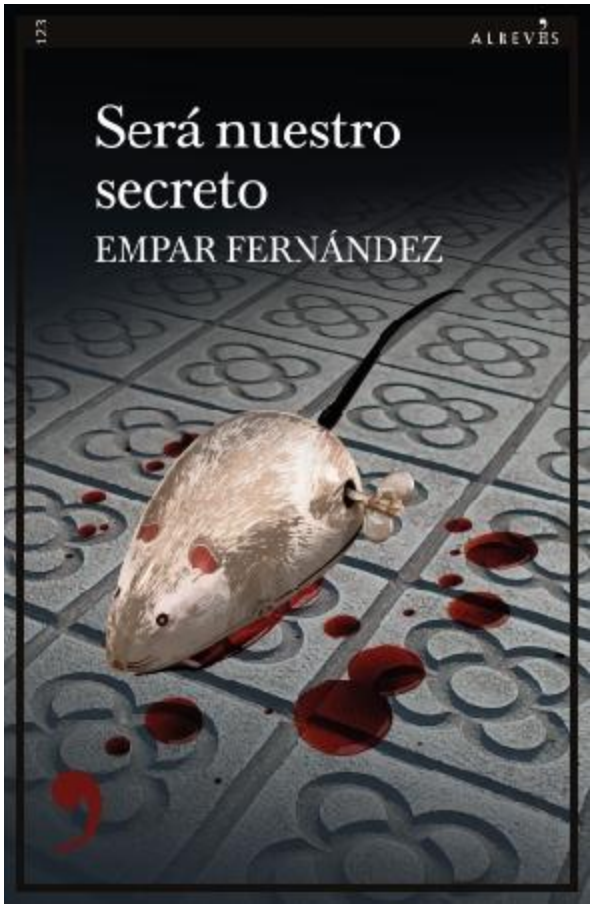
Y, como tal, queremos comentarte que, pensando en el placer que supone la lectura compartida, hemos añadido una pestaña en nuestra web (https://alreveseditorial.com/) donde encontrarás la ficha de lectura de este libro, por si sintieras el irrefrenable deseo de intercambiar tus impresiones sobre él en un club de lectura. Allí encontrarás también nuestros contactos para facilitar la participación de nuestros autores en las charlas, recibir información, organizar actividades, etcétera.

Te estaremos muy agradecidos si difundes esta iniciativa porque, como dijo un gran sabio a quien conocimos bien, leer nos salva del olvido.

> «Sobre este escritorio y sobre la mesilla de noche había siempre novelas baratas de misterio (…) Yo las devoraba por las noches, cuando los rostros de los muertos se me aparecían para ahuyentar el sueño y las preguntas se encadenaban unas con otras para tramar una red en la que me quedaba atrapado. Entonces, aquellas noveluchas me ayudaban a no pensar. Si algo echo de menos es precisamente eso: poder comprar cien páginas de olvido por solo un duro».
>
> *Alexis Ravelo*,
> *Los días de mercurio*

Anterior título de Cristina Higueras


164
ALREVÉS
Un asunto ambiguo
CRISTINA HIGUERAS



Será nuestro secreto

Fernández, Empar
9788418584299
353

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Noa, una tímida adolescente de catorce años, desaparece tras una función escolar en el exclusivo colegio privado Sain **Michael's School**, al que acuden los hijos de los miembros más destacados de

la alta burguesía barcelonesa como el empresario, y padre de Noa, **Víctor Renom**. Cuando se hace evidente que Noa, una chica singular, no ha huido de casa, el subinspector **Mauricio Tedesco** pasa a encargarse del caso. Con su flema, sus silencios y su desencanto, se sumergirá en una trama que se irá enredando cuando comience a hacer preguntas y a descubrir todos los secretos que se esconden tras la apariencia, brillante e impoluta, de unas vidas expuestas al lujo y a la despreocupación, pero que también ocultan envidias, desamores e, incluso, la frustración de los deseos incumplidos.

Con una prosa directa, limpísima, siempre elegante y en ocasiones inusitadamente incisiva y poética, Empar Fernández desentraña, con el escalpelo de una mirada asombrosamente observadora, la maraña de anhelos, ambiciones y hambre de poder que mueve a unos personajes a los que retrata, sin embargo, con una gran dosis se verdad no exenta, por momentos, de delicadeza, ternura y hasta compasión.

En esa mezcla de desencanto y verismo, de realidad incisiva y, sin embargo, ausencia de rencor lo que hace de esta novela coral, al amparo de una trama criminal adictiva, una crónica asombrosamente ágil y certera de una élite atrapada en los demonios de su propia decadencia.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Tras el telón

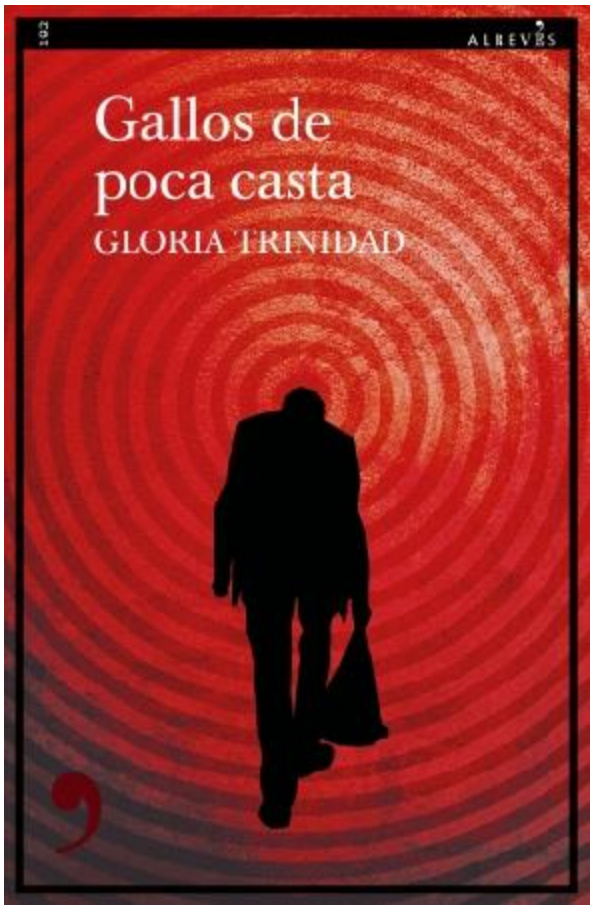
Hernán, Félix García
9788410455740
310

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En el deslumbrante escenario del **Teatro Real de Madrid**, la pasión de la ópera se entrelaza con una realidad mucho más **oscura y peligrosa**. Marcos Montero, director general del teatro, ve cómo su prestigiosa carrera y su vida personal se tambalean tras un intenso

encuentro con Laura, una mujer marcada por un **pasado tormentoso que creía haber dejado atrás**.
Lo que comienza como un **romance secreto** pronto detona una cadena de eventos aterradores. Hugo, una **mente criminal**, fría y calculadora, manipula los hilos de una **venganza** que no se detiene ante nada, orquestando un plan que escala desde la **obsesión personal hasta el crimen mediático**: el audaz secuestro de la **diva mundial Noelia Palacios** en plena representación.
Félix García Hernán teje en Tras el telón un **thriller vibrante** donde la lealtad de Arturo Escobar, el instinto policial del **comisario Gallardo** y el **coraje de dos mujeres** al límite se enfrentan en una cuenta atrás angustiosa. Una novela que nos recuerda que, a veces, el **verdadero drama** no ocurre bajo los focos, sino en las sombras que acechan cuando cae el telón.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Gallos de poca casta

Trinidad, Gloria

9788410455320

200

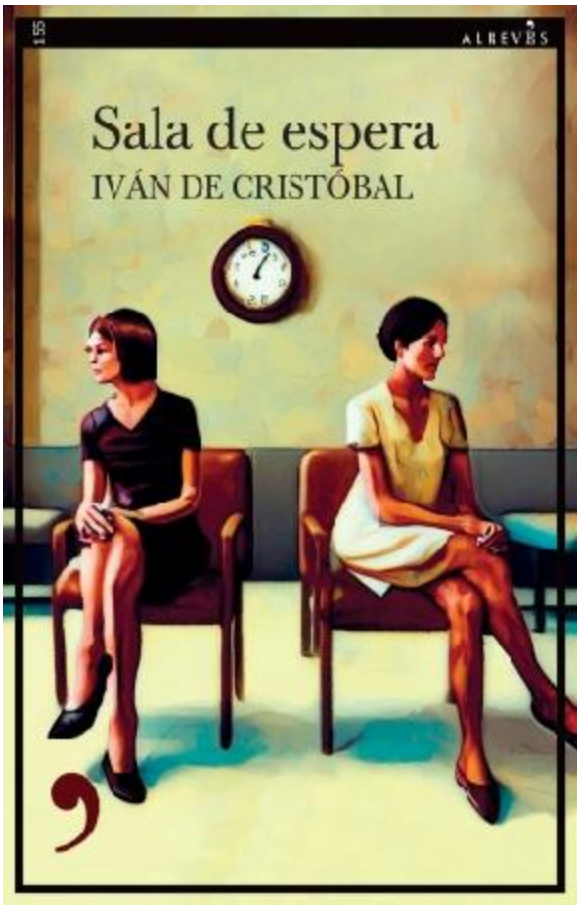
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La **"costa brava" de Madrid** es un conjunto de barrios del sur de la capital (Orcasitas, Villaverde, Puente de Vallecas, Usera) donde los índices de delincuencia son superiores y la esperanza de vida inferior a la media del resto de la ciudad.

Por ellos pululan, entre colillas apagadas, **bares infectos**, mercadillos de ropa barata, tiendas de todo a un euro, terrazas con sillas de plástico rotas, chabolas hiperpobladas y pisos rebosantes de inquilinos desahuciados, los protagonistas de esta novela, Israel Cruz, un perdedor nato con una última misión que cumplir; Fraile, el tipo más espabilado de todo Madrid, jugando a mil bandas, siempre **viviendo al filo**; Santos, un policía con mil secretos y otros tantos confidentes o Rachid, uno de ellos, que sueña con hacer fortuna en el rap. Todos ellos se entremezclarán en una **trama implacable**, cruda, que nos habla de **atracos y muerte**, que nos mancha los dedos de nicotina, que nos asombra por su perfección formal, por su ironía y por su afilada agudeza para captar la realidad y que nos habla del día a día de los que se buscan la vida, los que trampean, los que piensan en el próximo palo, los que sobreviven como pueden y, cada día, afrontan la pelea con la resignación de los gallos que saben que no les queda otra que seguir luchando hasta el final.

Gloria Trinidad, dotada con una prosa magistral, con un dominio del **humor** y una capacidad de observación única, nos ofrece una novela llamada a ser un clásico. Una obra perfecta, a la altura de los grandes maestros del género.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Sala de espera

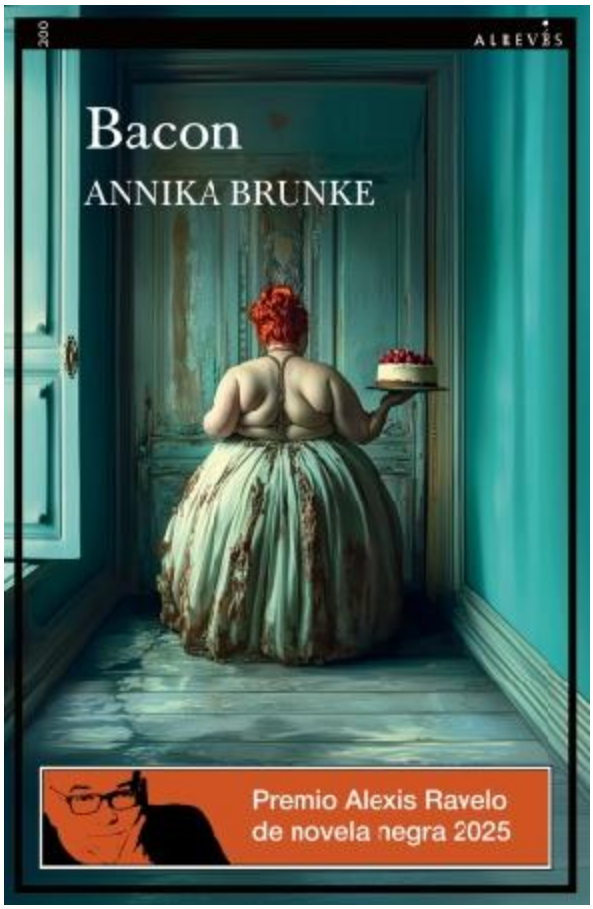
de Cristóbal, Iván
9788419615398
230

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Dos mujeres aguardan su **destino** en su particular **sala de espera.** Cuando el reloj marque las once, sus vidas cambiarán para siempre. Mariona, una joven **médica de fuertes convicciones**, espera angustiada el fallo de un mediático **proceso judicial** que enfrenta

ciencia y religión con ella como principal acusada. Lucía, emprendedora de mediana edad, desengañada y de vuelta de casi todo, alberga la esperanza de convertir una misteriosa entrevista de trabajo en su última oportunidad para no perder todo lo que tiene.
A través de una prosa exquisita y trepidante, con **ironía y cercanía**, Iván de Cristóbal maneja i**ntriga y empatía** y nos lleva de la mano junto a sus dos protagonistas, tan auténticas y reales que querremos acompañarlas y sentiremos como nuestros todos sus tropiezos y los impactantes **giros de guion** que les aguardan en su camino, poblado de **situaciones insólitas y personajes singulares**, hasta un sorprendente desenlace.
Sala de espera combina **suspense, actualidad y reflexión social** para reformular las reglas del thriller hasta convertirlo en un fascinante **dilema ético** y regalarnos una **historia de superación** tan adictiva como inolvidable.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Bacon

Brunke, Annika
9788410455528
230

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En Las Palmas de Gran Canaria, un **hallazgo macabro** sacude la rutina de la ciudad: un brazo amputado aparece en un contenedor, con un tatuaje que solo puede pertenecer a un hombre desaparecido días antes.

La **jueza** Mara Ramírez, recién llegada a la isla y aún marcada por sus propios fantasmas, se enfrenta a su primer caso. A su lado —y en constante fricción— trabaja el **inspector** Aitor Ibarra, cuya torpeza para gestionar los sentimientos contrasta con su instinto **policial**.

Y, entre ambos, Beatriz Mantecas, pastelera brillante y mujer herida por un pasado de humillaciones, que hornea dulces capaces de enamorar a cualquiera.

Con un pulso narrativo ágil y una escritura fresca, directa y poderosa, Annika Brunke despliega una historia en la que **ternura, humor y violencia** se entrelazan, donde lo cotidiano convive con lo brutal, y en la que los límites entre víctimas y verdugos se difuminan.

Bacon, ganadora del II Premio **Alexis Ravelo** de novela negra, es la confirmación de Brunke como una voz nueva y vibrante en la novela negra española.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


cubierta